
La CASA del PAN de JENGIBRE
LAS COSAS MÁS DULCES SIEMPRE SE HACEN ESPERAR
LAURIE GILMORE
AUTORA SUPERVENTAS DE CAFÉ CON AROMA A CALABAZA
HarperCollins
Narrativa

Portadilla

La CASA del PAN de JENGIBRE

LAURIE GILMORE

HarperCollins

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

La Casa del Pan de Jengibre
Título original: The Gingerbread Bakery
© Laurie Gilmore 2025
© De la traducción del inglés, Carlos Ramos Malavé
© 2026, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas omuertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Imagen de cubierta: © Kelley McMorris/Shannon Associates

Ilustración del mapa del interior: © Laura Hall

ISBN: 9788410645219

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Sobre la autora
Dedicatoria
Mapa
Mapa II
Playlist
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

Sobre la autora

LAURIE GILMORE, autora superventas de *The New York Times,* de *The Sunday Times* y de *The Globe and Mail,* escribe novelas románticas ambientadas en pueblecitos. Su primera novela, *Café con aroma a calabaza,* fue galardonada con el Premio al Libro del Año 2024 en TikTok. Su serie de Dream Harbor está llena de vecinos extravagantes, lugares acogedores e historias de amor que quitan el hipo. Le encanta leer libros que combinan a la perfección los momentos dulces con un toque picante, y aspira a conseguir eso mismo cuando escribe.

www.thelauriegilmore.com

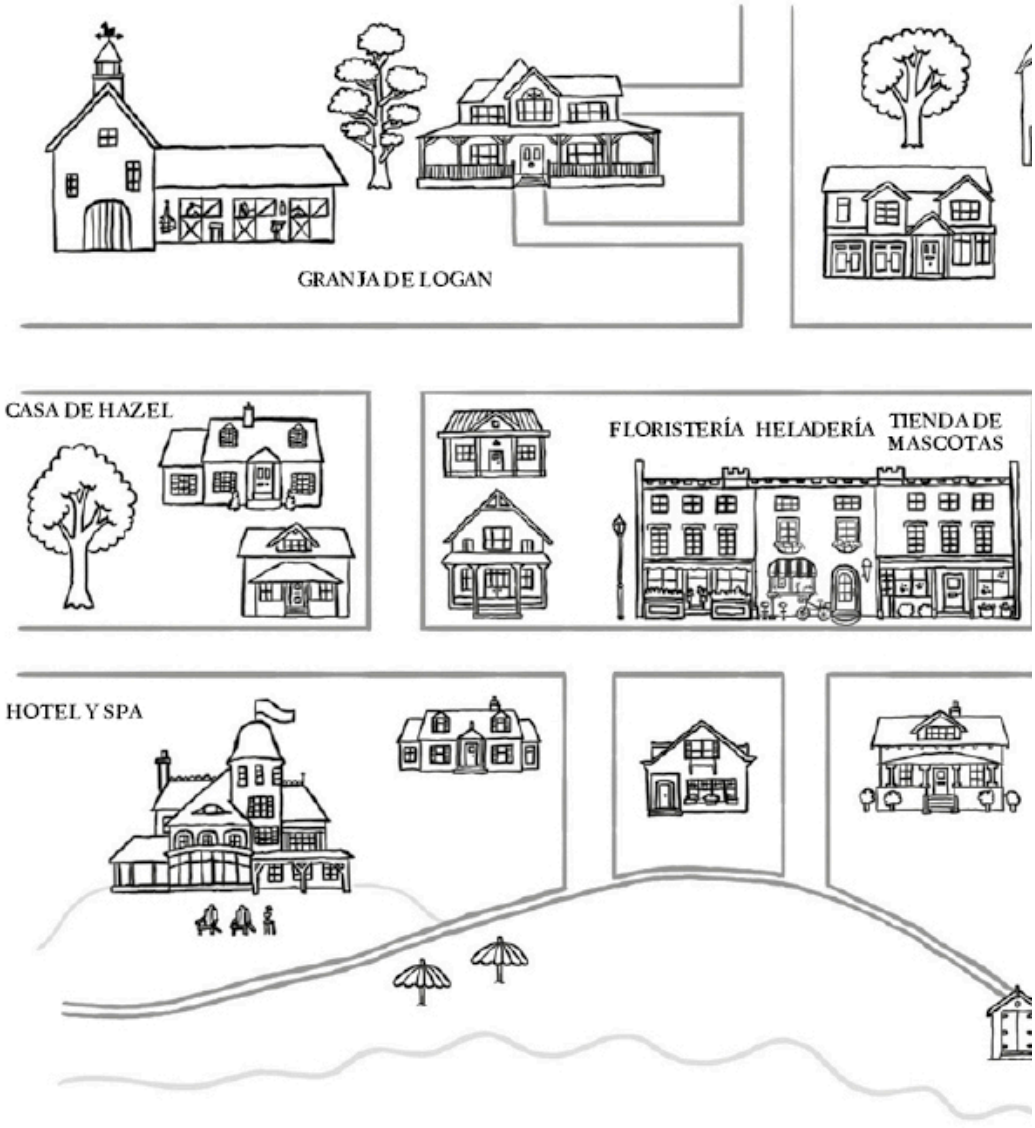
 instagram.com/lauriegilmore_author

 facebook.com/lauriegilmoreofficial

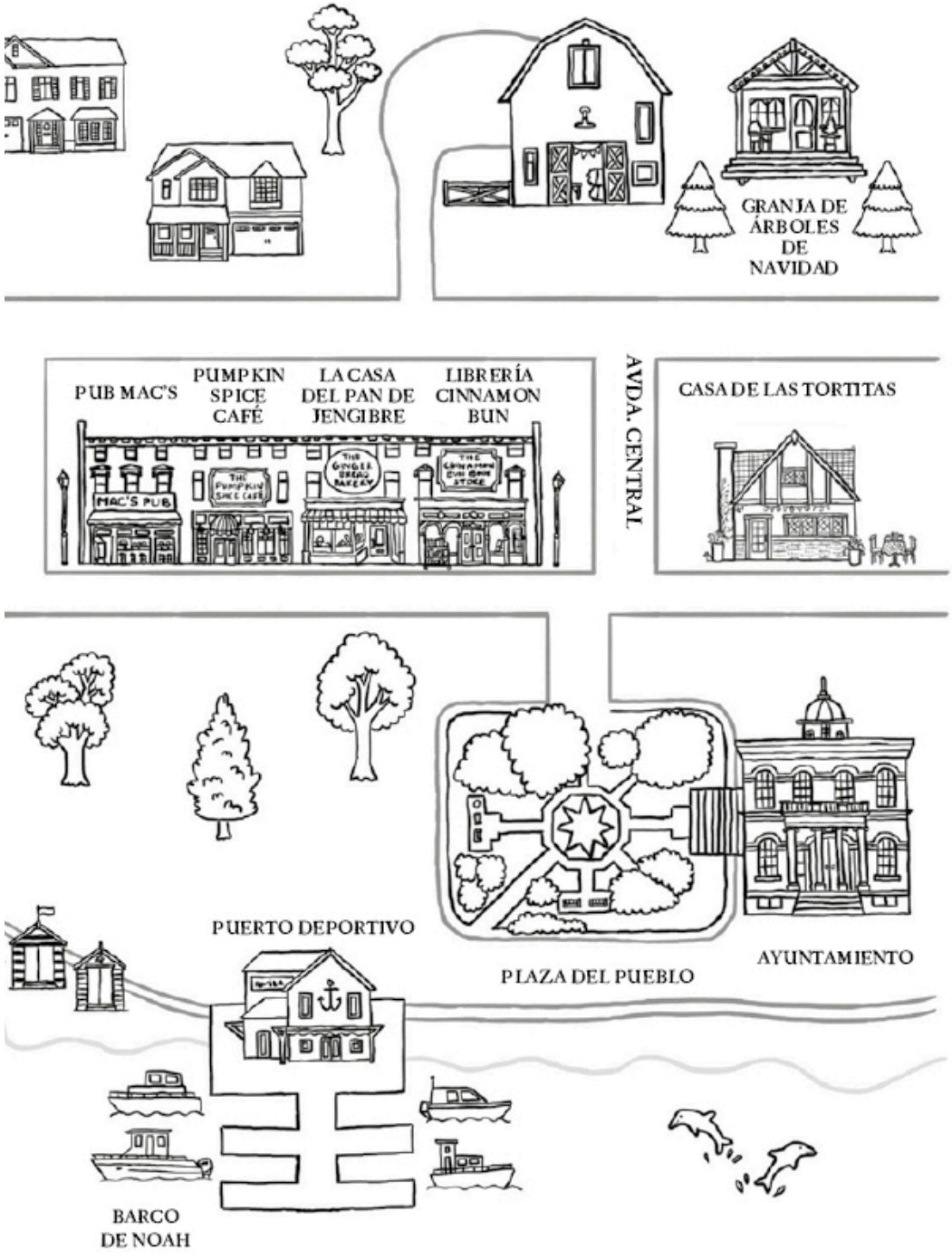
Dedicatoria

Para todos los lectores que exigían conocer la historia de Annie y Mac desde el principio…
¡Allá vamos!

Mapa


GRANJA DE LOGAN
CASA DE HAZEL
FLORISTERÍA
HELADERÍA
TIENDA DE MASCOTAS
HOTEL Y SPA
DREAM HARBOR

Mapa II


GRANJA DE ÁRBOLES DE NAVIDAD
PUB MAC'S
PUMPKIN SPICE CAFÉ
LA CASA DEL PAN DE JENGIBRE
LIBRERÍA CINNAMON BUN
MAC'S PUB
AVDA. CENTRAL
CASA DE LAS TORTITAS
PUERTO DEPORTIVO
PLAZA DEL PUEBLO
AYUNTAMIENTO
BARCO DE NOAH

Playlist

Playlist

Beautiful Things - Benson Boone
Bed Chem - Sabrina Carpenter
Enchanted - Taylor Swift
Beautiful As You - Thomas Rhett
enough for you - Olivia Rodrigo
Feels Like - Gracie Abrams
Everywhere, Everything - Noah Kahan
Call Me Lover - Sam Fender
Love Me Anyway - Chappell Roan
You Are In Love - Taylor Swift
Grace - Lewis Capaldi
What Was I Made For? - Billie Eilish
Pancakes for Dinner - Lizzy McAlpine
The Night We Met - Lord Huron
Out Of That Truck - Carrie Underwood
Break My Heart Again - FINNEAS
Forever - Noah Kahan
Sleep Tight - Holly Humberstone
Perfect - Ed Sheeran
You've Got The Love - Florence + The Machine
Fast Car - Luke Combs
Young and Beautiful - Lana Del Rey
Nice To Meet You - Myles Smith

https://open.spotify.com/playlist/1Nd7CU23B6SDw5Q06Q7Nmm

Capítulo 1

Ahora

A Annie Andrews le caía bien casi todo el mundo. Era una mujer amable y extrovertida, muy implicada en los asuntos de Dream Harbor, nunca se perdía una reunión municipal, apoyaba los negocios locales con una lealtad feroz y dirigía el comité de antiguos alumnos del Instituto Dream Harbor. En el instituto fue elegida como la persona con mayor espíritu escolar y la que más papeletas tenía para convertirse en presidenta. Su pastelería era una venerada institución en el pueblo y había ganado el Premio al Mejor Escaparate tres Navidades seguidas. Hacía de niñera con sus sobrinos y sobrinas, acariciaba con dedicación a todos los perros con los que se cruzaba en sus paseos matutinos y había tenido el mismo mejor amigo desde el jardín de infancia, lo cual consideraba que decía mucho de su personalidad. En verdad, era un auténtico encanto.

Sin embargo, había una persona a la que su encanto, simplemente, no podía extenderse. Un ser humano en el planeta con el que no podía mostrarse amable. Sobre todo porque no quería. Sobre todo porque lo odiaba.

Y, durante los próximos tres días, tendría que cargar con él.

—Annie —murmuró Hazel entre dientes, dándole un empujón en el hombro—. Lo estás fulminando otra vez con la mirada.

Sí que lo estaba fulminando. No soportaba la estúpida cara de Macaulay Sullivan. Y habría seguido fulminándolo con la mirada hasta que le explotara la cabeza de no ser por el hecho de que se hallaban en el «*brunch* previo al ensayo previo» a la boda de Jeanie y Logan, algo que por lo general no se hacía, pero Jeanie deseaba disfrutar de una pequeña celebración solo con el cortejo nupcial

antes de que esa noche diera comienzo la locura del fin de semana de la boda, con la celebración de la verdadera cena de ensayo. ¿Y quién iba a negarle a la novia su deseo? Annie no, desde luego. Porque Annie era una buena persona. No como otros.

Mac le guiñó un ojo como si estuviera leyéndole el pensamiento.

—Me opongo —espetó ella, lo que interrumpió el brevísimo y hosco discurso de agradecimiento de Logan a sus testigos de boda.

El grupo se encontraba reunido en torno a una mesa en la Casa de las Tortitas de Fresa. Por desgracia, el establecimiento estaba bastante muerto a las once de la mañana de aquel viernes de diciembre en particular, de manera que toda la mesa oyó las palabras que Annie no había querido decir en voz alta.

Logan, Jeanie, Hazel, Noah, Kira y Bennett se volvieron hacia ella. Mac sonrió con suficiencia. Annie apenas pudo reprimir las ganas de estirar los brazos por encima de la mesa y estrangularlo.

—Creo que esta no es la parte en la que te puedes oponer —observó Noah con una sonrisa.

Hazel le dio un codazo en el costado y él soltó un grito de dolor.

—¿No crees que debamos casarnos? —preguntó Logan con el ceño fruncido como si estuviera tratando de resolver un rompecabezas, porque ¿por qué narices no iba a querer ella que su mejor amigo y la adorable prometida de este se jurasen amor eterno delante del pueblo entero?

—¡Qué va! ¡No pienso eso para nada! Me refería a que… No…, no estaba hablando de eso.

—¿De qué estabas hablando entonces, Annabelle? —preguntó Mac, y exageró aún más su estúpida sonrisa de suficiencia.

—¡De ti! ¡Estaba hablando de ti! —Casi había empezado a gritar y varios clientes de las otras mesas volvieron la cabeza hacia ella—. Me opongo a que formes parte del cortejo nupcial —explicó, bajando la voz para inclinarse hacia él por encima de la mesa, esquivando por los pelos su plato pringado de sirope—. No sé cómo has conseguido colarte aquí. Nunca has sido amigo de Logan. Si eras un abusón con él.

—En primer lugar —respondió Mac, que alzó las manos para defenderse—, no era un abusón con él. Puede que le gastara

algunas bromas bienintencionadas.

—¡Te pasaste todo el segundo curso llamándolo el Viejo MacDonald! ¡Y le rebuznabas como un asno cada vez que pasabas junto a él![1]

—¿Cómo puedes acordarte de toda esa mierda, Annie? —Mac meneó la cabeza—. ¿Tienes una libretita en la que apuntas cada ofensa que he cometido?

—Te encantaría que me importara tanto todo lo que haces —respondió Annie con un resoplido.

—Pues lo parece, desde luego.

—¡Ja! Me importa un rábano lo que hagas, Macaulay. Es que no entiendo qué narices haces aquí… ¡Au! Haze, ¿por qué me das codazos?… Ah.

Annie alzó la mirada y vio que Jeanie la miraba con lágrimas en los ojos. Mierda. Había hecho llorar a la novia.

—¿Va a ser así todo el fin de semana? Solo quería que lo pasáramos bien. —Jeanie se sorbió la nariz y Logan pareció estar a punto de estrangular realmente a Annie si no remediaba de inmediato aquella situación.

—No, no, no. Nos comportaremos. ¿Verdad, Mac?

—Sí. Una conducta impecable. Lo prometo.

Se hizo una cruz sobre el corazón y Annie tuvo que morderse la lengua para no decir que las promesas de Mac no valían nada. Pero sus amigos seguían sin tener ni idea de por qué odiaba tanto a Mac, y desde luego no pensaba decírselo. Además, acababa de prometerle a Jeanie que se comportaría como la mujer adulta que era. Y sus promesas sí que significaban algo.

Podría hacer de tripas corazón durante unos días. Resistiría durante tan solo setenta y dos horas las ganas de estrangular al hombre que tenía sentado delante. Lo haría por sus mejores amigos. Logan había sido como un hermano para ella desde que tenían cinco años. Junto con Hazel, eran inseparables. Y ahora quería de igual forma a Jeanie. No podía fastidiarles el fin de semana de su boda.

—En serio, Jeanie, lo siento. De ahora en adelante, me aseguraré de guardarme para mí todos mis comentarios en relación con Mac.

La mesa al completo, incluido Mac, pareció dudar de sus palabras.

—¡Lo digo en serio! Dejaré de lado todas mis opiniones personales sobre él durante el fin de semana.

Bennett se inclinó hacia Kira y susurró:

—¿Sabemos por qué tiene opiniones personales tan extremas?

Kira se encogió de hombros.

—¿Una historia complicada? —repuso, también en un susurro.

—No es complicada —intervino Annie—. No tenemos ninguna historia en absoluto.

Mac se estremeció al oír aquello, con una mezcla de tristeza y arrepentimiento en la mirada. Pero Annie no quiso darle más vueltas. No podía. Menos aún si no quería perder la cabeza. Forzó una sonrisa y se volvió hacia Jeanie:

—No hay nada complicado. De hecho, es todo bastante simple. Dos de las personas a las que más queremos en el mundo van a casarse. Y todos nosotros —Annie hizo un gesto que abarcaba la mesa de amigos que tenía delante— vamos a asegurarnos de que sea el mejor fin de semana de boda de la historia.

—Me alegro —respondió Logan—. Porque Mac ha venido en calidad de uno de mis testigos. Hay quienes ya hemos olvidado el segundo curso del colegio.

Annie empezaba a tener náuseas por todas las palabras que se estaba tragando, pero lo consiguió. Por sus amigos. Por el bien de la boda no confesaría que, para ella, la cuestión iba mucho más allá del segundo curso del colegio.

—Por supuesto —dijo en cambio—. Mac es tu amigo. Lo entiendo.

Alzó el vaso de zumo de naranja y todos la imitaron.

—Por Logan y Jeanie.

—¡Salud!

Todos entrechocaron sus vasos de plástico llenos de zumo y a Annie le alivió comprobar que Jeanie había vuelto a sonreír y que Logan parecía tener menos ganas de asesinarla. Menos mal. Resuelta la primera crisis de la boda. Cierto, era ella quien la había provocado, pero por lo menos la había resuelto.

Y no gracias a Mac.

Volvió a mirar hacia el otro extremo de la mesa y lo vio allí sentado, riéndose con Bennett y Kira. No ayudaba el hecho de que

siguiera siendo tan condenadamente guapo como en el instituto. Aunque, en aquel entonces, ella jamás lo habría admitido.

Nunca había sido amiga de Mac. Nunca habían tenido sentido como pareja.

Eso fue justo lo que le había dicho once años atrás.

Pero a Mac nunca se le había dado muy bien eso de escuchar.

[1] Alusión a la canción infantil *Old MacDonald Had a Farm,* traducida como *El viejo MacDonald tenía una granja. (Todas las notas son del traductor).*

Capítulo 2

Antes

Mac deambulaba sin rumbo por entre los puestos del mercadillo navideño de Dream Harbor. Faltaba solo un mes para Navidad y necesitaba un regalo para su madre. Un regalo estupendo. Y aquel le parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para ir de compras. Montaban el mercadillo todos los años después del festival del encendido del árbol, pero Mac no había acudido desde que era un niño.

Aquel año estaba decidido a hacerle a su madre un regalo de verdad. A sus diecinueve años, suponía que ya no podía seguir dándole regalos caseros cutres. Aunque todos los años su madre insistía en colgar en el árbol aquel adorno espantoso en forma de reno que le hizo en la guardería, y probablemente haría lo mismo si le hiciera ahora otro adorno igualmente deforme. Había llegado el momento de subir el nivel de sus regalos.

Por desgracia, últimamente parecía que lo único que hacía era deambular sin rumbo. Había terminado el instituto seis meses antes y continuaba atrapado en aquel estúpido pueblo, viviendo aún en el dormitorio de su infancia, aún sin tener un plan de cara al futuro. Ni siquiera un plan para la semana siguiente, a decir verdad. Mac se hallaba a la deriva.

Se detuvo en el puesto del Pumpkin Spice Café y la dueña, Dot, lo saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, Macaulay. Feliz Navidad.

Había muy pocas personas que osaran llamarlo por su nombre completo (y objetivamente espantoso), y Dot era una de ellas. Ella siempre había sido amable con él, aun cuando no lo merecía.

—Qué hay, Dot.

—¿Qué te pongo? —preguntó la mujer, haciendo tintinear alegremente sus enormes pendientes de campanitas con el movimiento de su cabeza.

—Pues creo que un chocolate caliente.

—¿Con extra de malvaviscos?

—Por favor.

En cuanto Dot le entregó el vaso rojo para llevar rebosante de malvaviscos y con un bastón de caramelo enganchado a un lado, se sintió del todo absurdo. Aquella era una bebida de niños. Y Mac intentaba por todos los medios encontrar la manera de ser un hombre adulto.

Por desgracia, resultaba muy complicado sentirte adulto cuando tu madre aún te lavaba la ropa.

Tenía que mudarse. Marcharse. Cada vez se notaba más asfixiado por aquel pueblo y sus ideas preconcebidas respecto a él.

—Gracias, Dot —murmuró y se llevó consigo su ridícula bebida.

De pronto agradeció que todos sus amigos estuvieran en la universidad y no pudieran verlo con aquel brebaje azucarado.

Dio un sorbo. Estaba delicioso. Costaba sentirse mal por algo cuando tenías entre las manos una taza llena de chocolate caliente.

Mac prosiguió su paseo por el mercadillo, deteniéndose de vez en cuando en la mesa de algún artesano en un intento por encontrar el regalo perfecto. No era un gesto enteramente altruista. Confiaba en que un regalo acertado ayudaría a suavizar el golpe cuando les contara a sus padres su nuevo plan. En realidad no era tanto un plan como una idea general. La idea de deambular por algún lugar que no fuera Dream Harbor. El presentimiento, aún sin perfilar, de que podría recorrer el país en coche para tratar de descubrir qué demonios quería hacer con su vida. Imaginaba que pasarse varios meses metido en un coche consigo mismo le ayudaría a lograrlo.

Un rostro familiar captó su atención.

Annabelle Andrews se sentaba delante de él en clase de Economía a quinta hora. O al menos así había sido el año anterior, antes de que ambos se graduaran. Mac se había pasado gran parte del año reprimiendo las ganas de tirarle de la coleta, y solo en ocasiones le clavaba en la espalda el extremo del borrador de su lapicero para

preguntarle qué deberes tenían para aquel día. Ella siempre le respondía con un suspiro de exasperación, como si Mac la decepcionara en todos los aspectos.

Había ido a clase con Annie desde que tenían cinco años y a ella nunca le había caído bien, así que, para corresponder, a él tampoco le caía bien ella. Era la típica persona que tenía que sobresalir en todo, la que prácticamente le suplicaba al profesor que le diera puntos extra, mientras que él prefería esforzarse lo justo para aprobar. Salvo en el campo de *lacrosse.* Ahí sí que se mostraba encantado de dar todo lo que tenía. Aunque a Annabelle Andrews le importaban una mierda los deportes. Y la gente que los practicaba.

No era que a él le importara lo que a ella le importaba.

Y allí estaba, aún en el pueblo, igual que él. Interesante.

Se hallaba detrás de una mesa de la que colgaba un letrero donde se leía «La repostería de Annie». Dispuesto sobre la mesa había un surtido de galletas navideñas envueltas en papel celofán de colores. Mac aguardó mientras una pareja de ancianos seleccionaba unas cuantas y pagaba a una sonriente Annie. La sonrisa, sin embargo, se le borró del rostro al verlo ahí parado.

—Annabelle —le dijo mientras agachaba la cabeza a modo de saludo.

—Es Annie, ya lo sabes —respondió ella—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Mac se encogió de hombros y deseó haber tirado su estúpido chocolate coronado con malvaviscos antes de encontrarse con ella.

—He venido de compras. ¿Y tú qué haces aquí? Pensé que estarías en Harvard o algo así.

Annie frunció el ceño.

—Esto no es una película de adolescentes en la que, al final, todos se van a estudiar a una universidad de la Ivy League. Somos seis hijos en la familia. ¿De verdad crees que pueden permitirse que vaya a estudiar a Harvard? —Puso los ojos en blanco como si lo considerase un idiota; uno de los muchos gestos que, como era de esperar, hacían que a él no le cayese muy bien.

—Perdona —masculló entre dientes—. Es que no esperaba encontrarte vendiendo galletas después de todos los deberes extra

que hiciste en clase de Economía.

Annie plantó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. Sus pálidas mejillas habían ido tiñéndose con un rubor sutil que él decidió que no le parecía atractivo.

—Vender galletas es el comienzo de mi nuevo plan empresarial. Acudo a clases de Empresariales en la facultad local y, de momento, estoy vendiendo galletas *online.* Pero dentro de unos años, ya verás. Seré la dueña de un pequeño negocio de gran éxito.

Mac no lo dudaba ni por un segundo, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—Guau, parece que lo tienes todo bien pensado.

—La verdad es que sí —repuso ella con una sonrisa arrogante—. ¿Y qué pasa contigo? ¿De paseo por Dream Harbor mientras tu madre cocina y limpia para ti?

Mac resopló como si aquello fuese absurdo, pese a ser cierto al cien por cien.

—De hecho, me largo de aquí después de las fiestas.

—¿En serio?

—Sí. Voy a viajar por el país.

El plan a medio elaborar al que había estado dándole vueltas en la cabeza se volvió sólido en cuanto pronunció aquellas palabras en voz alta.

—Viajar ¿hacia dónde?

—Lo importante es el viaje, no el destino —respondió él, y al instante se arrepintió de lo imbécil que había sonado.

Annie enarcó las cejas, pero, sorprendentemente, no lo mandó a paseo por aquella respuesta pretenciosa.

—Entonces, ¿quieres galletas o qué?

—Ah…, sí. Dame unas pocas de jengibre.

Annie le dedicó una sonrisa auténtica y, por un segundo, Mac sintió que le faltaba el aire.

—Son mi especialidad —dijo ella, alargándole la pequeña bolsa—. Prueba una.

Aguardó mientras él abría el paquete y sacaba un hombrecillo de jengibre con los rasgos de la cara y los botones pintados con glaseado. Le arrancó la cabeza de un mordisco.

Era posiblemente la mejor galleta que había probado nunca. Especiada y dulce, con el toque crujiente justo.

—Joder, Annie, está deliciosa.

Ella le sonrió de oreja a oreja y él estuvo a punto de atragantarse con la galleta. Durante trece años, lo había mirado como si fuera un estorbo en el mejor de los casos y un enemigo en el peor de ellos; ahora, sin embargo, le sonreía. Resultaba desconcertante, cuando menos. Quizá por eso Mac dijo lo que dijo a continuación.

—Deberíamos quedar luego.

La sonrisa de Annie se desvaneció y arrugó el entrecejo en señal de confusión.

—Nunca hemos hecho nada juntos.

Mac se encogió de hombros y trató de fingir indiferencia, pese a que el corazón le latiera a un ritmo preocupante, como si le importase que Annie quisiera o no quedar con él.

—Ya lo sé, pero todavía no ha vuelto nadie al pueblo a pasar las vacaciones de Navidad. Por lo menos podemos hacernos compañía, ¿no?

Dios, ojalá no sonara tan desesperado como se sentía de repente.

Annie torció los labios hacia un lado mientras reflexionaba sobre la propuesta.

—Bueno, Logan está de crucero con sus abuelos y Hazel todavía no ha regresado de su cuatrimestre en el extranjero…, así que supongo que podríamos… hacer algo.

Parecía tan desconcertada por su sugerencia como lo estaba él, pero ya no podía dar marcha atrás.

—Fantástico. ¿Quedamos a las ocho en la cafetería?

Annie frunció levemente los labios mientras asentía.

—Sí, de acuerdo. A las ocho en la cafetería.

—Perfecto. Allí nos vemos, Annabelle.

—¡No me llames así! —le gritó ella mientras se alejaba de su puesto.

Mac se despidió con un gesto de la mano por encima del hombro y se marchó antes de que ella se arrepintiese de haber accedido a verse más tarde.

Porque, de pronto, Mac tenía muchas ganas de salir con la chica que siempre había creído que no le caía muy bien.

Capítulo 3

Ahora

El ensayo era algo mucho más importante de lo que Mac se imaginaba. Aquella noche había dejado el *pub* en las capaces manos de Amber y se había presentado a la hora exacta en la granja de árboles de Navidad, donde se encontró a un Logan de aspecto nervioso preparándose para recorrer el pasillo que habían montado en mitad del granero recién reformado.

—Hombre, si estás aquí —dijo Noah y le dio una contundente palmada en la espalda cuando se sumó al grupo de testigos.

—Siento llegar tan justo. —Mac dejó su abrigo colgado en la silla más cercana.

—No pasa nada —respondió Logan—. Todavía siguen con los últimos retoques.

Señaló con un gesto a Jeanie, que se hallaba rodeada de sus damas de honor, hablando alegremente sobre el ritmo, la música y el orden del cortejo nupcial.

Annie lo pilló mirándolas y entrecerró los ojos.

Joder, aquella mujer no iba a perdonarlo nunca. ¿Cuánto tiempo iba a tener que seguir arrepintiéndose de los pecados cometidos cuando tenía diecinueve años?

Le guiñó un ojo solo para ver cómo se le sonrojaban las mejillas por la rabia antes de redirigir su atención a Kira, que estaba explicando cómo se haría todo en el gran día. Había que reconocerle el mérito: el viejo granero ya presentaba un aspecto asombroso. El hecho de que tuviera tejado constituía una mejora considerable, aunque lo cierto era que lo había transformado por entero. Contaba con espacio suficiente para instalar en una mitad hileras de sillas

blancas que conducían hasta el altar improvisado y, en la otra mitad, mesas y sillas para el banquete.

Aún quedaba mucho por hacer antes del domingo, pero tenía muy buena pinta. Aunque, claro, si Mac algún día decidiera casarse, preferiría acudir al juzgado. Y, viendo el rictus de sutil angustia de Logan, él debía de opinar lo mismo.

—¿Te hace ilusión? —le preguntó.

—¿Casarme con Jeanie? Sí. ¿Plantarme delante de todos? No.

—Tú asegúrate de no equivocarte de nombre y el resto irá sobre ruedas —le dijo Mac riéndose.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Logan, horrorizado.

—¡Era una broma! ¡Va a ir todo bien!

—Lo vas a hacer genial —agregó Noah—. Solo tienes que recitar unas pocas palabras.

—Y lo dice el hombre que se fugó para casarse en secreto —rezongó Logan.

—Me moría de ganas de convertir a Hazel en mi esposa —respondió Noah con una sonrisa, encogiéndose de hombros—. ¿Qué puedo decir?

Fue entonces cuando Mac se arrepintió seriamente de no haberse buscado una acompañante para la boda. Al parecer, mientras él se dedicaba a poner copas todas las noches, todo su entorno había ido emparejándose.

—Parece que las chicas están listas para empezar —anunció Bennett mientras Kira se quedaba de pie en el extremo del pasillo.

No solo era la dueña del granero, sino también la organizadora de la boda. Según los rumores de la última reunión municipal, se había entregado por completo a su nueva empresa de organización de eventos. Además de vender árboles de Navidad un mes al año, por supuesto.

—Muy bien, esto va así…

Mac no prestó mucha atención a las indicaciones. No debía de ser tan difícil. Caminar por el pasillo hasta el altar, situarse junto al padrino y los demás testigos, no quedarse mirando a Annie, regresar de nuevo por el pasillo. No se trataba de una complicada secuencia de baile ni nada por el estilo. Logan ya parecía estar a punto de salir

huyendo; si le pedían que recorriese el pasillo ejecutando pasos de baile, tal vez lo perdieran por completo.

Mac se abrió paso entre las sillas, casi todas vacías, hasta ocupar su puesto entre Noah y Bennett. En las primeras filas se sentaban algunos familiares. Mac saludó discretamente a Estelle y a Henry, los abuelos de Logan.

—Muy bien —dijo Kira, todavía en su papel de dama de honor y organizadora de bodas—. Ahora nos toca el turno a Annie, a Hazel y a mí. Y luego, por supuesto, la protagonista del día: la novia.

Jeanie miró a Logan con una sonrisa resplandeciente y, de pronto, este pareció dispuesto a hacer un monólogo delante de todos los asistentes si ella se lo pidiera.

—Acordaos de no caminar demasiado rápido —ordenó Kira—. Y llevad las flores así.

Todas las mujeres imitaron la postura de Kira con sus ramos de flores invisibles, que Mac imaginó que serían de verdad durante la ceremonia del domingo.

—Tantos años acudiendo a los actos benéficos y de recaudación de fondos de su madre han dado sus frutos —susurró Bennett.

Era cierto. Se notaba que Kira sabía manejar a la gente, organizar el espacio para una fiesta y encargarse de la logística de un gran evento, y además hacerlo todo con una sonrisa.

—Se le da de maravilla —convino Mac con una risa discreta—. Ha hecho un gran trabajo con el granero.

—Sí, tío. Ha estado esforzándose mucho. —El orgullo era palpable en la voz de Bennett.

Hizo que Mac se parase a pensar en lo que diría él de la pastelería de Annie, si ella se lo permitiese. Como hacía a veces cuando ella no estaba. Annie había llegado muy lejos desde aquella mesita en el mercadillo navideño de once años atrás.

—Nada de cháchara durante la ceremonia —los reprendió Kira, lanzándole a Bennett una sonrisa coqueta.

—Lo siento, cariño.

—No pasa nada. Veamos, el padre de Jeanie vendrá a la ceremonia de verdad, pero hoy puedes recorrer el pasillo tú sola.

Jeanie asintió y las mujeres comenzaron su procesión.

Kira, Annie, Hazel y Jeanie, pero él solo veía a Annie. La historia de su vida desde que volvió a trasladarse al pueblo. Annie era lo único que veía.

Annie mirándolo con el ceño fruncido. Annie fulminándolo con la mirada. Annie resoplando, suspirando; a veces, si tenía suerte, gritándole. Y, como debía de ser un poco masoquista, Mac seguía queriendo estar cerca de ella.

No sabía lo que vestirían las mujeres en la ceremonia del domingo, pero aquel día Annie lucía un jersey color crema y vaqueros oscuros. Llevaba la melena rubia recogida en su habitual coleta. Un ligero toque de colorete adornaba sus mejillas y el brillo de su mirada delataba que ya había empezado a emocionarse por el inminente enlace de sus amigos.

Mac se perdió la mayor parte del repaso de la ceremonia. Estaba demasiado ocupado pensando en otra Navidad muy diferente. La única Navidad en la que Annie le había permitido abrazarla. En la que le había sonreído como si no fuese la cruz de su existencia. Su Navidad favorita, siendo sincero. Lo cual resultaba tan patético que apenas era capaz de reconocérselo a sí mismo.

Había tratado muchas veces de olvidar a Annie, había intentado olvidarla, sustituirla por otras mujeres. Pero nunca funcionaba. Nadie estaba a la altura de su recuerdo, del recuerdo de aquella Navidad perfecta. Un recuerdo que esperaba haber magnificado con el transcurso de los años. Pero después volvió a trasladarse al pueblo y comprobó que seguía siendo tan perfecta como la recordaba.

Y eso era una mierda.

Era una mierda que la vida no hubiera atenuado parte de su brillo, que siguiera igual de entusiasta, adorable y trabajadora que siempre. Seguía implicándose al máximo en todo lo que hacía. Seguía siendo la misma chica hermosa y aplicada a la que conociera tantos años atrás. Y ahora estaba allí atrapado, obligado a admirarla en todo ese esplendor típico de Annie, y a fingir que aquello no iba acabando con él poco a poco.

Jeanie y Logan ensayaron su beso nupcial para regocijo de la escasa concurrencia, que aplaudió con tal vehemencia que Mac regresó de golpe al momento presente. Según se formaban las

parejas para volver a recorrer el pasillo en dirección a la salida, a él, por supuesto, le tocó con Annie. Le ofreció el brazo y ella lo aceptó a regañadientes.

—Estás preciosa —le susurró al oído mientras caminaban.

—Mac, no empieces.

—Annie, es que…

—Que no empieces, te digo —le espetó—. Ya estoy bastante sensible con la boda y lo último que necesito es que me rayes como hiciste después del treinta cumpleaños de Hazel.

¿Rayarle? ¡Eso sí que tenía gracia! Era él quien estaba confundido. No había parado de pensar en esa noche desde hacía más de un año.

—No era mi intención rayarte.

Llegaron al final de las sillas y todos los demás se dispersaron hacia donde habían colocado la comida, a lo largo de la pared. Archer había sido el encargado del cáterin y olía todo de maravilla.

Annie se volvió hacia Mac y lo fulminó con aquella mirada característica:

—Pues lo hiciste.

El recuerdo de aquella noche bastaba para acabar con él. Habían estado a punto. Ella había estado a punto. Su cara a un suspiro de la de él, sus labios justo allí. Mac la había notado receptiva y dispuesta entre sus brazos, pero entonces ella lo había mirado como si, de pronto, recordara todos los motivos por los que lo odiaba. Abandonó corriendo el *pub* como si fuera Cenicienta al huir del maldito baile.

Saltaba a la vista que Mac había estado engañándose a sí mismo. Aquella noche habían bebido en exceso y Annie estaba sensible porque sus amigos iban sentando la cabeza. Permitirle que se acercara tanto había sido fruto de una especie de pánico desesperado por parte de ella. Aun así, fue agradable mientras duró.

—Lo siento. No volverá a ocurrir. Pero sí que estás preciosa. Eso es un hecho objetivo —le dijo encogiéndose de hombros.

Annie se relajó un poco y suavizó un ápice la arruga que fruncía su entrecejo, que era lo máximo a lo que él podía aspirar últimamente.

—Bueno, ¿vas a venir acompañado a la boda? —le preguntó Annie, y así alejó la conversación de su turbulento pasado.

—Qué va, esta vez no.

—¿En serio? —Ella enarcó las cejas con sorpresa.

—Supongo que se me ha olvidado buscarme acompañante —repuso Mac encogiéndose de hombros.

La suave carcajada de Annie fue como una recompensa.

—Sí, a mí también.

Entonces fue Mac el sorprendido. A Annie parecía encantarle pasearse con hombres diferentes delante de sus narices, aunque, a decir verdad, él también había acudido a algún que otro evento acompañado de una mujer, únicamente para no tener que encontrarse solo frente a ella.

A lo largo de los años, habían cometido muchas estupideces.

—Podrías concederme un baile —sugirió.

Annie soltó una carcajada más sonora esta vez y le dio una palmada en el hombro.

—Bajo ningún concepto, Sullivan.

Seguía riéndose mientras se alejaba de él en dirección al bufé. Mac meneó la cabeza ante su propia estupidez.

Bajo ningún concepto, de acuerdo. Ya iba siendo hora de que se le metiera esa idea en la cabeza.

Capítulo 4

Antes

Horas después de haber vendido todas sus galletas en el mercadillo navideño, Annie seguía tratando de entender cómo había acabado sentada frente al capitán del equipo de *lacrosse,* bebiendo chocolate caliente y comiendo patatas fritas una noche de jueves cualquiera, cuatro semanas antes de Navidad. No era algo que hubiera imaginado agregar nunca a su agenda.

Sin embargo, allí estaba.

Con Mac.

Un chico con quien apenas había cruzado unas pocas palabras a lo largo del último año, la mayoría de las cuales habían consistido en los números de las páginas de los ejercicios que debería haber hecho en casa.

Habían quedado sumidos en un silencio incómodo desde que pidieron, quizá porque aquello era raro y no tenía sentido que salieran juntos. Pero Mac llevaba razón. No había nadie más en el pueblo y ella se aburría.

Por eso había accedido a tener aquella curiosa cita. Por aburrimiento. No porque estuviera colada por Macaulay Sullivan desde que, a los quince años, pegó el estirón, creció algo así como medio metro y dejó de comportarse como un imbécil con sus amigos. Qué va, no se debía a eso, ella era más lista que todo eso. Pese a su dieta regular a base de películas adolescentes de los últimos treinta años, Annie sabía que, en la vida real, el chico guapo y popular del instituto no se colaba por la chica que siempre sacaba sobresalientes. No tenía ningún sentido.

Como norma general, Annie no salía con deportistas, menos aún con aquellos que se portaban mal con sus amigos. No tenía nada de

lo que hablar con ellos. Le traía sin cuidado la fuerza a la que se pudiera lanzar una pelotita contra una red, o golpear una pelota con un bate, o atrapar dicha pelota y salir corriendo, o hacer cualquier cosa con una pelota, a decir verdad. De manera que, si bien Mac le parecía guapo, nunca había creído que tuviera madera de novio. Además, estaba convencida de que él pensaba lo mismo de ella. Pues no había que olvidar que aquello no era una película de adolescentes.

Era raro que estuvieran allí.

Aunque sí que resultaba agradable mirarlo allí sentado, frente a ella, con su cabello oscuro y su piel olivácea. Gracias a un proyecto sobre genealogía que habían hecho en sexto curso, Annie sabía que, aunque el apellido de Mac sonaba irlandés, también era mitad italiano. Así que allí, en medio de un frío y oscuro invierno de Nueva Inglaterra, al parecer los genes de Mac seguían creyendo que se encontraba en el Mediterráneo.

Mac levantó sus largas y oscuras pestañas y la pilló mirándolo. Su sonrisa automática bastó para provocarle un revoloteo en el estómago.

«Cállate, estómago».

—Bueno, Annie —dijo él, y se arrellanó en su lado de la mesa—. ¿No deberíamos aclarar las cosas primero?

—¿Qué es lo que hay que aclarar?

—Por qué me odias tanto.

Annie se atragantó con una patata frita.

—No te odio.

—Sí, ya —repuso Mac con un resoplido—. Pues claro que me odias.

—¡Que no te odio! El hecho de que nunca hayamos sido amigos no significa que te odie.

—¡Ja! Cada vez que te miro, me fulminas con la mirada.

Annie puso los ojos en blanco y respondió:

—Perdona si no caigo rendida a tus pies como hacían todos en el instituto.

—No es verdad.

—¡Por favor! ¿Capitán del equipo de *lacrosse*? A las chicas les encanta ese rollo.

—Pero a ti no.

—No me interesa mucho el deporte —le dijo ella encogiéndose de hombros.

—Ni la gente que lo practica.

—¿Y qué? Tampoco es que tú acudieras a las reuniones del consejo estudiantil.

Mac se metió en la boca tres patatas fritas más.

—Ahí llevas razón. Pero aun así creo que te caigo mal.

—No me gusta cómo tratabas a Logan cuando éramos pequeños.

—¿A Logan? —repitió Mac con los ojos como platos.

—Sí, te burlabas de él. Y su madre acababa de morir. Supongo que sí que te odiaba un poco por eso.

Tuvo el detalle de mostrarse avergonzado por su conducta hacia Logan.

—Me disculparé con él.

—Sí, seguro. —Annie puso los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Dame tu teléfono.

—¿Cómo? ¡Ni hablar!

—Marca el número de Logan. Le escribo ahora mismo.

—Estás de broma.

—Hablo muy en serio. Fui un imbécil. Deja que me disculpe y así podremos hacer borrón y cuenta nueva y dejarás de odiarme. —Mac alargó la mano, expectante. Hablaba en serio.

Annie no sabía qué había esperado de él, pero desde luego no era aquello.

Se sacó el teléfono del bolso y abrió su chat con Logan. El último mensaje era una foto de la sonriente Nana Estelle entre el ceñudo abuelo Henry y Logan, que miraba a cámara entornando los ojos. Tenían todos la nariz quemada y la gigantesca pamela de Estelle casi les tapaba la cara a Logan y a su abuelo. Annie confiaba en que la buena señora se lo estuviera pasando en grande. Llevaba toda su vida esperando para ir de crucero.

Mac enarcó las cejas con gesto divertido al ver la fotografía, pero no dijo nada. Se limitó a coger el teléfono y redactar un mensaje. Se

lo devolvió a Annie para que esta diera su aprobación antes de enviarlo.

ANNIE
Hola, tío. Soy Mac.
Siento haber sido un imbécil contigo cuando éramos pequeños.
Espero que te lo estés pasando bien en tu crucero para la tercera edad

—Sabes que esto es muy raro, ¿verdad?

—Sí —contestó Mac con gesto afirmativo.

Annie envió el mensaje.

Ambos se quedaron mirando la pantalla del teléfono sobre la mesa, aguardando una respuesta.

No tardó mucho en aparecer una ristra de signos de interrogación.

LOGAN

????

ANNIE
Estoy en la cafetería con Mac

Fue la respuesta de Annie, para aclarar la situación.

LOGAN

¿Por qué?

ANNIE
No lo sé, la verdad

LOGAN

Vale…

ANNIE
Creo que quería disculparse

LOGAN

Qué raro. Disculpas aceptadas

—Dice que acepta tus disculpas.

—Ufff, menos mal —respondió Mac—. Entonces, ¿tú también me perdonas?

Annie miró la pantalla cuando volvió a vibrarle el móvil.

LOGAN

Un momento, tienes una cita con Mac???

Se guardó el teléfono otra vez en el bolso. Ya respondería a Logan más adelante.

—Bueno, vale. Te perdono.

Ahí estaba otra vez la condenada sonrisa. Quizá sus habilidades para el deporte no fuesen el único motivo por el que las chicas hacían cola frente a la taquilla de Mac.

—Fantástico. No sé tú, pero yo me siento mejor.

Mac extendió los brazos sobre el respaldo del asiento, lo que realzó la amplitud de su pecho. Annie se tragó media patata frita sin masticarla y a punto estuvo de volver a atragantarse.

—¿No deberías estar jugando al *lacrosse* en algún equipo universitario?

Mac se rio al responder:

—Ya sabes que era el capitán de un equipo mediocre en un instituto muy pequeño. Los ojeadores universitarios no es que se pelearan por reclutarme.

—Ah. —Annie no estaba segura de cómo se sentía él al respecto. No parecía especialmente resentido, pero había regresado a su rostro la misma expresión perdida de cuando le contó su plan de recorrer el país—. ¿Y qué has estado haciendo desde la graduación?

—Sobre todo trabajar en el *pub* de mi padre —respondió Mac encogiéndose de hombros—. ¿Y tú? ¿No te apetecía irte a estudiar a alguna otra parte? —le preguntó—. ¿A alguna parte que no fuera Harvard?

—¿Por qué iba a desear marcharme? Me encanta estar aquí.

Mac se rio, pero se interrumpió al darse cuenta de que hablaba en serio.

—Se nota que tú no piensas lo mismo —agregó ella, y se reafirmó en su convicción de que no tenían nada en común y de que aquello era una estupidez.

Mac volvió a echarse hacia delante y estiró los brazos sobre la mesa. Fuera cual fuera la posición que adoptara, parecía ocupar mucho espacio.

—Solo estoy aburrido, supongo. O inquieto. Yo qué sé. Siento que tengo que aclararme las ideas.

—¿Y tienes que marcharte para hacer eso?

Él asintió, cogió otra patata frita y la arrastró por el kétchup.

—Eso creo, sí.

—Pero sigues aquí.

Annie vio que se le sonrojaban las mejillas por el comentario y le dio por pensar que tal vez aquel chico fuerte y grandullón le tuviese tanto miedo al futuro como ella.

—Puedo ayudarte a elaborar una ruta, si quieres —soltó de pronto —. Quiero decir, que se me da bastante bien planificar.

—Sería genial —respondió él, y agrandó de nuevo la sonrisa—. Gracias, Annie.

El placer que invadió su cuerpo al oír su elogio fue casi vergonzoso. Pero, por suerte para ella, no había nadie allí que lo presenciara.

Pasaron el resto de la velada con las cabezas inclinadas sobre el teléfono de Mac, garabateando de vez en cuando lugares e ideas en el cuaderno que Annie llevaba siempre encima y elaborando una ruta que lo llevaría muy lejos de ella.

Pero, para cuando Gladys los echó de la cafetería, estaban más unidos que nunca antes.

Capítulo 5

Ahora

Kira había dispuesto para la cena de ensayo cuatro de las mesas destinadas al banquete de la boda. Se había decantado por una decoración sencilla, con velas como centro de mesa y ramitas de romero en cada servilleta. Los manteles eran blancos, y los platos, de porcelana china desparejada. El entorno transmitía una sensación acogedora e íntima. Resultó que a Kira se le daba muy bien aquello. Annie estaba impresionada.

Le tocó sentarse a cenar entre Iris y Bennett; por suerte Mac ocupaba una mesa diferente, porque lo cierto era que no habría podido hacer ninguna promesa más de portarse bien si hubiera tenido que sentarse a su lado. Después de recorrer el pasillo nupcial, donde se había visto invadida por los recuerdos de aquellas otras veces en que permitió a su cuerpo acercarse demasiado a él, había estado tratando de mantenerse lo más alejada posible de él. Algo que no resultaba fácil, habida cuenta de que no constituían un grupo numeroso. La lista de invitados estaba compuesta por el cortejo nupcial, los abuelos de Logan, un par de primos de Jeanie, el alcalde Kelly, que oficiaría la ceremonia, Archer y Iris. El resto de la familia de Jeanie no llegaría al pueblo hasta la mañana siguiente y todos los demás tendrían que esperar al gran acontecimiento del domingo para sumarse a la diversión.

Annie se deslizó en su asiento y dejó su plato sobre la mesa. Se había servido varias lonchas de solomillo de ternera, puré de patatas y *haricots verts,* que esa misma tarde había descubierto que eran unas simples judías verdes, pero Archer las presentaba como algo elegante y exquisito.

—Qué buena pinta tiene todo —comentó.

Archer le sonrió mientras colocaba un plato lleno delante de Iris y se sentaba a su lado.

—Disfruta —le respondió.

—¿A ti te da de comer así todo el tiempo? —le preguntó Annie a Iris—. De ser así, tiene todo el sentido del mundo que accedieras a tener un bebé con él.

Iris se rio y a punto estuvo de escupir el agua que estaba bebiendo. Tosió contra la mano y Annie le dio una palmada en la espalda.

—Perdona, no era mi intención hacer atragantarse a una mujer embarazada.

—No pasa nada —respondió Iris meneando la cabeza—. Estoy bien —le aseguró, y desestimó con un gesto de la mano los ineficaces intentos de Annie por salvarle la vida—. Y sí, me da de comer así todo el tiempo.

—Maldita seas, chica —contestó Annie entre risas.

—Lo sé.

—Hasta yo me quedaría embarazado de él si me cocinara así todas las noches —comentó Bennett desde el otro lado de Annie.

Iris volvió a estallar en carcajadas.

Archer le guiñó un ojo a Bennett y las chicas se rieron aún más fuerte.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó el alcalde Kelly desde el otro lado de la mesa.

—Ah, estábamos hablando de lo que haríamos por Archer a cambio de cenar esto todas las noches —explicó Annie con una sonrisa, y las cejas del alcalde se enarcaron por encima de sus gafas.

—Bueno, Pete, ¿tienes ya lista la ceremonia del domingo? —preguntó Estelle, cambiando de tema antes de que el alcalde pudiera intervenir. Lo cual, seguramente, fuese lo mejor.

—En su mayor parte. Todavía necesito algunas aportaciones más de los novios, pero creo que estoy preparado.

—Lo vas a hacer genial, papá —le aseguró Hazel, que le dio una palmada en la espalda desde el asiento de su lado.

—Va a ser precioso, no me cabe duda —adivinó Estelle, y a continuación desvió su atención hacia Jeanie, que se encontraba sentada en la mesa contigua—. ¡Jeanie! —gritó—. ¿Has pensado en lo que te vas a poner para la noche de bodas?

Annie alcanzó a ver el intenso rubor del rostro de Logan desde el otro extremo de la sala. Iris y ella estallaron en más carcajadas.

—Pues la verdad es que no —respondió Jeanie.

—Vale, muy bien —sonrió Estelle —. Tengo lo que necesitas.

—Uy, qué amenaza —susurró Annie, y Iris le dio la razón.

—Creo que no quiero saberlo.

La velada prosiguió con más bebida, más comida y más risas. Archer se había superado a sí mismo y Annie no imaginaba que la comida del domingo pudiera estar más rica, pero sabía que así sería.

—Creo que deberíamos probar la pista de baile —anunció Noah, colocándose junto a Hazel y tendiéndole una mano.

—Deberíamos —le sonrió ella.

Annie no pudo evitar sentir la misma punzada en el estómago que le sobrevenía cada vez que se hallaba últimamente en compañía de sus amigos. Los quería mucho a todos y se alegraba muchísimo de que hubieran encontrado a su alma gemela. Sin embargo, cuando todos tenían a su alma gemela, quedaba de manifiesto el hecho de que ella no la tenía.

Notaba la mirada de Mac clavada desde la otra mesa conforme el resto de los invitados seguían poniéndose en pie para bailar. No se permitió mirarlo. En vez de eso, aceptó agradecida la oferta de uno de los primos de Jeanie cuando este la invitó a bailar.

La música era lenta y romántica, y Annie había bebido vino suficiente para sentirse agradablemente relajada. No pudo evitar pensar que, si hubiera estado allí bailando con alguien que le importara, el momento habría sido perfecto.

Hazel tenía la cabeza apoyada en el hombro de Noah mientras bailaban, Iris y Archer no se quitaban los ojos de encima, y Kira había dejado de lado durante un rato sus obligaciones como anfitriona para bailar con Bennett. Su risa inundó la sala cuando él la inclinó hacia atrás. Y qué decir de Jeanie y de Logan. Annie estaba convencida de que sus pies ni siquiera tocaban el suelo mientras

bailaban, susurrándose cosas el uno al otro, absortos en su pequeño mundo. Eran todos muy felices, habían sentado la cabeza. Y, en un grupo de parejas, Annie no había tardado en convertirse en la única soltera.

Bueno, aparte de Mac.

Necesitaba hacer más amigos.

—Por esa razón no doy de comer grillos a mis salamandras.

Annie parpadeó confundida.

—¿Cómo dices? —preguntó.

No había prestado ninguna atención a lo que le decía su pareja de baile. De hecho, ni siquiera estaba segura de haberse quedado con su nombre.

—Grillos —repitió él—. Desprenden un olor raro, así que prefiero dar de comer a mis salamandras únicamente pienso.

Annie se quedó mirándolo horrorizada antes de recordar que debía mostrarse educada.

—Claro, tiene sentido —respondió, y se obligó a sonreír—. Bueno, muchas gracias por el baile.

Se apartó, pese a que la canción no hubiese terminado aún. Ya había tenido suficientes grillos por una noche.

Mientras atravesaba la pista de baile y se alejaba del tío de las salamandras, vio que Mac la seguía con la mirada. Continuaba sentado a la mesa charlando con Henry y con el alcalde Kelly, pero tenía los ojos clavados en ella.

Tenía que largarse de allí. Necesitaba tomarse un respiro, de Mac, de las parejas felices y de la boda tremendamente romántica que había planeado Kira. Le parecía que era todo excesivo.

Salió del granero, emergió al aire frío de la noche y respiró hondo. Se encontraba bien. Todo iba bien. Cogió otra bocanada de aire con aroma a pino mientras trataba de convencerse a sí misma de que todo iba bien de verdad. Se quedó contemplando el cielo repleto de estrellas.

Annie no tenía por costumbre padecer mal de amores y no pensaba empezar ahora. Cuando terminara la boda, todo volvería a la normalidad. Podría seguir evitando a Mac, y su soltería ya no

resultaría tan dolorosamente evidente. Tenía amigos, tenía familia y tenía su pastelería. No necesitaba una pareja de baile.

Correcto. Solo le quedaban dos días.

Podría lograrlo.

Sin embargo, para cuando el pequeño grupo de invitados quedó reducido a Iris, que esperaba a que Archer y su equipo terminaran de guardar la comida, y el alcalde Kelly, que se hallaba repasando con Logan sus notas para la ceremonia, Annie buscaba cualquier distracción que se interpusiera entre Mac y ella.

Hazel y Noah se habían marchado para llevar a casa a Jeanie, que estaba un poco piripi, y Bennett había ido a acompañar a los primos Ellis a su hotel.

—¿Qué más puedo hacer? —le preguntó a Kira, a fin de no mirar cómo Mac hacía girar a Iris en un círculo lento sobre la pista de baile.

—Creo que ya está todo por hoy. —Kira se dejó caer en la silla más cercana—. Deberíamos dormir un poco. Mañana tenemos más trabajo que hacer.

—Claro.

Manicuras y pedicuras, además de dar los últimos retoques al postre secreto de la boda y ayudar a Kira a decorar el granero. Confiaba en que Mac no formara parte de ninguna de aquellas tareas. Quizá no tuviera que volver a verlo hasta el domingo, y ese día estarían pasando tantas otras cosas que apenas se vería obligada a interactuar con él. Salvo por el espinoso asunto de tener que recorrer juntos el pasillo.

—¿Qué pasó entre vosotros, por cierto? —le preguntó Kira, que siguió el curso de su mirada hasta Mac; ahora hablaba con Archer y Iris una vez terminado el baile.

—Lo cierto es que no importa —repuso Annie con un suspiro.

—A mí me parece que sí.

Mac alzó la vista y la miró. A veces, a Annie le parecía que habían transcurrido un millón de años desde que se permitió enamorarse del arrogante capitán del equipo, y a veces, en cambio, le parecía que seguía siendo aquella chica que se permitió confiar en él. Mac curvó los labios para esbozar una sonrisa indecisa, y Annie volvió a

verse sentada a la mesa de aquella cafetería, tratando de convencerse a sí misma de que no tenían sentido como pareja, de que era imposible que a él le gustara.

Pero Mac la había convencido de que sí. Y, durante aquel mes de diciembre, ella se había permitido creerlo.

Y no había más que ver dónde había acabado. Obsesionada con un hombre que jamás sería adecuado para ella.

Se apartó de la sonrisa de Mac.

—Éramos jóvenes y estúpidos.

Kira enarcó las cejas. Aquello era lo máximo que Annie había llegado a confesar en relación con lo que sucedió entre Mac y ella. Por alguna razón, le resultaba más fácil contárselo a Kira, que no los conocía de toda la vida y había llegado al pueblo tan solo un año atrás.

—Erais jóvenes y estúpidos y…

—Y… la historia terminó antes incluso de haber empezado.

Kira suspiró decepcionada y dijo:

—Me da la impresión de que te estás conteniendo conmigo, pero estoy agotada, así que por ahora dejaré que te salgas con la tuya. —Se puso en pie y le dio un beso a Annie en la mejilla—. Te veré por la mañana.

—Sí, claro. Nos vemos mañana.

Annie fue a ver dónde había dejado su bolso y su abrigo y, cuando se dio la vuelta para marcharse, el granero había quedado vacío salvo por una persona. Por supuesto.

—¿Te acompaño a la salida? —preguntó Mac, caminando hacia ella a través de la pista de baile.

El cuerpo de Annie adoptó el modo de «lucha o huida».

—Creo que puedo recorrer el camino hasta mi coche sin tu ayuda, pero muchas gracias.

Vale, se decantó por la lucha.

Mac dejó escapar un suspiro que reflejaba su frustración.

—¿Puedo salir de aquí contigo, Annie, o tengo que concederte una ventaja de cinco minutos para que no tengas que soportar estar a mi lado ni un segundo más?

Annie lo fulminó con la mirada y estaba a punto de decirle que, por ella, como si se caía por un acantilado cuando Kira volvió a asomar la cabeza a través de los portones del granero:

—¡Se me había olvidado apagar las luces!

Pulsó el interruptor y las luces del granero se apagaron, salvo por las guirnaldas de lucecitas titilantes que se entrecruzaban por las vigas del techo. Y la muy traidora se escabulló antes de que Annie pudiera acusarla de ser igual de perversa que el resto de los vecinos de aquel pueblo entrometido.

Se volvió de nuevo hacia Mac con un resoplido y lo descubrió mirándola bajo el cálido fulgor de las luces de Navidad. No sonreía con suficiencia, ni le guiñaba el ojo, ni ninguna de las chorradas habituales que hacían que le resultara fácil odiarlo. Solo la miraba con tanto cariño que Annie pensó que quizá sería mejor huir que luchar.

—Maldita Kira —susurró.

Mac dejó escapar una risa grave.

—Es un efecto agradable. —Alzó la mirada hacia el techo, del que colgaban las guirnaldas de luces.

—Muy navideño —masculló Annie en respuesta, sumiéndose aún más en el trance de contemplar a Mac bajo aquella iluminación suave.

Le recordaba demasiado a otra ocasión en que lo había visto bajo el brillo de las luces de Navidad. Había visto su rostro encendido, feliz y desinhibido, y en su memoria quedó grabado el destello de las lucecitas sobre su piel olivácea.

Cuando volvió a mirarla, supo que estaba recordando lo mismo que ella.

—Annie. —Su voz sonó áspera cuando habló y Annie comprobó que, en algún momento, se había acercado más. Notó que algo la atraía hacia él—. ¿Recuerdas aquella noche?…

—Claro que recuerdo aquella noche —respondió ella con brusquedad.

¿La noche de las luces de Navidad y de la piel desnuda de Mac contra la suya? ¿Cómo iba a olvidar algo así?

Mac esbozó una sutil sonrisa de suficiencia al mencionarlo.

—No me refiero a aquella noche. Hablaba de la noche en que fuimos a hacer el recorrido de las luces de Navidad.

Entonces Annie sonrió también, perdida en sus recuerdos.

—Sí. Fue divertido.

Mac se había acercado más aún, casi le rozaba la mejilla con la nariz, y sus palabras cálidas y suaves le acariciaban la piel.

—Fue mi noche favorita.

A Annie se le entrecortó la respiración. ¿Aquella había sido su noche favorita? ¿La noche en que le dio la mano y estuvieron riéndose y hablando hasta las dos de la mañana, y ni siquiera se besaron, pero la promesa de aquel beso estaba allí? Pensar en ello fue como apretar con el dedo un moratón. Aún dolía. Incluso transcurridos todos esos años.

—Ojalá pudiéramos recuperar aquello —susurró él.

Annie deseó cerrar los ojos y entregarse a esa idea. Deseó también recuperar aquel sentimiento. Sin embargo, recordaba demasiado bien lo que sucedió después de aquel sentimiento. Todos esos meses pensando en él, esperándolo. No fue solo su corazón el que quedó magullado, fue su ego, y de alguna manera aquello era mucho peor.

Se le formó un nudo en la garganta.

—Éramos muy jóvenes —dijo en vez de todas las otras cosas que se le pasaban por la cabeza.

—Aún siento lo mismo cuando te miro.

¿En qué momento Mac le había puesto las manos sobre las caderas? ¿Cuándo la había atraído hacia su cuerpo? ¿Cuándo habían empezado a balancearse al ritmo de una canción imaginaria, entregándose a ese baile lento que antes había tratado de evitar?

Annie le apoyó la cabeza en el torso y percibió el suspiro que recorrió el cuerpo de él. Se concedió exactamente tres inspiraciones para recordar los buenos momentos y olvidar todo lo demás. Tres inhalaciones del familiar aroma especiado de Mac, tres exhalaciones para reunir fuerzas antes de apartarse. Mac le clavó los dedos en las caderas solo un segundo antes de soltarla.

—Deberíamos irnos —dijo ella, incapaz de mirarlo a los ojos.

Mac seguía pegado a ella, y Annie temió que fuese a volver a tocarla, temió lo que haría ella en ese caso. Pero, al cabo, se limitó a asentir:

—Claro. Probablemente deberíamos.

Emergieron al aire frío de la noche y el momento de ensoñación del granero se disipó de inmediato. Daba igual que Mac supiera cómo engatusarla, daba igual que los recuerdos fuesen tentadores, daba igual lo agradable que fuese sentir sus brazos rodeándola. Annie le había hecho una promesa a la chica que había sido años atrás. La chica que se había permitido enamorarse de un tipo del que sabía que no le convendría enamorarse. La chica que decidió confiar y amar desoyendo su sentido común. La chica que había esperado a Macaulay Sullivan durante un año entero para que después él la dejara olvidada.

Había jurado que jamás volvería a permitirle entrar en su vida.

Y no tenía intención de romper esa promesa ahora.

Capítulo 6

Antes

—¿Cómo puede hacerte tanta ilusión? Si sabes que puedes pasar por delante de cualquiera de estas casas cuando te apetezca. —Mac se sopló las manos en un intento fútil de calentarse los dedos congelados.

—¿Cómo puede no hacerte ilusión a ti?

Annie se hallaba de pie junto a él en el césped situado frente al ayuntamiento, envuelta en un abultado abrigo, un gorro de punto y unas manoplas de las que él estaba francamente celoso. Se le habían sonrosado las mejillas y tenía la mirada encendida por la emoción, y de pronto a Mac le pareció una gran negligencia por su parte no haber reparado hasta ese momento en lo guapa que era. Aunque, todo había que decirlo, era mucho más guapa cuando no le ponía mala cara.

Disculparse con su amigo había sido todo un éxito. Ahora ya sabía que meterse con cualquiera a quien Annie tuviera cariño bastaría para ganarse su antipatía. También sabía que era una persona rencorosa.

—Creo que no había hecho esto desde que tenía diez años.

—Pues no sabes lo que te pierdes. El recorrido de las luces de Navidad de Dream Harbor es una de mis actividades favoritas en fiestas.

Estaban aguardando a que el autobús del colegio reconvertido en autobús turístico regresara para recoger a la siguiente tanda de pasajeros. A continuación los llevaría a visitar los diferentes barrios de Dream Harbor para que admirasen las instalaciones de luces. La multitud estaba compuesta casi en su mayoría por ancianos que debatían sobre qué casa creían que tendría las mejores luces aquel

año y niños pequeños que corrían en círculos mientras sus padres trataban en vano de calmarlos. El consumo de bastones de caramelo y chocolate caliente mientras esperaban no era de mucha ayuda, eso seguro.

Mac volvió a soplarse las manos. Annie lo observó con una sutil sonrisa.

—¿Tienes frío?

—No es para tanto.

—¿Por qué los chicos hacéis eso?

—¿El qué?

—Fingir que nunca tenéis frío. ¿Es que os quitan el carné de hombre si admitís que tenéis frío?

Mac soltó una risotada y su aliento formó una nube de vaho.

—Estoy bien. —Golpeó los pies ligeramente contra el suelo para recuperar la sensibilidad en los dedos. Había sido mala idea ponerse deportivas.

Annie enarcó una ceja en señal de asombro.

—¿Prefieres morirte de frío a ponerte un gorro?

A Mac le quedaban fatal los gorros, así que sí, preferiría morirse a ponerse uno delante de una chica guapa. Pero no tenía pensado admitir ese grado de fragilidad.

—No pensé que hiciera tanto frío. Si ni siquiera ha nevado todavía.

Annie puso los ojos en blanco y se caló el gorro de punto hasta las orejas. Parecía suave y calentito. Maldita sea, era un idiota. Deseó haberse puesto un gorro. Y manoplas. Y botas con forro.

—Pero ¿dónde se ha metido el autobús? —murmuró, frotándose las manos hasta que, al fin, Annie se apiadó de él.

—Para ya. —Le estrechó las manos entre sus manoplas para transmitirle calor—. ¿Mejor así?

Mucho mejor, pero no solo porque le hubieran entrado las manos en calor. Annie estaba ahora muy cerca, y saltaban a la vista todas esas cosas en las que nunca antes se había fijado. Su naricilla respingona, el surco de su carnoso labio superior, el leve rubor de sus mejillas. Algunos mechones de cabello rubio se le habían escapado del gorro, y a él le invadió el súbito deseo de metérselos detrás de la oreja.

Annie era guapa.

Muy guapa, de hecho.

¿Qué demonios le pasaba? ¿Cómo había podido pasarse trece años mirando a alguien sin darse cuenta de que era guapísima?

Aquella preciosa chica llevaba toda su vida delante de sus narices y, no sabía cómo, ¡se daba cuenta ahora!

Allí plantado, mirando los labios de Annie —¿siempre habían sido tan rosas?—, se le reveló otra incómoda verdad. Mac deseaba besarla. Lo deseaba en serio. Deseaba besar esos labios que, hasta entonces, siempre se fruncían en su presencia, aquellos labios que ahora le parecían dulces y tentadores, ligeramente curvados en las comisuras, como si a ella le hiciera gracia.

—Mac, ¿ya tienes las manos mejor?

Ay, mierda. Se había quedado allí parado, mirándola como un idiota.

—Mucho. —Se aclaró la garganta—. Mucho mejor, gracias.

Annie sonrió y frotó las manos contra las suyas.

—Me alegro. No puedo permitir que pierdas un dedo y nos arruines la visita.

—Me alegra que te preocupe mi bienestar.

—Qué va —repuso ella riéndose—. Es solo por las luces de Navidad.

Él se rio también, porque de pronto se estaba divirtiendo con aquella absurda tradición vecinal que, hasta entonces, había tachado de infantil; porque a Annie le gustaba, porque quizá incluso también le gustara él.

O, por lo menos, ya no lo odiara.

Pero inclinarse para besarla en aquel momento seguramente fuese una mala idea.

Sin duda. Solo habían quedado porque no había nadie más en el pueblo y habían acordado que ambos se aburrían. Nada de eso constituía motivo suficiente para besar a alguien de repente.

Salvo por el hecho de que, a juzgar por cómo lo miraba Annie en aquellos momentos, le pareció que tal vez a ella tampoco le importaría. Tal vez pudiera. Tal vez ella deseara que lo hiciera.

Mientras Mac se preguntaba si Annie sería la clase de chica que quería que se lo preguntaran primero o si debería besarla sin más, apareció el autobús y, con el chirrido de los frenos, echó a perder el momento.

—¡Vamos!

Annie le soltó las manos y se sumó de inmediato a la fila de personas que poco a poco iba accediendo al autobús. Mac la siguió por la escalerilla y se encontró con su maestra del jardín de infancia sentada al volante con un gorro de Papá Noel.

—Feliz Navidad —saludaba Nancy a cada pasajero.

—¡Feliz Navidad, señorita DeMarco!

—Vaya, si son dos de mis alumnos favoritos.

Aquello era mentira, sin duda. Mac había pasado una considerable cantidad de tiempo en el «rincón de pensar» cuando estaba en la clase de la señorita DeMarco. Sus «oídos para escuchar» y sus «manos amables» nunca parecían funcionar como deberían, y se había visto obligado a pasar mucho tiempo pensando en ello. Por aquel entonces, era un auténtico cabroncete.

Annie le dedicó a su antigua maestra una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Has sido bueno este año, Macaulay? —le preguntó Nancy a él, mirándolo desde debajo de su gorro de Papá Noel.

—Pues…, eh…

—Se está esforzando —respondió Annie antes de que se vieran obligados a seguir avanzando para permitir que más gente subiera al autobús.

Ocuparon un asiento en la parte de atrás. Él suspiró aliviado al sentarse y ver que Annie le sonreía.

—¿Te preocupaba quedarte sin recreo? —bromeó entre risas.

—No te rías de mis traumas —le dijo él, provocando que sus carcajadas se volvieran más sonoras.

—¿Me estás diciendo que te tenía manía?

—Qué va, me lo merecía, no cabe duda —respondió Mac con una sonrisa—. Pero estoy intentando pasar página. No quiero que la gente te recuerde mi oscuro pasado.

—Muy oscuro —confirmó ella con una risita—. Es asombroso que hayas logrado dejar todo eso atrás.

Mientras ella hubiese logrado dejarlo atrás, lo demás no importaba.

Annie se quitó el gorro y se sacudió la melena. Aunque fuera hacía un frío que pelaba, en el autobús se estaba bastante a gusto. Las ventanillas ya se habían empañado. Se quitó las manoplas y se retorció para quitarse el abrigo antes de volver a recostarse en el asiento con un suspiro teatral.

—¡Uff! Mucho mejor.

Mucho mejor, sí, porque ahora él alcanzaba a ver todo ese cabello dorado que solía quedarse mirando en lugar de prestar atención a los problemas de matemáticas, y el ajustado jersey que vestía Annie debajo del abrigo.

Annie estaba buena.

Volvió a preguntarse qué demonios había estado haciendo toda su vida para no prestar atención a aquella chica tan guapa; ¿y todo por qué?, ¿porque no acudía a sus partidos de *lacrosse*? Menuda estupidez. Pero ahora él estaba allí, apretujado a su lado en un asiento del autobús escolar, y esta vez no iba a dudar.

Le pasó distraídamente un brazo sobre los hombros, acercándose más a ella para poder mirar también por la ventanilla.

—Muy bien —dijo con una sonrisa y los labios peligrosamente cerca de la oreja de Annie—. Vamos a ver esas luces.

Annie se quitó el brazo de Mac de encima de los hombros y se zafó para apartarse.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Merecía la pena intentarlo —respondió él con una sonrisa.

Annie puso los ojos en blanco y devolvió su atención a la ventanilla, pese a tener las mejillas acaloradas por la manera en que Mac la miraba. ¿Qué narices se pensaba ese tío que estaba haciendo? Pasarle el brazo por los hombros como si fueran novios o algo así, cuando sabía a ciencia cierta que pensaba largarse del pueblo después de Año Nuevo. Ella misma le había ayudado a planificar la puñetera ruta.

Por no mencionar que Hazel y Logan jamás dejarían de darle la murga si se enteraban de que se estaba enrollando con Mac, de entre todos los tíos posibles. Tras haberse pasado los últimos trece años criticando su personalidad, sus amigos no lo dejarían pasar.

Se estremeció solo de pensarlo.

—Es imposible que tengas frío —le dijo Mac, malinterpretando su escalofrío—. Si debe de hacer mil grados aquí dentro.

Se inclinó por delante de ella para limpiar con la mano la condensación de la ventanilla, obligándola de nuevo a verse sometida a sus brazos. Sus brazos fuertes y musculosos. Y su aroma cálido y especiado la envolvió, llevándola a cerrar los ojos y respirar profundamente.

Cierto, Annie no había priorizado tener citas con chicos durante el instituto. De hecho, cabía la posibilidad de que se le hubiera olvidado por completo. Pero ¿quién tenía tiempo para esas cosas? Entre el consejo estudiantil y sus clases avanzadas, apenas había tenido tiempo para ver a sus amigos.

Pero ahora, con Mac tan cerca, embriagándola con aquella masculinidad única que poseía, le dio por pensar que no tener citas quizá hubiera sido una negligencia por su parte. No había tenido oportunidad de inmunizarse frente a cosas como unos brazos fuertes o lo que fuera que hiciera que Mac oliera tan bien.

Sin contar a Logan, y Annie no lo contaba para nada, apenas había pasado tiempo con otros chicos adolescentes. Vale, le había concedido un baile lento a Aiden Smith en el Festival de Invierno de noveno curso, y luego se había enrollado con Seth Bates después de darle una paliza en clase de debate, una experiencia que resultó ser de lo más decepcionante. Pero, en términos generales, nunca hasta aquel momento les había encontrado el atractivo a los varones adolescentes.

Annie le dio un codazo a Mac para que volviese a sentarse en su mitad del asiento, en un intento desesperado por aclarar sus ideas. Su cercanía le nublaba el juicio.

—No tengo frío. Es que me hace ilusión ver las luces —mintió.

El autobús avanzaba despacio por la calle Mayor, sonaban villancicos por los altavoces, y ella trataba de concentrarse en todo

eso, en lugar de pensar en los recién descubiertos encantos de Mac.

Annie tenía un plan de vida que gestionar, un imperio de galletas que levantar. No disponía de tiempo para distracciones. Solo había accedido a quedar con él una segunda vez —se negaba a decir que aquello fuera una cita— porque deseaba ver las luces y todas sus hermanas se habían negado a acompañarla aquel año.

Rebuscó en su gigantesco bolso y extrajo un paquete de galletas de azúcar recién horneadas que había preparado para la ocasión. Se las ofreció a Mac, y el sonido que hizo él al morder una resultó tan obsceno que la pareja de ancianos sentada delante de ellos se volvió, perpleja, como si creyeran que allí estaba ocurriendo algo inapropiado. Annie notó que le ardían las mejillas.

—Joder, Annie. Tú sí que sabes preparar galletas —dijo él, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

—Pues claro.

Los labios de Mac esbozaron una sonrisa burlona, aunque sus ojos permanecieron cerrados.

—Debería haberlo sabido.

—Saber ¿qué?

Lo vio abrir los ojos y volver la cabeza hacia ella.

—Que destacarías en cualquier cosa que te propusieras.

—Eso no es cierto —repuso Annie con un nudo en la garganta.

—Bueno —Mac se encogió de hombros—, desde luego destacas preparando galletas.

—Gracias.

¿Había empezado a hacer más calor allí dentro? ¿Por qué las palabras de Mac le provocaban aquel efecto? Ya sabía que era buena repostera. Aunque también sabía que, aquel día, había tirado a la basura tres hornadas imperfectas de esas mismas galletas y que aquellas eran las únicas que habían estado a la altura, y que a veces se preguntaba cómo conseguiría poner en marcha su descabellado sueño. ¿Y si se esforzaba al máximo y aun así no lo lograba? ¿Y si lo intentaba y fracasaba?

—¿Qué sucede? Parece que te acabo de decir que tu perro ha muerto, en lugar de hacerte un cumplido.

—No tengo perro —respondió con un hilo de voz; trataba de evitar el tema de su paralizante miedo al fracaso. Se obligó a sonreír—. Estoy bien. Me alegra que te gusten las galletas.

Mac la miró como si no acabara de creerse sus palabras, pero se habían metido por una calle lateral y el autobús redujo la velocidad para que los pasajeros pudieran admirar la primera hilera de casas iluminadas.

—Si miran a su izquierda —se oyó la voz de Nancy por el altavoz, y el autobús al completo centró su atención en el lateral izquierdo—, verán la casa del señor y la señora Harris, que tiene la mayor colección de cascanueces de todo el condado. —La multitud alabó obedientemente el ejército de cascanueces colocado sobre el césped del jardín de la casa—. A su derecha, verán el primero de los muchos belenes de nuestro recorrido, este con figuras de tamaño natural.

—Dios —murmuró Mac.

—Eso mismo —bromeó Annie, y él se rio, acariciándole de nuevo la oreja con su aliento cálido, dado que ambos se habían girado para mirar por la ventanilla. Sintió otro escalofrío por todo el cuerpo.

—Me sorprende que no tengan un camello vivo —comentó Mac.

—Espera a que lleguemos a la granja de árboles de Navidad. Es la última parada, pero he oído que Edmund, el dueño, este año ha alquilado un camello de verdad y varias ovejas.

—Guau.

—Sí.

Mac había vuelto a invadir su lado del asiento y ella sabía que debía apartarlo. No tenía nada que hacer con un tío como él, y era evidente que él solo estaba pasando el rato hasta que volvieran a casa sus amigos. Les ocurría lo mismo a ambos.

Entonces recordó el sonido que había hecho al morder la galleta y la manera en que la había mirado mientras le calentaba las manos congeladas, y pensó que tal vez pudiera desviarse un poco de sus grandes planes. Solo durante unas pocas semanas. Hasta que su vida regresara a la normalidad tras las Navidades.

Tomaron una curva bastante cerrada y Annie estuvo a punto de caer sobre el regazo de Mac, como si el universo quisiera equilibrar

la balanza. Cuando Mac volvió a pasarle el brazo por encima, ella no lo apartó.

—¿Te parece bien? —le susurró al oído.

Ella asintió y se acurrucó contra su cuerpo mientras tras la ventanilla desfilaban las casas iluminadas.

—Sí, me parece bien.

Le parecía mejor que bien acurrucarse contra el chico al que había asegurado odiar cuando, en secreto, estaba colada por él, cosa que no admitiría ni bajo tortura; sin embargo, era agradable sentir sus brazos rodeándola, estaban en su época favorita del año y el autobús generaba una atmósfera acogedora con las luces titilantes y la música navideña…

Aquello estaba mejor que bien.

Se recostó sobre Mac mientras, a través del cristal, los espectáculos de luces se volvían cada vez más exagerados. Sonrió al oírle ahogar un grito al ver la gigantesca casa situada al final de Elm Street, que lucía en su tejado un trineo a tamaño real tirado por ocho renos iluminados, y, para cuando Mac empezó a enumerar los motivos por los que prefería las luces de colores a las blancas, Annie supo que el recorrido de las luces de Dream Harbor le había cautivado.

Al bajar del autobús, Mac no le soltó la mano de camino a su coche, y Annie no supo qué más cosas le habrían cautivado. O si le cautivaría también lo que fuera que estuviera sucediendo allí. Pero, cuando Mac dijo que no quería que la noche se terminara, Annie contestó que ella tampoco.

Y, cuando él la invitó a su casa, ella respondió que sí.

Capítulo 7

Ahora

Annie estaba vistiéndose cuando le sonó el teléfono.

—Qué hay, Haze. ¿No habíamos quedado a las nueve?

Consultó su reloj. No llegaba tarde. No podía llegar tarde. Aquel día había demasiado que hacer. Primero el *spa* con Jeanie y las chicas, después terminar su regalo especial para la novia y el novio y, por último, ayudar a Kira a montar las mesas y los arreglos florales. Además, si le daba tiempo, tenía varias docenas de pedidos de galletas que hacer antes del lunes. En el peor de los casos, podría pasar sin dormir, ya lo había hecho muchas veces antes.

—Han trasladado la cita a esta tarde.

—Vale, genial.

—Pero no te llamo por eso.

Hazel parecía agitada y, francamente, aquello no podía ser buena señal el día antes de la boda.

—¿Qué sucede? —Annie puso el altavoz en el teléfono y empezó a aplicarse el rímel en las pestañas superiores.

—¿Has visto a Estelle?

Annie se detuvo con el aplicador a mitad de pestaña.

—¿Por qué iba a haber visto a la abuela de Logan a las ocho y media de la mañana, Haze?

—No sé, pero nadie más la ha visto.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que la abuela de Logan, su adorada Nana, ha desaparecido el día antes de su boda?

—Pues sí.

—¡Hazel! ¿Qué demonios dices? ¿Has probado a llamarla?

—¡Claro que sí! Tenía que llevarla hoy a la peluquería y la he llamado para confirmar, pero no ha respondido al móvil, así que he

llamado a su casa y Henry me ha dicho que salió temprano esta mañana.

—¡¿Que salió para ir adónde?! —Annie estaba gritando y daba vueltas de un lado a otro de su diminuto cuarto de baño, lo que solo le permitía caminar dos pasos en una dirección y dos pasos en la otra. Empezaba a marearse.

—¡No lo sé! —exclamó Hazel; ya había dejado atrás su estado de agitación para instalarse oficialmente en el estado de pánico.

Annie se sentó sobre la tapa del váter y respiró hondo.

—Vale, vamos a calmarnos un momento. ¿Henry no sabía dónde había ido?

—La verdad, me ha parecido bastante confundido. Ha dicho que Estelle ha tenido que salir a recoger algo. ¿O quizá a alguien? No lo sé. No hacía más que dar rodeos acerca de una sorpresa o algo así, pero estoy preocupada, Annie.

Había que admitir que la desaparición de una persona mayor distaba mucho de ser algo ideal, pero, a pesar de su avanzada edad, Estelle conservaba bastante bien sus facultades mentales. Annie estaba razonablemente convencida de que la mujer no se hallaría perdida y confundida en alguna parte, aunque también sabía que, si la situación llegaba a oídos de Logan, se pondría de los nervios el día antes de su boda, algo que ella no podía permitir que sucediera.

—Iré a buscarla. —Y se levantó de la taza del váter para terminar de maquillarse de forma apresurada—. Seguramente esté en el pueblo comprando un regalo. La localizaré y así nos quedamos todos tranquilos de cara a mañana, ¿vale?

—Pero entonces no llegarás a tiempo a la manicura y la pedicura.

—Seguro que la encuentro antes.

Hazel dejó escapar un suspiro que delataba su preocupación.

—No va a pasar nada. Todo irá bien. No te preocupes. —Annie se aseguraría de ello—. Y tampoco le digas nada a Jeanie sobre Estelle.

—¿Estás segura? A lo mejor debería irme contigo.

—No. Le prometiste a Kira que la ayudarías con los regalos para las chicas.

—Ay, es verdad. Le diría a Noah que te acompañara, pero ha ido con Logan y los primos Ellis a pescar en el hielo.

—Dios mío —murmuró Annie—. Te juro que como esos dos idiotas se caigan en el hielo, los reanimo y luego los mato yo misma.

—Ya lo sé. Les sugerí una de esas actividades a las que va la gente a pintar y beber vino, pero no quisieron.

Annie se alisó el pelo para recogérselo en su característica coleta.

—Todo irá bien. Y te mantendré informada sobre mi búsqueda de Estelle. Seguro que para las diez estoy tomándome un *pumpkin spice latte* con ella.

—Eso espero. Adiós, Annie.

—Adiós, Haze.

Annie tardó un minuto en ordenar su apartamento antes de iniciar su búsqueda. Tardó solo un minuto porque el espacio era mínimo, pero le encantaba su pequeño apartamento abuhardillado. Vivía en la tercera y última planta de una vieja casa victoriana que había sido reconvertida en varios apartamentos. Le encantaba el techo inclinado y que la luz entrara por la ventana delantera cada mañana. Allí tenía todo lo que necesitaba. Su acogedora cama, su cocinita, que servía para calentar sopa, té y poco más, además de una bañera de patas que era perfecta para relajarse después de pasarse horas de pie. Era su oasis tras un largo día de trabajo.

Y, lo más importante, era suyo. Había pasado años viviendo con sus padres mientras ponía en marcha su negocio. Aquellos primeros años, apenas ganaba dinero suficiente para comprar los ingredientes; desde luego no podía permitirse también pagar un alquiler. Y luego se dedicó a ahorrar para el alquiler de su tienda, la nueva maquinaria que necesitaría y el sueldo que tendría que pagarle a su empleado.

Tener una pastelería era su sueño, si bien uno bastante caro.

Después de pasar años levantándolo, no cambiaría su imperio repostero por nada. Creía firmemente que todo el mundo debía tener una pasión en la vida. Podía ser cualquier cosa: avistamiento de aves, escribir *fan fiction* sobre tu serie de televisión favorita —y convertir a todos los personajes en hombres lobo—, fotografiar a las ardillas que viven en tu jardín trasero. Cualquier cosa que te hiciera levantarte de la cama por las mañanas. Pero resultó que su pasión

por la repostería acabó traduciéndose en una carrera laboral, lo cual era un arma de doble filo.

Ahora, sus otras pasiones eran dormir siempre que podía y ver *realities.* Aunque jamás admitiría ninguna de esas dos cosas. Al fin y al cabo, tenía una reputación que mantener.

Descolgó el abrigo del gancho situado junto a la puerta y se echó el bolso al hombro. Al abrir la puerta y encontrarse a un hombre de pie al otro lado, soltó un grito.

—Joder, Mac. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Él parecía tan sorprendido como ella, pues al parecer no se esperaba que fuese a salir corriendo por la puerta justo cuando estaba a punto de llamar.

—Me envía Logan.

Annie frunció el ceño. No tenía tiempo para aquello.

—Te envía ¿a qué?

—A por su corbata y sus gemelos.

—¿Por qué iba a tener yo…?

Ah, sí. Claro que los tenía. Por ser amiga íntima del novio y de la novia, Annie había estado ayudando a ambos. Se le había olvidado que Logan había encargado una corbata y unos gemelos especiales, pero había hecho que los enviaran allí para que Jeanie, cotilla redomada, no los viera. Ya había echado a perder la petición de matrimonio sorpresa que Logan había planeado. Así que su amigo deseaba que, como mínimo, parte de su atuendo fuese sorpresa. En su momento, a Annie le pareció una bonita idea, ahora en cambio le suponía un fastidio. Y más fastidio aún que Logan hubiera enviado a Mac a buscar los accesorios entre toda la gente.

—¿No deberías estar pescando en el hielo o algo así? ¿Cómo es posible que seas el único disponible para esta labor?

—¿De verdad crees que accedería a pelarme el culo de frío para intentar pescar un pez diminuto que después tendría que devolver al agua? —le preguntó él con una sonrisa arrogante—. No, gracias. Y los padres de Bennett han llegado al pueblo esta mañana. Van a ir todos a desayunar a la Casa de las Tortitas. Así que le he dicho a Logan que no me importaba hacerle algunos recados de última hora.

—De acuerdo —respondió Annie con un suspiro—. Espera aquí.

—¿No vas a invitarme a entrar?

Annie no solía invitar a nadie a entrar. Su casa era muy pequeña y la cama ocupaba casi todo el espacio. Resultaba incómodo invitar a gente y pedirles que se sentaran en su cama. Pero tampoco recordaba dónde había guardado las cosas de Logan, y sería extraño dejar a Mac frente a su puerta en el diminuto rellano. Pese a que su instinto le dijera que debía cerrarle la puerta en las narices.

No obstante, había prometido portarse bien.

—Vale —respondió con un resoplido—. Pasa, anda, pero no toques nada.

Él dejó escapar una risita mientras la seguía hacia el interior.

—Joder, Annie, te comportas como si fuese a entrar y a ponerme a rebuscar en el cajón de tu ropa interior.

—Conociéndote, no me extrañaría.

—Por lo general, me gusta que sea algo consensuado cuando veo la ropa interior de una mujer.

—Ajá.

—Como la última vez que vi la tuya.

Annie le lanzó un cojín a la cabeza y él se rio al atraparlo al vuelo.

—La última y la única vez —le recordó.

—Oh, soy muy consciente de ello, cielo.

Annie le hizo un gesto obsceno mientras se arrodillaba junto a la cama. Al tener un apartamento tan pequeño, debía buscar formas creativas de almacenar sus cosas. Empezó a sacar los contenedores que guardaba allí debajo.

—Hoy no tengo tiempo para tus chorradas, Mac —le dijo mientras rebuscaba en la primera caja.

—¿Tienes un día ajetreado lleno de manicuras y secretitos de damas de honor? —le preguntó él, arrodillándose a su lado.

—Sí, muchos secretitos de damas de honor. —Lo apartó dándole un empujón en el hombro—. No necesito tu ayuda.

No quería que anduviera rebuscando entre sus cosas. En aquella caja en particular guardaba ropa de verano que no le cabía en su único armario, unos libros que había querido prestarle a su madre, una caja de felicitaciones navideñas en blanco que había tenido toda

la intención de enviar hacía dos años, pero nunca llegó a hacerlo, y múltiples botes de su crema facial favorita.

—¿Te estás aprovisionando? —preguntó Mac, y levantó uno de los botes.

Annie se lo arrebató y volvió a dejarlo junto a los demás.

—Iban a descatalogarla. Y es mi crema favorita.

Mac emitió un leve sonido, como si estuviera agregando aquella información concreta a todo lo que ya sabía acerca de ella.

—Me da la impresión de estar inmiscuyéndome en tus asuntos más íntimos, Annie —le dijo agachándose para mirar los demás contenedores que guardaba debajo de la cama.

—Prefiero que veas mi ropa interior —murmuró ella, que cerró aquel contenedor antes de sacar el siguiente.

Lo último que quería era que Mac fisgoneara en sus asuntos más íntimos. La noche anterior le había permitido acercarse demasiado, se había dejado abrazar por él, lo cual fue una auténtica estupidez.

¿Sería demasiado tarde para buscar acompañante para la boda? Quizá de camino a localizar a Estelle encontrara a un soltero atractivo deambulando por la calle. Necesitaba un cortafuegos frente a aquel hombre que no paraba de atraerla hacia él, pese a todos sus intentos por apartarlo.

Mac se sentó sobre la alfombra y dejó que ella rebuscara en el siguiente contenedor.

—¿Te preocupa lo que puedas encontrar en este? —le preguntó Annie, mirándolo por encima del hombro.

—Un poco —respondió esbozando una sonrisa—. No quiero descubrir que tienes una lista negra y que mi nombre es el primero.

—Tu nombre es el único.

—Qué bonito.

Annie sacudió la cabeza, tratando, en vano, de no disfrutar con la conversación.

—¡Ajá! ¡Aquí está! —Sacó la bolsita de papel que contenía la corbata y los gemelos de Logan—. Lo encontré.

Se la entregó a Mac y no le pasó desapercibida su mueca de desilusión, como si le decepcionara que la búsqueda hubiera concluido tan rápido.

—Deja que te ayude —se ofreció, levantándose del suelo antes de tenderle una mano.

—Ayudarme ¿con qué? —Annie se levantó sin aceptar la mano que él le tendía. Se acabó el contacto. Era menos peligroso de esa forma.

Mac suspiró y se metió en el bolsillo la mano rechazada.

—Ayudarte con lo que sea que tienes que hacer hoy. Se nota que tienes una larga lista de tareas, y esto era lo único que Logan me había encargado, así que dame algo que hacer.

Annie se planteó decirle que se fuera al infierno, pero lo cierto era que sí tenía una larga lista de tareas por delante. Aunque Mac no podría ayudar con casi ninguna.

—De acuerdo —accedió a regañadientes—. Puedes ir a recoger a Estelle.

—Fantástico. ¿Dónde está?

—No lo sé —confesó Annie y se encaminó hacia la puerta.

Apagó las luces, incluidas las bombillitas centelleantes que había colgado a modo de decoración navideña. Mac la siguió; miraba todavía el apartamento como si estuviera anotando mentalmente el hecho de que tuviera ropa sin doblar en una cesta y platos sucios en el fregadero. No podía ser perfecta a todas horas.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Ha desaparecido.

La expresión de perplejidad que mudó el rostro de Mac, petrificado en mitad del rellano, a ella le resultó tan cómica que a punto estuvo de olvidar que una abuela desaparecida no era motivo de risa.

Y que acababa de reclutar a Mac para colaborar en la búsqueda.

Capítulo 8

Antes

Mac había pasado la mayor parte de su adolescencia confundiendo la lujuria con el amor. Cuando se enrolló con Lauren Pepprell en el cine durante noveno curso, estaba convencido de que se había enamorado de ella. Y cuando Sadie Bates le dejó meterle mano aquella vez que sus padres se habían ido de viaje, estaba seguro de que la amaba. Y, por supuesto, cuando perdió la virginidad con Parker Moore el año anterior, estaba enamorado de ella.

Sentado en su dormitorio del sótano con Annie, de pronto ya no estaba tan seguro de nada de eso.

Lo cual era una locura, porque desde luego no estaba enamorado de Annie. Sin embargo, nunca se había pasado media noche despierto, ni siquiera media tarde, con ninguna de aquellas chicas. Le gustaban, iban a los partidos a verlo jugar y tuvo con ellas una cita o dos, pero nunca antes le había sucedido nada semejante.

En aquel instante, Annie se hallaba tumbada sobre su cama, abrazada al oso polar de peluche que había tenido desde que nació, y se burlaba de él por confesar que su película favorita era *Los Teleñecos en Cuento de Navidad.*

—Me refería a tu película favorita en general, no a una película navideña —le dijo entre risas.

—¡Esa es mi película favorita! —insistió él, y Annie comenzó a reírse a carcajadas de nuevo.

Tumbado al pie de la cama, Mac le lanzó un cojín.

—Es una buena película.

—Son unas marionetas cantarinas.

Annie añadió el cojín a la pila que tenía detrás de la cabeza. Era más de la una de la madrugada y, probablemente, debería llevarla a

su casa, pero se lo estaba pasando muy bien.

—Unas marionetas cantarinas a las que todo el mundo adora.

Annie se encogió de hombros como para reconocer que llevaba razón.

—Eso es verdad —dijo.

—Gracias. —Mac estiró los brazos por detrás de la cabeza y se quedó mirando el viejo falso techo de su habitación.

Se había trasladado al cuarto del sótano hacía unos pocos años para tener más intimidad y, por mucho que su madre intentara crear un ambiente acogedor allí abajo, seguía siendo un sótano. La estancia se inundaba, como mínimo, dos veces al año. Tenía que largarse de allí cuanto antes.

—Vale, me toca.

—Mi película favorita es *Orgullo y prejuicio,* la versión de Colin Firth, claro está. Aunque, técnicamente, era una miniserie de televisión, pero la cuento de igual modo.

—No sé qué significa nada de lo que has dicho. Y esa no era mi pregunta.

Annie resopló y él oyó que se acurrucaba sobre los cojines.

—Bueno, vale, hazme tu pregunta.

—Entonces, ¿Logan y tú nunca os habéis enrollado?

No tenía claro por qué deseaba saber aquello, pero lo cierto era que no creía que alguien pudiera ser tan amigo de otra persona del género contrario, dando por hecho que ambos fueran heterosexuales, y no acabar enrollándose en algún momento.

Annie le lanzó el cojín de antes y este le aterrizó sobre la cara.

—Puaj.

—Tampoco es una pregunta tan descabellada —se justificó él, que se colocó el cojín debajo de la cabeza.

—Es como un hermano para mí en todos los sentidos, salvo el genético. Así que no, nunca me he enrollado con él y jamás lo haría, aunque fuéramos las últimas dos personas sobre la Tierra.

—Guau, qué cruel. Pobre Logan.

—Te aseguro que él siente lo mismo hacia mí.

—Si tú lo dices.

—¿A qué viene eso?

—Solo digo que, si yo pasara tanto tiempo con una tía buena y ella solo quisiera que fuéramos amigos, lo pasaría muy mal.

Annie se incorporó hasta quedar mirándolo directamente.

—¿Crees que estoy buena?

Vaya. ¿Se le había escapado?

—Pues sí. —Trató de decirlo con indiferencia, como si estuviera acostumbrado a invitar a chicas a su habitación, confesarles sus secretos más vergonzosos, enseñarles sus animales de peluche de la infancia y, a continuación, decirles que estaban buenas. Una noche como cualquier otra para el viejo Mac.

Annie arrugó el entrecejo para darle a entender que albergaba sus dudas al respecto, y Mac quiso explicarle en detalle por qué consideraba que estaba buena, empezando por aquel labio inferior tan carnoso y terminando por la curva perfecta de sus nalgas, pero no deseaba echar a perder la noche.

Ella volvió a dejarse caer sobre los cojines.

—Vale, siguiente pregunta. ¿Cuál es tu mayor miedo?

—Joder, ¿vas a pasar de película favorita a mi mayor miedo?

—Sí, tu mayor miedo. Adelante.

Podría haber respondido que los murciélagos, porque era cierto. En esencia, eran ratones voladores con colmillos, lo que resultaba objetivamente terrorífico. Sin embargo, le daba la impresión de que Annie no andaba buscando esa respuesta.

—Quedarme aquí atrapado —dirigió sus palabras hacia el techo. Era más fácil confesar así, sin tener que ver la mirada de Annie fija en él.

—Define «aquí».

Mac dejó escapar un largo suspiro. Joder, qué chica más intensa. Quizá lo mejor hubiera sido elogiar su culo y que se acabara la noche.

—Aquí, en el pueblo, en el sótano de mi madre, sin hacer nada con mi vida.

—¿Y qué deseas hacer con tu vida?

—Para, que ahora me toca a mí, y quiero que respondas a la misma pregunta. ¿Tu mayor miedo?

—El fracaso —respondió Annie sin dudar ni medio segundo.

—¿El fracaso?

—Sí. Y no me vengas con toda esa mierda aleccionadora de que para triunfar primero hay que fracasar.

—Qué va, fracasar es lo peor. Quedarme aquí atrapado sería fracasar.

—Cierto. Y no llegar a conseguir nunca que mi negocio despegue también sería fracasar. Y no lo soportaría.

Mac se incorporó para poder mirarla. Estaba muy guapa, medio dormida, con algunos mechones rubios que se le habían escapado de la coleta.

—Vale, pues no fracases.

—¡Pan comido! —resopló ella—. Qué chorrada. Pues no fracasaré. Gracias por tu maravilloso consejo.

—Me refiero a que solo es un fracaso si te detienes, ¿verdad? Si continúas, aun después de un contratiempo, al final llegarás a tu destino.

—Sí —repuso ella tras quedarse mirándolo unos segundos—, supongo.

—Genial. Asunto zanjado. Dentro de nada, dirigirás un imperio de repostería.

Mac se dejó caer en los cojines junto a ella para quedar uno al lado del otro. Annie se giró sobre la cama para mirarlo.

—Y tú ¿qué quieres hacer con tu vida? —le preguntó.

—No soporto esa pregunta.

—Puedes decir que aún no lo sabes.

—¿Puedo?

El resto del mundo parecía tener como mínimo una vaga idea, y lo único que tenía él era un plan a medio trazar que consistía en recorrer el país en coche hasta averiguarlo.

—Claro que puedes. Solo tenemos diecinueve años.

—Lo dice la mujer que tiene un plan de negocios detallado.

Ella se rio y a él le gustó. Quizá demasiado. Aquella noche le estaba afectando al cerebro. Pero le gustaba aquella chica. Era el único sentimiento que había tenido en mucho tiempo del que estaba absolutamente convencido.

—Es una pena que no empezáramos a quedar antes —le dijo, y deseó no haber perdido tantos años.

—¿Qué pensabas realmente de mí en el instituto? —quiso saber ella.

—Que eras una estirada obsesionada con destacar en todo, con el pelo superbrillante y un culo de escándalo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—No sé si enfadarme o sentirme halagada.

—La misma pregunta —respondió Mac entre risas.

—Que eras un deportista estúpido, a veces abusón, con unas pestañas preciosas.

—¿Mis pestañas? ¿En eso te fijabas? ¿En mis pestañas?

—Pues sí. —Annie sonrió y él no pudo evitar soltar una carcajada.

—Joder, y yo perdiendo el tiempo con las pesas cuando podía haberme limitado a batir las pestañas.

—Cierto.

—¿Y qué opinas de mí ahora? —le preguntó, casi temeroso de oír la respuesta. Ni siquiera sabía qué pensaba de sí mismo últimamente, no sabía quién era ni quién deseaba ser.

Annie lo reflexionó unos instantes, torciendo los labios hacia un lado.

—Pues ahora creo que eres más o menos tierno y que, desde luego, no eres estúpido. Y sigo celosa de tus pestañas.

Mac las batió teatralmente para disimular el absurdo alivio que le invadió al oír su opinión, y Annie se rio nerviosa.

—La misma pregunta —dijo ella.

—Sigues queriendo destacar en todo, pero no lo veo como algo malo cuando no implica deberes extra de Economía para todos. El pelo y el culo siguen perfectos.

Annie le dio un manotazo en el brazo con fingida indignación.

—Deja ya de hablar de mi culo.

—Perdona. Lo intentaré.

Annie estiró la mano y enrolló el dedo en la cadena dorada que Mac llevaba colgada al cuello. Tiró levemente de ella hasta que la cruz situada en el extremo quedó colgando entre ellos.

—Siempre me he preguntado qué llevabas en esta cadena.

Mac resistió el impulso de soltarse. Primero sus mayores miedos y después eso. Annie estaba viendo más cosas de él que cualquier otra persona. Pero deseaba que lo hiciera. Deseaba que lo conociera, como si, de algún modo, eso fuese a ayudarle a entenderse a sí mismo. Como si, a través de los ojos de ella, pudiera empezar a cobrar sentido.

—¿Eres muy religioso? —le preguntó, y le gustó que no pareciera desanimada con la idea.

Hacía ya un tiempo que Mac no formaba parte de la religión organizada, pero muchas de sus personas favoritas sí lo hacían.

—No especialmente.

—Pero llevas una cruz dorada.

—Era de mi abuelo. Me la dio para mi confirmación.

—Así que sí eres un poquitín religioso —respondió ella con una leve sonrisa.

—Cuando me conviene.

Mac incumplía más reglas católicas de las que seguía, pero, cuando su abuelo enfermó, rezó sin parar para que se recuperase. Aunque al final no sirvió para gran cosa, salvo quizá para consolar a su madre.

Annie asintió con delicadeza, asimilando aquella nueva información acerca de él. Seguía con su cadena enganchada al dedo. Un suave tirón y estaría lo bastante cerca para besarla. Ella se dio cuenta al mismo tiempo que él y abrió un poco más los ojos.

—Tienes los ojos muy azules. —«Qué ingenioso, Mac. Pura poesía lo tuyo».

—¿Gracias?

La sonrisa de Annie iba convirtiéndose a gran velocidad en su nueva cosa favorita.

—Son preciosos.

La sonrisa se agrandó.

—Gracias.

—De nada.

—Creo que debería irme a casa.

—Te llevo.

Ninguno de los dos se movió. Annie soltó la cadena y dejó la mano apoyada sobre la cama, en el espacio que los separaba. Se hallaban separados tan solo por una de sus manos. Annie tenía las manos pequeñas.

—Seguramente haga frío en la calle —susurró ella, que empezaba a entrecerrar los párpados.

—Sin duda.

—Ya le dije a mi madre que iba a quedarme con una amiga… —Dejó la frase en suspenso y terminó de cerrar los ojos.

—¿Una amiga? —susurró Mac.

Annie sonrió, medio dormida, ofreciéndole un suspiro de satisfacción.

—Sí…, una amiga.

Mac se quedó así, observando todos los detalles de su rostro, todas las cosas que la convertían en Annie. La pequeña cicatriz que tenía en el puente de la nariz, la curva de su mejilla, los mechones rubios más cortos que enmarcaban su cara. Sabía que no debía besarla. Pese a lo que le hicieran creer a uno los cuentos de hadas, sabía que una chica debía estar consciente para algo así, pero, joder, qué tentador era tener sus labios justo ahí.

—Deja de mirarme, Mac. Da mal rollo.

Mac rodó hasta quedar tumbado bocarriba y soltó una carcajada.

—Me has dado un susto de muerte. Pensé que estabas dormida.

—Nadie se queda dormido tan deprisa; además, notaba que me estabas mirando.

—Perdona —le dijo, con la risa aún en la voz—. Entonces, ¿te quedas?

—Siempre y cuando me prometas no pasarte la noche mirándome con deseo.

—¡Ja! ¿Quién dice que estuviera haciéndolo con deseo?

—Eso también lo notaba. —Ahora sonreía, aunque siguiera con los ojos cerrados.

—Ya no te miro más —le prometió Mac mientras la cubría con una manta—. Buenas noches, Annie.

—Buenas noches, Mac —murmuró ella, acurrucándose debajo de la manta.

Fue entonces cuando Mac se dio cuenta de que seguía abrazada a su oso polar de peluche.

Claro que sí, no podía ser de otra forma.

Se cubrió también con su propia manta y le dio la espalda para evitar más vergonzosos incidentes de miradas.

Esa fue la primera vez que Mac durmió con una chica y, sinceramente, no sabía si era amor o lujuria lo que comenzó a arraigar aquella noche, pero sin duda era una de esas dos cosas.

O quizá las dos.

Capítulo 9

Ahora

Mac había insistido en llevarla al YMCA a buscar a la abuela, montados en su vehículo enorme y absurdo, una especie de monstruosidad híbrida entre camioneta y utilitario deportivo que debía de tener más años que ellos. *Vintage,* lo había denominado él cuando Annie hizo un comentario al respecto. Un Ford Bronco *vintage,* la había informado, como si aquello debiera impresionarla.

Pero no lo hacía.

Y el único motivo por el que Annie accedió a ello fue que se había quedado casi sin gasolina. Otra vez. Con todo lo que tenía que hacer, no le había dado tiempo a repostar, pero podría haberlo hecho. Esa mañana, si Mac no hubiera sido tan pesado y no hubiera insistido en conducir él.

—Sigo pensando que habría tenido mucho más sentido que nos separásemos —masculló Annie cuando se bajaba de la camioneta.

—Me has pedido ayuda y aquí la tienes. —Mac hizo un gesto de barrido con las manos, como si fuese una especie de premio en un concurso de la tele.

—Lo que tú digas —murmuró Annie con el ceño fruncido—. Vamos a entrar y a buscar a Estelle. Seguramente esté en una de sus clases y se le haya olvidado decírselo a los demás.

Annie cruzó caminando el aparcamiento hasta las puertas de entrada del YMCA de Dream Harbor seguida de Mac. Lo cierto era que no sabía qué se le había pasado por la cabeza para incluirlo en su pequeña búsqueda. En los tres años que hacía que Mac había regresado al pueblo, ella había hecho todo lo que había estado en su mano para evitar quedarse a solas con él. Había estado ocupada, no había mostrado interés y había sido cruel con él. Cualquier cosa con

tal de protegerse. Y ahora allí estaba, pasando la mañana con Mac como si no ocurriera nada, como si fueran amigos.

Pero cuando fue a su coche y vio que el piloto de la gasolina estaba encendido, no le quedó mucho más remedio. ¿Verdad?

Verdad. Tenía que encontrar a la abuela de Logan, y cuanto antes, porque le quedaban muchas otras cosas por hacer en su lista y disponía de poco tiempo para llevarlas a cabo. Se frotó la zona del cuello que se le ponía rígida cada vez que se estresaba. A lo largo de las últimas semanas, se le había ido formando un nudo del tamaño de una pelota de béisbol. Se clavó los dedos, tratando en vano de aliviarlo.

—¿Qué te pasa en el cuello? —preguntó Mac mientras atravesaban las puertas automáticas.

El vestíbulo de la asociación olía a deportivas y a productos de limpieza.

—No me pasa nada en el cuello y, si me pasara algo, no sería asunto tuyo.

—Perdona —respondió Mac—. Creí que le habías dicho a Logan que seríamos amigos durante el fin de semana. Y los amigos se preocupan los unos de los otros.

Annie reprimió un resoplido sarcástico.

—Le dije a Logan que me comportaría. No dije que fuese a ser amiga tuya.

Ignoró el fugaz rictus de dolor en la cara de Mac y avanzó con paso decidido hacia el mostrador de recepción. No tenía tiempo para preocuparse por los sentimientos de Mac. Del mismo modo que él nunca había tenido tiempo para preocuparse por los de ella.

—Hola —dijo con su voz más amable—. Hemos venido a la clase de aeróbic para la tercera edad.

La mujer del mostrador llevaba el pelo muy corto, algo que a Annie le habría encantado poder hacer, y tenía cara de no estar de humor para bromas.

—Esa clase es para miembros de sesenta y cinco años o más —respondió, mirando por encima del hombro de Annie hacia donde estaba Mac, que ni siquiera intentaba parecer mayor. De mucha ayuda iba a serle.

—¡Ah, sí, claro! —dijo Annie, tratando de pensar en otra idea. No esperaba que tuvieran semejante nivel de seguridad en la asociación —. Lo cierto es que hemos venido a…

—Hemos venido a apuntarnos —intervino Mac—. Y quizá a informarnos sobre qué clases serían más apropiadas para nuestra edad.

Le dedicó a la mujer del mostrador su sonrisa más deslumbrante. A Annie le dieron ganas de arrearle un puñetazo en la cara, pero sorprendentemente surtió efecto con la estricta empleada de la asociación.

—En ese caso —dijo esta, ya sin dirigirse a Annie—, voy a por unos formularios. —Y desapareció por la puerta del despacho para ir a buscar los papeles.

Entonces, Annie se volvió para fulminar a Mac con la mirada.

—Y ahora ¿qué vamos a hacer?

—Pues, según parece, apuntarnos al gimnasio —repuso él encogiéndose de hombros.

—Eso es lo último que quiero —dijo Annie, lo que le provocó una sonrisa.

—¿Y si te escabulles hacia la zona de la piscina y yo mantengo ocupada a nuestra nueva amiga con un montón de preguntas sobre hacerse socio? —susurró él, y le dio un leve empujón en el hombro.

Annie estuvo a punto de rebatirle, pero lo cierto era que se trataba de una buena idea. Corrió hacia la piscina antes de que la mujer regresara con tablas sujetapapeles y bolígrafos, miró una vez por encima del hombro y vio que Mac estaba explicando que ella había tenido que marcharse, pero que a él le interesaba mucho el Paquete Platino.

A Annie le fastidió encontrarse con una sonrisa bobalicona dibujada en la cara. ¿Por qué tenía que ser tan encantador? Sacudió la cabeza, librándose de esa idea antes de acceder con decisión a la zona de la piscina. Allí dentro hacía calor, también mucha humedad, y se percibía un fuerte olor a cloro. En el otro extremo de la piscina, un pequeño grupo de mujeres mayores daban saltos en el agua mientras, por los altavoces, atronaba una enérgica lista de reproducción. Nadie prestó atención a Annie, así que recorrió

apresurada el suelo de baldosines encharcados hasta donde se encontraba Iris, sentada al borde de la piscina.

—¡Ha venido Annie! —gritó Carol mientras daba saltos en el agua —. ¿Nos has traído algo de picar para después de clase?

Las mujeres se volvieron hacia Annie y la miraron con ojos esperanzados.

—Lo siento, señoras, pero hoy no. Hoy vengo como dama de honor, no como repostera.

Aunque las mujeres parecieron algo decepcionadas al ver que no llevaba dulces, se animaron al oír mencionar lo de la dama de honor.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —preguntó Janet—. ¿Has visto el vestido? ¿Cómo está quedando el granero? ¿Está listo de verdad, o mañana nos vamos a pelar el culo de frío?

—No os vais a pelar de frío. —Annie meneó la cabeza—. El granero ha quedado increíble. El vestido es precioso, pero… ¿alguna de vosotras ha visto a Estelle esta mañana?

Las mujeres se miraron unas a otras con diferentes grados de desconcierto y angustia.

—¡Estelle! ¿Estás buscando a Estelle?

—Es que… no estamos del todo seguros de dónde está…

Las mujeres se quedaron observándola desde la piscina con los ojos como platos.

—Seguro que está bien —las tranquilizó Iris—. Al fin y al cabo, estamos hablando de Estelle. No creo que se haya marchado sin más.

Annie redirigió su atención a Iris, sentada al borde de la piscina con la mano sobre su creciente barriga de embarazada.

—Claro. Iris tiene razón. Estelle no se habría marchado sin algún motivo. Seguro que aparece. Quería ver si había venido a su clase, pero se ve que no, así que voy a seguir buscando.

—¿Y si no la encuentras? ¡No puede perderse la boda!

—No va a perderse la boda. La encontraré. —Annie se llevó las manos a las caderas adoptando una postura decidida y convincente, pero las mujeres aún parecían algo horrorizadas. Suspiró—. ¿Os importaría no decir nada de esto, por favor? No quiero preocupar a los novios.

El grupo asintió con solemnidad, como si fuera impensable que se les fuese a ocurrir difundir la noticia por el pueblo.

—Hablo en serio, señoras. Cuento con que no digáis nada y, si alguna ve a Estelle por algún lado, que me llame. ¿De acuerdo?

—Tranquila, Annie. Queremos que esta boda sea perfecta —sonrió Marissa.

Annie ignoró el nudo de tensión en el cuello al oír que la boda tenía que ser perfecta. Claro que sería perfecta. Se aseguraría de ello; y a la infierno con la contractura del cuello.

—Venga, seguid con la clase —les dijo, y le hizo un gesto a Iris para que volviera a subir la música.

—¡Venga, señoras! A ver esos saltos. Podéis llegar más alto —les gritó Iris mientras Annie salía apresurada del recinto de la piscina.

Para cuando regresó al mostrador, Mac seguía hablando con la rígida recepcionista, salvo que ahora esta lucía una sonrisa de oreja a oreja y Mac le parecía de lo más divertido.

—Ya estás aquí —le dijo Mac, que la miró cuando se aproximó al mostrador.

La recepcionista le lanzó una mirada de decepción. Al parecer, no le hacía mucha gracia que Annie hubiera hecho una visita privada a las instalaciones.

—Deberíamos irnos ya —dijo con una sonrisa arrepentida.

La mujer la fulminó con la mirada.

—No te olvides de llevarte los formularios y traerlos rellenos —le dijo a Mac mientras le alargaba sobre el mostrador una pila de formularios que Annie estaba convencida de que podrían rellenarse *online.*

—Gracias, Tina. Has sido de mucha ayuda —respondió Mac, dirigiéndole de nuevo esa condenada sonrisa.

Annie soltó un quejido, lo agarró del bíceps, que desde luego no necesitaba ejercitar más en el gimnasio, y tiró de él antes de que acabara invitando a la boda a Tina la recepcionista de la asociación.

—¡Sí, gracias, Tina! —exclamó Annie; arrastraba a Mac hacia la puerta.

—¿Has descubierto algo? —le preguntó Mac cuando estuvieron de vuelta en el aparcamiento.

Annie dejó escapar un largo suspiro y su aliento formó una nube de vaho frente a ella. El cielo estaba frío y gris. Se alegraba de que casi todos los parientes de Jeanie de fuera del pueblo hubieran llegado esa mañana, porque había previsión de nieve para más tarde, y que la mitad de la lista de invitados quedara atrapada en una tormenta no contribuiría a celebrar una boda perfecta.

—No. Nadie ha sabido nada de ella hoy.

Mac frunció el ceño al subirse a la camioneta. Annie se reunió con él en el interior.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó él.

Annie apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y respiró hondo para tratar de aliviar parte de la tensión que iba acumulándosele en el cráneo. Lo último que necesitaba era un dolor de cabeza. Abrió los ojos al oír un sonido extraño pero familiar y vio a Mac agitando un botecito de analgésicos. Lo destapó y enarcó las cejas en gesto inquisitivo. Annie estaba demasiado cansada para discutir. Extendió la mano y él le puso dos pastillas en la palma.

—Gracias —masculló, y aceptó con reticencia el ibuprofeno como ofrenda de paz.

—¿Cómo dices? No te he oído —contestó Mac con una sonrisa burlona.

—He dicho que gracias. —Annie pronunció cada palabra alto y claro, hasta que Mac se rio.

—De nada. ¿Adónde vamos ahora?

—Bueno, si yo fuera Estelle y tuviera que hacer un recado misterioso relacionado con la boda, el primer lugar al que iría sería el café. ¿Cómo puede alguien hacer un recado misterioso sin haber tomado cafeína antes?

—Genial —convino Mac, dando marcha atrás para salir del aparcamiento, con el brazo apoyado en el respaldo de Annie.

—¿Te ha dado su número? —preguntó ella con incredulidad; miraba los formularios de inscripción que Mac había lanzado sobre su regazo cuando se montó en la camioneta.

—Puede ser. ¿Por qué? ¿Estás celosa, Annabelle?

—¿Por qué iba a estar celosa? —repuso Annie con un resoplido.

Mac se encogió de hombros y ella hizo todo lo posible por ignorar cómo se le ceñía el abrigo en torno a los anchos hombros.

—Me sorprende que no la hayas invitado a la boda —comentó, medio en broma, medio en busca de información.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho?

—¿Lo has hecho?

—¿Te molestaría que lo hubiera hecho?

—No, ni lo más mínimo. Puedes salir con quien te dé la gana, Macaulay. —Se alegró de no tener que mirarlo a la cara mientras lo decía.

—Es muy generoso por tu parte —respondió él—. Pero no la he invitado.

Annie no se enorgulleció del alivio inmediato que le inundó el cuerpo. Una cosa era tener que soportar que Mac acudiese acompañado a fiestas de Navidad o a otras reuniones de amigos, pero no creía que pudiera soportar verlo con alguien en un evento tan romántico como una boda. Verlo rodear con los brazos a otra mujer mientras bailaban. Quizá entonces tuviera que tirar al suelo su postre nupcial secreto con tal de provocar una distracción y así poder salir pitando de allí.

—Bueno, eso es asunto tuyo. —Y se desplomó en el asiento. Por el rabillo del ojo, alcanzó a ver la sonrisa torcida de Mac—. Por cierto, ¿por qué volviste? —le preguntó, porque necesitaba cambiar de tema para dejar de pensar en lo celosa que se ponía cuando veía a Mac con otras mujeres.

Transcurridos suficientes años, había renunciado a la idea de que Mac fuese a regresar al pueblo. Claro, sabía que acudía a visitar a sus padres de vez en cuando, y lo evitaba a conciencia cuando eso sucedía. Un año, incluso llegó a planear un improvisado fin de semana de chicas con Hazel solo para asegurarse de estar fuera durante el cumpleaños de la madre de Mac.

Y entonces, cuando regresó para quedarse, no le había concedido la oportunidad de explicarle nada. Habían pasado ya casi tres años y no habían hecho otra cosa que criticarse el uno al otro, y Annie era muy consciente de que la culpa la tenía principalmente ella. Sin embargo, eso no significaba que no sintiera cierta curiosidad.

Mac la miró como si le hubiera sorprendido la pregunta, porque claro que le sorprendía. Annie rara vez le preguntaba algo que no fuera «¿qué demonios haces aquí?», y en esencia eso era justo lo que estaba preguntándole ahora, pero de forma más educada.

—Mi padre quería jubilarse y a mí me pareció que ya había pasado demasiado tiempo fuera.

Había pasado ocho años fuera del pueblo.

No llevaba la cuenta, por supuesto.

—¿Y es una tortura? —le preguntó.

—Una tortura ¿el qué? ¿Llevar el *pub*?

—Haber vuelto a Dream Harbor. Creí que no querías que sucediera eso jamás.

—Recuerdas más cosas de aquel diciembre de las que pretendes hacer ver —observó él con una carcajada.

Y Annie se trasladó de inmediato a aquella noche de hacía tantos años. Los dos tumbados cara a cara, en la cama de él, confesando sus miedos más profundos. No había vuelto a hacer nada semejante desde entonces.

Ignoró su comentario, pues no quería ponerse a hablar de aquella época, igual que no quería hablar de la vida amorosa de Mac ni de lo que esta le provocaba.

—Entonces, ¿lo odias? —le preguntó y, por algún motivo, aquella le pareció la pregunta más importante.

Cuando Mac se marchó, la abandonó no solo a ella, sino también el pueblo que ella amaba. Le molestaba que pudiera regresar como si nada y que todos lo recibieran con los brazos abiertos cual hijo pródigo. Annie no era tan indulgente.

—No lo odio. Ya no tengo diecinueve años, Annie. Deseo cosas distintas de las que deseaba entonces. —Había aparcado frente al Pumpkin Spice Café y se volvió para mirarla.

Annie quiso preguntarle qué deseaba ahora, pero la respuesta le daba demasiado miedo.

—Bueno, pues me alegra que no lo odies —le dijo.

Lo miró a los ojos y vio que estaba observándola con tal cariño que deseó no haberse subido a aquella camioneta en un primer

momento; porque, si Mac seguía mirándola de aquella forma, no sabía cuánto tiempo más podría seguir fingiendo que lo odiaba.

—¿Qué tal la cabeza? —le preguntó.

—Bien —respondió ella—. Era un dolor provocado por la tensión, nada más.

Seguía mirándola como si deseara inclinarse sobre el compartimento que separaba ambos asientos y tomar toda clase de malas decisiones. Le tocaba a Annie ser la sensata de los dos.

—Total, que ya me encuentro mucho mejor. Vamos a por un café y a ver si encontramos a la abuela —dijo apresuradamente mientras abría la puerta y se enfrentaba al aire frío.

Respiró hondo en un intento vano por aclararse las ideas, pero no había suficiente aire frío en el mundo para sacarse de dentro a Mac. Menos aún cuando él se le puso al lado y le posó la mano grande y caliente en la parte inferior de la espalda para conducirla hacia el café. Annie ni siquiera tenía fuerzas para apartarlo. O quizá fuesen las ganas de apartarlo lo que no tenía, porque aquella mano le resultaba de lo más agradable. Y no siempre podía ser ella la sensata.

Capítulo 10

Ahora

Era un gélido sábado de diciembre y el café estaba abarrotado. Todas las mesas se hallaban ocupadas y la cola llegaba desde el mostrador hasta la puerta.

—Debe de estar aquí —conjeturó Annie.

—Aquí está todo el pueblo metido —comentó Mac, y la guio hacia la cola.

De milagro, Annie no le había apartado la mano de un manotazo y él seguía aprovechando la oportunidad de tocarla, aunque fuese a través de varias capas de ropa de invierno.

Annie se puso de puntillas para atisbar la multitud, pero, por lo que Mac veía, Estelle tampoco se encontraba allí.

—Quizá deberíamos preguntar si la ha visto alguien —sugirió, preparándose para alzar la voz por encima del gentío.

Annie lo notó y le tapó la boca con la mano. Su piel era tan suave que le dieron ganas de suspirar.

—No —le dijo entre dientes—. No podemos anunciar a todo el pueblo que Estelle ha desaparecido.

Apartó la mano antes de que Mac pudiera hacer alguna locura como lamérsela desde la palma hasta la punta de los dedos.

—Entonces, ¿cómo vamos a encontrarla?

—La encontraremos. Pero, si esta gente se entera de que la estamos buscando, es inevitable que la noticia llegue a oídos de Jeanie y Logan. Y una abuela desaparecida no forma parte del plan. —Se había inclinado hacia él durante su breve discurso, susurrándole al oído.

Notaba su aliento cálido en la cara, y su aroma a menta y vainilla. Deseó abrazarla y mantenerla allí cautiva, pero aquello constituiría la

excusa perfecta para llevarse un rodillazo en la entrepierna.

En vez de eso, Mac flexionó los dedos sobre la parte baja de la espalda de Annie, ejerciendo un poco más de presión ahí hasta casi quedar pegados el uno al otro. No le pasó desapercibido el ligero temblor que recorrió el cuerpo de ella provocado por la cercanía.

—Vale —le dijo—. Entonces, ¿qué propones que hagamos a continuación?

Annie lo miró y parpadeó como si no recordara qué hacían allí ni por qué estaban tan cerca el uno del otro. Sacudió ligeramente la cabeza y algunos mechones de cabello rubio se le escaparon de la coleta.

—Creo que deberíamos pedirnos un café —sugirió Mac.

Annie asintió con la cabeza, volviendo en sí poco a poco. Dio un pequeño paso hacia atrás para alejarse de él. Ella siempre daba pequeños pasos para alejarse de él.

—Claro, un café. Deberíamos hacer eso, sin duda. Y ya terminaremos luego nuestra búsqueda.

—¿Por qué no das una vuelta por el local, por si acaso está sentada en algún rincón del fondo? Yo me encargo de pedir.

—Vale —asintió Annie y se fue a dar una vuelta por el café mientras él hacía la cola.

Mac necesitaba un respiro. La cercanía de Annie le estaba afectando al cerebro; le costaba pensar con claridad.

—¿Qué te pongo? —preguntó Crystal cuando le tocó el turno.

—Un chocolate caliente con menta, grande, con extra de nata montada, y un *spiced chai latte.*

Crystal enarcó una ceja.

—¿Qué pasa? —preguntó Mac—. Es por las fiestas.

La barista sonrió mientras apuntaba su pedido y murmuró:

—Ya lo creo que sí.

Por los altavoces sonaba una suave música navideña y el mostrador estaba decorado con ramas de pino y bayas de acebo. La vitrina del expositor estaba llena de galletas que sin duda habría preparado Annie, aunque no sabía de dónde había podido sacar el tiempo. Fuera, había empezado a caer una nevada ligera, como si fuera una señal.

—¿Te hace ilusión la boda de mañana? —le preguntó Crystal mientras Joe preparaba las bebidas.

—Por supuesto. Me encantan las bodas. ¿Por casualidad no necesitarás acompañante? —le preguntó, desesperado de pronto por no acabar otra vez solo delante de Annie.

—Lo siento. Al final Travis me lo ha pedido.

Le mostró el inmenso diamante que lucía en el dedo anular, que resplandecía como si quisiera burlarse de su situación.

—Un tipo afortunado.

—No te preocupes, Mac —le dijo Crystal con una sonrisa—. Algún día la conseguirás.

Mac decidió presuponer que Crystal se refería a una mujer genérica, no a una en concreto de la que el pueblo entero sabía que llevaba prendado desde que había regresado a vivir allí.

—Gracias. Oye, ¿no habrás visto a Estelle esta mañana? —Sabía que Crystal no se dedicaría a propagar la noticia.

—No, pero antes ha venido Dot y ha mencionado que iba a reunirse hoy con ella.

—¿En serio? ¿Y no te ha dicho dónde?

—Algo sobre el hotel. He supuesto que irían a recibir a la familia que viene de fuera para la boda.

—Sí, fantástico. ¡Gracias!

Crystal pareció lógicamente sorprendida ante su entusiasta reacción a los planes que tuviera Estelle aquel día, pero no tenía tiempo para explicaciones. Además, Annie le había hecho jurar que guardaría el secreto. Cogió las bebidas mirando a su alrededor en busca de Annie cuando se chocó con un grupo de alumnos del instituto a quienes, el fin de semana anterior, había tenido que confiscarles los carnés falsos. Los chavales seguían intentando que se los devolviera para «deshacerse de ellos debidamente». Por suerte, Mac no era tan idiota.

—¡Venga, Mac! Tírate el rollo.

Hayden, el más atrevido del grupo, trató de plantarse delante de él.

—Hace años que no me tiro el rollo. Y sabes que no puedo devolvéroslos.

—En Quebec pueden beber desde los dieciocho.

—Pues entonces vete a beber a Quebec.

—Mac…

—La próxima vez, intenta no utilizar un carné falso en un *pub* lleno de gente que te conoce desde que te measte en los pantalones durante la obra de Navidad del colegio.

Los amigos de Hayden se partieron de risa con aquel comentario y Mac le dio una enérgica palmada en la espalda.

—Te has pasado, *bro.*

—Perdona, *bro.* Por lo menos no llamé a tu madre.

Hayden palideció ante aquella amenaza y desistió de su misión de recuperar el carné, empujando a sus amigos hacia el mostrador.

Mac meneó la cabeza al tiempo que soltaba una carcajada. Había días en que le costaba creer que no fuese él quien rogaba para que le devolvieran su carné falso. Por lo menos, sus amigos y él se iban a beber a varios pueblos de distancia. Aquel chaval tenía que aprender alguna que otra lección vital para que dejaran de pillarlo. Pero probablemente no debiera decir aquello en voz alta.

Había pasado tanto tiempo posponiendo el momento de convertirse en un adulto de verdad que, al regresar al pueblo para hacerse cargo del *pub* de su padre, sintió que lo estaba fingiendo. Tardó un año desde que lo compró hasta que dejó de referirse al establecimiento como el *pub* de su padre.

Pero había deseado hacerlo suyo. Había trabajado durante años para asegurarse de ser el Sullivan que la clientela veía ahora cuando entraba a su local. Había añadido las noches de Trivial y el karaoke. Había actualizado la carta. Había dedicado mucho cariño a ese lugar. ¿Habría reparado Annie en alguna de esas cosas?

Durante el tiempo que pasó fuera, se había dado cuenta de que los sitios que más le gustaban, aquellos en los que más divertido resultaba trabajar, eran los lugares que tenían clientela fija. Los *pubs,* restaurantes y cafés que contaban con clientes habituales, que generaban esa sensación de pertenencia, de comunidad, esos habían sido sus favoritos.

Y ahora podía hacer eso mismo en su pueblo natal.

Annie le había preguntado si odiaba regentar el *pub*. No lo odiaba en absoluto. Le encantaba. Ojalá ella se diera cuenta de que aquel también era su lugar.

—¿Son amigos tuyos? —le preguntó Annie al reunirse con él y aceptar la bebida.

—Muy graciosa. No. Pero resulta que tengo una pista.

—¿Una pista? —Se le iluminó el rostro.

Mac deseó poder hacerla así de feliz con algo más que no fuera limitarse a preguntarle a la barista dónde se había metido una anciana.

—Sí. Crystal dice que Dot ha venido antes y ha dicho que iba a quedar con Estelle para ir a la pensión.

—¡Dios mío, es perfecto! Vamos.

Iban de camino a la puerta cuando los interceptó el club de lectura. Porque, claro, ¿cómo iban a dejarlos escapar?

—¡Mac! —gritó Jacob, saludándolo desde su asiento—. ¿Te has leído el libro de esta semana?

Annie se detuvo en su veloz trayectoria hacia la puerta. Se volvió y se quedó mirándolo.

—Macaulay —le dijo con una amplia sonrisa—, ¿eres miembro del club de lectura?

¿Era miembro del club de lectura si solo había acudido a una de sus reuniones? Aún creía que lo habían engañado. En una ocasión, Jacob se dejó un libro en el *pub* y resultó que aquella noche hubo poco ajetreo, así que Mac se lo leyó. No era culpa suya que la novela fuese tan buena. Necesitaba comentarla con alguien. Así que puede que acudiera a una reunión, solo una, meses atrás. Desde entonces, el club de lectura no había parado de insistirle.

—Lo cierto es que no —le aseguró a Annie, pese a que Jacob le hacía gestos exagerados para que se acercara a la mesa y le gritaba cosas acerca del último libro que estaban leyendo.

—Creo que este te va a gustar —estaba diciendo Jacob, aun cuando Mac intentaba alejarse en dirección a la puerta—. Es una novela romántica sobre segundas oportunidades. Muy angustiosa. Creo que es tu tipo de historia.

—Sí, mejor me la cuentas otro día. —Mac trataba por todos los medios de librarse de aquella situación—. Ahora mismo me pillas en mitad de mi relectura anual de *Guerra y paz.*

Jacob sacudió la cabeza al oír aquello, sin creerse una sola palabra.

—¡Venid aquí, vosotros dos! —exclamó Nancy con su voz de profesora estricta, y Mac se sintió obligado a obedecer—. Tenemos preguntas acerca de la boda.

Annie arrastró los pies hacia la mesa del club de lectura, con cara de que preferiría ir a que le hicieran una endodoncia.

—¿Qué estáis haciendo aquí un sábado? —se interesó ella, en un intento claro de evitar responder a las preguntas acerca de la boda.

—Ha sido una reunión improvisada —explicó Kaori—. No es nada oficial.

—¿Has visto el granero? —quiso saber Isabel—. ¿Va a estar listo a tiempo?

—Por supuesto. Ha quedado genial. Kira lo tiene todo bajo control. —Annie asintió con decisión, pero el club de lectura aún parecía albergar dudas.

La granja de árboles de Navidad llevaba todo el mes abierta, vendiendo árboles; sin embargo, Kira había mantenido en secreto la evolución del granero, para lo que había cercado las veinte hectáreas de detrás, lo que impedía el acceso a los vecinos chismosos. Y a los vecinos no les gustaba que los dejaran al margen de nada. Kira ya había pillado a más de uno deambulando «accidentalmente» por los alrededores del granero, según ellos, tratando de encontrar el árbol de Navidad perfecto.

A Nancy habían tenido que expulsarla de la propiedad en varias ocasiones.

—¿Y cómo está Logan? —preguntó Linda, robando el último trozo de *muffin* del plato de Nancy—. Hace días que no lo vemos.

Lo dijo como si existiera algún tipo de conspiración para esconder al novio. De hecho, Logan evitaba acudir al pueblo en la medida de lo posible, de manera que tampoco resultaba extraño que nadie lo hubiera visto.

—¡Logan está genial! Deseando casarse con el amor de su vida. Todo va de maravilla —les aseguró Annie.

El club de lectura no parecía quedarse satisfecho. Era como si percibieran que algo iba mal. Mac tuvo que morderse la lengua para evitar confesar que la abuela había desaparecido y que no tenían ni idea de dónde estaba ni de cuándo volvería ni de cómo reaccionaría Logan cuando lo descubriera. Se le debía de estar contagiando parte de la ansiedad de Annie respecto a la situación.

—Deberíamos irnos, en serio —anunció, y su mano volvió a encontrar el camino hasta la parte inferior de la espalda de Annie.

Jacob siguió el movimiento con la mirada y le dedicó una sonrisa burlona, enarcando con gesto inquisitivo una ceja depilada con esmero. Mac apartó la mano. Tenían que salir de allí antes de que el club de lectura empezara a sospechar que ocurría algo más allá de la desaparición de la abuela.

—Vale, pero de verdad creo que deberías leer con nosotros el libro del mes que viene, Mac. ¡Él la quiere desde hace años!

Jacob parecía dispuesto a revelar la trama entera del libro. Mac cogió a Annie por el codo y la alejó de la mesa antes de que Jacob pudiera seguir haciendo comparaciones entre la vida real y la ficción.

—¡Adiós a todos! —exclamó—. Tenemos que irnos a resolver importantes asuntos sobre la boda.

Sacó a Annie por la puerta. Lo último que quería era leer un libro sobre otro pobre desgraciado que llevaba años enamorado de la misma mujer. Y, si bien estaba convencido de que el libro tendría un final feliz, no tenía tan claro que a él fuese a sucederle lo mismo.

Capítulo 11

Antes

Annie tenía la cara comprimida contra algo cálido y firme, y el brazo ahuecado sobre algo sólido que… ¿respiraba? Deslizó los dedos sobre la piel desnuda. Se quedó petrificada. ¿De quién era la piel desnuda que estaba tocando? ¿Y dónde narices se encontraba?

No podía ser, ¡seguía en la cama de Mac! Y él también estaba allí. Al parecer, antes de despertarse, Annie había estado trazando pequeñas líneas sobre sus abdominales, porque la camiseta se le había ido subiendo durante la noche. Con cuidado, le apartó la mano del abdomen; confiaba en que, si se movía lo bastante despacio, no lo despertaría. ¡Qué vergüenza! Se hallaba acurrucada en torno a él, como una especie de mono perturbado aferrado a su espalda. ¿Cómo iba a conseguir salir de allí sin que él se diera cuenta? Porque, evidentemente, la solución a aquel problema residía en alejarse lo más posible de Mac y de su acogedora cama. Comer galletas, admirar la iluminación navideña y quedarse charlando hasta las tantas era una cosa, pero acurrucarse en su cama era otra historia bien distinta. Antes de que Annie pudiera desarrollar por entero su plan de huida, el cuerpo al que seguía aferrada de aquella manera tan inapropiada comenzó a temblar de risa.

—Buenos días, Annie —dijo Mac, con evidente regocijo en la voz.

Annie se apartó de él horrorizada.

—¿Has dormido bien? —le preguntó él, todavía riéndose.

—Dios mío —se quejó ella—. No puedo creerme que te estuviera haciendo la cucharita.

—Nunca en mi vida había dormido mejor. Me gusta ser la cuchara pequeña.

Annie seguía lamentándose cuando Mac se giró para mirarla. Lucía una sonrisa de oreja a oreja, entre eso y el pelo revuelto de recién despierto que le caía sobre la frente, además de los abdominales que hasta hacía unos segundos había estado toqueteando, Annie se sintió más confundida que nunca. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente guapo?

—¿Tienes hambre? —le preguntó, mirándola aún con expresión divertida.

Annie se sintió tan aliviada de no tener que seguir hablando del incidente de la cucharita que dijo que sí, sin pararse a pensar en las consecuencias de su respuesta.

—Genial. —Mac amplió la sonrisa—. Puedes quedarte a desayunar.

—¿Quedarme a desayunar? ¿No estamos en casa de tus padres?

Annie había dado por hecho que querría que se largara de allí lo antes posible.

—Pues claro. —Él se encogió de hombros—. Por suerte para ti, lo que más le gusta a mi madre es dar de comer a la gente.

—¿Y eso incluye dar de comer a chicas desconocidas que se quedan a pasar la noche en tu dormitorio?

—Eso no lo sé. Es la primera vez que sucede.

Con ese dato tan interesante, Mac le guiñó un ojo, salió de la cama y la dejó mirando al techo y preguntándose dónde se había metido con aquel chaval y qué narices iba a hacer a continuación. Aparte de, al parecer, desayunar con su madre.

Mac asomó la cabeza por la puerta del cuarto de baño con el cepillo de dientes colgando de la boca.

—Tengo uno de sobra. —Señalaba el cepillo—. Por si quieres asearte antes de desayunar.

Annie se cubrió la cara al darse cuenta, de nuevo horrorizada, de lo mal que debía de olerle el aliento.

Mac se rio sin dejar de cepillarse.

—No era una indirecta ni nada. Pero pensé que igual querías lavarte los dientes.

Annie siguió con sus lamentos. Estaba convencida de que tendría el pelo hecho un desastre, no tenía ropa para cambiarse ni maquillaje, y desde luego no se sentía preparada para conocer a la

madre de Mac ni para pasar más tiempo con él antes de poder irse a casa y recomponerse. Necesitaba un plan. Tenía que revaluar por completo sus ideas y sentimientos en relación con Mac, y luego decidir qué demonios hacer al respecto. Aquella situación la había desequilibrado por completo. Y no le gustaba nada el desequilibrio. Ella siempre había sido muy equilibrada.

—Puede que deba irme. Podría escabullirme sin hacer ruido antes de que se despierte tu madre.

Mac volvió a asomar la cabeza a través de la puerta del baño.

—Qué va, son más de las siete. Ya estará levantada.

Annie se retiró las manos de la cara. Respiró hondo para calmarse y le llegó entonces el olor a beicon. Mac tenía razón: había dejado escapar su oportunidad de salir sin ser vista.

Se incorporó y se pasó los dedos por el pelo para intentar arreglárselo un poco. Encontró el bolso que llevaba la noche anterior todavía colgado de la silla del rincón. Seguramente llevase allí por lo menos un bálsamo labial y un bote de rímel. Jamás salía de casa sin eso. Vale, quizá aquello no estuviera tan mal. Podría comer un poco de beicon, charlar con la madre de Mac y después largarse y fingir que aquella noche tan extraña nunca había tenido lugar. ¿Acaso no era algo factible? Por supuesto.

Con su nuevo plan ya trazado, sacó las piernas de la cama y fue a reunirse con Mac en el cuarto de baño. Se detuvo en seco bajo el umbral al verlo echarse agua en la cara. La escena se le antojaba demasiado íntima. ¿Qué sabía de él salvo que le gustaba el deporte, tenía más músculos de lo que ella consideraba humanamente posible, en ocasiones se comportaba como un imbécil y, en otras ocasiones —pensó recordando la noche anterior—, era un chico muy tierno? Y allí estaba ahora, contemplando su rutina de aseo matutino, asomándose al hábitat natural de un chico popular. Era una situación surrealista, cuando menos, y le daba muchísimo miedo porque, si era sincera consigo misma, le gustaba ver a Mac de esa forma; más sincera aún, deseaba verlo más de esa forma. Somnoliento, despeinado y con el pelo un poco mojado. De ese modo, parecía inofensivo, como si no pudiera hacerle daño. Parecía simpático. No sabía qué hacer con esa revelación, ni si acaso habría

algo que pudiera hacer con ella, pero sin duda necesitaba más de cuatro horas de sueño para averiguarlo.

Mac se irguió y la pilló observándolo a través del espejo. Volvió a guiñarle un ojo de esa manera tan tonta y Annie se alegró de nuevo de que no hubiera allí nadie que pudiera ser testigo del rubor de sus mejillas; por suerte, ella era la única que sentía el vuelco en el estómago cada vez que él la miraba.

Aquello era por momentos más ridículo.

Mac se secó la cara con la toalla y, a continuación, le tendió el cepillo de dientes de sobra. A ella le horrorizó la idea de que la viera lavarse los dientes. Eso era demasiado íntimo. ¡No podía permitir que Mac la viera cepillarse y escupir! Él debió de percibir sus dudas, porque le dedicó una sonrisa más y abandonó el cuarto de baño.

—Te doy un minuto —dijo desde el dormitorio.

Annie cerró la puerta con un suspiro de alivio. ¿Por qué se sentía tan incómoda con todo aquello? No tenía por qué ser para tanto. La noche anterior no había sucedido nada físico entre ellos. Habían charlado. Solo eso. Era algo que había hecho con Hazel y con Logan un millón de veces. Aunque, siendo sincera, ni Logan ni Hazel le provocaban sofocos y aquel permanente estado de confusión.

Se concentró en cepillarse los dientes, en echarse agua fría en la cara y en tratar de lucir un aspecto presentable, en lugar de dejarse llevar por el pánico que, poco a poco, se le fraguaba en la tripa. Deseaba por todos los medios que regresaran sus amigos antes de que acabara haciendo algo de lo que se arrepintiera después. Porque, fuera lo que fuera lo que sucedía allí, Annie sabía que se arrepentiría.

Para cuando siguió a Mac escaleras arriba para desayunar, Annie ya había decidido que aquella mañana sería el último capítulo de aquella extraña semana de amistad. Ella tenía muchos amigos, tenía planes, tenía un futuro allí, en el pueblo. Mac tenía…, bueno, no sabía lo que tenía él, salvo la capacidad de ponerla nerviosa; sin embargo, iba a marcharse de todos modos, así que no tenía sentido explorar los descabellados sentimientos que habían estado asaltándola. Durante un breve instante, se había permitido disfrutar la idea de vivir la absurda fantasía de que su amor platónico del

instituto le prestaba atención. Pero justo de eso se trataba, de una absurda fantasía, y a Annie no le interesaban las fantasías.

—Buenos días, mamá —saludó Mac a la mujer menuda que sacaba el beicon chisporroteante de la sartén que había sobre el fuego.

Ella se volvió para mirarlos y Annie la saludó educadamente con la mano, situada junto a Mac en el umbral de la puerta de la cocina.

Por supuesto, Annie ya había visto antes por el pueblo a la madre de Mac, quien incluso los había acompañado en algunas excursiones escolares a lo largo de los años, aunque nunca antes había estado en su casa, y la embargó la misma sensación surrealista que al ver a Mac cepillarse los dientes. Como si no debiera estar allí.

La madre enarcó las cejas al fijarse en ellos, allí de pie, uno al lado del otro, obviamente con la misma ropa de la noche anterior. Annie cambió el peso de un pie a otro. ¿Por qué se sentía culpable si no había sucedido nada? Por no mencionar que eran adultos. Se le permitía hacer cosas como dormir en casa de un chico, ¿no? Aunque aquella no era la casa de un chico. Era la casa de la madre de un chico, lo cual modificaba un tanto la ecuación.

—No sabía que tuvieras una invitada —le dijo a su hijo.

Mac se aclaró la garganta, de pronto menos seguro de sí mismo al verse sometido al escrutinio de su madre.

—Ya conoces a Annie —respondió, como si esa fuese explicación suficiente.

—Annabelle Andrews. —La mujer enarcó más aún las cejas—. No sabía que fueseis amigos.

Annie se abstuvo de responder «Yo tampoco sabía que fuéramos amigos», y en vez de eso dijo:

—Hola, señora Sullivan, encantada de volver a verla.

—Lo mismo digo, Annie, aunque no me lo esperaba. —Volvió la vista entonces a su hijo—: Confío en que te hayas portado como un caballero —le dijo con una mirada penetrante—. Y que recordaras que solo es divertido si todo el mundo se divierte. Y en el armario del baño tenemos un montón de…

—¡Ya lo sé! —la interrumpió Mac con una mueca. Se le había puesto la cara como un tomate—. Lo sé, mamá, pero no es eso.

Annie es solo una amiga.

Su madre pareció dudar de aquella afirmación, pero se encogió de hombros y lo dejó correr.

—Bueno, ¿quién tiene hambre? —preguntó, y se volvió hacia la sartén del fuego—. He preparado beicon y huevos, pero no me importa hacer también unas tortitas si lo prefieres, Annie.

—Qué va, con los huevos está bien, gracias. —Annie se sentó en el lugar de la mesa que le indicó Mac.

Él le dio un golpecito en el hombro y susurró:

—Siento lo que ha dicho.

—¿Tu madre acaba de recordarte dónde se guardan los preservativos en esta casa? —preguntó ella, dejando escapar una sutil carcajada.

Mac se sonrojó más todavía, pero se rio con ella.

—Sí, y también que me asegure de que ambas partes se corran.

Annie dejó escapar más risitas nerviosas, notando aún el calor que le invadía la cara con las palabras de Mac. ¿Cómo sería correrse con Mac?

—Ahora ya te haces idea de lo traumática que fue para mí la charla de sexo con mis padres —agregó él.

Annie soltó un resoplido y Mac le sonrió, sentado junto a ella.

La señora Sullivan se fue hacia la mesa con dos platos hasta arriba de beicon, huevos y tostadas. Pareció estar a punto de preguntar qué les hacía tanta gracia, pero debió de cambiar de opinión a medio camino hacia la mesa. En cambio, les sonrió como si entendiera a la perfección lo que estaba pasando allí. Annie deseó que la pusiera al corriente.

Pasaron el resto del desayuno charlando sobre los planes de Annie, las inminentes fiestas y la familia de ella. Mac estuvo muy callado, aunque, tras su nerviosismo inicial, Annie descubrió que resultaba sencillo hablar con su madre. Era una mujer amable y divertida, y a ella siempre se le había dado bien hablar con los adultos.

—Mac estaba muy apegado a mí cuando era pequeño —estaba diciendo su madre—. No podía dejarlo en el suelo ni el tiempo de meter la compra en casa sin que se pusiera a berrear como loco.

—Ay… —se burló Annie, y Mac se lamentó:

—Bueno, mamá, ya basta, no hace falta que sigas contando más historias que me hacen quedar como un patético niño de mamá.

—No tiene nada de malo querer a tu madre —respondió ella dándole unas cariñosas palmaditas en la mejilla—. Y, la próxima vez —agregó para Annie—, sacaré los álbumes de fotos. —Le guiñó un ojo en señal de camaradería.

—Sería estupendo. Me encantaría ver las fotos —dijo Annie, mientras se preguntaba si habría una próxima vez en la que se sentara a charlar con Mac y con su madre después de haber pasado la noche en su casa. Le parecía improbable.

—No tenemos por qué hacer eso —se apresuró a decir Mac mientras se ponía en pie para recoger la mesa.

—Pero si eras muy mono y regordete. —Su madre trató de arrebatarle los platos de las manos—. Yo me encargo. Seguro que vosotros tenéis planes para hoy.

—Lo cierto es que debería irme a casa —declaró Annie antes de que Mac pudiera intervenir con otra de sus grandes ideas.

—Sí. No me importa lavar a mí los platos, mamá.

—Vale, cielo, gracias. De todos modos, tengo que irme a trabajar.

Mac se inclinó para que pudiera darle un beso en la mejilla antes de salir corriendo de la cocina para prepararse para ir al trabajo.

—Me cae bien tu madre —comentó Annie.

—Sí, a mí también —respondió él, dejando los platos en el fregadero para más tarde—. Es la mejor, y por eso este año tengo que buscarle el regalo de Navidad perfecto.

—¿Qué sueles regalarle?

Mac se encogió de hombros y se apoyó en la encimera.

—Por lo general, algo que pillo en el último momento y, si mi padre se siente generoso, me deja poner mi nombre en lo que sea que haya comprado él. O algo por el estilo. Me parece que ya es hora de subir el nivel de mis regalos.

Resultó que Annie hacía muy buenos regalos. Era uno de sus talentos especiales, algo de lo que se enorgullecía. Sin embargo, tenía que salir de allí y alejarse de Mac para volver a su vida normal.

No podía ofrecerse voluntaria a ayudarlo; pese a ello, le estaba costando un gran esfuerzo no sugerirlo.

—En fin —zanjó Mac—, seguramente vuelva al mercadillo navideño a buscar algo que esté bien.

«No lo digas, Annie. No lo digas».

Trató de reprimirse, de verdad que sí. ¡Pero aquella era una idea terrible! Mac no podía seguir deambulando por el mercadillo a la espera de que se le ocurriera una buena idea. Tenía que pensar en ello antes de ir de compras. El mercadillo era inmenso. Necesitaba un plan. Necesitaba su ayuda.

—Podría acompañarte.

Hala, ya estaba dicho. Y no lo hacía llevada por los confusos sentimientos que le había provocado la noche anterior, ni por el posible despertar sexual inspirado aquella mañana por los abdominales de Mac. Lo hacía por su madre, que aquel año se merecía un buen regalo de Navidad. Y tal vez un poco también por los abdominales.

A Mac se le iluminó la cara al oír su sugerencia y, en aquel preciso instante, se fue al garete el plan de Annie de pasar más tiempo alejada de él.

Podría entregarse a la fantasía durante un poco más de tiempo. ¿Qué habría de malo en eso?

Capítulo 12

Ahora

Mac se había ofrecido a dejar a Annie en su casa para que pudiera seguir avanzando con sus tareas de dama de honor mientras él iba a echar un vistazo a la pensión, pero, como era de esperar, la maniática del control que Annie llevaba dentro estaba desatada. No se fiaba de él.

Y, aunque hacía solo unos minutos le hubiera preguntado a Crystal si deseaba acompañarlo a la boda, él no podía evitar la emoción que le invadía ante la idea de pasar más tiempo a solas con Annie. Aquella era la primera vez en más de una década en la que ella se lo permitía, sin contar la noche del cumpleaños de Hazel. Y eso había acabado antes incluso de empezar.

Él había tratado de brindarle el espacio que claramente necesitaba, pero en un pueblo así de pequeño era imposible no encontrarse. En especial desde que Logan y él congeniaron gracias a su pasión compartida y secreta por la creación de pequeños paisajes boscosos en urnas de cristal decorativas durante la clase de fabricación de terrarios impartida por Iris, volviéndose más amigos de lo que habían sido jamás en sus años de estudiantes. Le había resultado imposible evitar a Annie. Estaba por todas partes. En las reuniones municipales, en las fiestas en casa de Logan, en los mercados de productores, en los festivales, en los actos benéficos escolares. Aquella mujer era omnipresente.

No le disgustaba la idea, pero, por desgracia, a ella le disgustaba él.

No podía culparla. Lo había echado todo a perder años atrás. Era muy consciente de ello, pero, joder, sí que era rencorosa esa mujer. ¿Cómo podía seguir culpándolo de algo que había hecho siendo un

crío? Había querido disculparse, explicarse en múltiples ocasiones desde que regresara al pueblo, y ella ni siquiera le permitía intentarlo.

Y, como era de esperar, Mac había pasado de añorarla a cabrearse con ella porque no le dejaba explicarse. Eso también resultaba típico.

Para cuando llegaron a la pensión, se sentía a partes iguales frustrado con ella y deseoso de pasar más tiempo a su lado.

—Deberías traerme bebidas más a menudo —comentó Annie mientras se bajaba de la camioneta.

Mac ignoró su mirada incisiva y respondió:

—¿Para qué? ¿Para que me la puedas tirar encima? No, gracias. —Y caminó hacia la puerta de entrada.

—Solo fue una vez —protestó Annie, corriendo tras él para alcanzarlo.

—Dos veces —matizó Mac, luego se detuvo frente a las enormes puertas dobles de la pensión—. Si contamos la cerveza a la que te invité como ofrenda de paz la primera noche que pasé trabajando en el *pub*.

Annie tuvo la decencia de dedicarle una mirada arrepentida.

—Es verdad. Perdona, se me había olvidado.

La otra había sido un chocolate afortunadamente tibio que le había comprado durante el encendido del árbol de Navidad el año anterior, un intento descarado por desenterrar los recuerdos de otra Navidad pasada y mucho más feliz que vivieron juntos. El chocolate que aterrizó en su regazo había puesto un abrupto fin a aquella fantasía.

—Bueno, más tonto fui yo por volver a caer… —Tiró con fuerza de la puerta, lo que agitó la gigantesca corona de hoja perenne colgada de ella.

—¿Qué bicho te ha picado desde que salimos del café? —preguntó Annie, aún corriendo tras él.

—No me ha picado ningún bicho —respondió Mac, en voz demasiado alta para el silencioso vestíbulo.

Varios huéspedes que se calentaban junto a la chimenea lo miraron de reojo cuando pasó por delante.

—A veces, cuando me pongo a recordar cosas del pasado, me pregunto por qué quiero pasar tiempo contigo —agregó él; bajaba la voz conforme se acercaban al mostrador de recepción.

Annie se encogió de hombros, pero él alcanzó a ver el dolor fugaz en sus ojos.

—Puedes irte si quieres. Yo me encargo a partir de aquí. —Hizo sonar la campanita plateada del mostrador, pasándose la coleta por encima del hombro con un gesto brusco y golpeándole en la cara con ella.

—Qué va, ahora ya estoy implicado. Además, sé que piensas que Logan es tuyo, pero también es amigo mío, y, como padrino que soy, debería involucrarme en la búsqueda de la abuela.

—Lo que tú digas —respondió Annie poniendo los ojos en blanco —. Y no eres su padrino. Es Noah.

—Bueno, vale. Como uno de sus testigos inferiores; aun así, sigue siendo mi deber encontrar a su abuela.

—¡Baja la voz! —le dijo ella entre dientes—. No queremos que todo el pueblo se entere de que ha desaparecido.

—Y eso ¿a qué se debe exactamente? —En su opinión, cuanta más gente lo supiera, antes la encontrarían.

Annie suspiró como si fuese algo evidente.

—Porque entonces llegará a oídos de Jeanie y de Logan, y, en lugar de pasar el día previo a su boda relajados, lo pasarán nerviosos. Y los del cortejo nupcial no aspiramos a eso. ¿Entendido?

Mac se encogió de hombros. Seguía pensando que Annie se tomaba demasiado en serio su papel de dama de honor, pero sí que quería que su amigo disfrutara de un fin de semana nupcial relajado. Así que se inclinó hacia Annie. Por el bien de Logan.

—De acuerdo. Guardaremos el secreto —susurró.

No pudo reprimir su sonrisa arrogante al notar que Annie se estremecía con su cercanía. Podía empeñarse en negarlo todo lo que le diese la gana, pero su cuerpo siempre la delataba.

—Vale, muy bien. —La voz de ella salió ahogada y áspera.

Entonces Mac se dio cuenta, entendió de pronto por qué Annie nunca deseaba pasar tiempo a solas con él. Era demasiado difícil

fingir que se odiaban de esa manera. Su sonrisa arrogante se amplió.

Seguían de pie, pegados el uno al otro, cuando del despacho de detrás del mostrador salió Jack, vestido con una pajarita roja, un chaleco navideño con estampado de renos y ni un pelo fuera de su sitio. Mac se alegró de que no hubieran ido juntos al colegio, porque seguramente se habría burlado de él y ahora habría tenido que disculparse.

Pero, así las cosas, Jack les dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vaya, hola! ¿Qué os trae por aquí? —Los miró alternativamente y Annie se apresuró a apartarse de Mac.

—La verdad es que estamos buscando a Estelle —explicó Mac.

Annie lo fulminó con la mirada por airear el motivo de su visita, pero ¿cómo iban a encontrar a esa mujer si no preguntaban por ella?

—Hemos oído que pasó por aquí antes y queríamos hacerle una pregunta —agregó Annie con una sonrisa educada.

—Mmm. —Jack frunció el ceño—. Yo he llegado hace una hora, así que no sé si sigue aquí, lo que sí sé es que algunos de sus parientes se alojan con nosotros para la boda, de modo que es posible.

—¿Puedes indicarnos los números de habitación? —le pidió Annie —. De sus parientes.

—Bueno…, probablemente no debería… —Mientras Jack sopesaba las implicaciones morales de revelar el número de habitación de los huéspedes, se abrieron las puertas con una ráfaga de viento y un hombre que transportaba un pesado cargamento de leña sacudió los pies sobre los felpudos de la entrada—. Ahí está Gabriel. —Un intenso rubor le encendió las mejillas a Jack y el nombre de Gabriel le salió con una exhalación entrecortada—. A lo mejor él ha visto a Estelle.

Corrió hacia el hombre que transportaba la leña y Mac supo que él debía de tener la misma pinta cada vez que corría a alguna parte con la excusa de estar cerca de Annie. Jack estaba bien colado por aquel tío y Mac se identificaba con él.

Mientras aguardaban a que Jack regresara con alguna respuesta, otro hombre salió del despacho.

—Hola —dijo Annie, con evidente curiosidad en relación con el recién llegado.

—Hola —respondió el hombre con una sonrisa tímida—. Estoy esperando a Jack.

—¿Acabas de empezar a trabajar aquí?

—De hecho, soy arquitecto.

—¿En serio? ¡Qué interesante! ¿Van a hacer obras en la pensión?

Annie se echó hacia delante y apoyó los codos en el mostrador de recepción.

—De eso estábamos hablando —explicó el hombre.

Tenía una voz suave y gafas de montura oscura, y, la verdad, a Mac no le hacía gracia que Annie lo mirase de esa forma.

—Soy Annie Andrews, la propietaria de la pastelería del pueblo —se presentó mientras le tendía la mano—. Bienvenido a Dream Harbor.

—Elliot —dijo él, y le estrechó la mano—. Encantado de conocerte.

Annie se quedó agarrada a su mano un poco más de la cuenta. Miró entonces a Mac antes de decir:

—¿Y estás libre mañana por la noche, Elliot?

Mac se mordió la lengua con tanta fuerza para no protestar que se hizo sangre. ¿De verdad Annie estaba pidiéndole a alguien que la acompañara a la boda delante de él? Aquello sí que era un golpe bajo, algo que se sentía incapaz de gestionar.

—Pues… —El hombre se puso rojo hasta las orejas y tartamudeó —: Voy a una boda.

—¡Anda, maravilloso! Te veré allí entonces —le dijo ella, lanzándole a Mac una sonrisa arrogante antes de que Elliot volviese a desaparecer tras la puerta del despacho del gerente.

Mac apenas tuvo tiempo de pararse a pensar en aquella breve interacción porque Annie le cogió la mano y tiró de él por el pasillo.

—Pero ¿qué…?

—Shhh… —Annie giró bruscamente a la izquierda por el primer pasillo con habitaciones—. Será más fácil que echemos nosotros un vistazo —susurró.

—Sabes que estás loca, ¿no?

Annie se detuvo en seco, se giró y lo fulminó con la mirada:

—Solo quiero que todo salga bien y… ¿Qué ha sido eso?

—Qué ha sido ¿qué?

—¡Shh!

—Annie, te juro por Dios que como vuelvas a mandarme callar…

Antes de poder terminar su amenaza, Annie volvió a agarrarle la mano y lo arrastró hasta el armario de mantenimiento más cercano. Dentro estaba todo a oscuras y olía a limpiahogar de limón.

—Annie…

Ella le puso un dedo en los labios, pero, por suerte, no lo mandó callar. Y Mac se quedó tan desconcertado al sentir el roce de su piel en la boca que no pudo hacer más que guardar silencio. Le daba igual lo que hubiera en ese pasillo. Si eso servía para dejarlo encerrado en aquel armario oscuro con Annie, por él como si no se iba nunca.

Se oyeron voces al otro lado de la puerta.

—Estoy nerviosa por lo de mañana.

—Pero si estás coladita por ese hombre.

—No me preocupan Logan ni el matrimonio. Es la boda en sí. Se trata de un gran acontecimiento. Quiero que todo vaya bien y que la gente se lo pase en grande.

Mac reconoció aquella voz. Jeanie se encontraba en el pasillo con alguien, y Annie no quería que supiera que habían ido allí a buscar a Estelle. De ahí que se hubieran escondido en el armario.

—Eres la novia. Lo único que tiene que preocuparte es decir «sí, quiero». El resto déjanoslo a los demás.

—Gracias, mamá. ¿Has visto a la tía Dot? Se supone que me iba a dar algo viejo para mañana…

Se abrió una puerta al final del pasillo y las voces se apagaron al entrar en la habitación.

Annie estaba tan cerca que Mac notó su suspiro de alivio en la mejilla. Ella apartó el dedo de sus labios y él quiso agarrárselo y volver a acercarlo.

—Te lo dije —murmuró entre dientes, lo que lo sacó de aquella especie de trance provocado por su cercanía.

—¿Qué me dijiste?

—Jeanie está agobiada por lo de mañana y nuestra misión es asegurarnos de que no sea así.

—No creo que su madre se refiriese a que somos responsables de buscar a personas desaparecidas. Creo que hablaba de errores de vestuario o de parientes que beben demasiado.

Annie resopló, y, pese a encontrarse a oscuras, él se la imaginó poniendo los ojos en blanco.

—Tenemos que irnos. —Levantó una mano en busca del picaporte, pero, en aquel angosto espacio, acabó toqueteándole el brazo y el abdomen.

Mac la sujetó de la muñeca antes de que pudiera tocarle algo más… personal.

—¿Tú es que nunca descansas? —le preguntó, en lugar de ponerse a pensar en dónde le gustaría sentir las manos de Annie.

—Ya descansaré cuando esté muerta.

—Annie.

—Mac.

Le dio un suave tirón de la muñeca y, para su sorpresa, ella acompañó el movimiento y dejó la mejilla apoyada contra su corazón.

—Tienes el corazón acelerado —susurró él.

—Ya lo sé. —Aun así, Annie no se movió.

Se quedó así un minuto entero, que a él le pareció perfecto, con la cara pegada a su pecho, dejando que él entrelazara los dedos con los suyos. Notó que su respiración se aquietaba y que relajaba el cuerpo contra él. Se arriesgó a darle un beso casto en la coronilla. El suave suspiro que dejó escapar ella al sentir el contacto fue todo lo que Mac había soñado a lo largo de los últimos once años.

Pero, al igual que todo lo demás con Annie, aquello no duró.

—Siento haberte hecho daño —murmuró él.

—No me hiciste daño —replicó Annie apartándose.

—Joder, Annie, ¿quieres aceptar mi disculpa de una puta vez? La cagué, ¿vale? Pasamos juntos un mes perfecto y luego lo eché todo a perder. ¿Podemos pasar página, por favor?

Annie había empezado a buscar de nuevo el picaporte en la oscuridad.

—No necesito tu disculpa, Mac. Porque estoy bien. Estuvimos saliendo juntos durante un mes hace como un millón de años y la verdad es que ya no me importa. ¿Dónde demonios está el picaporte? —Soltó un quejido de insatisfacción.

—Si no te importa, ¿por qué estás siempre cabreada conmigo?

—¿No se te ha ocurrido pensar que simplemente me caes mal?

—¡Ja! Ya, seguro, cielo. Tú, yo y el pueblo entero sabemos cómo me miras.

—Sácame. De. Aquí. —Annie acompañó cada palabra con una patada en la puerta.

Mac suspiró y giró el picaporte. Annie salió disparada y estuvo a punto de caer de bruces en el suelo del pasillo. Mientras parpadeaba para acostumbrarse de nuevo a la luz, vio que lo miraba con desprecio desde la moqueta. Le tendió una mano para ayudarla a levantarse, pero ella la ignoró.

—Ya encontraré yo sola a Estelle —anunció, levantándose antes de abandonar el pasillo hecha una furia.

—Annie, espera. —La siguió con largas zancadas.

—¿Sabes una cosa, Mac? —Annie se volvió para mirarlo—. Tampoco fue un mes tan perfecto.

—¿Ah, no? No fue eso lo que me dijiste en su momento.

—En su momento fingí muchas cosas.

Mac se quedó de piedra. No podía estar refiriéndose a lo que creía que se refería.

—¿De qué estás hablando?

Annie enarcó las cejas y respondió:

—Creo que sabes muy bien de qué estoy hablando.

—Pero si… tú… Pensaba que…

—Pues pensabas mal —le espetó ella con una sonrisa arrogante—. Adiós, Mac.

Se giró sobre los talones y lo dejó allí boquiabierto, replanteándose todo aquello que creía saber sobre ella. Sobre aquel mes de diciembre. Sobre las mujeres en general.

Hacía tiempo que no se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en la cara, desde que le propinaron uno de verdad durante una pelea en un bar de Tulsa en la que se metió sin querer.

Sin embargo, aquel golpe le había dolido mucho menos que este otro.

—¿De qué vas, Annie?

Mac la había seguido hasta el aparcamiento y la alcanzó justo cuando ella se estaba dando cuenta de que habían ido juntos en coche. No había forma de que la dejara marcharse sin más tras haberle dicho aquello. Debería haber mantenido la boca cerrada. Pero eso era lo que le ocurría cuando pasaba demasiado tiempo con Mac. Perdía por completo el sentido común y volvía a comportarse como una niña.

Pero le gustaba ver a Mac persiguiéndola por el aparcamiento. Le resultaba una imagen bastante satisfactoria, lo cual, por supuesto, constituía parte del problema.

—Tenemos que irnos —anunció—. No hay tiempo para ponernos a hablar de eso ahora mismo.

—Y una mierda que no. —Mac la había alcanzado ya y la tenía acorralada contra su camioneta. Su voz era casi un rugido.

De haber sido cualquier otra persona, se habría sentido amenazada y en todo su derecho a utilizar su maniobra favorita de defensa personal, consistente en un rodillazo en la entrepierna, pero, tratándose de Mac, deseaba enfadarlo aún más, solo para conseguir que se acercara.

—No puedes soltar esa información y después marcharte —agregó él.

No lo había visto tan enfadado desde que le tiró el chocolate en el regazo el año anterior. Su pecho se hinchaba cada vez que cogía aire, apretándolo contra el suyo. Maldito clima invernal. ¿Por qué llevaba tantas capas de ropa puestas?

Annie suspiró como si aquello fuese extenuante para ella, no como si deseara lanzar a Mac sobre el asiento trasero de su monstruosidad de camioneta y hacer con él lo que le viniese en gana.

—No sé qué quieres que te diga.

—Di que no es verdad —respondió él entre dientes—. Di que lo has dicho para cabrearme.

—Estás siendo dramático.

—¿Dramático? ¡¡Dramático!! ¿Después de todos estos años, vienes y me dices que no lo disfrutaste cuando estuvimos juntos y pretendes que me parezca bien? —Bajó la voz al pronunciar el verbo «disfrutar», y Annie lo sintió hasta los dedos de los pies.

Pero antes muerta que confesarle a Mac el efecto que le provocaba. Puso los ojos en blanco y habría jurado, si hubiera sido físicamente posible, que Mac empezó a echar humo por las orejas al ver su expresión.

—El sexo no estuvo mal. No esperaba mucho más. Éramos jóvenes e inexpertos. No es para tanto.

Mac había empezado a caminar de un lado a otro frente a ella, dejando surcos sobre la fina capa de nieve que se había acumulado en el aparcamiento. Tenía el entrecejo arrugado y los labios fruncidos. Daba la impresión de que todo su mundo se hubiese venido abajo. Con aquella pequeña confesión, era como si Annie hubiese reescrito por completo su pasado en común. Y a punto estuvo de sentirse mal por ello. De sentirse mal por él. A punto estuvo de capitular y contarle el resto de la verdad: que, si bien no había llegado a alcanzar el orgasmo, aquella noche con él seguía siendo una de las mejores de su vida. Pero Mac no se merecía esa verdad.

—Pensaba que…, que tú… Quiero decir que pensaba que habíamos… —Mac seguía caminando de un lado a otro, hablándole al pavimento en lugar de a ella. Cuando al fin alzó la mirada, Annie vio semejante dolor en su semblante que se quedó sin aire—. Creí que aquella noche significó algo.

Paró de moverse y el peso de su mirada la dejó clavada al lateral de la camioneta, sin necesidad de presionarla con su cuerpo.

Annie podría haber mentido, pero, en vez de eso, se descubrió diciendo la verdad.

—Sí que significó algo —susurró.

Con aquella confesión, Mac se acercó más, hasta permitirle sentir el calor que desprendía su cuerpo, pero no la tocó. Y ella deseó que lo hiciera.

—¿Sí? —preguntó.

—Sí. Significó algo.

Annie notó que se desplomaba aliviado.

—Déjame volver a intentarlo —le dijo con la voz crispada.

—¿Volver a intentarlo? —Estaba tan cerca ya que sus palabras le rozaban la oreja.

—Déjame volver a intentarlo. —Bajó la voz, provocándole unos escalofríos por todo el cuerpo que nada tenían que ver con la nieve que caía.

Durante un instante, se planteó de verdad permitir que volviera a intentarlo. A su cuerpo aquella idea parecía interesarle mucho. Notaba el intenso calor de pies a cabeza y estaba a punto de arrancarles a ambos el abrigo para poder restregarse contra él. Solo tenían diecinueve años la última vez que tuvo la oportunidad, y estaba convencida de que Mac habría adquirido nuevas habilidades desde entonces. Quizá debiera dejar que lo intentara. Quizá sí que estuviera en deuda con ella. Existía eso del *hate sex,*[2] ¿no? Quizá pudieran probar a hacerlo.

Pero si había algún defecto en su personalidad, ese era el orgullo. Y el suyo había quedado magullado sin remedio.

—Yo también pensé que había significado algo —continuó ella, mirándolo a los ojos. Estaban tan cerca que sus narices casi se tocaban—. Pensé que había significado algo hasta que me dejaste plantada como si no hubiese significado nada.

Mac se estremeció y gruñó:

—No fue así como pasó.

Annie se rio en su cara, haciéndole dar un paso atrás.

—¿No fue así? Si no recuerdo mal, teníamos un trato, y no te presentaste.

—Annie, quería hacerlo.

—Ahórratelo, Mac. No tengo tiempo. Tengo que ir a hacerme la manicura y la pedicura y antes debo encontrar a una abuela.

Annie abrió la puerta, se montó en el coche y cerró de un portazo antes de que él pudiera decir una palabra. Ya lo había escuchado bastante por un día. Si hubiera querido acudir a su cita tantos años atrás, lo habría hecho. No iba a permitirle ahora reescribir la historia.

El hecho de que su cuerpo se dejase engañar no significaba que su cabeza fuese a caer con la misma facilidad.

Tanto recordar no les estaba haciendo ningún bien.

[2] *Hate sex,* que se traduciría como «sexo con odio», se define como una atracción sexual hacia una persona a la que se odia o por la que se siente una profunda antipatía.

Capítulo 13

Antes

Llevaban más de una hora dando vueltas por el mercadillo navideño y, francamente, a Mac le sorprendía que Annie hubiese acudido a la cita. Le sorprendía tanto como el hecho de que se hubiera ofrecido a ayudarlo en un primer momento. Estaba claro que se había asustado al despertarse juntos algunos días antes. Se notaba que le daba vergüenza encontrarse acurrucada junto a él, pero a Mac le aliviaba que hubiera sido así y no al revés. Si hubiera sido él la cuchara grande, habría quedado clarísimo con qué estaba soñando antes de despertarse. También estaba convencido de que despertarse con el pene erecto y apretado contra sus nalgas habría bastado para no volver a ver a Annie en su vida. Y, llegado ese punto, tenía claro que deseaba seguir viéndola.

—¿Y si nos tomamos un descanso? —sugirió.

Annie lo miró, con las mejillas sonrosadas por encima de la bufanda, y él empezó a darle vueltas otra vez a su nuevo plan. Uno en el que lograba besar a Annie, a poder ser antes de que acabara el día. Un plan que había desplazado a su plan de recorrer el país en coche. Ese otro ahora le parecía mucho menos importante.

Sin embargo, todavía no tenía claro cómo proceder. Había querido besarla al darse la vuelta y encontrarla en la cama junto a él, como si, de algún modo, su sueño se hubiera hecho realidad. Pero besarla en su cama le pareció una estrategia excesiva que, sin duda, Annie no habría agradecido, menos aún después de sugerirle que se cepillara los dientes. Aquella era una idea absurda. Sin embargo, ahora ya no se encontraban en la cama, él seguía deseando besarla y continuaba sin saber bien cómo hacerlo.

—Sí, me parece bien un descanso. Aquí hace un frío que pela. —Annie se frotó las manos, que llevaba enfundadas en unas manoplas.

—Podemos ir a la cabaña a por un chocolate caliente para entrar en calor —sugirió él.

—Perfecto.

Annie le sonrió y él deseó hacerlo justo en ese momento. Quiso estrecharle la cara entre las manos y besarla en la boca hasta que entraran ambos en calor, sin que fuera necesario el chocolate caliente, pero se hallaban en mitad de un camino lleno de gente y Annie dirigió sus pasos hacia la cabaña antes de que pudiera hacer nada al respecto. La siguió por entre el resto de los visitantes del mercadillo hasta entrar en la pequeña cabaña del cacao. Era más una carpa que una cabaña, y tampoco es que hiciera mucho más calor dentro que fuera, pero al menos estaban guarecidos del viento.

Se acercaron a la mesa a por su chocolate y encontraron hueco en una mesa de pícnic situada en el rincón del fondo. Un hombre mayor con una guitarra tocaba clásicos navideños de Elvis Presley en el rincón opuesto, y dos de las mesas estaban ocupadas por un grupo de niños con sus padres. No se trataba de un entorno especialmente romántico, pero Annie estaba acurrucada junto a él, lo cual le hacía sentirse bastante bien.

—¿Ya has entrado en calor? —le preguntó.

—Seguro que más que tú —respondió Annie riéndose.

Mac seguía negándose a ponerse un gorro.

—Por lo menos hoy llevo guantes —le dijo, alzando las manos.

Annie le dio un golpe con el hombro y se pegó más a él.

—Bueno, algo es algo. —Dio un sorbo a su chocolate y dejó escapar un suspiro de satisfacción.

Mac se preguntó si emitiría ese mismo sonido si la besara; mejor dicho, cuando la besara.

—En fin, sobre lo de tu madre… —agregó Annie, acabando de un plumazo con sus elucubraciones sobre los sonidos que haría—, ¿qué otras cosas le gustan?

Hasta el momento, las únicas cosas que había pensado Mac como posibles regalos tenían que ver con la cocina —algo que Annie le

prohibió de inmediato, adujo que no podía regalarle por Navidad algo asociado a las tareas del hogar— o con una bufanda nueva, que vendían en todos los puestos de artesanía del mercadillo y que Annie le prohibió también por ser demasiado impersonal.

—Le gusta… —Estaba bloqueado.

Annie suspiró como si la hubiera decepcionado, cosa que a él no le gustó nada. Se esforzó más, devanándose los sesos para encontrar algo que a su madre pudiera gustarle. Ahora necesitaba el regalo no solo para que su madre viera con buenos ojos su plan de recorrer el país en coche, sino que además le parecía de vital importancia para su otro plan, el de impresionar a Annie lo suficiente como para poder besarla.

—Le gusta leer, creo —concluyó.

—Vale, eso está bien. Podemos tirar de ahí.

Annie se animó de nuevo y él se hinchó de orgullo.

Se había apoyado completamente en él, tenía el brazo pegado al suyo, lo que le recordó al tacto de su cuerpo enredado en el suyo, tan cálido y suave. La vio dar otro sorbo al chocolate, absorta en sus pensamientos, que nada tendrían que ver con él, pese a que Mac no pudiera dejar de pensar en ella.

—Creo que en el puesto de Bernadette he visto fundas para libros electrónicos. Podríamos mirar allí —sugirió ella.

—Sí, claro, buena idea.

Pero ninguno de los dos tenía prisa por abandonar el cobijo de la carpa. Se quedaron sentados uno pegado al otro. El calor del muslo de Annie contra el suyo captaba toda su atención. Mac apenas alcanzaba a oír al hombre que cantaba *Blue Christmas,* ni se fijó en las familias cuando volvieron a salir. Estaban solos en su propia burbuja dentro de la carpa, y eso le hizo sentir lo mismo que había estado sintiendo los últimos días: que Annie y él eran las dos únicas personas que importaban en el mundo.

Al final, Annie cambió de postura al terminarse el chocolate. Se volvió para mirarlo en el banco y Mac pensó que quizá hubiera llegado el momento.

—Tengo que preguntarte una cosa —le dijo ella.

—Vale, lo que quieras.

Se inclinó un poco más hacia ella e interpretó como una buena señal el hecho de que Annie hubiera desviado la mirada hacia su boca.

—Es que… —empezó a decir Annie, y, a continuación, meneó la cabeza como si fuese a decir una tontería—. Es que…

—Es que ¿qué?

—Me preguntaba si alguna vez te habías despertado junto a una chica —le dijo al fin, con las mejillas encendidas—. Quiero decir, que para mí fue algo nuevo y me sentí un poco incómoda, y me preguntaba si a ti te pasó lo mismo. —Meneó la cabeza de nuevo, visiblemente avergonzada por la situación—. Perdona, seguro que no importa. No sé por qué te he dicho nada.

—He estado con algunas chicas… —empezó a decir él.

—Claro. Normal. Claro que sí. No debería habértelo preguntado.

—No, no. Me refiero a que he salido con algunas chicas, pero nunca me he pasado media noche en vela hablando con ellas.

—Ah.

Mac no pudo evitar sonreír al ver que sus mejillas adquirían un tono rosado aún más intenso.

—Y me gustó despertarme a tu lado. —Se inclinó más hacia ella.

—¿De verdad?

—Pues claro que sí. ¿Cómo no iba a gustarme?

—No sé, pensé que te resultaría raro, sobre todo porque estaba aferrada a ti. Quiero que sepas que entiendo perfectamente lo que es esto, de verdad. Te marcharás pronto y esto no es más que… —Dejó la frase sin terminar.

—Esto no es más que ¿qué?

—Esto no es nada. No somos nada. No quería que pensaras que estaba fantaseando y haciéndome una idea equivocada de lo que somos.

—¿Fantaseando? —bromeó él con un gesto de suficiencia.

—Ay, Dios. —Annie se llevó una mano a la cara—. Ahora lo he empeorado, ¿a que sí?

Mac le agarró la muñeca y le apartó la mano de la cara con suavidad. Le dedicó una sonrisa.

—No lo has empeorado. Y puede que tú no fantasees con lo que somos, pero ¿quién dice que yo no lo haga?

Annie lo miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Aquella era, sin duda, su oportunidad, y no pensaba desaprovecharla. Se inclinó lo bastante para alcanzar a oír la respiración entrecortada de Annie. Sus ojos azules brillaban con expectación. Él estiró la mano y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, dejando que sus dedos le rozaran la sonrosada mejilla, y por fin oyó el suspiro que había esperado oír.

—Annie, verás…

—¡Sullivan! Sullivan, ¿eres tú? —La voz atronadora de uno de sus antiguos compañeros de equipo retumbó en el interior de la carpa.

Mac hizo una mueca de dolor y cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera ignorar la voz, a la persona y el desastroso momento en general, pero Sean no se inmutó. Fue directo hacia ellos, ajeno de todo al hecho de que estaba destrozándole la vida. O al menos así fue como lo sintió Mac.

Annie se había erguido y apartado de él sobre el banco tan deprisa que, para cuando Mac abrió los ojos, casi la vio sentada a otra mesa.

Maldita sea.

—Eh, tío, ¿qué estás haciendo aquí?

Mac hizo todo lo posible por parecer simpático y ocultar las ganas de asesinar a su antiguo compañero. De hecho, si aquello hubiera sucedido una semana antes, le habría encantado reencontrarse con alguien en el pueblo. Sin embargo, justo entonces, lo único que deseaba era que Sean se esfumara. Miró a Annie, que fingía un súbito y profundo interés por la actuación musical y esquivaba su mirada.

—Ya me conoces, he venido por la comida. —Sean levantó una bolsa de palomitas dulces y una caja de *fudge* de chocolate.

Era un tipo grandote, conocido por todos los del equipo como alguien cuya auténtica pasión en la vida consistía en comer. A la madre de Mac, cuya auténtica pasión en la vida consistía en dar de comer a la gente, le encantaba que acudiera a visitarlos a casa.

Sean devoraba cualquier cosa que le pusiera delante. Mac no pudo evitar reírse al verlo ahora hasta arriba de dulces navideños.

—Me alegra ver que no has cambiado.

—Ni una pizca —sonrió Sean—. Y tú ¿qué?

—De compras navideñas.

Sean desvió entonces la atención hacia Annie, que estaba ocupada arrancando los bordes de papel de su vaso de chocolate. Mac no supo por qué, pero de pronto se sintió reacio a evidenciar el hecho de que estuviera allí con Annie. No es que se avergonzara ni nada por el estilo, pero había algo inquietante en verlos a los dos juntos. Era como si Sean le recordara quién había sido en el instituto, y aquel otro Mac jamás habría estado tan cerca de besar a Annie. No sabía si quería que le recordaran a ese otro Mac, mucho menos en aquel preciso instante.

—Ya conoces a Annie —dijo tras aclararse la garganta—. Me estaba…, eh…, ayudando.

Annie alzó la vista y le dedicó a Sean una sonrisa tensa. Sean pareció desconcertado, como si no la hubiera visto nunca antes, aunque le devolvió la sonrisa con educación.

—Íbamos juntos a Biología —le recordó Annie.

—Biología, sí, sí —dijo Sean, riéndose—. No siempre asistía a esa clase.

Mac notó que Annie estaba aguantándose las ganas de poner los ojos en blanco.

—En fin, ha estado bien ponernos al día, pero debería irme ya. —Se puso en pie.

Mac quiso detenerla, pero no se le ocurrió ninguna manera razonable de hacerlo que no fuera agarrarla y echársela al hombro, cosa que, evidentemente, no pensaba hacer. No obstante, hubo de admitir que la idea encerraba cierto atractivo.

—No tienes por qué marcharte —le dijo él.

Sin embargo, Annie ya se alejaba, había tirado el vaso a la basura y dirigía sus pasos hacia la salida de la carpa.

—De verdad, tengo que irme a casa —insistió.

Antes de que Mac pudiera ir detrás de ella, Sean empezó a darle palmadas en la espalda y a contarle que esa noche tenía planeado

reunirse con otros miembros del equipo, y lo único que pudo hacer él fue ver alejarse a Annie. A pesar de que eso fuese lo último que deseaba.

Capítulo 14

Ahora

Annie debería haber estado relajada. A fin de cuentas, aquella era la parte más relajante de su día: manicura y pedicura con la novia. Ahora, pese a tener los pies sumergidos en el agua, con las burbujas a toda potencia, y el sillón de masaje en el que estaba sentada esforzándose al máximo por aliviarle la tensión del cuello, no se había relajado lo más mínimo. Sobre todo porque su atención seguía centrada en la escena del aparcamiento con Mac. Se había sentido como una idiota redomada al darse cuenta de que la cita era justo allí, en la pensión, y había tenido que volver a salir de su coche y entrar en el *spa* hecha una furia con Mac gritando a sus espaldas. Luego, él le había escrito varios mensajes en los que le preguntaba si necesitaba que la llevara a casa, mensajes que ella había ignorado con gran diligencia.

Pero allí estaba, haciendo todo lo posible por disfrutar del presente, cuando en realidad no dejaba de pensar en la expresión desolada de Mac cuando hablaron, en la presión de su pecho contra el de ella y, lo más preocupante, en lo mucho que le gustaba sentirlo tan cerca.

Meneó la cabeza. Aquel debía ser un momento de celebración con algunas de sus personas favoritas y no pensaba permitir que Mac le arruinara la experiencia.

—Bueno, Haze. —Se volvió hacia su amiga, sentada junto a ella—. ¿Te arrepientes de haberte saltado todo esto antes de tu gran día?

Hazel sonrió y dio otro sorbo de champán.

—Me lo estoy pasando de maravilla —respondió—, pero mi boda fue tal y como la deseaba.

—En ese caso, supongo que te perdono por dejarnos tiradas.

—No os dejé tiradas. Fuimos espontáneos.

Y, siendo sincera, ese era el motivo por el que Annie no se había molestado más por perderse la boda de su amiga. Merecía la pena con tal de ver a Hazel feliz y espontánea.

—Cuéntanos cómo fue —dijo Kira mientras le pintaban las uñas.

Junto a ella se encontraba Jeanie, quien parecía mucho más relajada de lo que había dado a entender mientras Annie estaba escondida en el armario. Sin embargo, Annie no estaba pensando en el incidente del armario tampoco. Y, desde luego, no estaba pensando en lo que había sentido al apoyar la mejilla sobre el corazón desbocado de Mac.

Qué va. Estaba centrada en la preciosa novia, ataviada con su chándal blanco preboda. Regalo del club de lectura, llevaba la palabra NOVIA bordada en la espalda.

—Fue muy romántico —les aseguró Hazel, y adoptó una expresión soñadora, como hacía siempre que se ponía a hablar del día de su boda—. Estábamos de vacaciones en Aruba y, el día antes, Noah me había pedido que nos casáramos. Lo tenía todo planeado, con alguien que oficiara la ceremonia y todo. Fuimos al pueblo y escogí un vestido blanco de tirantes que encontramos en una de las tiendecitas. En recepción encargaron flores para ponerme en el pelo; Noah estaba guapísimo con su camisa de lino, el cabello revuelto por el viento y las mejillas pecosas y tostadas por el sol. Nos quedamos solos en la playa al ponerse el sol, diciéndonos el uno al otro lo mucho que nos queríamos.

Todas las mujeres presentes en la sala, incluidas quienes les hacían las uñas, suspiraron al oír la historia de Hazel. Annie ya la había oído antes, pero había de admitir que le emocionaba siempre.

—Suena perfecto —dijo Kira.

—Después se pasaron el resto de la semana encerrados en su habitación del hotel sellando el trato —intervino Annie, y a Hazel se le sonrosaron las mejillas.

—Y eso también fue perfecto —dijo.

—¡Sí, apuesto a que sí! —agregó Kira, y todas se rieron.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Cuándo piensas hacer de mi hermano un hombre decente? —preguntó Jeanie volviéndose hacia Kira con una ceja levantada.

—¿No tendría que pedírselo él primero? —preguntó Iris desde su asiento, junto a Annie.

Jeanie había insistido en que acudiera Iris, pese a no formar parte del cortejo nupcial. También había invitado a su madre, a varias primas, a Crystal, su empleada, y a Lyndsay y a Alex, de la librería. Habían ocupado el *spa* entero durante toda la tarde. Tal vez Dot y Estelle estuvieran en la sauna, o en el salón de masajes. Annie tendría que ir a mirar allí antes de marcharse.

—Bueno, técnicamente… —comenzó Kira antes de que Jeanie la interrumpiera.

—Se lo ha pedido muchas veces —explicó.

—¡¿De verdad?! —Annie dio un respingo en su asiento. ¿Cómo era posible que no lo supiera?

—Sí, técnicamente me lo ha pedido —confirmó Kira encogiéndose de hombros—. Tiene por costumbre decir «cásate conmigo, melocotoncito» cada vez que estamos pasando un gran día o algo así.

La manera en que Kira imitó la voz profunda de Bennett hizo que todas estallaran de nuevo en carcajadas.

—Pero no creo que lo diga en serio.

—Lo dice en serio. —Jeanie parecía convencida.

—¡Ni siquiera estoy segura de querer casarme! —insistió Kira.

—No creo que sea necesario —comentó Iris pasándose la mano por su tripa de embarazada—. Si sois felices juntos, eso es lo único que importa.

—Claro —convino Kira con gesto afirmativo, y acto seguido se encogió de hombros—. Quizá algún día le diga que sí para ver qué hace.

—Pobre Bennett. —Annie sacudió la cabeza con una carcajada.

Kira agitó la mano, con cuidado de no estropearse las uñas, y respondió:

—Ay, por favor, ese hombre está estupendamente.

—Bueno, casado o no, iría hasta el fin del mundo por ti —le recordó Jeanie.

—Sí, ya lo sé —admitió Kira, sonriente—. Es un partidazo.

—Bueno, yo quiero saber más cosas sobre esta boda en concreto —dijo Iris—. Obviamente, estoy al tanto de todo lo relacionado con la comida. Archer lleva meses hablando de ello. Pero ¿qué más habéis planeado? ¡Todo el mundo se muere de ganas de ver el granero reformado, Kira! En la cena de ensayo, ya estaba increíble.

—¡Lo sé! ¡Estoy deseando verlo mañana! —intervino Jeanie.

Kira sonrió, aunque Annie alcanzó a ver los nervios en su rostro. Sabía lo mucho que se había esforzado su amiga los últimos seis meses para poner en marcha su plan. Desde que Bennett y ella encontraran un tesoro escondido en la granja, habían puesto todo su esfuerzo en transformar el viejo granero en un espacio para la celebración de eventos. Y la boda del año iba a ser su primer evento real. Annie sabía lo importante que era para ella que saliera bien.

Pero saldría bien. No le cabía duda.

—Va a quedar precioso —anunció—. El granero es mucho más grande de lo que pensé en un principio, y Kira ha hecho un trabajo asombroso con la supervisión de la reforma. Habrá manteles blancos, velas blancas, luces blancas. Un paraíso invernal con destellos de flores rojas… ¿Cómo se llaman las flores que has escogido, Jeanie?

—Anémonas blancas y peonías rojas. Además, Daisy va a poner también en las mesas ramas de pino.

—Eso —contestó Annie—. La temática es de lo más oportuna.

—Sí —dijo Kira con una sonrisa a modo de agradecimiento—, va a quedar perfecto.

Iris se arrellanó en el sillón y cerró los ojos.

—Suena de maravilla.

—¿Y el vestido? —agregó Hazel—. ¿Cómo fue la última prueba?

—Muy bien. Pudo venir mi madre, y solo lloramos un poco.

—¿Estás segura?

—Bueno, vale, lloramos un montón, ¡pero es que era todo lo que había deseado!

Jeanie le pasó su teléfono a Iris para que pudiera ver fotos del vestido. Annie había estado con ella cuando lo encontró, una preciosa y etérea creación con la que parecía una auténtica princesa invernal, con el corpiño ajustado y una pronunciada uve en la parte delantera. El corpiño llevaba bordadas flores y enredaderas de encaje que llegaban hasta la falda, así como por las mangas largas. Logan iba a perder la cabeza nada más verla.

—Guau, Jeanie, vas a estar guapísima con él puesto —comentó Iris, y Annie le dio la razón.

—Sin duda —dijo. Ya notaba que empezaba a emocionarse.

Hazel estiró el brazo y le apretó la mano con cariño.

—No puedes empezar a llorar todavía.

—Llevo semanas llorando —admitió Annie sacudiendo la cabeza.

—¿Vas a venir acompañada? —preguntó Francine, la mujer que estaba haciéndole los pies en ese momento, centrando en Annie la atención de todas—. Porque mi sobrino…

—Perdona que te corte, Fran. No busco acompañante.

Cuatro cabezas se volvieron hacia ella, y Jeanie, Hazel, Kira y Iris se quedaron mirándola con incredulidad.

—¿Cómo?

—Vas a acudir a un evento sin acompañante y Mac también irá solo —señaló Jeanie.

—No veo qué tiene eso de relevante. —Annie se negaba a dejarse arrastrar a aquel interrogatorio, o a pensar en Mac atravesando el aparcamiento en dirección a ella.

Tampoco quería ponerse a pensar en lo que sentiría al verlo con el traje sexi que estaba segura de que llevaría puesto.

Jeanie se encogió de hombros como si no fuese a insistir con el tema, pero entonces fue e insistió:

—Solo digo que es raro que vayáis los dos solos a esta clase de cosas. Me parece que podría ser una buena oportunidad para…

—¿Una buena oportunidad para qué, Jean Marie?

Esta arrugó la nariz al oírla emplear su nombre completo.

—No lo sé. Una buena oportunidad para enterrar el hacha de guerra.

—No hay ningún hacha. No tenemos que enterrar nada, y desde luego no vamos a acercarnos el uno al otro más de lo estrictamente necesario. Ya te prometí que me comportaría, pero eso es lo único que puedo prometer.

—Vale, vale. —Jeanie alzó las manos con sus uñas recién pintadas en señal de rendición—. Te lo agradezco.

Jeanie lo dejó correr y las chicas centraron su atención en otros asuntos más apremiantes, como si de verdad traía mala suerte ver a la novia antes de la boda, porque ella no tenía ninguna intención de dormir lejos de su prometido aquella noche.

—No creo que importe —intervino Iris, y Kira le dio la razón.

—Siempre y cuando no te vea con el vestido puesto —agregó Hazel.

—Lo dice la que se fue a comprar su vestido acompañada del novio —contestó Jeanie con una carcajada.

—Me ayudó a escogerlo —se defendió Hazel encogiéndose de hombros—, pero no me vio con él puesto hasta que estuvimos juntos en la playa. Es bonito que sea una sorpresa, ¿no os parece?

—A mí me parece romántico. Que te vea por primera vez con el vestido puesto mientras caminas hacia el altar. —Kira se sopló las uñas de las manos.

—Logan no va a parar de llorar —conjeturó Annie.

—¿Tú crees? —le preguntó Iris, que la miró sorprendida.

—Ese hombre por dentro es un osito de peluche. Claro que va a llorar.

—¿Noah lloró? —Iris se volvió de nuevo hacia Hazel.

—Hubo lágrimas —confirmó esta, y todas suspiraron de nuevo.

¿Por qué les causaba tanta satisfacción hacer llorar a hombres adultos?

—Vale, entonces estamos todas de acuerdo. Puedo dormir con Logan esta noche, pero no puede verme con el vestido puesto.

—Eso es —dijo Kira—. Me parece un buen acuerdo.

—Está claro que nosotros no creemos en seguir las tradiciones —comentó Iris, señalándose la tripa mientras sonreía a Hazel y a Kira.

Hazel se rio y alzó su copa de champán para brindar, pero Annie golpeó con los nudillos la mesa de madera que tenía al lado. No

quería que nadie gafara la boda ni nada relacionado con ella, incluidos bebés y relaciones sentimentales. Aún no había encontrado a Estelle ni había terminado el postre secreto de la boda. No podía permitirse tener más mala suerte. En cuanto se le secaran las uñas, volvería a salir, esta vez sola. No quería que cierta persona la distrajera de cuestiones más importantes, como la felicidad de sus amigos.

—¿No se supone que no puedes ver a la novia la noche antes de la boda? —preguntó Bennett; se acercaba para ocupar su lugar cuando le tocó el turno para tirar los dardos.

Estaban en el *pub* haciendo lo que el novio había solicitado para su última noche de soltería: comer hamburguesas, beber cerveza y jugar a los dardos.

—Ni de broma voy a dejar de dormir con mi prometida esta noche —respondió Logan con un resoplido.

Noah le dio una palmada en la espalda.

—Eso es. ¿Quién respeta esas viejas tradiciones? Lleváis viviendo juntos un año, así que me temo que ese barco ya zarpó.

—Lo dice el que apenas salió de su habitación de hotel el tiempo justo para casarse antes de volver a arrastrar allí a Hazel.

—Oye, no la arrastré. Fue por voluntad propia —respondió Noah con una sonrisa engreída.

Mac se rio y dio otro trago a su cerveza. Se alegraba de haber ido. Necesitaba distraerse. Las palabras de Annie llevaban todo el día atormentándolo. «Fingí muchas cosas». Y luego se había marchado a que le hicieran las uñas, como si nada.

Por no mencionar que no habían conseguido encontrar a Estelle y Mac no sabía qué iban a hacer al respecto. Un pequeño detalle que no tenía intención de contarle al novio.

Pese a todo eso, se alegraba de haber salido con los chicos. Había perdido el contacto con la mayoría de sus amigos del instituto y, para su sorpresa, fue Logan el primero en ponerse en contacto con él cuando regresó al pueblo. Era agradable volver a tener amigos fijos, ahora que se había instalado de manera permanente en un

lugar, aunque sabía que a Annie le fastidiaba tener que verlo a todas horas. O quizá fuese justo porque a Annie le fastidiaba. Durante un tiempo, se había engañado pensando que el mero hecho de estar cerca de ella bastaría para suavizar sus sentimientos hacia él, para hacerle ver que ya no era el muchacho inmaduro que la había abandonado; sin embargo, Annie era obstinada como ella sola.

¿Podría él haber insistido? Probablemente. A lo largo de los años, hubo muchas ocasiones en las que podría haber sacado el tema, haberle exigido sentarse a hablar y sacar los trapos sucios. Pero entonces se habría visto obligado a afrontar el hecho de que Annie lo odiaba de verdad y que jamás lo perdonaría. De modo que no había insistido, al menos hasta aquel día. Había sido ella la causante de que no pudieran seguir ignorando su historia, porque la había alterado por completo.

«Fingí muchas cosas».

—¿Mac?

—¿Qué? —Sacudió la cabeza, tratando de olvidarse de Annie y de su mano contra su boca en aquel armario oscuro, además de todo lo que había dicho a continuación.

—Te toca —le dijo Bennett.

—Voy. —Se levantó de la mesa y aceptó los dardos que le ofrecía Noah.

Se encontraban al fondo del *pub,* lejos del bullicio del abarrotado comedor principal, donde un grupo de profesores celebraban su cena de fin de año y, en aquel momento, daban voces con el amigo invisible, mientras el Departamento de Bomberos Voluntarios celebraba también su fiesta y su ceremonia de premios anual. Aquello era una locura. Mac se recordó que, con el año nuevo, tendría que concederle a Amber un aumento.

Lanzó su primer dardo y ni siquiera dio en la diana.

Noah y Logan se quedaron mirándolo.

—Tío, y eso ¿a qué viene?

—Un lanzamiento de mierda —convino Mac meneando la cabeza.

Lanzó el siguiente dardo, que entró en la diana por poco, clavándose en el círculo exterior.

—¿Va todo bien? —le preguntó Logan con el entrecejo arrugado en señal de auténtica preocupación.

—Todo va bien.

Mac lanzó el último dardo, que rebotó en la pared.

—Hay que joderse —murmuró Noah—, jamás te había visto jugar tan mal.

—A veces pasa. —Se encogió de hombros para tratar de restarle importancia.

—A ti no te pasa —insistió Noah.

Por desgracia, llevaba razón. Si algo se le daba bien después de pasarse años de su vida en el *pub* de su padre y en muchos otros, eran los dardos. Y había pasado demasiadas noches dándole una paliza a Noah a los dardos como para anunciar ahora que no se le daba bien.

—Da igual —respondió mientras dirigía sus pasos hacia la mesa.

Bennett acababa de regresar con otra ronda de cervezas y se les había unido Archer.

—¿Qué me he perdido? Tenía que esperar a que llegara la canguro.

—Logan va a dormir con Jeanie la noche antes de la boda y a Mac le pasa algo muy grave —le informó Noah.

—Guau —comentó Archer con una ceja levantada.

—No me pasa nada grave —insistió Mac, aunque en el fondo sentía que, en aquel momento, le pasaba algo gravísimo.

Había vivido muchos años convenciéndose a sí mismo de que no había nada entre Annie y él. Que había sido todo una fantasía de adolescentes, algo exagerado. Y entonces regresó al pueblo y supo que estaba jodido, porque Annie seguía siendo tan perfecta como la recordaba. Pero no lo deseaba, y él había hecho todo lo posible por pasar página. Se había forjado una vida allí. Había salido con otras mujeres, había ampliado su negocio. Había hecho amigos, joder. Y solo con pasar una mañana con ella, Annie ya había hecho pedazos su decisión de mantenerse alejado.

No pensaba con claridad.

Y, desde luego, era incapaz de jugar a los dardos.

—Ha pasado la mañana con Annie —informó Archer; de no haber estado esperando el nacimiento de su hijo, Mac le habría asestado un puñetazo en toda la cara.

—¿En serio? —dijo Noah—. Qué interesante…

—¿Quién te ha dicho eso?

—Iris. Me dijo que Annie y tú estuvisteis esta mañana en la asociación.

—También os vieron en el café —agregó Ben, dando un trago a su cerveza.

Aquel grupo de hombres adultos, sus supuestos amigos, eran más cotillas que el club de lectura.

—Joder. No se puede hacer nada en este pueblo sin que se entere todo el mundo.

—Es cierto —se rio Archer—, pero ¿qué estabais haciendo juntos? Pensé que Annie no soportaba tenerte cerca.

Mac sacudió la cabeza y bebió más cerveza. Aquello era más cierto de lo que le habría gustado admitir.

—Esta mañana fui a su apartamento —fulminó a Noah con la mirada antes de que pudiera empezar a preguntarle cosas que, sin duda, no habían sucedido— a por los gemelos de Logan. Y ella se había quedado sin gasolina. La he ayudado con un par de recados. Nada más.

—¿Nada más? —preguntó Bennett, escéptico.

—Sí, nada más. Recados.

Ninguno pareció creérselo, pero Mac debió de adoptar un gesto lo bastante amenazador, porque dejaron correr el tema.

—Vale, tío, lo que tú digas.

—De todos modos, no hemos venido a hablar de mí. —Mac señaló a Logan con su botella de cerveza—. Hemos venido a celebrar con nuestro amigo su última noche de libertad.

Logan puso los ojos en blanco.

—Lo de la última noche de libertad es una gilipollez —dijo—. Hemos venido porque quería una hamburguesa y una cerveza y habéis tenido la suerte de que os haya permitido acompañarme.

Mac sacudió la cabeza con una sonrisa. Allí estaba el cabrón gruñón al que todos conocían y querían.

—Por Logan y Jeanie —dijo Archer alzando su botella, y los demás lo imitaron.

—¡Por Logan y Jeanie! —exclamaron todos.

—Enhorabuena, tío.

Mac le dio una palmada a su amigo en la espalda.

—Gracias —respondió Logan—. De verdad, me alegra que hayáis venido.

Noah fingió secarse las lágrimas.

—No te pongas sensible ahora. Me vas a hacer llorar.

Bennett se rio y Mac se levantó para ir a por más comida para la mesa. Cuando regresó, Iris estaba sentada en el regazo de Archer.

Se le aceleró el corazón al instante. ¿Estarían allí todas las chicas?

—Hola, Iris, ¿qué haces aquí? —preguntó poniéndole delante una fuente de patatas fritas.

—Perfecto —respondió ella con un leve suspiro—. Tenía un antojo.

—Yo también puedo hacerte patatas fritas —protestó Archer.

Iris le dio un beso en la sien y respondió:

—Te quiero y me encanta tu cocina, pero en casa no puedes hacerme patatas fritas en aceite abundante, y esto es justo lo que quería.

A continuación, se metió en la boca una de las crujientes patatas.

—Vale, cariño —dijo Archer y le dio un beso en el hombro.

—Jeanie me ha pedido que te dijera que te verá en casa —agregó Iris volviéndose hacia Logan—. Primero iba a cenar con sus padres.

Logan asintió con la cabeza.

—Entonces, supongo que tú tampoco crees que traiga mala suerte —comentó Iris—. Lo de dormir juntos la noche antes de la boda.

—Claro que no creo que traiga mala suerte —aseguró Logan y meneó la cabeza—. Jeanie es la mujer de mi vida y no voy a pasar una noche lejos de ella por una absurda superstición.

—Ella opina lo mismo —confirmó Iris con una sonrisa.

Logan inclinó la cabeza para darle la razón y en sus labios se dibujó una sonrisa de felicidad. Y, por un momento, Mac no logró identificar la sensación que se alojó en sus entrañas, aunque enseguida se dio cuenta de que eran celos. Estaba celoso de sus amigos. Celoso de Logan por estar tan seguro sobre Jeanie. Celoso

de Archer por tener a su preciosa novia embarazada sentada en su regazo, y de Noah, que ya se había casado con la chica de sus sueños; y luego estaba Bennett, que pasaba sus días tan pegado a Kira que parecía no necesitar otra cosa.

La noche previa a la boda de su amigo, Mac tuvo una epifanía, y fue como recibir un puñetazo en el estómago. Tal vez él también deseara aquello.

Después de todos esos años tratando de convencerse de lo contrario.

Deseaba lo que tenían sus amigos.

Y, por desgracia, sabía exactamente con quién lo deseaba.

Capítulo 15

Antes

—¡Annie! —Su hermana Charlotte entró en el dormitorio casi sin aliento por la emoción.

Annie levantó la cabeza del libro y suspiró.

—¿No sabes llamar a la puerta?

La idea era ridícula en una casa con tantas hermanas como las que ella tenía; aun así, habría sido agradable que su hermana respetara su intimidad. Aunque tampoco estaba haciendo algo que requiriese intimidad. Desde que esa tarde Mac le diera de lado en el mercadillo, se había retirado a su habitación para pasar una agradable velada consigo misma. Estaba bien abastecida con una pila de libros, muchas galletas navideñas y la habitación para ella sola, gracias al hecho de que su hermana mayor por fin se había emancipado.

Charlotte puso los ojos en blanco y se pasó la larga melena rubia por encima del hombro. Era la hermana menor de Annie, pero a sus trece años ya se creía la más guay del mundo.

—¡Esto es demasiado importante para llamar a la puerta! Ha venido Mac Sullivan.

A juzgar por cómo pronunció su nombre, cualquiera habría pensado que Mac era el último cantante de *k-pop* con el que se había obsesionado. ¿De qué conocía su hermana pequeña a Mac? A veces, aquel pueblo era demasiado pequeño.

Sin embargo, la mención de su nombre sin duda sirvió para captar su atención.

—¿Cómo que ha venido? ¿Está aquí, en nuestra casa?

—¡Sí! En nuestra puerta. Hablando con papá.

Annie se quedó lívida.

—¿Está hablando con papá ahora mismo?

—¡Sí, eso es lo que estaba intentando decirte! ¡Era demasiado importante para llamar a la puerta!

Annie se levantó de salto de la cama, donde hasta entonces se hallaba tranquilamente leyendo su última novela de misterio, y se fijó en lo que llevaba puesto. Iba vestida de los pies a la cabeza con un mono navideño con cremallera y bolsillo delantero.

—¡No puedo ver a Mac con esta pinta!

Su hermana arrugó la nariz en señal de asco, lo que confirmaba lo horrible que era su atuendo. Pero a continuación se encogió de hombros como si no se pudiera hacer nada al respecto.

—Bueno, no tienes tiempo de cambiarte, salvo que quieras que papá siga hablando con él.

Annie soltó un quejido. No quería eso para nada. Adoraba a su padre, de verdad que sí, pero el hombre hablaba por los codos y, después de una semana poblada de acontecimientos vergonzosos, lo último que Annie deseaba era que Mac se viera obligado a mantener una larga e incómoda conversación con él.

—¿De qué están hablando? —preguntó, buscando frenéticamente a su alrededor algo, cualquier cosa que pudiera echarse encima y no llevara renos estampados.

Charlotte se encogió de hombros y se dejó caer a los pies de la cama de Annie. Debía de estar perdiendo ya el interés por aquel drama en particular.

—No lo sé. Cuando me he ido, estaban hablando de las posibles maneras de que los Pats lleguen a las eliminatorias.

—Vale, de momento no es grave.

El fútbol americano era un tema inocuo. Aunque ¡¿cuánto tiempo llevaría allí Mac sin que nadie se lo hubiera dicho?! A veces había tanta gente en esa casa que las visitas se veían absorbidas por el caos.

Charlotte le lanzó una sonrisa de suficiencia, como si supiese algo que ella desconociera.

—¿Qué pasa?

—Ah, —Charlotte se retorcía con el dedo un largo mechón rubio—, ¿se me ha olvidado mencionar que también está Madison ahí abajo?

—¡Ay, Dios! —se lamentó Annie.

Que Mac hablara con su hermana de dieciséis años era mucho peor que si solo hablara con su padre. Tenía que bajar allí a toda prisa, antes de que Maddie tuviera ocasión de contarle a Mac todas las cosas vergonzosas que Annie había hecho a lo largo de la última década.

Salió corriendo de su habitación seguida de Charlotte, quien llevaba bajo el brazo la lata de galletas que había birlado de la habitación. Annie iba tan deprisa que a punto estuvo de tropezar y caer de cabeza por las escaleras, pero por suerte se enderezó en el último momento. En lugar de caerse, derrapó los dos últimos peldaños y aterrizó de forma abrupta frente a Mac.

—Aquí está —dijo su padre, como si llevaran todos varias horas buscándola cuando, en realidad, nadie se había molestado en decirle que tenía visita.

—Aquí estoy —confirmó Annie—. Pero ¿qué estás haciendo aquí? —Dirigió su pregunta a Mac, decidiendo ignorar el gesto divertido con que este evaluaba su pijama.

—Annabelle, no seas maleducada. Mac se ha pasado a saludar y a desearnos feliz Navidad —explicó su padre.

Ella miró a Mac con una ceja enarcada y este sonrió.

—Sí, Annabelle, he venido a desearte una feliz Navidad.

—Y le estaba contando la anécdota de la Navidad en que intentaste trepar al árbol y se te vino encima —intervino Maddie, sentada en el sofá y vestida con el mismo mono que llevaba ella.

Parecían personas trastornadas. Gracias a Dios, su padre no llevaba puesto el suyo. En vez de eso, había optado por un discreto jersey; tenía estampado en la pechera un gigantesco árbol de Navidad que, si pulsaba el interruptor que llevaba en el bolsillo, se iluminaría con auténticas lucecitas titilantes. Si estaba en lo cierto y, aquella tarde, Mac se había inclinado hacia ella con intención de besarla, ahora sin duda no volvería a intentarlo. No después de hacerles esa pequeña visita.

—Si aquel año tú ni siquiera habías nacido —le respondió Annie a su hermana.

—Pero he oído la anécdota muchas veces —repuso Maddie encogiéndose de hombros—, y me parece muy graciosa.

—En eso tengo que darle la razón —convino Mac, riéndose, y Annie tomó nota para acordarse de pedirle prestado a Madison ese jersey que tanto le gustaba y no devolvérselo jamás.

—Bueno, vale, se acabaron las anécdotas. Ahora que nos has deseado a todos una feliz Navidad, creo que puedes irte a casa. —Entonces cogió de la mano a Mac y lo arrastró hacia la puerta de entrada.

—No tienes por qué echarlo a patadas. Puede quedarse, si quiere —dijo su padre, pero Annie ya había tenido bastante Mac por un día.

—Sí, aún no me ha dado tiempo a contarle la vez en que te hiciste pis en el regazo de Papá Noel —dijo Maddie con un brillo perverso en los ojos.

Annie le transmitió a su hermana con la mirada un mensaje muy claro: «Te voy a matar». Nada del jersey ese al que le había echado el ojo, ahora donaría la mayoría del armario de Maddie. A una buena causa, por supuesto.

—¡Fuera! —exclamó Annie mientras deslizaba los pies en las botas más cercanas, agarraba un abrigo y sacaba a Mac por la puerta, asegurándose de fulminar con la mirada a su hermana una última vez antes de salir.

—Adiós, señor Andrews. Adiós, Maddie —gritó Mac por encima del hombro al tiempo que Annie cerraba de un portazo a sus espaldas.

Seguía riéndose cuando ella se volvió para mirarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó entre dientes.

—¿Aparte de disfrutar de ese mono que llevas? —preguntó él con una sonrisa—. ¿Y de oír divertidas anécdotas sobre ti?

Annie se negaba a seguir sintiéndose avergonzada aquel día. Echó los hombros hacia atrás, como si se enorgulleciera de su atuendo y no le horrorizara en absoluto lo que su hermana le había contado.

—Es cómodo —se justificó—. Y todas esas anécdotas están muy exageradas.

—Sí que parece cómodo.

Annie estaba a punto de decirle que se largara, pero parecía sincero, y no se había atrevido a decir ni una palabra sobre el hecho

de que hubiera orinado encima de una célebre figura navideña. De modo que no lo expulsó del porche a empujones.

—Es cómodo, pero, en serio, ¿qué haces aquí?

—Quería verte.

—Ya me has visto hoy. —Annie parpadeó confundida.

—¿Acaso hay un límite? ¿Ya he cubierto mi cupo de Annie por hoy?

—No…

Debía de haber truco. Una cosa era que ambos se aburrieran o que Mac necesitara su ayuda con algo, pero ¿por qué iba a querer verla ahora?

—Pensé que esta noche saldrías con tus amigos.

—Ya los veré más tarde —respondió Mac encogiéndose de hombros—. Pero esta tarde quería hacer una cosa y no he tenido la oportunidad.

—¿Sigues buscando un regalo? Podríamos volver mañana y seguir buscando, supongo, si aún necesitas mi ayuda…

Annie dejó la frase inacabada cuando Mac se le acercó más.

—No se trata del regalo. —Le acarició la cara con la mano ahuecada y le deslizó el pulgar por el pómulo.

—Ah —susurró Annie al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Macaulay Sullivan estaba a punto de besarla. Aun después de haber conocido a la mitad de su trastornada familia. Aunque fuese vestida como un reno navideño.

Él agachó la cabeza en dirección a la de ella, hasta que sus labios le rozaron la boca. Annie casi se sintió avergonzada por el leve suspiro que se le escapó, pero entonces recordó que aquel día ya no iba a avergonzarse más. Le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él. Notó su sonrisa.

—Pensé que podría pasar cualquier cosa —dijo él sin apartarse, hablando suavemente contra su boca—. Pensé que podría gustarte o que podrías darme un puñetazo en la cara.

La sonrisa de Annie imitó la de él.

—Me gusta.

Mac gimió antes de hacer más íntimo el beso. Apretó los labios contra los suyos, le rodeó la cintura con los brazos y Annie se fundió

con él.

A menudo, las fantasías no suelen estar a la altura de las expectativas. Besar a Mac no fue así para nada. Besar a Mac estuvo muy por encima de las expectativas.

El aire de diciembre soplaba gélido en torno a ellos, pero Mac le daba calor. Sus labios cálidos en los de ella, su lengua caliente y húmeda deslizándose sobre la suya, sus manos ardientes aferradas a sus caderas. Annie ya no notaba el frío. Lo único que sentía era a él. El beso se había iniciado de forma tierna, como si él temiese que fuese a cambiar de opinión. En cambio, se había convertido en algo lento y profundo, como si Mac deseara saciarse, como si hubiera estado pensando en ello y, ahora que se le había presentado la oportunidad, no fuese a dejarla escapar. Para cuando se apartó, Annie estaba sin aliento.

Mac esbozó una sonrisa torcida.

—Bueno, ya me siento mejor —dijo.

Annie se pasó las yemas de los dedos por los labios. Seguían allí. Seguían siendo sus labios, pese a que los notaba transformados por la experiencia.

—¿Puedo volver a verte pronto? —le preguntó Mac, viendo que Annie aún no había sido capaz de formular una frase.

—Claro —respondió ella, aunque su voz no fue más que un hilillo entrecortado que hizo que él agrandara aún más su sonrisa.

—Fantástico. Luego te escribo. Buenas noches, Annabelle —le dijo, se dio la vuelta y la dejó allí, tan desconcertada que se le olvidó decirle que no la llamara de esa forma.

Acababa de recibir el mejor beso de su vida, y había sido con un chico al que creía que odiaba. ¿Qué iba a hacer ahora? Se giró hacia la casa y vio las caras arrogantes y sonrientes de sus hermanas que la observaban a través de la ventana. Habían presenciado toda la escena y ya no pararían nunca de darle la murga. Se puso la capucha del mono y entró en casa. Y, aun sabiendo que pasaría el resto de la noche atormentada por Maddie y Charlotte, era incapaz de borrar la sonrisa de su cara.

Capítulo 16

Ahora

¡Maldita nieve, maldito glaseado real que no se endurecía y maldito mejor amigo que decidía casarse en pleno mes de diciembre!

Maldito George por contraer la gripe y no poder ayudarla.

Annie respiró hondo mientras miraba cómo los copos de nieve formaban remolinos frente a ella, delante de la puerta abierta de su pastelería. Llevaba casi una hora nevando con fuerza. Las suaves ráfagas de antes se habían convertido en una ventisca. Ya había oscurecido, lo que le parecía imposible, pues solo se había quedado trabajando un poco más para dar los últimos retoques a la casa de pan de jengibre que estaba confeccionando para Logan y Jeanie en lugar de la clásica tarta nupcial; y ahora, sin saber cómo, se le había hecho muy tarde. Y había oscurecido. Y nevaba.

Habían transcurrido horas desde que Mac la había dejado en el *spa,* horas desde el incidente. La confesión sobre el orgasmo había sido un golpe bajo. Lo sabía, pero Mac se lo merecía. Annie no quería sus pobres disculpas y, desde luego, no quería que supiera el daño que le había hecho entonces, ni lo mucho que aún le dolía. No quería que nadie lo supiera. Resultaba demasiado humillante que, como mujer adulta que era, siguiera sintiéndose destrozada por algo que había sucedido cuando eran adolescentes.

Tras no haber respondido a sus mensajes y haberle pedido a Hazel que la llevara en su lugar, Annie no había vuelto a saber nada de él. Daba por hecho que él tampoco había encontrado a la abuela. Ese era el verdadero problema, no Mac ni sus disculpas, sino la abuela todavía desaparecida y su posible cómplice, la tía Dot. Annie ya había mirado en los sitios de reunión predilectos de la tercera edad,

pero las mujeres no habían acudido a ninguno de ellos, y ahora ya no sabía qué más hacer.

Además, tenía que llevar la maldita casa de pan de jengibre hasta la granja de Kira. Había prometido ayudar esa noche con la decoración del granero.

De modo que volvió a respirar hondo.

No iba a dejarse llevar por el pánico porque era una empresaria competente de gran éxito, perfectamente capaz de compaginar su pastelería, sus amistades y su necesidad de perfección.

Cerró de un portazo y volvió a entrar en la calidez de la tienda. Lo lograría. Trasladaría aquella monstruosidad de pan de jengibre hasta la furgoneta de reparto sin resbalar ni caerse de culo, y después la llevaría hasta la granja de Kira por carreteras que sin duda no serían traicioneras ni potencialmente mortales.

Todo iba bien.

Solo necesitaba un pequeño e insignificante milagro navideño.

Rodeó la casa de pan de jengibre, situada sobre su mesa de trabajo, al fondo de la pastelería. La había construido sobre una plataforma de madera a fin de poder levantarla y moverla donde necesitara, aunque saltaba a la vista que era una misión para dos personas. La rodeó de nuevo. La casa era enorme. Una réplica exacta de la granja de Logan, confeccionada con pan de jengibre y glaseado real. ¿Cómo demonios iba a trasladarla ella sola? ¿Y en plena nevada?

Las galletas de jengibre que representaban a unos Jeanie y Logan en miniatura la miraban con gesto escéptico.

—Puedo hacerlo —les dijo—. Solo tengo que encontrar la estrategia adecuada. —Y sí, era normal que los pasteleros hablaran con sus creaciones. De lo más normal—. Solo tengo que…

Estaba a punto de intentar rodear la casa con los brazos sin tirar parte del tejado cuando unos golpes en el escaparate le hicieron perder la concentración.

—¿Qué demonios ha sido eso? —Suspiró y volvió con decisión hacia la parte delantera de la tienda.

Los escaparates estaban empañados por el calor de los hornos y el frío de fuera, de manera que lo único que alcanzó a ver más allá

del cristal fue una figura oscura.

—Ah, bien, un misterioso desconocido, justo lo que necesito.

Utilizó la mano para despejar un pequeño círculo sobre el cristal. La figura oscura resultó ser algo mucho peor que un misterioso desconocido.

Era un conocido que además la traía de cabeza.

Mac le sonrió con suficiencia a través del cristal.

¡Al infierno los milagros navideños! Annie se acercó a la puerta de la pastelería y la abrió con brusquedad.

—¿La has encontrado?

—Por desgracia, no. He pasado por la granja de Logan para hablar con Henry. Parecía creer que la abuela y Dot habían ido a visitar a una prima o algo así. Pero, con esta nieve, no creo que vayan a regresar esta noche.

Annie dejó escapar un suspiro de frustración. No tenía ni idea de qué se proponían Estelle y Dot, aunque, por desgracia, Mac tenía razón. Con aquella nevada, no harían nada hasta que despejaran las carreteras.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

—Acabo de salir del *pub* y he visto que seguías con las luces encendidas.

—¿Y?

—Que en el resto de la calle está todo cerrado.

—Bueno, pues gracias por informarme sobre el horario comercial de los locales del vecindario, pero ya sabía que estaban cerrados.

Se apoyó contra la jamba de la puerta y cruzó los brazos sobre el delantal cubierto de harina. Mac se quedó de pie bajo el brillo de la farola, mientras la nieve le cubría el pelo oscuro y los anchos hombros.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro que sea tan importante? —le preguntó, tratando de mirar por encima de su hombro.

—Cosas de pastelería.

—¿Cosas de pastelería? —repitió él con una ceja levantada.

—Sí. Esto es una pastelería.

La risa de Mac provocó una nube de vaho en el aire frío al salirle de la boca. No pensaba invitarlo a entrar. Últimamente daba la

impresión de no hacer otra cosa que dejarle acercarse demasiado. En algún punto debía poner el límite: bien podría ser el umbral de su pastelería.

—Me gusta el cambio de nombre, por cierto. —Él señaló el nuevo letrero.

Annie le dio las gracias a regañadientes. La pastelería había experimentado numerosos cambios a lo largo de los años; el nuevo nombre era el más reciente. Había pasado de su mesita en el mercadillo navideño a una tienda *online,* compartiendo cocina con sus padres y hermanos, y aun así lograba sacar adelante los pedidos. Cuando le concedieron el préstamo para alquilar aquella tienda, cinco años atrás, fue uno de los mejores días de su vida. Sin embargo, Mac no había ido allí por nada relacionado con eso.

No iba a ponerse a explicarle por qué consideraba que La Casa del Pan de Jengibre era un nombre mucho mejor para su negocio.

—¿Qué es tan importante como para que sigas aquí tan tarde la noche antes a la boda de tu mejor amigo?

—Bueno, hemos estado muy ocupados durante todo el día, ¿recuerdas? Y, además, es una cosa para la boda.

—¿Es la tarta? —le preguntó él con interés renovado.

Annie no le había contado a nadie su idea de la casa de pan de jengibre. Solo la novia sabía que habían sustituido la tarta por la casa, un regalo para el novio, a quien la cobertura de las tartas le provocaba repulsión.

—Déjame verla —le pidió, dando un paso hacia delante.

—Ni hablar.

—Venga, Annabelle. Déjame verla.

—No me llames Annabelle, Macaulay.

Entonces, fue él quien frunció el ceño y Annie se rio de su reacción.

—Como padrino, mi deber es ver la tarta con antelación.

—No eres el padrino —le recordó ella—. Y, desde luego, la tarta está muy lejos de la jurisdicción de los testigos.

—Logan no quería bailarinas de estriptis —respondió Mac encogiéndose de hombros—. ¿Qué otra cosa voy a hacer?

—Claro que no quería bailarinas de estriptis. Si ni siquiera quería una tarta con cobertura. Es como si fuera alérgico a la alegría.

A Mac se le iluminaron los ojos y Annie se dio cuenta, demasiado tarde, de que había revelado una información vital.

—¿A Logan no le gusta la cobertura en las tartas? —Mac se acercó más, hasta quedar ambos apretujados en el umbral de la puerta—. ¿Qué has preparado, Annie? —Su aliento se entremezclaba con el de ella, creando entre los dos su propia nube de vaho—. Déjame entrar. —Le sostuvo la mirada y fue como si estuviera pidiéndole algo más que el mero acceso a la pastelería. A Annie se le pasó por la cabeza su sugerencia anterior de «volver a intentarlo»—. Por favor —agregó y desvió la mirada fugazmente hacia sus labios.

Annie vaciló, notaba que su determinación flaqueaba, como le ocurría siempre con aquel hombre tan exasperante.

El problema era que Annie no había mentido antes, o no exactamente. Puede que Mac no le hubiera proporcionado un orgasmo, pero eso no significaba que el sexo no hubiera sido bueno. No significaba que no se hubiese mostrado tierno y cariñoso con ella siendo su primera vez. No significaba que no se preguntara cómo sería el sexo entre ellos en la actualidad. Era como si su cuerpo hubiera hecho el amor con él once años atrás y su cerebro hubiera seguido haciéndolo desde entonces.

Mac agachó la cabeza hacia la suya y, con su aliento cálido, le acarició la cara. Ella cerró los ojos.

—Por favor, Annie.

Ella le puso una mano en el pecho y disfrutó al oírle tomar aire cuando volvió a abrir los ojos y vio el deseo en su mirada. Un deseo mezclado con esperanza. Casi se sintió mal por apretar con más fuerza la mano contra su pecho y apartarlo de un empujón.

Mac trastabilló sobre la nieve, resbaló y agitó los brazos, pero, para fastidio de Annie, permaneció erguido.

Había vuelto a esbozar aquella sonrisa arrogante al recuperar el equilibrio, pero la franqueza con la que le había dicho «por favor» ya había desaparecido.

—Lo siento, Mac, esta noche nada de bailarinas de estriptis ni de echar un vistazo a la tarta. Deberías irte a casa. ¡Ve con cuidado con

el coche!

Annie agitó los dedos en señal de despedida y ya estaba volviéndose hacia la puerta cuando frenó en seco al oír las palabras de Mac.

—¿Cómo vas a trasladarla hasta la furgoneta?

Mierda. Ahí la había pillado.

—No querrás echar a perder lo que has preparado, Annie. Sé que no quieres decepcionar a los novios.

Mierda al cuadrado.

Claro que no quería decepcionar a los novios. Había pasado el día entero tratando por todos los medios de asegurarse de que la boda saliera a la perfección. ¿Qué clase de monstruo querría decepcionar a los novios? Annie barajó apresuradamente sus opciones. Podía mandar a Mac a paseo, que era lo que de verdad quería, y luego apañárselas para trasladar hasta la furgoneta la delicada e inmensa casa de pan de jengibre, con lo que se arriesgaría a que se le cayera al suelo y echar a perder el regalo secreto que Jeanie le había hecho a Logan, o por el contrario… podía dejarse ayudar por aquel imbécil.

Puaj.

—Vale —capituló al fin, mirando por encima del hombro mientras volvía a entrar en la pastelería—. Pero solo lo hago por Jeanie.

No se molestó en darse la vuelta y oyó las pisadas de Mac a su espalda, siguiéndola hacia la trastienda.

—Mierda. —Corrió hacia la casa de pan de jengibre—. Maldita sea, los frontones no paran de caerse. Debo de haber preparado el glaseado real demasiado líquido —murmuró para sí mientras acudía a reparar el daño—. Solo necesito… un poco más de…

Aplicó más glaseado con la manga y…, poco a poco…, ahí estaba. Dio un paso atrás para evaluar su obra y se chocó contra el torso firme de Mac.

Él la sujetó por los brazos, manteniéndola aprisionada contra su cuerpo.

—Es preciosa —susurró. Su voz sonó profunda y llena de admiración en su oído.

«No, por favor —pensó ella—. Otra vez el Mac tierno no, por Dios».

—Sí, bueno —respondió, retorciéndose para zafarse de sus manos —. El maldito tejado no para de caerse.

—No tiene que ser perfecto.

Annie se volvió para mirarlo y exclamó:

—¡Ja! Parece que no me conocieras.

Mac le clavó la mirada y volvió a bajar la vista hacia su boca, como si estuviera pensando en lo mucho que, de hecho, la conocía. Annie se sonrojó bajo su escrutinio.

—Claro que te conozco, Annabelle —le dijo.

Annie supo de inmediato que se encontraba en peligro. Esa era la peor parte de todo aquello. Claro que la conocía. Ese era el problema.

Mac le dedicó una sonrisa arrogante y siguió hablando:

—Llevas días trabajando para que esta casa quede perfecta porque deseas que sea especial para la gente a la que quieres. Y has estado haciéndolo mientras llevabas a cabo encargos de galletas para todo el pueblo, cumpliendo con tus tareas como dama de honor, que no sé cómo han acabado incluyendo la búsqueda de una persona desaparecida, y, si te conozco bien, seguro que también has estado cuidando de tus sobrinos y sobrinas mientras tus hermanas iban a hacer las compras navideñas. Y has puesto todo tu corazón en cada una de esas tareas. Y quieres que todo sea perfecto porque crees que ser perfecta le demuestra a la gente que la quieres, y una pequeña parte de ti cree que te querrían menos si no lo fueras.

A Annie se le formó un nudo en la garganta. Maldita sea.

Eso era lo que le pasaba por no salir nunca de aquel pueblo, por estar siempre con la misma gente desde que tenía cinco años, por haberle mostrado a aquel hombre demasiado de sí misma cuando creía que era seguro hacerlo.

Mac dio un paso hacia ella y le levantó la barbilla con la mano para que lo mirase a los ojos.

—También sé que, a esta hora del día, te duele la cabeza por llevar el pelo recogido demasiado tirante, también los pies, por llevar horas de pie, pero nunca, jamás te quejas.

Annie no podía respirar. Aquel pequeño discurso le había robado el aire de los pulmones.

—Y sé que una parte de ti desea perdonarme, pero eres demasiado testaruda para hacerlo.

Aquella sonrisa arrogante se dibujó en su cara al ver su expresión de sorpresa, con los ojos muy abiertos. Se inclinó más hacia ella y, con sus palabras, le acarició los labios.

—Pero, por suerte para ti, yo soy igual de testarudo. Y aún no me he rendido. Tu pequeña confesión de antes me ha dado más motivos incluso. Ya no tengo diecinueve años, Annie, y no dejo a las mujeres insatisfechas.

Annie tragó saliva. Guau. Se obligó a dar un paso atrás, a alejarse de aquel hombre, de su sonrisa engreída y de la cantidad de detalles precisos que sabía sobre su manera de ser. Porque llevaba razón en todos los sentidos, pero en especial en el hecho de que no lo hubiese perdonado y de que no pensara hacerlo. Era en eso en lo que debía centrarse, no en lo atractivo que resultaba su ofrecimiento.

—Tú ayúdame a llevarla hasta la furgoneta —masculló.

Mac se rio, sabiendo de sobra el efecto que provocaba en ella.

—Claro, cielo. Por ti, lo que sea. Pero no vas a llevar la furgoneta.

—¿Por qué no?

—Porque voy a llevarte yo.

—No, ni hablar.

—Sí. Las carreteras están fatal y yo tengo neumáticos de invierno.

Annie estuvo a punto de soltar un gruñido en señal de frustración.

—De acuerdo.

Si aquel hombre era su milagro de Navidad, le gustaría presentar una queja ante Papá Noel y el Niño Jesús o quien fuera que estuviera al cargo, pero el único milagro allí sería que no matara o besara a Mac antes de que terminase la boda.

Y cualquiera de esas dos opciones se le antojaba igualmente desacertada.

Capítulo 17

Antes

—¿Por qué no paras de mirar hacia atrás? —preguntó Charlotte, quien al parecer había pillado a Annie mirando hacia el fondo del auditorio por duodécima vez desde que habían llegado.

—Por nada.

Era mentira. Annie estaba bastante segura de haber visto a Mac allí atrás, aunque quizá estuviera alucinando. Desde que la besó, había creído verlo por todas partes. Habría jurado que lo había visto en el supermercado cuando fue a comprar leche, y después habría jurado que estaba delante de ella haciendo cola en el Pumpkin Spice Café, y no le cabía duda de que lo había visto corriendo una mañana por su calle, pero ninguno de aquellos hombres había resultado ser Mac. Era evidente que estaba perdiendo la cabeza por un chico, que no era algo que acostumbrase hacer. Pero con Mac todo parecía distinto. Aquel diciembre le parecía distinto.

Volvió a mirar hacia el fondo de la sala y Charlotte soltó una risita.

—Si estás buscando a tu novio —le dijo—, sin duda es él quien está sentado al fondo junto a su madre.

—Sí, ¿ verdad? —susurró Annie, tratando de no interrumpir el concierto.

Su hermana mayor tocaba el chelo esa noche como parte del concierto de Navidad del pueblo; sin embargo, francamente, Annie tenía asuntos más apremiantes que elogiar las capacidades musicales de su hermana.

—Sí —respondió Charlotte con aire de suficiencia—. Es él. Lo he visto en cuanto se ha sentado.

—Pues podrías habérmelo dicho antes.

—Creí que lo habías visto —le dijo su hermana poniendo los ojos en blanco—. ¿No es tu novio? ¿Por qué no te sientas a su lado?

—No es mi novio —murmuró Annie.

Qué va, no era eso lo que estaba pasando, solo porque se hubieran besado y ella no lograra dejar de pensar en él. No lo llamaría su novio, desde luego que no. Ni hablar.

—Voy al puesto de comida a comprar algo —dijo entre canciones.

Charlotte sonrió con arrogancia.

—Ya, claro, eso es lo que vas a hacer, ir a por «un tentempié».

Al ver a su hermana hacer el gesto de las comillas, le dieron ganas de abofetearla, pero no tenían tiempo para eso antes de que comenzara la siguiente canción.

—Claro que voy a por un tentempié.

Su hermana pequeña le guiñó un ojo como si supiera de sobra lo que estaba pasando allí.

Annie sacudió la cabeza y se levantó, indicándoles a sus padres adónde iba. Recorrió el pasillo del auditorio, pasando de largo delante de antiguos amigos y profesores, pero iba decidida en su búsqueda del «tentempié». Su mirada se cruzó con la de Mac antes de salir del auditorio, y no le sorprendió que, un minuto más tarde, él apareciera a su espalda en el puesto de comida. De hecho, la alivió enormemente que él también deseara verla.

—Hola, Annabelle —le dijo, con la voz pegada a su oído—. ¿Te está gustando el espectáculo?

—Pues sí. ¿Y tú qué haces aquí?

No se dio la vuelta. Mantuvo la vista fija en las cosas de picar, tratando de hacerse la indiferente. Se habían escrito varias veces desde el beso, aunque ninguno de los dos había dado el siguiente paso. Podrían quedar y hacer algo, o no, daba igual, pensó mientras se le aceleraba el corazón.

—Este año, mi prima actúa en el concierto y mi madre quería venir. —Se había acercado más y le rozaba la espalda con el torso—. Estaba esperando a que vinieras a saludar —agregó—. Te he visto mirándome.

—Solo me estaba fijando en la multitud. —Annie se encogió de hombros.

Mac se rio mientras ella compraba su tentempié.

—Venga —le dijo, cogiéndole la mano—. Vamos a tomarnos un descanso del concierto.

La condujo a través de los pasillos vacíos del instituto y se detuvo frente a una hilera de taquillas.

La acercó más a él, sin perder un instante ahora que se encontraban a solas.

—¿Puedo besarte?

Annie se quedó sin respiración. A lo largo de los últimos cinco días, no había hecho otra cosa que pensar en besar a Mac.

Asintió con la cabeza. Él parecía ser la única persona del planeta capaz de dejarla sin palabras.

Mac sonrió, tomó su cara entre las manos y la besó con suavidad en los labios.

Amplió la sonrisa y a Annie le costó creerse que el chico más guapo del instituto estuviera besándola. Durante un minuto, de pie en el oscuro pasillo de su instituto, se le olvidó que ya no estudiaban allí, que técnicamente eran adultos. Solo era consciente de la embriagadora alegría que le producía que el chico que le gustaba le correspondiera.

—¿Qué has comprado? —le preguntó Mac, apartándose y señalando el paquete que ella aún aferraba en el puño cerrado.

—M&M's de cacahuete —respondió Annie, deslizándose hacia el suelo.

Mac se deslizó con ella y quedaron los dos sentados con la espalda contra las taquillas.

Él extendió la mano y ella le puso algunos cacahuetes en la palma. Mac se los metió todos en la boca de golpe y masticó alegremente.

—Bueno —dijo—. ¿Qué has estado haciendo esta semana?

«¿Además de pensar en ti?».

Qué va, no iba a decir eso.

—He ayudado a mi madre a decorar la casa, he llevado a Charlotte a su entrenamiento de baloncesto y he horneado mucho. De hecho, algunas personas me han hecho encargos para Navidad.

—Qué bien. Eres como una empresaria de verdad.

Annie sonrió de oreja a oreja. Claro que era una empresaria de verdad.

—¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

—En general, he pasado mucho tiempo pensando en que quería besarte un poco más —confesó él con una sonrisa.

Annie se vio invadida por una agradable sensación de mareo, como si fuese a salir flotando. ¡Mac estaba pensando en ella mientras ella pensaba en él!

—Puedes hacerlo —le dijo—. Me refiero a que puedes besarme un poco más si quieres.

Mac se inclinó hacia ella y, esta vez, el beso fue menos tierno. Para cuando volvió a apartarse, Annie se había quedado sin aliento.

—Está bien hacer esto aquí y que los profesores no nos separen —comentó Mac con una carcajada, y Annie fue incapaz de imaginarse alguna versión de sí misma que se hubiera atrevido a hacer algo así en horas de clase.

—Sí, a mí eso nunca me pasó —admitió.

Mac la miró, observándola como si estuviera tratando de entenderla.

—Y tampoco te castigaron nunca, supongo.

—No.

—¿Te saltaste alguna clase?

—Jamás.

—¿Fingiste estar enferma para poder quedarte en casa?

Annie reflexionó unos instantes sobre aquello. ¿Lo había hecho?

—No, tampoco. No quería quedarme atrás.

Mac ladeó la cabeza y se quedó mirándola.

—¿Qué habría ocurrido si te hubieras quedado un poco atrás? ¿Qué sería lo peor que podría pasar?

—Habría echado a perder mi nota media perfecta.

—Claro. Fracaso.

—Exacto.

Se quedó mirándola un rato más y ella notó los nervios en el estómago. Quizá ese fuera el momento en el que Mac recordaría que no tenían nada que ver. Si se habían pasado los primeros trece años

desde que se conocieron sin hacer nada juntos, debía de ser por alguna razón.

—Quiero que sepas que… —le dijo él.

Annie se preparó para lo que viniera a continuación.

«Quiero que sepas que me he cansado de quedar contigo».

«Quiero que sepas que esto se ha vuelto raro».

«Quiero que sepas que acabo de recordar que tengo otras personas de las que preferiría ser amigo, personas que no son tan… intensas».

Pero no pronunció ninguna de esas cosas. Le sonrió y dijo:

—Quiero que sepas que… a mí seguirías gustándome, aunque tu nota media fuese un poco más baja.

Annie se rio, y su carcajada retumbó en el pasillo desierto.

—Me alegra saberlo —respondió.

—Me lo estoy pasando muy bien contigo. —Se inclinó de nuevo hacia ella y le acarició la mejilla con la punta de la nariz.

—Yo también —susurró Annie.

—¿Quieres quedar mañana?

—Por supuesto —murmuró mientras él le rozaba los labios con los suyos.

—Genial.

Más que genial.

La besó, y aquel beso le supo a chocolate, a mariposas en el estómago y al mejor diciembre de su vida.

Capítulo 18

Ahora

Recorrían en silencio bajo la nieve la traicionera carretera de camino a la granja de Kira. La casa de pan de jengibre se hallaba bien sujeta en la parte trasera de su Bronco y Annie iba a su lado en el asiento del copiloto, pero a Mac lo mismo le habría dado estar a solas con sus pensamientos. Y sus pensamientos se veían reducidos al hecho de que todo lo que había creído acerca del tiempo que pasó con Annie era mentira.

Si ambos habían experimentado aquel mes de manera tan distinta, entonces tal vez sí que fuera hora de dejarlo correr y pasar página. Tal vez aquel mes no hubiera supuesto una especie de momento mágico navideño entre ellos. Quizá él fuese el único de los dos que se había enamorado.

O quizá se redujera todo a un orgasmo. Y, si se reducía todo a un orgasmo, eso podía remediarlo. De hecho, le encantaría remediarlo. Y quizá eso ayudaría con todo lo demás. Tal vez, si se acostaba una vez más con Annie, podría por fin situarla en la categoría correcta. En su mente, dejaría de ser la chica a la que nunca había podido olvidar y se convertiría en otra ex más. Una ex de la que podría olvidarse, una mujer con la que se había acostado; y así tal vez lograran ser amigos, o al menos comportarse de forma civilizada. Quizá una década fuera un periodo demasiado prolongado para reproducir un recuerdo en bucle, y tal vez con los años hubiese distorsionado ese recuerdo. A lo mejor no había sido todo tan mágico como le había parecido en un principio. Lo que Annie y él necesitaban era una noche juntos para poder pasar página de una vez por todas.

Se había pasado el día dándole vueltas al asunto; entonces, había empezado a nevar con más fuerza y había visto que la luz de la pastelería seguía encendida y, sin poder evitarlo, se había plantado frente al escaparate de Annie. No podía dejarla allí sola con toda aquella nieve, a sabiendas de que sería capaz de ponerse en una situación peligrosa con tal de no decepcionar a nadie. Así que allí estaba, llevándola en su coche, y ella no había pronunciado una sola palabra desde que iniciaron el trayecto.

—¿Sabes que podrías darme las gracias? —Miró hacia el asiento del copiloto.

Apartó los ojos de la carretera el tiempo justo de ver cómo Annie lo fulminaba con la mirada.

—Podría —confirmó ella—, pero básicamente me has obligado a aceptar tu ayuda.

—Solo porque sabía que, si no te obligaba, habrías hecho alguna estupidez.

—¿Estupidez? ¿Perdona?

Mac soltó una carcajada.

—Sí, una estupidez. Como tratar de recorrer estas carreteras nevadas hasta la granja de Kira con esa vieja furgoneta de reparto que va fatal, y acabarías tirada en alguna zanja.

—En serio, Mac, no sé cuándo te volviste tan dramático.

—Deja de decir eso.

—Pues tú deja de comportarte de esa forma.

—No me estoy comportando de ninguna forma, Annabelle. Solo intento mantenerte con vida por algún motivo que, la verdad, ahora mismo ni recuerdo.

Annie resopló, se arrellanó en su asiento y se quedó mirando la nieve a través de la ventanilla. Ahora caía con bastante fuerza y Mac confiaba en que sus neumáticos de invierno fueran tan buenos como decía que eran, o al final acabarían los dos en una zanja.

Su plan de pasar una noche más con Annie había tenido mucho sentido cuando se encontraba solo, pero lo único que Annie deseaba hacer cuando estaban juntos era discutir. No sabía cómo convencerla de que lo que en realidad necesitaban era follar.

Las luces de la granja aparecieron a lo lejos en la oscura carretera y Mac dejó escapar un suspiro de alivio. Al menos no iban a morir en la cuneta sexualmente frustrados. Eso sí que sería una tragedia. Enfiló con el Bronco el camino de acceso hacia el granero. Annie murmuraba conforme iban pillando todos los baches que encontraban a su paso.

Ahogó un grito cuando entraron en un surco particularmente profundo.

—¡La casa de jengibre! —chilló.

—Llevo todo el cuidado que puedo —le aseguró Mac—. No va a pasar nada.

Pillaron otro bache y Annie se aferró a su antebrazo.

—¡Cuidado! —gritó, clavándole los dedos en la carne.

Mac mantuvo una velocidad mínima durante todo el camino hasta llegar al granero. Annie no le quitó los dedos del brazo hasta que se detuvieron sanos y salvos frente a las puertas del edificio. Mac deseó que el trayecto hubiera sido más largo.

Ella se bajó de inmediato y corrió bajo la nieve hacia la parte trasera del vehículo para ver cómo estaba la casa. La habían protegido por todos los lados para evitar que se deslizara, y se hallaba más o menos en la misma posición en la que la habían dejado. Annie soltó un suspiro de alivio.

—Puede que le hayan salido algunas grietas —dijo cuando Mac se reunió con ella en la parte de atrás—. Pero parece que ha sobrevivido.

—Me alegro —respondió Mac, aliviado de no haberla decepcionado por una vez.

Ella lo miró a la luz tenue que salía del maletero.

—Gracias —le dijo.

—No hay de qué.

—Lo digo en serio. Gracias. Por mucho que me fastidie reconocerlo, creo que tenías razón al decir que acabaría tirada en una zanja, así que te agradezco mucho que me hayas traído.

La nieve formaba remolinos a su alrededor y a Annie se le habían enrojecido las mejillas por el frío. Mac le acarició un lado de la cara.

—Me vuelves loco, pero no quiero que acabes muerta en una zanja.

Annie esbozó una sonrisa a regañadientes.

—Eso es lo más dulce que me has dicho nunca.

No lo era. Once años atrás, le había dicho un montón de cosas dulces. O quizá también aquello fuese un recuerdo tergiversado.

—Probablemente podría pensar algunas cosas más si tú quieres.

Había un millón de cosas que podía pensar en decir acerca de Annie. Podía decirle lo mucho que la admiraba o lo orgulloso que estaba de todo lo que había logrado. Podía decirle lo guapa que era y que, a lo largo de los años, había comparado con ella a todas las demás mujeres. Podía decirle que estar con ella era como estar en casa, incluso después de tanto tiempo. O podía decirle que se moría de ganas de descubrir a qué sabía su piel entre los muslos, y que se arrepentía de no haberlo averiguado cuando tuvo la oportunidad. Mac podría seguir así un buen rato si ella se lo permitiera.

La amplia sonrisa de Annie en mitad de la noche helada fue algo hermoso y único. Le recordó a Mac a la noche en que la besó por primera vez, y deseó poder volver a hacerlo. Aquella noche a ella le había gustado. Por entonces, aún le parecía guapo y encantador. La había hecho reír. Aún no le había roto el corazón.

—¿Recuerdas cuando hicimos galletas de jengibre juntos? —le preguntó.

Y supo que se estaba agarrando a un clavo ardiendo, en busca de cualquier prueba que confirmara que habían vivido la misma experiencia.

—Sí —respondió ella—. Recuerdo que te comiste una docena de una sentada.

—¡Eran muy pequeñas!

Annie se rio, y aquel sonido fue tan brillante y bello que Mac apenas pudo creer que le hubiera permitido oírlo.

—No eran tan pequeñas y, además, fue después de haberte comido media bolsa de patatas fritas con sabor a crema agria y cebolla.

—Bueno, aquello nos había abierto el apetito.

A Annie se le sonrojaron aún más las mejillas y Mac se sintió por fin realizado. Ella también lo recordaba. También lo sentía. La atracción de aquel instante, la necesidad de descubrir si seguía allí lo que fuera que hubiera entre ambos. Si la besaba en ese momento, ¿qué haría ella? ¿Sería como la primera vez? ¿Mejor? Dios, se moría de ganas de averiguarlo.

Le pasó una mano por la nuca y ejerció una leve presión al notar la tensión en ese punto. Annie cerró los ojos. Mac se inclinó hacia delante y ella no lo detuvo, no le dio un rodillazo en la entrepierna. Él aumentó la presión, solo un poco, lo justo para que Annie acompañase el movimiento hacia él, hasta que sus labios quedaron casi pegados.

—Annie, ¿eres tú? —gritó Kira desde el granero.

Annie abrió los ojos de golpe, pero se quedó paralizada donde estaba. Aún podría besarla, pero tendría que ser algo precipitado, y la siguiente vez que besara a Annie tenía claro que no quería precipitarse. Menos aún tras haber esperado más de una década.

Le retiró entonces la mano del cuello.

—La próxima vez —susurró.

Annie parpadeó y tragó saliva.

—Sí, somos nosotros —respondió, sin apartar la mirada de Mac. La había dejado con ganas de más, pero esta vez lo había hecho a propósito—. He traído el postre —explicó, dando un paso atrás, después otro, volviendo de nuevo en sí.

Kira caminó fatigosamente hasta el lateral del vehículo seguida por dos perros que brincaban a su alrededor bajo la nieve. A Mac le resultaba imposible llevar la cuenta de todos sus animales, así que no tenía ni idea de cuáles eran aquellos dos, aunque uno era enorme, y el otro, pequeño y blanco, con una pajarita navideña prendida al collar.

—No tenías que venir hasta aquí arriba con toda esta nieve —dijo Kira.

—Prometí que te ayudaría con la decoración —le recordó Annie—. Además, quería traer la casa antes de mañana.

—¿La casa? —preguntó Kira.

—Una casa de pan de jengibre. En lugar de una tarta nupcial.

—Ah, claro —dijo Kira con gesto afirmativo—. Es verdad, el novio odia la cobertura de las tartas. Tiene mucho sentido. Vale, pues vamos a meterla en el granero.

Bennett salió para ayudar y, entre los cuatro, lograron transportar con cuidado la casa de pan de jengibre hasta una mesa dispuesta a tal efecto en el granero. Annie tuvo que hacer algunas reparaciones con el glaseado extra que había llevado consigo, pero, en líneas generales, parecía satisfecha de que hubieran llegado con la casa intacta.

—Bueno, Kira, ¿con qué más necesitas ayuda? —preguntó, echando un vistazo a su alrededor en busca de su próxima tarea; evitó mirar a Mac a los ojos.

La había azorado y eso le gustaba. Quería verla igual de nerviosa que él cuando estaba cerca de ella.

—Íbamos a montar unos árboles de Navidad en ese extremo con luces blancas para que sirvan de telón de fondo del altar.

—Yo puedo ayudaros con eso —se ofreció Mac, y Annie se volvió de inmediato para protestar:

—No hace falta que te quedes.

—¿Y cómo vas a regresar a tu casa si no me quedo? —le preguntó.

Si pensaba que iba a librarse de él ahora, estaba muy pero que muy equivocada.

—Bennett tiene la quitanieves. Seguro que él puede llevarme a casa, o igual me quedo a dormir aquí, ¿verdad?

—Claro, como quieras —le dijo Kira—. Lo que prefieras.

—Me quedo —insistió Mac—. Quiero ayudar. —Le sostuvo la mirada a Annie, desafiándola a poner en duda su deseo de ayudar a su amigo.

Ella lo dejó correr con una ceja levantada.

—Vaaaale… —dijo Kira, mirándolos alternativamente—. Bueno, Mac, tú puedes ayudar a Bennett a meter los árboles y secarlos; Annie, tú nos ayudas a Daisy la de la floristería y a mí a colocar las flores y los cubiertos en las mesas. Hazel y yo hemos avanzado mucho antes, ¡así que solo nos queda eso por hacer!

—Parece fácil —respondió Annie.

—¡Fantástico! Porque hay una cosa más —dijo Kira mientras dirigía sus pasos hacia el rincón del granero. Regresó con una caja de cartón en los brazos y una mirada de arrepentimiento—. Resulta que… hemos encontrado esto.

Le acercó la caja y dos caritas emergieron por encima del borde y la miraron.

—¡Gatitos! —chilló Annie—. ¡Dios mío, Kira, son una monada!

Los gatitos eran normales y corrientes, pero lo que sí que era una monada fue la reacción de Annie al verlos.

Kira estornudó y las dos caritas peludas volvieron a desaparecer en el interior de la caja.

—Sí, son muy monos —convino—, pero soy alérgica. —Estornudó de nuevo, como para enfatizar su argumento.

—¿De dónde han salido? —Mac estiró el brazo para rascar al gatito anaranjado entre las orejas.

El animal se le acurrucó contra la mano.

—Los encontramos ovillados en el montón de los manteles. —Kira se sorbía la nariz—. No tenemos claro dónde está la madre, pero no podemos dejarlos aquí para la boda y no puedo meterlos en casa. —Estornudó de nuevo tres veces seguidas.

Bennett apareció entonces junto a ella, le pasó un brazo por los hombros y meneó la cabeza.

—Es una de las grandes tragedias en la vida de Kira. Puede besar a un reno, pero es alérgica a los gatos.

—Renos, perros, conejos… —empezó a enumerar Kira con los dedos—. Puedo con todos, pero es acercarme a un gato, y me falta la respiración.

Mac le quitó la caja y miró a los dos gatitos que había dentro, uno anaranjado y el otro blanco y negro. Ellos lo miraron con sus enormes ojos verdes. Annie se acercó y miró también dentro de la caja. Una sutil arruga le crispó el entrecejo.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó.

—Confiaba en que pudieras quedártelos, aunque fueran unos pocos días, hasta que les encontremos un hogar —le confesó Kira.

—No puedo. —Annie meneó la cabeza—. Mi casero no permite mascotas.

Kira estornudó tres veces más y Bennett la apartó de la caja de gatitos.

—A lo mejor, si los dejamos en uno de los cuartos de invitados, lejos de mí, no pasa nada —sugirió Kira, frotándose los ojos, pero Bennett ya había empezado a sacudir la cabeza:

—Cariño, me temo que si los metemos en casa, vas a morirte. Y preferiría que eso no ocurriese. Solo porque me gustas.

Kira lo miró, con los ojos ya más hinchados que cuando habían empezado la conversación.

—¡No podemos dejarlos a la intemperie! —se lamentó.

Annie se retorcía las manos junto a Mac, y él supo que le fastidiaba enormemente no poder hacer nada para solucionar la situación. Aunque también sabía que a ella le encantaba su apartamentito y no podía hacer nada que pusiera en riesgo su contrato de alquiler.

—Yo me los llevo —se ofreció, y Annie fijó la mirada en él.

—¿Te los llevas tú?

—Sí, llevaba tiempo con ganas de tener una mascota.

—No es verdad —le contradijo Annie.

Mac se cruzó de brazos y dijo:

—¿Quieres dejar a los gatitos a la intemperie bajo la nieve?

—No, claro que no.

—Vale, pues entonces deja que me los lleve y ya está.

Depositó la caja en el suelo y cogió un gatito con cada mano. Ellos lo saludaron con ansiosos maullidos de agradecimiento. Annie tenía razón. No había pensado en tener mascotas, pero lo cierto era que le parecían una monada. Y, mientras se metía uno en cada bolsillo del abrigo, pilló a Annie mirándolo con una sonrisa.

—Vamos a por esos árboles —le dijo a Bennett, y dejó a Annie, desconcertada y aún sonriente, ayudando con las flores.

Capítulo 19

Antes

Annie se estaba enrollando con Mac. No había ninguna otra manera de describirlo. Él tenía la boca en la suya, sus dedos enredados en su cabello. Se estaban enrollando. Y a Mac se le daba realmente bien.

Annie se apartó un poco para poder verlo bajo el suave brillo de las luces de Navidad. Había colgado varias guirnaldas sobre la cama de él para crear ambiente, y ahora estaban acurrucados juntos, igual que aquella primera noche en que se había quedado a dormir, salvo que esta vez Mac no se estaba con las manos quietas. Y a Annie aquello le gustaba quizá demasiado. Él le sonrió y ella vio que se le formaban suaves arrugas en torno a los ojos.

—Oye —le dijo Mac—. ¿Va todo bien?

Llevaba toda la noche haciendo eso. Asegurándose cuando la besaba, cuando deslizaba las manos hasta su trasero y apretaba. Le había preguntado desde el principio si le gustaba, si se encontraba bien, si se sentía cómoda. Era algo inesperado y considerado. Al parecer, Annie seguía subestimando a Macaulay Sullivan.

—Sí, todo bien —le dijo con una sonrisa tontorrona que era incapaz de borrar.

Aquel día había sonreído mucho como una tontorrona mientras Mac y ella recorrían el centro comercial en busca de un regalo. Habían encontrado varios candidatos, pero Mac los había vetado todos. Annie empezaba a tener la impresión de que solo rechazaba los regalos para que tuvieran que seguir buscando.

—Me alegro —respondió él—. Para mí también.

Su sonrisa se volvió procaz mientras sus manos recorrían la curva de la cadera de Annie. Ella se acurrucó junto a él sobre la cama,

asombrada aún por el hecho de que, hacía solo unas semanas, hubiera fantaseado con hacer aquello y ahora tuviera la oportunidad de hacerlo. Posó una mano sobre su pecho y sintió bajo la palma el fuerte latido de su corazón. Era firme y sólido, y le gustaba tocarlo. Le vio agrandar la sonrisa.

—Me alegra que te aburrieras tanto como para querer quedar conmigo este mes —le dijo Mac.

—Ahora que te conozco mejor, puede que me plantee quedar contigo también cuando no me aburra.

—Guau. —Mac enarcó las cejas con fingida sorpresa—. Eso es todo un cumplido viniendo de ti. —Se inclinó hacia delante y le dio otro beso en los labios.

Annie no pudo evitar sonreír contra su boca.

—Bueno, resulta que tengo estándares muy elevados —contestó con una suave carcajada.

—Haré lo posible por estar a la altura.

Mac empleó el brazo que le había pasado por encima para acercarla más a él, apretándola contra su cuerpo mientras la besaba. Enroscó la lengua con la suya y Annie se descubrió emitiendo leves gemidos y arqueándose contra él. Cosas que nunca en su vida había hecho, pero que con Mac le parecían correctas. Deseaba más. Más besos, más presión, más de todo. Él había empezado a mover las manos más deprisa, con más firmeza. Nunca las deslizaba por debajo de su ropa, aunque le recorría cada curva y cada centímetro del cuerpo. Sus besos se volvieron más apasionados, más vehementes. Sus manos exploraban y agarraban. Annie estaba ardiendo, deseaba cosas que nunca antes había deseado de un modo concreto, deseaba a aquel hombre como nunca había deseado a nadie antes, y sentía que de hecho iba a explotar si no hacía algo para remediarlo, para calmar el ansia que crecía dentro de ella. Contaba con que Mac hiciera algo, porque ella se sentía fuera de su elemento por completo. A la deriva, sacudida por la intensidad de sus sentimientos. Por primera vez en su vida, su cuerpo no parecía pertenecerle. No lo reconocía como suyo. Y era una sensación emocionante y, a un tiempo, aterradora.

—Espera. —Mac jadeó y se apartó.

Tenía las manos a ambos lados de su cara, sujetándola. Sus ojos presentaban una tonalidad oscura y los labios se le habían hinchado de tanto besarla.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, con la respiración aún entrecortada.

¿Habría hecho algo mal? A juzgar por la erección que le presionaba el estómago, había dado por hecho que lo estaba haciendo bien, pero, claro, se hallaba fuera de su elemento. Unos pocos orgasmos a solas en la ducha mientras sus hermanas aporreaban la puerta del baño no la convertían precisamente en una experta.

Mac cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos como si estuviera tratando de orientarse. Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y le acarició la mejilla con los nudillos.

—No sucede nada. Es que estaba pensando que este sería un buen momento para preparar galletas.

Annie parpadeó confusa. ¿Acaso los besos le habían provocado algún tipo de lesión cerebral?

—¿Quieres preparar galletas?

Mac tragó saliva, todavía visiblemente inquieto.

—Sí, pensaba que podrías enseñarme a preparar los hombrecillos de jengibre.

—¿Ahora mismo? —Annie no entendía qué estaba pasando. Sus pensamientos aún seguían llenos de deseo, de pasión y de Mac.

—Sí.

—¿Quieres que dejemos de hacer lo que estamos haciendo y vayamos a preparar galletas?

Mac asintió y su cabello generó electricidad estática contra la almohada.

—Me parecía un buen momento para tomarnos un descanso.

—Ah. —Annie se estremeció al notar el tono de decepción de su propia voz. Mac quería parar.

—Si no nos tomamos un descanso ahora —agregó, y apoyó la frente en la suya, jugueteando todavía con los dedos en su pelo—, puede que tomemos decisiones de las que nos arrepintamos, y lo cierto es que no quiero hacer nada de lo que te arrepientas, Annie.

La realidad de los últimos minutos comenzó a filtrarse en el cerebro de Annie, confundido por los besos. Llevada por la pasión del momento, sin duda había estado a punto de tomar decisiones que no estaba segura de que hubiera tomado cuando no tuviera la lengua de Mac metida en la boca.

—Claro, buena idea —respondió, aún sorprendida por la capacidad de contención de él.

Si Mac hubiera restregado las caderas contra ella un par de veces más, era posible que se hubiese lanzado de cabeza a la piscina, y tal vez aún lo deseara. Sin embargo, Mac tenía razón. No deseaba hacer algo de lo que después se arrepintiera. Cierto, creía firmemente que la virginidad no era más que un constructo social, pero su primera vez seguía siendo su primera vez. Era algo importante.

—Pero que conste que yo no me arrepiento de nada de esto —le aseguró él.

—Yo tampoco —respondió Annie con una sonrisa.

Mac le dio un beso más en los labios antes de rodar sobre la cama y quedarse mirando al techo.

—Voy a necesitar un minuto o dos para pensar en béisbol, o en aquella vez que metí la mano en mi caja de cereales y saqué un ratón muerto.

—Dios, qué asco.

—Lo sé, muy traumático. Pero funciona. Tú sube si quieres a la cocina y ve buscando los ingredientes. Hoy mi madre tiene el turno de noche y mi padre está en el *pub,* así que tenemos la cocina para nosotros solos.

Annie no creía que ponerse a pensar en béisbol fuese a serle de gran ayuda y, desde luego, no iba a pensar en ratones muertos dentro de los cereales, pero alejarse unos minutos de Mac seguramente fuese buena idea. Corrió escaleras arriba, dejándolo en su cama con el brazo cubriéndole los ojos. El dobladillo de la camiseta se le había subido lo justo para permitirle ver su vientre bronceado antes de salir. Eso, sin duda, tampoco ayudó.

A solas en la cocina de Mac, cogió aire varias veces, llevándose a la mejilla el dorso de la mano. Seguía ardiendo. ¿Qué le había hecho aquel chico? Fuera lo que fuera, le gustaba.

Pero tenía que calmarse. Era hora de hornear galletas, no de abalanzarse sobre Mac en el suelo de su cocina. Aprovechó la oportunidad para husmear un poco en la estancia. Tenía un tamaño bastante decente, con armarios color miel de los años noventa, igual que los que tenían sus padres antes de decidirse por fin a hacer una reforma el año anterior. Una espaciosa encimera con una mesa instalada en el rincón, donde Mac y ella habían desayunado un par de semanas atrás. Desde la ventana situada encima del fregadero, alcanzó a ver el camino de acceso y la casa del vecino. Para su sorpresa, vio al señor Prescott, el cartero del pueblo, que la saludaba desde su propio fregadero. Tuvo el extraño impulso de agacharse, como si tuviera que ocultar aquella visita a casa de Mac, aunque probablemente no tuviese importancia que el cartero lo supiera. Le devolvió el saludo con la mano antes de apartarse de la ventana, recordándose que, si tenía pensado abalanzarse sobre Mac, lo mejor sería no hacerlo allí.

El viejo linóleo del suelo crujió bajo sus pies mientras abría los armarios e intentaba averiguar dónde guardaban las cosas de repostería. En vez de eso, encontró un armario lleno de tazas de recuerdo y una alarmante cantidad de patatas fritas de todos los sabores imaginables.

—¿Te encantan las patatas fritas? —preguntó al oír a su espalda los pasos de Mac.

—A mí no —respondió él riéndose—, pero a mi madre sí. Es su único vicio. Llega a casa tras un turno largo y puede comerse una bolsa entera ella sola.

—Guau, impresionante para una mujer tan menuda.

—En realidad las almacena.

—Tu madre es enfermera, ¿verdad?

—Sí. Enfermera en la unidad de cuidados intensivos neonatales. Básicamente, les salva la vida a los bebés.

El orgullo que mudó su rostro al hablar de su madre resultó demasiado adorable para mirarlo de frente, de modo que Annie siguió rebuscando en los armarios.

—¿Dónde tenéis las cosas de repostería? —preguntó.

—Excelente pregunta, Annie, y creo que debería tener la respuesta. Sin embargo…

—¡Pero si es tu casa, Mac! ¿Cómo es posible que no sepas dónde están las cosas de repostería?

—Puede que esto te sorprenda —respondió él—, pero no soy un experto repostero. Razón por la cual —prosiguió con una sonrisa— necesito estas clases.

—Pues menos mal que estoy aquí, entonces. —Annie se volvió para mirarlo.

—Menos mal, desde luego —contestó él con una sonrisa.

Su expresión le provocó multitud de pensamientos inapropiados. Se volvió abruptamente, abrió el congelador y metió la cabeza dentro, cualquier cosa con tal de refrescarse un poco.

—No sé si ahí dentro vas a encontrar lo que estás buscando —le dijo Mac con una carcajada.

Annie notó que se acercaba por detrás y juntaba su cabeza con la de ella en el interior del congelador.

—Estoy bastante seguro de que no tenemos cosas de repostería aquí dentro.

—Merecía la pena echar un vistazo —repuso ella—. Y me notaba un poco acalorada —admitió.

—¿Has probado a pensar en roedores muertos en tu desayuno?

—Ni hablar. —Annie puso cara de asco—. Y, la verdad, va a costarme mucho borrar esa imagen de la mente.

Mac se rio mientras ambos salían del congelador y lo cerraban tras ellos.

—Esa imagen me ha librado de muchos momentos embarazosos —admitió, agachándose para rebuscar en los armarios de abajo.

Annie se obligó a no quedarse mirándole el culo ni a pensar en los momentos embarazosos a los que se refería.

—¡Bingo! —exclamó Mac; levantaba en una mano una lámina de silicona y, en la otra, un gran cuenco metálico.

—¡Fantástico! Ahora ya solo necesitamos los ingredientes.

—Esa me la sé. —Mac se incorporó y abrió la puerta ubicada junto al frigorífico, donde había una pequeña despensa.

Sacó harina, sal y azúcar y, a continuación, miró a Annie para que lo orientase. Por suerte para él, Annie se sabía de memoria la receta de sus galletas de jengibre y la madre de Mac tenía la despensa bien surtida. No tardaron en reunir todo lo necesario sobre la encimera y ponerse codo con codo a medir y a mezclar.

Era agradable, incluso relajante, salvo cuando Mac le rozó el brazo con el suyo, provocándole de nuevo un cosquilleo eléctrico por todo el cuerpo, aunque más allá de aquel desconcertante efecto secundario, hornear galletas con Mac era divertido.

—¿En serio nunca habías preparado hombrecillos de jengibre?

—No, mi madre no es muy aficionada a la repostería y mi padre nunca entra aquí si no es para comer. A veces hacía repostería con mi abuelo. De hecho —bajó de pronto la voz—, se me había olvidado eso.

—¿Estabais muy unidos?

—Sí, vivió con nosotros un tiempo antes de… —se aclaró la garganta—, antes de morir.

Annie le rozó el hombro con el suyo y lo dejó allí pegado, y creyó haber hecho lo correcto al notar que él apoyaba el peso contra ella.

—Mi abuelo fue uno de mis primeros clientes —le contó.

—¿Le cobraste a tu abuelo por las galletas? ¡Qué despiadada, Annabelle! —le dijo él con una sonrisa en la voz.

—¡Insistió él! Le encantaban mis pastas de mantequilla con mermelada y me dijo que debería venderlas. Así que lo hice, y él fue la primera persona que acudió al puesto que monté delante de nuestra casa.

Fue la primera vez que sintió que algo se le daba realmente bien, y también la primera vez que hizo feliz a alguien por cocinarle algo. Le encantó aquella sensación. A partir de ahí, todo fue en aumento. Le rogaba a su madre que le permitiese hornear algo siempre que tenía la oportunidad. Se esforzó mucho, decidida a darles lo mejor a sus familiares y amigos. Aún lo hacía.

—Me dio veinte dólares por aquella primera galleta.

—Joder.

—Ya. La verdad es que puso por las nubes mis expectativas en relación con los beneficios —admitió ella entre risas—. Bueno, ahora

agregamos el ingrediente más importante.

—¿El amor? —Mac meneó las cejas.

—¡No! —exclamó Annie, divertida, negando con la cabeza—. El jengibre.

—Claro, eso tiene más sentido. —Agregó la especia y mezcló siguiendo las instrucciones de Annie—. ¿Tu abuelo también murió? —le preguntó conforme la masa tomaba forma.

—Sí, hace ya algunos años.

—Qué mierda —dijo Mac.

Curiosamente, aquello fue lo más reconfortante que le había dicho nadie sobre la muerte de su abuelo. Era una mierda.

Annie volcó la masa sobre la encimera y empezó a estirarla con el rodillo.

—Sí que lo es —admitió—. Era una de las pocas personas que me entendía, ¿sabes?

—¿Siendo tantos hermanos, y tu abuelo era el único que te entendía?

—Esa es la cuestión —repuso Annie, alargándole un cortapastas. Estaban haciendo corazones y estrellas de pan de jengibre porque esos fueron los únicos cortapastas que habían encontrado—. Somos muchos. Es como si te encasillaran. Como si cada uno tuviéramos una cosa que nos define y nadie se fijara en ninguna otra cosa.

—Tiene sentido —convino Mac, apretando la masa con el cortapastas en forma de corazón—. ¿Y cuál es tu cosa?

—Yo diría que algo relacionado con que soy la lista. —Annie se encogió de hombros—. La que sacaba buenas notas. Maddie es la atleta; Charlotte, la pequeña; Brian, el único chico. Evelyn es la mayor, así que es la líder, y Natalie es la música, la sensible.

—Ser buena en los estudios no es lo peor que te puede tocar.

—No es nada malo, desde luego, pero no es lo único y, no sé, mi abuelo era el que prestaba atención a esas otras cosas, como la repostería.

Al menos lo fue hasta que Annie invadió la cocina de sus padres. A partir de entonces, ya no hubo forma de ignorar su afición. El gusto de su abuelo por sus galletas fue lo que le hizo iniciarse en aquella

senda, pero ahora era solo cosa suya. Estaba decidida a convertirse en la mejor repostera del pueblo.

Mac le dio un empujón cariñoso en el hombro y, esta vez, fue Annie quien se apoyó contra él.

—Vale, y ahora ¿qué? —preguntó él; evaluaba los corazones y las estrellas que llenaban la lámina de silicona.

—Ahora las horneamos. —Annie deslizó la bandeja en el horno mientras Mac sacaba una bolsa de patatas del armario.

—Un tentempié mientras esperamos —explicó con una sonrisa.

Annie se reunió con él en la mesa y metió la mano en la bolsa.

—Cebolla y crema agria. Mis favoritas. —Se metió una patata en la boca con una sonrisa—. Supongo que ya se acabaron los besos por hoy.

—¿Ah, sí?

—Bueno, crema agria y cebolla… No creo que se nos quede un aliento muy fresco después de comernos esto.

—Te besaría aunque te oliera el aliento un poco agrio y encebollado —le dijo Mac con una sonrisa.

Annie arrugó el gesto en señal de asco, aunque en el fondo le parecía muy tierno por su parte decir aquello.

—¿Qué pasa? ¿El aliento a crema agria y cebolla es motivo de ruptura para ti, Annabelle? —bromeó Mac.

—No sé. ¡Es probable! —exclamó, aunque, llegado ese punto, besaría a Mac incluso si tuviera un cuerno en la cabeza, pero no era necesario que él lo supiera.

—¿Y qué es para ti un motivo de ruptura? —le preguntó, recostándose en su silla para observarla con aquellos ojos oscuros enmarcados en sus preciosas pestañas.

Annie se encogió de hombros, incapaz de pensar en nada ocurrente bajo la intensidad de su mirada.

—Vale, pongámoslo así —continuó él, echándose hacia delante, encantado con la pregunta—. Digamos que hay un chico que te gusta mucho, y las cosas van genial, pero entonces un día vais a la playa y descubres que tiene los pies asquerosos. ¿Sería motivo de ruptura?

—¿Los pies asquerosos? —repitió Annie entre risas.

—¡Sí! Con los dedos retorcidos y las uñas feas.

—¡Qué asco! ¿Es tu manera de decirme que tienes los pies asquerosos?

—¡Ni hablar! Mis pies son preciosos. —Mac se los colocó sobre su regazo—. Adelante, quítame un calcetín y descúbrelo tú misma. —Meneó los dedos.

Annie no pudo reprimir las carcajadas que le salieron de dentro. No recordaba la última vez que se había reído tanto.

—¡No pienso quitarte el calcetín! —exclamó, tratando de apartarle los pies de encima.

Mac se inclinó y se quitó de un tirón el calcetín como si estuviera mostrándole un premio que hubiera ganado en un extraño concurso.

—¿Lo ves? Precioso. —Meneó los dedos un poco más y Annie le recorrió la planta del pie con un dedo.

Mac soltó un chillido y retiró el pie.

—¡Tienes cosquillas! —exclamó Annie como si acabara de revelar un oscuro secreto, pero le gustaba descubrir cosas nuevas sobre él.

—¡Claro que tengo cosquillas en los pies! ¿Quién no? Y vamos a fingir que no he hecho ese ruido.

Annie sacudió la cabeza y dejó escapar una risotada.

—¡Ni hablar! Recordaré ese chillido agudo el resto de mi vida.

—Guau. —Mac se llevó las manos a la cabeza—. Me ha salido el tiro por la culata.

—¿Qué pretendías exactamente? ¿Seducirme con tus preciosos pies?

Mac alzó la vista y la miró con una sonrisa pícara.

—Eso mismo —confesó—. Hasta que lo has estropeado con tus dedos perversos.

Annie resopló y dijo:

—¡Has sido tú quien me ha puesto los pies en el regazo! ¿Qué iba a hacer?

Mac meneó la cabeza con una sonrisa y cogió más patatas fritas.

—En serio —insistió—, ¿qué cosas son motivo de ruptura para ti?

Se lo preguntó como si de verdad quisiera saberlo, pero ¿qué importaba cuáles fueran los motivos de ruptura para Annie?

—No sé. Supongo que querría a alguien que estuviera a mi lado. Alguien con quien poder contar.

Ninguno de los dos sacó a colación el hecho de que Mac pensaba marcharse del pueblo al terminar el mes. Eso sí que sería un motivo de ruptura.

—Y que no haga trampas en los juegos de mesa. Eso supondría un enorme problema —agregó Annie.

—Vaya… Supongo que eso me deja fuera de la competición. Yo siempre hago trampas. —Mac adoptó de nuevo aquel tono de voz juguetón.

—Pues entonces no hay más que hablar —repuso Annie—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Cuáles son para ti motivos de ruptura?

—Seguramente lo de los pies. —Mac se encogió de hombros.

Annie le lanzó el trapo de cocina a la cabeza con una carcajada antes de levantarse para sacar las galletas del horno.

Mac la siguió y trató de coger una galleta directamente de la bandeja. Annie la apartó de su alcance.

—Tienen que enfriarse —le explicó—. Te vas a quemar. Por no mencionar que no saben tan ricas cuando están calientes.

—Vale, vale —dijo Mac levantando las manos en señal de rendición—. Esperaré. Tú eres la jefa de las galletas.

Annie retiró las galletas de la bandeja, las colocó sobre una rejilla, y, en cuanto terminó, Mac la aprisionó contra la encimera de la cocina.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con una risa ahogada.

—Quería que supieras que contigo no tengo motivos de ruptura, Annie.

Su voz fue un susurro contra su mejilla y, de pronto, dejó de importar que ella aún llevara puesta la manopla para horno de su madre, ni que el aliento quizá le oliera un poco a crema agria y cebolla. Lo único que importaba era que Mac la besara. Cuanto antes.

Sus labios se encontraron y Annie suspiró aliviada.

—Me encanta ese sonidito que haces cuando te beso —le dijo él, acariciándole la mejilla con la punta de la nariz.

—¿De verdad?

—Desde luego. Puede que tú recuerdes ese vergonzoso chillido que hice antes, pero yo jamás olvidaré tus suspiros.

Le dio la impresión de que estuvieran hablando del final de aquello, y Annie no quería hablar de eso. Aún no. De modo que lo rodeó con los brazos y lo besó una y otra vez, convencida de que jamás se saciaría porque, por algún motivo, el chico al que había considerado un deportista estúpido era en realidad un hombre tierno capaz de hacerla reír, que adoraba a su madre, atesoraba los recuerdos que tenía de la cocina con su abuelo y que aún tenía un oso polar de peluche en su cama. Todo lo que iba descubriendo acerca de Mac le daba ganas de aferrarse a él durante un poco más de tiempo.

Capítulo 20

Ahora

Las manos de Annie se entretenían colocando flores sobre las mesas, y su cabeza asentía a lo que fuera que estuvieran diciendo Kira y Daisy; en cambio, sus ojos seguían con atención los movimientos de Mac por el granero. Había regresado a dejar a sus nuevos gatitos en la caja y los había arropado con un mantel que sobraba cuando había salido a ayudar a Bennett a meter más árboles de Navidad recién cortados, pero ahora que los árboles estaban en su sitio y secos de nieve, tenía a un gatito acurrucado en el hueco del brazo y al otro asomando por el bolsillo de su abrigo. Era una escena absurda y entrañable a la vez. Se proponía algo. Eso saltaba a la vista.

Mac se rio de algo que dijo Bennett, y su potente carcajada resonó por todo el granero. Dejó de manipular las luces de los árboles para acariciarle la cabeza al gatito anaranjado, abriendo un poco el bolsillo para ver cómo estaba. Aquel día, sin duda, se la estaba camelando de lo lindo. Primero, al insistir en llevarla en coche hasta allí, ¿y ahora iba y adoptaba unos gatitos? Era un plan diabólico. Por no mencionar su amenaza de no dejar a las mujeres insatisfechas. Solo recordar cómo había pronunciado aquellas palabras aún le provocaba escalofríos por todo el cuerpo.

Había estado a punto de besarla junto a la camioneta. Todavía notaba la huella de sus dedos en la nuca. Mac estaba tratando de ligársela y ella no tenía claro que quisiera detenerlo.

Aunque debería. Sin duda debería.

—Annie, ¿te parece buena idea?

—¿Eh? ¿Cómo? Sí, es buena idea —respondió sin dejar de mirar a Mac, hasta que oyó a Kira y a Daisy riéndose a su lado—. ¿Qué? —

les dijo.

—Te he preguntado si te parecía buena idea que mañana recorriésemos el pasillo hasta el altar haciendo la carretilla en lugar de caminando —explicó Kira.

—Qué golpe más bajo.

—Llevas toda la noche acechando a ese hombre con la mirada. Me da la impresión de estar viendo un documental de naturaleza en el que estás a punto de abalanzarte sobre tu presa —dijo Kira con una carcajada.

—Cierra el pico —respondió Annie dándole a su amiga un cariñoso empujón—. ¡No es culpa mía! ¡El muy taimado lleva gatitos en los bolsillos!

Kira se rio con más fuerza aún y Annie resopló mientras trataba de contener su propia risa. No le salió bien.

—¿Qué hay entre vosotros? —preguntó Daisy.

—Nada. —Annie supo que había respondido con demasiada prontitud y vehemencia como para resultar creíble.

—¿En serio? —Daisy enarcó las cejas—. Porque en la floristería hemos apostado y me encantaría contar con información de primera mano.

—¿Una apuesta? ¡Yo quiero participar! Me apuesto la granja entera a que estos dos acaban juntos en la cama antes de que termine la boda —dijo Kira.

—Pues vas a perder —le aseguró Annie meneando la cabeza—. Ni de broma.

Mientras lo decía, resonaron en sus oídos las palabras de Mac. «No dejo a las mujeres insatisfechas». Una amenaza y una promesa al mismo tiempo.

—Pero, en serio —prosiguió Daisy—, entre vosotros ha habido algo, ¿verdad?

—Es todo muy misterioso —explicó Kira mientras colocaba los platos sobre la mesa—. Annie nunca habla de ello.

—No es nada misterioso —contestó Annie con un resoplido—. Es algo que pasó hace mucho tiempo y ya no importa.

—Si no importa, ¿por qué entonces ese hombre te mira como si no le importara convertirse en tu presa? —preguntó Kira con una

sonrisa.

—La verdad es que sí —confirmó Daisy con un suspiro—. Pero esa es la clase de mirada que ya me ha metido en líos en un par de ocasiones. Si yo fuera tú, miraría hacia otro lado.

—No puedes renunciar al amor para siempre —le dijo Kira, mirando ensimismada a Bennett, que se hallaba al otro extremo de la estancia. Estaba explicándole a Mac por qué era imposible que un árbol de Navidad tuviera demasiadas luces.

—Mis incursiones en el amor no solo han dañado mi corazón, sino también mi negocio, así que he dejado de intentarlo —dijo Daisy y colocó otro arreglo floral sobre la mesa.

Las flores en tonos crema y granate que había escogido Jeanie estaban elegantemente dispuestas en jarrones bajos, a fin de no obstaculizar la conversación de un lado a otro de la mesa. Eran preciosas.

Daisy tenía un talento asombroso.

Y estaba un poco maldita. O al menos eso decían por el pueblo. Resultaba que Annie, al igual que el resto de la comunidad, sabía que Daisy no solo tenía un exmarido, sino también un exprometido. No ayudaba el hecho de que las últimas tres bodas a las que había provisto de flores hubieran terminado en divorcio en menos de un año.

—¿La gente sigue negándose a contratar tus servicios para bodas? —quiso saber Kira.

Las tres habían pasado ya a la siguiente mesa y estaban colocando unas velas altas de color blanco alrededor de las flores y de las ramas de pino.

Daisy dejó escapar otro suspiro de agotamiento.

—Desde hace seis meses, solo me contratan para funerales, y, la verdad, por aquí no se muere tanta gente.

—Eso es ridículo.

Que Daisy se lamentara de la baja tasa de mortalidad de Dream Harbor hizo que Annie contuviese una sonrisa, aunque se trataba, claro está, de un problema serio si eso perjudicaba a su negocio. Lo curioso era que parecía perfectamente ataviada para el negocio de los funerales. Annie nunca la había visto vestida con algo que no

fuera negro, hasta las uñas de las manos. Era como si hiciese todo lo posible por tratar de distanciarse de su soleado y animado nombre. [3]

—Eso pensaba yo al principio —Daisy se encogió de hombros—, pero, no sé, puede que sea cierto. Puede que esté maldita y ahora les esté transmitiendo la maldición a los demás. —Miró a su alrededor como si acabara de recordar qué era lo que se encontraban haciendo en aquel momento—. Pero seguro que no es nada. Quiero decir, que seguro que a Jeanie y a Logan no les pasa nada.

Annie puso los ojos en blanco.

—Esos dos están obsesionados el uno con el otro. Ni siquiera una maldición lograría separarlos. No me preocupan.

Daisy le dedicó una débil sonrisa.

—Bueno, la verdad es que te agradezco que le recomendaras a Jeanie mis servicios.

Si Annie podía contribuir a que los tontos de aquel pueblo entendieran que Daisy tenía talento y que no era la responsable del fin de los matrimonios ajenos, lo haría encantada.

—¡No hay de qué! Tus arreglos florales son lo más. Es una pena desperdiciarlos con gente muerta.

Una carcajada brotó de los labios de Kira ante ese comentario y las tres mujeres no tardaron en volver a reír.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Bennett desde el otro extremo del granero.

—Las típicas cosas de chicas —respondió Kira—. Documentales de naturaleza y funerales.

Hubo que reconocer que Bennett ni siquiera pareció sorprenderse por aquella respuesta.

—Venid aquí y dadnos vuestra opinión —les pidió ella.

Terminaron con la última mesa y se reunieron con Bennett y con Mac. Habían logrado disponer media docena de árboles de Navidad recién cortados para crear un telón de fondo para la ceremonia. Los habían cubierto de lucecitas blancas y, cuando Bennett apagó las luces del techo, el efecto fue mágico.

—Es precioso —susurró Daisy.

Lo era.

Annie contempló el trabajo que habían llevado a cabo esa noche. Las vigas de madera del granero estaban forradas de luces blancas y titilantes. Estaba segura de que había aún más que la noche anterior, y bañaban la estancia con un agradable tono dorado. El pasillo se hallaba flanqueado por hileras de sillas blancas; en cada uno de los extremos, había un farol blanco con velas en su interior. Al otro extremo del granero había una docena de mesas, todas ellas vestidas con manteles en color crema y los preciosos centros florales de Daisy, de rojos intensos y verdes oscuros; como la Navidad, pero más sexi.

La casa de pan de jengibre se alzaba sobre una mesa situada en el rincón, oculta tras una cortina para que fuera una sorpresa para el novio y los invitados. Al día siguiente, la mesa colocada al lado estaría repleta de galletas y *cupcakes* de la pastelería.

Todo parecía perfecto.

A Jeanie le iba a encantar. Annie se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—¿Ya estás llorando? —Mac apareció a su lado.

—No puedo evitarlo —respondió ella sorbiéndose la nariz—. Es que… ¡los quiero tanto! Y me alegro mucho por ellos.

—¿Estás lista para irnos?

La voz de Mac sonó como un murmullo grave en su oído. ¿En qué momento se había acercado tanto?

—Debería asegurarme de que Kira no necesita nada…

—Kira se las apaña bien —respondió la aludida, interrumpiendo la conversación—. Podéis iros. —Le dedicó a Annie una sonrisa malvada.

Annie no se olvidaría de aquello. Se aseguraría de que Kira se viese obligada a hablar con cualquier pariente pesado de Jeanie y Bennett que acudiera a la boda al día siguiente.

—Pues ya está —zanjó Mac—. Podemos irnos. —Y ahí estaba otra vez esa mano en la parte baja de su espalda, guiándola hacia la salida.

Debería decirle que parara ya. Quiso protestar, pero tampoco quería importunar a Bennett y a Kira quedándose allí más tiempo.

—Daisy, ¿necesitas que te llevemos? —gritó, en un último intento por no quedarse a solas con Mac.

—No, gracias. He venido en mi camioneta y no vivo lejos de aquí.

Maldita Daisy y su camioneta todoterreno. Mac estaba sonriéndole con suficiencia cuando lo miró por el rabillo del ojo. Sin duda, tramaba algo.

Bien abrigada en el asiento del copiloto, con la caja de gatitos en el regazo, Annie sintió que volvían a ser adolescentes. Se notaba fuera de control, su cuerpo sentía cosas que no le había dado permiso para sentir.

Sin embargo, al igual que cuando eran adolescentes, se notaba dispuesta a entregarse plenamente. A entregárselo todo a Mac, sin importarle las consecuencias.

—He pensado que podíamos pasar primero por mi casa para acomodar a los gatitos. Está más cerca —sugirió él mientras se montaba en la camioneta.

Era una excusa absurda y no tenía sentido, pero Annie accedió. Había que acomodar a los gatitos. Obviamente. Habían vivido unos días traumáticos.

Tenía que acompañar a Mac a su casa por el bien de los gatitos.

[3] Daisy en castellano significa «margarita».

Capítulo 21

Antes

—Creo que deberíamos acostarnos.

Mac estuvo a punto de atragantarse con una patata frita.

—¿Crees que deberíamos…? —Ni siquiera se atrevía a terminar la frase. No podía haberla oído bien.

—Acostarnos —concluyó Annie solícitamente, y le robó una patata del plato.

Ella había pedido las tortitas con chispas de chocolate, pero, sin saber cómo, a lo largo de las semanas que llevaban viéndose, se había convertido en algo normal que le robara lo que fuese que él hubiera pedido. Igual que era normal que se encontraran en aquella misma mesa de la cafetería para trazar sus planes del día. Sin saber cómo, en cuestión de unas pocas semanas, Annie y él se habían vuelto normales.

—Shhh… —Mac miró a los demás comensales—. ¡No puedes decir esas cosas!

—¿Qué pasa? —se rio ella—. ¿Te da miedo que nos oigan los ancianos del pueblo o algo así?

—Sí, más o menos.

Ella meneó la cabeza como si estuviese diciendo tonterías, pero lo último que deseaba Mac era que el grupo de *mahjong* de su madre le oyese hablar en público sobre su vida sexual.

—Escúchame —le dijo Annie, como si necesitara convencerlo para acostarse con la chica en la que no podía dejar de pensar, la chica a la que le encantaba besar y con la que quería pasar el rato.

Claro que no hacía falta convencerlo, pero Annie ya se había puesto en modo argumentativo. A él le dio por pensar que, si lo de

la pastelería no le salía bien, quizá debiera plantearse la abogacía como profesión.

—En primer lugar, creo que ya ha quedado claro que somos físicamente compatibles —continuó, exponiendo los argumentos con los dedos.

Mac sonrió. Lo habían dejado claro muchas veces a lo largo de la última semana. Enrollarse con Annie se había convertido en su nueva actividad favorita. De hecho, su plan de recorrer el país buscándose a sí mismo se volvería innecesario si podía convertirse en el tío que besaba a Annie.

—En segundo lugar —prosiguió ella—, sé que te preocupaba tomar decisiones precipitadas con la pasión del momento de las que después podría arrepentirme, pero eso es algo en lo que he estado pensando mucho estos últimos días y he decidido que es buena idea.

Mac sufrió un cortocircuito cerebral al imaginarse a Annie pensando en tener relaciones sexuales con él. Cierto, él había pensado en ello sin parar, pero saber que ella también hacía que resultara mucho más excitante.

—Y en tercer lugar —concluyó Annie, dispuesta a rematar su argumentación como si él no estuviera deseando ya sacarla a rastras de aquella mesa y llevársela a la cama—, nuestro tiempo es limitado; si solo nos quedan unos pocos días juntos, entonces esto es lo que deseo hacer.

Mac se desinfló por dentro. Ella había sacado a colación justo el único tema que habían estado evitando: el hecho de que él aún tenía planeado marcharse después de Año Nuevo. No es que hubiera reunido aún el valor para contárselo a sus padres, pero esa era otra historia en la que había decidido no pensar.

Lo que había entre Annie y él tenía los días contados, y él lo sabía, aunque cada vez con más frecuencia empezaba a preguntarse qué pasaría si no fuera así. ¿Y si se quedaba? ¿Annie y él seguirían así? ¿Ella continuaría deseando verlo?

—¿Qué opinas? —le preguntó Annie mientras le robaba otra patata frita.

Ya no lo miraba a los ojos. La valentía que había mostrado durante su detallada argumentación parecía haberla abandonado; ahora parecía nerviosa. ¿Y qué iba a responderle él? ¿«No, no creo que debamos acostarnos porque me preocupa que, si lo hacemos, me encariñe más contigo y entonces no sé cómo me marcharé»?

¿O «Sí, claro que deberíamos, porque también he estado pensando en ello sin parar y sé que me arrepentiré con total seguridad si me marcho del pueblo sin haber estado contigo en todas las maneras posibles»?

Ninguna de las dos opciones parecía la respuesta de una persona cuerda y razonable. Lo que había entre ellos debía tener como objetivo matar el tiempo antes de las fiestas. No podía decirle locuras como aquella. Lo cierto era que no sabía cómo reaccionaría Annie. Solo sabía que se trataba de una mujer con un plan y que, si así era como encajaba él en dicho plan, ¿quién era para rechazar su sugerencia?

¿Acostarse con una chica guapa, lista y divertida? Mac nunca había sido un lumbrera, pero hasta él sabía cuál era la respuesta a aquella pregunta.

Al final, se ahorró tener que responder.

—¡Annie, por fin te encuentro! —Una chica de pelo rizado y gafas que a Mac le resultaba vagamente familiar se acercó a la mesa—. ¡La gente que está viva responde a los mensajes! —exclamó—. Llevo toda la mañana tratando de localizarte. Al final he terminado pasándome por tu casa y Charlotte me ha dicho que estabas aquí con tu nuevo novio. —Fue entonces cuando la chica desvió la atención del rostro sorprendido de Annie y la centró en él.

—Hola —dijo Mac, bastante seguro de que debería saber quién era aquella chica.

Probablemente hubieran ido juntos a clase, pero lo cierto era que no se acordaba, y eso sería parte del motivo por el que Annie siempre había pensado que era un imbécil.

—Qué hay —respondió la chica, algo confundida, y volvió a mirar a Annie—. ¿Qué sucede? —susurró, como si él no pudiera oírla.

—¡Hazel, has vuelto! —exclamó Annie con una sonrisa forzada—. Pues estaba aquí desayunando y justo me he encontrado con Mac.

¿Te acuerdas de Mac?

Hazel los miró alternativamente como si siguiera tratando de entender por qué Annie accedería a sentarse con él. A juzgar por su cara, le habría sorprendido menos encontrársela sentada a la mesa con un chimpancé.

Mac creyó recordar que habían ido juntos un cuatrimestre a clase de Arte, ¿o quizá fue a Lengua? No lograba ubicarla. Aquel episodio no hizo sino recordarle que, al parecer, Annie y él habían estudiado en dos institutos muy diferentes.

—Claro que me acuerdo de Mac —respondió Hazel—. Fuimos juntos a Educación Física durante tres años.

—¡Eso era! —dijo él, golpeando la mesa con la palma de la mano —. ¡Educación Física!

Hazel parpadeó confusa, Annie se aclaró la garganta y le lanzó una mirada incisiva para que cerrara la boca.

—Claro, ibais juntos a clase de Educación Física. En fin, ¿qué estás haciendo aquí?

—He venido a buscarte. Íbamos a ir hoy de compras navideñas, ¿no te acuerdas?

Annie hizo una mueca de dolor y Mac creyó que, llegado ese punto, ya debía de estar harta de compras navideñas. La había llevado a todas las tiendas, centros comerciales y mercadillos navideños en cincuenta kilómetros a la redonda, todo con tal de pasar más tiempo con ella.

—Lo siento mucho, Hazel. Se me había olvidado por completo, pero nosotros ya casi hemos acabado, ¿verdad, Mac? —Le rogaba con la mirada, como si temiera que fuese a contarle a Hazel todo lo que habían estado haciendo a lo largo del último mes.

—Estamos listos, sí —contestó él, ofreciéndole una sonrisa que, confiaba, no transmitiera rencor.

Lo entendía. Su burbuja temporal había estallado. Se acabó la diversión.

—¡Ah, qué bien! —exclamó Hazel con una sonrisa de alivio—. Porque Logan también viene de camino.

Annie parecía más incómoda a cada minuto que pasaba, daba la impresión de que la hubieran pillado haciendo algo que no debería.

Era una mierda que el «algo» en cuestión fuese él.

—De todas formas, yo tengo que irme. —Y cogió su chaqueta antes de levantarse de la mesa.

—No tienes por qué irte —le dijo Annie, pero sí que tenía por qué.

Ella no quería explicarles a sus amigos aquella historia pasajera y él no quería presionarla. No había necesidad. ¿Por qué explicar algo que estaba a punto de acabarse?

—No, en serio, tengo que irme, pero gracias por el desayuno —le dijo—. Que os divirtáis con las compras.

—Bueno, vale. —Ella le sostuvo la mirada aun cuando Hazel se sentó en el banco a su lado.

—Ay, Dios mío —dijo Hazel mientras él se alejaba—. ¿Qué narices estabas haciendo aquí con Mac Sullivan?

Mac se detuvo de camino a la puerta, muerto de ganas de escuchar la respuesta de Annie.

—Nos hemos encontrado —respondió esta.

—¡Guau! Me sorprende incluso que le hayas dirigido la palabra.

—¿Por qué iba a sorprenderte eso? —le preguntó Annie.

Mac se esforzó por oír el resto de la conversación por encima del estrépito de los platos y de la conversación a su alrededor.

—Porque nunca te ha caído bien —oyó decir a Hazel; aunque eso ya lo sabía, le dolió de igual forma, sobre todo ahora que habían cambiado tanto las cosas—. Siempre decías que estaba sobrevalorado.

Mac estuvo a punto de soltar una carcajada. Sin duda, era algo que podría haber dicho Annie.

—Resulta que a lo mejor no está tan mal —contestó Annie.

No es que fuera una declaración de amor, pero menos era nada. Quizá eso fuera lo máximo a lo que pudiera aspirar.

—Pero me alegra mucho que hayas vuelto.

Mac miró hacia atrás una última vez y vio que Annie le pasaba el brazo a Hazel por los hombros y ambas pegaban las cabezas. Los amigos de Annie habían vuelto. Quizá ya no lo necesitara.

Quizá fuese para mejor. Él tenía que empezar su nueva vida. Tenía que largarse de allí antes de acabar tirando pintas de cerveza en el

pub de su padre el resto de su vida sin averiguar jamás lo que de verdad quería.

Era hora de pasar página.

Olvidarse de Annie. De Dream Harbor.

Tenía que marcharse.

—Ahí está Logan —dijo Hazel, llamándolo con la mano para que se acercara a la mesa de Annie y de Mac, salvo que la mesa ya no era de ellos, porque él se había marchado y ella se lo había permitido.

No se sentía bien al respecto, pero Hazel la había pillado desprevenida. Se le había olvidado por completo que su amiga había vuelto al pueblo el día anterior. Llevaban escribiéndose todo el mes, claro, aunque sin saber cómo había perdido la noción de los días. Fue como si sus dos mundos colisionaran y, de pronto, hubiera vuelto a la realidad. Una realidad en la que sus amigos y ella nunca se habían juntado con Mac y sus amigos. Solo con verle la cara a Mac, supo que no tenía ni idea de quién era Hazel, pese al hecho de que hubieran ido todos juntos al instituto durante los últimos cuatro años, porque los chicos como Mac no se fijaban en las chicas como Hazel y ella.

Sin embargo, en ella sí se había fijado. Y era agradable, y ahora sí le caía bien.

¿Qué demonios había hecho?

—Hola —saludó Logan, que se dejó caer en el banco de enfrente.

—¡Has vuelto! ¿Qué tal el crucero? —le preguntó Annie, dejando a un lado su desconcierto en relación con Mac.

Aquel no era el momento para ponerse a aclarar sus dudas. Por fin se había reencontrado con las dos personas a las que más quería en el mundo.

—Bueno, demasiado largo para estar atrapado en un barco con varios miles de ancianos —admitió Logan con una mueca de dolor.

Se le habían empezado a pelar la nariz y las mejillas, quemadas por el sol, y su cabello, generalmente castaño, había adquirido reflejos dorados.

—¡Deja de quejarte! Mientras tú estabas tomando el sol en los mares tropicales, yo estaba aquí pelándome de frío.

—Por las noches celebraban fiestas. —Logan arrugó aún más el entrecejo.

—Parece divertido.

—Fiestas temáticas.

—Me encantan las buenas fiestas temáticas.

—Y códigos de vestimenta. Se disfrazaban. —Lo dijo como si por las noches se dedicaran a sacrificar vírgenes o algo parecido.

—¿Y tú te disfrazaste? —le preguntó Annie, sabiendo de buena tinta que bajo ningún concepto Logan se pondría un disfraz ni atuendo alguno remotamente temático.

—Claro que no.

—Claro que no. Eso sería demasiado divertido.

—Divertido para los niños y para los delincuentes fugitivos.

—¿Crees que los delincuentes fugitivos se divierten?

—Hasta que los pillan, puede ser.

—Eres un buen nieto —intervino Hazel, sabiendo por experiencia que aquella conversación podría prolongarse durante horas sin llevarlos a ninguna parte—. Seguro que has hecho muy feliz a Nana.

—Tuvo que pelearse para que me dejaran subir al barco en un primer momento —dijo Logan con una mueca de dolor.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Annie riéndose.

—Era un crucero para personas de la tercera edad. En teoría, no podía embarcar nadie que tuviera menos de cincuenta y cinco años. Llegamos allí con nuestros billetes y mi abuela tuvo que pelearse con el capitán para que me dejara subir.

Ahora Hazel también se reía.

—¡¿De verdad?!

—Sí —confirmó Logan: movía la cabeza sin poder disimular la sonrisa—. Empezó tratando de convencerlo de que me conservaba muy bien para mi edad.

—¡No puede ser! —chilló Annie, encantada con la historia.

—Como lo oyes —gimió Logan al recordarlo—. A continuación amenazó con acudir a los medios de comunicación y acusar al crucero de edadismo.

—¡Ja! Me parto. Nana es la mejor.

—Acabó diciéndole que yo tenía que ir en el barco para asegurarme de que se tomara la medicación a la hora indicada. Lo cual tiene gracia, dado que está más sana que yo. Pero, a esas alturas, el capitán solo quería que dejara de montar una escena.

—No me extraña. Las escenas de Nana son terroríficas —convino Annie.

—Se pasó el resto del viaje llamándome «enfermero» cada vez que andaba cerca algún miembro de la tripulación.

La imagen de Logan haciendo de enfermero provocó las carcajadas incontrolables de Annie y Hazel.

—Ja. Ja. Me alegra que mi dolor os resulte tan divertido.

—Lo cierto es que sí. Gracias por las risas. —Annie se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No hay de qué —respondió él secamente.

—¿Y qué tal tú, Haze? ¿Qué tal ha ido el cuatrimestre?

—Muy bien, pero me alegra haber vuelto a casa.

—Y a nosotros nos alegra que hayas vuelto —le aseguró Annie, estrechándola contra su cuerpo.

—¿Qué has hecho tú mientras no estábamos? —le preguntó Logan.

A Hazel se le iluminó la cara de inmediato.

—He pillado a Annie de comida romántica con Mac Sullivan —dijo.

—En primer lugar… —empezó Annie, y Logan puso los ojos en blanco.

—Ya empezamos —murmuró.

Annie lo ignoró.

—En primer lugar —repitió—, no tenía nada de romántico. Estamos en la cafetería, por Dios bendito. ¡Si mi dentista está sentado a dos mesas de distancia!

—¿Qué pasa? —preguntó Logan—. ¿Los dentistas no pueden ir a sitios románticos?

—Y, en segundo lugar —prosiguió Annie, ignorándolo de nuevo—, ¿no se me permite salir con otra gente cuando vosotros dos me abandonáis?

—¡¿Abandonarte?! —Hazel ahogó un grito de fingido horror—. ¿Eso es lo que hemos hecho?

—Creo recordar que fuiste tú la que me dijo que tenía que irme de crucero porque, si no, le rompería el corazón a mi abuela.

—Sí, y a mí me dijiste que tenía que salir a explorar mundo. ¡Si me rellenaste tú la matrícula!

Annie dio un sorbo a su tercera taza de chocolate caliente de aquella mañana.

—Bueno, da igual, lo importante es que estamos juntos de nuevo.

—¿Y qué pasa con Mac? —preguntó Hazel.

—¿Qué pasa con Mac? —repitió Annie encogiéndose de hombros.

—¿Vais a seguir viéndoos?

—Le estáis dando demasiada importancia. No estábamos saliendo juntos. Bueno, sí estábamos saliendo juntos, pero solo mientras nuestros amigos no estaban. Ya sabéis, el típico aburrimiento previo a las fiestas y todo eso.

Hazel la miró con desconfianza y Logan parecía más interesado en rascarse la piel quemada de la nariz.

—Pero, en cualquier caso, es irrelevante —aseguró Annie—. Mac se irá pronto.

Se encogió de hombros a fin de restarle importancia, como si le diera igual lo que hiciera Mac o adónde se fuera, porque eso era lo que debía sentir. Lo que le había dicho a Hazel era cierto: solo habían estado quedando mientras esperaban a que la vida volviera a la normalidad. Pero, en algún momento, estar con Mac se había convertido en su normalidad, haciéndole desear cosas que no podían ser.

Aquello la llevó a pensar en lo que le acababa de pedir justo antes de que apareciera Hazel. Mac no le había respondido. Quizá hubiera ido demasiado lejos. Pero… descubrió que lo deseaba de todas formas.

—Vale —dijo Hazel—. Si tú lo dices. Aunque es muy mono…

Annie se encogió de hombros, como si, en el transcurso de las últimas semanas, no hubiera experimentado de cerca y en persona lo mono que era, como si no lo hubiera besado ni tocado y no quisiera seguir haciéndolo.

—Sí, lo sé.

—Un momento. —Logan alzó la vista de su tortilla—. ¿Mac es mono?

Annie asintió con la cabeza y dijo:

—Hay quien diría que está muy bueno. —Ella misma, sin ir más lejos.

—Pero no tan mono como yo, ¿verdad? —quiso saber Logan con el ceño fruncido.

Hazel y ella soltaron un quejido y le lanzaron envoltorios de pajita y servilletas arrugadas, mientras él las esquivaba a manotazos con una estúpida sonrisa dibujada en la cara. Dios, cuánto los había echado de menos.

—Bueno, ya basta por hoy de hablar de Macaulay Sullivan —declaró Annie—. Vámonos de compras. Y queremos más detalles, Haze. ¡Quiero saberlo todo!

Por desgracia para Annie, no hablar de Mac no implicaba que no estuviera pensando en él. Mientras recorría las tiendas acompañada de sus amigos, no hacía otra cosa que pensar en el tiempo que había pasado haciendo eso mismo con Mac. En cómo él le ponía la mano en la parte baja de la espalda para guiarla entre la multitud o en esa otra vez que la hizo reír tan fuerte que casi se hizo pis encima, recreando las caras de pánico que ponía en casi todas las fotos que se había hecho con Papá Noel cuando era pequeño. O en el beso de buenas noches que le daba cuando la dejaba en casa al terminar la velada. De alguna manera, aquello significaba algo. Salir con Mac se había convertido en algo tremendamente significativo y Annie no sabía qué hacer al respeto.

Lo único que sabía era que tenía que verlo. Tenía que verlo y decirle que las últimas semanas habían significado algo para ella. Aunque fuese a marcharse del pueblo. Quería que lo supiera.

Y quería disculparse por haberlo dejado plantado aquel día.

Y quería besarlo.

Y más cosas.

Capítulo 22

Ahora

De alguna manera, Mac había convencido a Annie para volver a su casa a acomodar a sus nuevas mascotas. No estaba seguro de cómo lo había logrado. A decir verdad, Annie se había mostrado mucho más agradable aquel día que en los últimos tres años, pero él no iba a cuestionarlo.

Miró hacia el asiento del copiloto, donde iba Annie con los gatitos en el regazo. Les hablaba con un tono de voz que, estaba seguro, solo usaría con los animales peludos y los bebés. Desde luego, él no se lo había oído nunca antes.

—No os preocupéis —estaba diciéndoles—. Esto es solo temporal. Pronto os encontraremos un buen hogar.

—¿Quién dice que vaya a ser algo temporal? —preguntó Mac.

Ella alzó la cabeza y lo miró sorprendida. Puso los ojos en blanco y respondió:

—Ya puedes dejar de hacerte el héroe. Estamos los dos solos.

—¿Por qué siempre piensas lo peor de mí? —le preguntó él con un resoplido—. ¿Qué he hecho yo que te haga pensar que maltrataría a unos gatitos?

—¡No he dicho que los vayas a maltratar! Pero puedes dejar de fingir que vas a adoptar a estos gatos. Kira y Daisy ya no están aquí, así que solo digo que puedes dejar de interpretar el papel de rescatador de animales.

—Pienso quedarme con esos gatos —le aseguró él, con más brusquedad de la que esperaba.

Cierto, había dicho que se los quedaba como parte de un plan descabellado para ganarse la simpatía de Annie, pero ella no tenía por qué saberlo.

—Ahora son mis gatos.

Sintió la mirada de Annie clavada en el lateral de su cara, pero mantuvo los ojos en la carretera. Estaba harto de que siempre pensara lo peor de él. Sabía que le había hecho daño, pero ya se había cansado de ser el villano en el cuento de Annie.

—Entonces, ¿qué nombres piensas ponerles? —le preguntó ella transcurrido un minuto—. Si son tus gatos, necesitarán un nombre.

—Fácil. Los llamaré… Epi y Blas.

—¿Epi y Blas? Ni hablar.

—¡¿Por qué no?! Es un dúo clásico.

—No. Lo veto.

—¿Y quién te da derecho a vetar los nombres de mis mascotas?

—Solo quiero lo mejor para los gatos; y Kira ha dicho que uno es macho y la otra, hembra. Llegado este punto, ya es prácticamente veterinaria, así que creo que podemos fiarnos de ella.

—Dudo mucho que a los gatos les importe que su nombre concuerde con su sexo asignado al nacer, pero, si insistes, ¿qué opinas de Sonny y Cher?

—No. Prueba otra vez.

—Adán y Eva.

Annie estalló en carcajadas al oír su propuesta.

—¿Vas a llamar Adán a este gatito tan adorable? —preguntó entre risas.

Mac sonrió al escucharla.

—Vale. Entonces, ¿qué sugieres, dado que tú eres una experta en nombres de mascota, a pesar del hecho de no tener ninguna?

—No creo que necesites un nombre de dúo solo porque sean dos —respondió ella, y empezó a tararear mientras pensaba—. Estaría bien ponerles nombres navideños.

—¿Como qué? ¿Rudolph y Frosty?

—Qué va, algo un poco menos obvio. ¡Ya lo tengo! —exclamó—. ¿Qué te parece Holly y Noel? Holly de «acebo» en inglés, y Noel por Papá Noel.

Mac no pudo evitar reírse.

—La verdad es que está bastante bien —admitió.

Annie se recostó en el asiento satisfecha consigo misma.

—Pues ya está, Holly y Noel. Ahora por lo menos tus mascotas tienen un buen nombre.

Mac no tenía claro a quién había puesto cada nombre.

—Claro —le dijo—. No soy del todo malo. —Su intención era decirlo a modo de broma, no quería ponerse a pelear otra vez con ella, pero las palabras quedaron suspendidas en el aire como un manto asfixiante.

—Ya lo sé. Lo siento por ponerme así. Lo siento por seguir pensando lo peor de ti. Es una vieja costumbre —explicó en voz baja, acariciándole la cabeza a Holly o a Noel.

—Quizá necesitemos empezar de cero —sugirió Mac.

—¿Y eso cómo lo hacemos? Te conozco desde que tenía cinco años, Mac, y la única vez que me abrí a ti acabé destrozada, así que no sé cómo podemos empezar de cero. Ni si podemos.

A Mac se le formó un nudo en la garganta. Aquello era más de lo que había dicho Annie acerca de lo sucedido entre ellos en todo el tiempo desde que él había regresado al pueblo. Esa misma mañana le había dicho que no se sentía herida, que no necesitaba sus disculpas. Llevaban años con esa misma situación.

Destrozada. Decía que se había quedado destrozada por lo que él hizo. Era mucho peor que el hecho de fingir que se encontraba bien. Oyéndola admitir lo que le había hecho sentir, con total claridad, sin paños calientes, ¿qué iba a hacer él? ¿Cómo iba a pedirle una segunda oportunidad?

Aquel día le había trastornado por completo la cabeza y, la verdad, ya no sabía si estaba pidiéndole una segunda oportunidad o un poco de *hate sex* para poner fin a aquello de una vez por todas.

—¿Siguen haciendo la visita guiada de las luces de Navidad? —le preguntó en cambio.

—Sí, claro. Es una de las actividades que más dinero recauda en todo el año —explicó Annie, que parecía aliviada de cambiar de tema —. Aunque este año no he tenido ocasión de ir.

—¿Por qué no?

—He estado demasiado ocupada.

Demasiado ocupada haciendo cosas para otras personas. Mac sabía que era ese el motivo. Giró a la izquierda para acceder a uno

de los barrios anteriores al suyo.

—¿Adónde vamos? —Annie levantó otra vez la mirada de los gatitos que llevaba en el regazo.

—He pensado que podríamos dar un pequeño rodeo turístico —respondió él encogiéndose de hombros—, para que puedas ver algunas de las luces que te has perdido.

No soportaba pensar que se hubiera perdido una de sus tradiciones favoritas.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro en la oscuridad, y Mac pensó que, entre aquel rodeo improvisado para ver las luces y los gatitos que llevaba en el regazo, quizá estuviese progresando. Mientras la tuviera atrapada en el coche con él, estaba decidido a aprovechar la oportunidad para demostrarle lo mucho que le importaba. Y, si después de aquel fin de semana, volvía a evitarlo como si fuera la peste, allá ella.

Aunque rezaba para que no sucediera eso.

—¡Anda, eso es nuevo! —exclamó Annie; señalaba un muñeco de nieve iluminado y particularmente llamativo.

—Desde luego, es brillante. Seguro que se ve desde el espacio.

Annie se rio y a él le dieron ganas de embotellar aquel sonido.

—Mira eso. —La vio indicar por delante de su cuerpo en dirección a una casa situada a la izquierda.

Aquello le recordó al recorrido que hicieron en el autobús siendo unos críos, cuando ella se apoyaba contra él y él no quería que terminara nunca.

Annie no regresó por completo hasta su lado del coche y, en vez de eso, se quedó junto a él, con el hombro casi pegado al suyo. Olía a glaseado y a jengibre, y Mac apenas logró contener un gemido. La deseaba.

Lo que fuera que estuviera dispuesta a darle.

Lo deseaba.

La nieve seguía cayendo en gruesos copos blancos y Nat King Cole cantaba un clásico navideño por la radio. En la camioneta hacía calor y la luna delantera iba empañándose entre pasada y pasada del limpiaparabrisas. Rodearon lentamente la manzana, admirando los arreglos luminosos conforme avanzaban. Habían pasado años desde

la última vez que Mac hiciera algo así. Dirigió la mirada hacia el rostro de Annie y observó su expresión de júbilo ante los esfuerzos de los vecinos.

Era preciosa.

—¿Y qué me dices de esa?

Mac señaló una casa con luces blancas con forma de carámbanos en el porche y una vela encendida en cada ventana.

—Muy sutil. Me gusta.

Mac sonrió en la oscuridad.

—¿Y aquella? —Annie señaló otra casa.

—Demasiado azul para mí.

—Con la edad, te has vuelto exigente con las luces —bromeó ella, dándole un empujón cariñoso con el hombro.

Mac notó el calor de su cuerpo a través de la ropa. Deseó que se quedara pegada a él en la oscuridad de la camioneta.

—Mientras estuve fuera, aprendí muchas cosas sobre mí mismo —le dijo—. Pero una de las cosas más importantes fue que me gusta la decoración navideña sutil.

—Vaya, se ve que tuviste un montón de pensamientos profundos durante tus viajes. Supongo que fue buena idea que pasaras tantos años alejado del pueblo.

En ese instante, la energía dentro del vehículo volvió a alterarse. Annie se apartó, regresando a su asiento, y volvió la cabeza hacia la ventanilla.

¿Serían capaces alguna vez de estar cerca el uno del otro sin desenterrar el pasado?

Bromeaba al decir lo de la decoración navideña, pero sí que había sido buena idea mantenerse alejado tantos años. Mientras estuvo fuera, entendió muchas cosas. Aprendió mucho sobre sí mismo, sobre lo que deseaba en la vida. Cuando regresó a Dream Harbor, fue porque quiso, no porque hubiera nacido allí, no porque estuviera atrapado en aquel pueblo ni porque constituyese su única opción. Necesitaba experimentar la vida lejos de Dream Harbor antes de poder apreciar lo que tenía allí.

Pero, si decía algo de aquello, sabía que se malinterpretaría. Que Annie solo oiría que se alegraba de haberla abandonado.

Recorrieron el resto del camino sin hablar. Los únicos sonidos procedían del suave maullido de los gatos y del limpiaparabrisas que barría la nieve del cristal. A veces, Mac se preguntaba si habría tenido alguna posibilidad con Annie de haber hecho las cosas de un modo diferente. No se arrepentía de haberse marchado, pero no soportaba la manera en que lo había hecho.

Capítulo 23

Antes

—Os he reunido aquí hoy para tratar un asunto importante —dijo Mac, mirando a su madre y a su padre alternativamente.

A decir verdad, no los había reunido en ninguna parte. Los había abordado en la mesa durante la cena.

—Mac, ¿de qué se trata? —preguntó su padre, impaciente ya.

Su padre no era un hombre al que le gustara que lo abordasen. Mac ni siquiera solía verlo sentado.

Mac cruzó las manos frente a él sobre la mesa, después las descruzó y volvió a cruzarlas. Le sudaban las palmas. Tenía un discurso preparado, pero ahora, con la expresión preocupada de su madre y la impaciencia de su padre, toda su preparación se fue a pique.

—Pero primero, ¡un regalo!

Estaba tratando de ganar tiempo, pero Annie y él por fin habían encontrado el regalo perfecto para su madre y aquel le pareció el momento idóneo para dárselo. Colocó la bolsa de regalo sobre la mesa.

—¿Un regalo de Navidad adelantado? —preguntó su madre. Parecía escéptica y estaba en todo su derecho, habida cuenta de los regalos que le había hecho a lo largo de los años.

—Sí. Para ti. —Empujó la bolsa hacia ella.

Su madre sacó el papel de seda que Annie había insistido en que metiera dentro; decía que no contaba como envoltorio si no tenía papel de seda, hasta que llegó al belén tallado a mano que había encontrado en una feria de artesanía. Era Annie quien había observado que su madre tenía varios belenes diseminados por la casa y, cuando Mac vio aquel, supo que sería el regalo perfecto.

—Mac, es precioso —dijo su madre—. Gracias.

Él suspiró aliviado. Lo había clavado, lo cual era algo bueno, porque ahora llegaba la parte difícil.

—También quería hablaros de…, bueno…, del futuro. Eh…, de mi futuro, concretamente.

Su madre adoptó un gesto esperanzado al oír aquello.

—¿Por fin has decidido matricularte en la facultad local? Tienen un programa de enfermería estupendo.

Mac suspiró. Estaba convencido de que sería un enfermero terrible. No tenía la paciencia de su madre y tampoco su estómago de hierro.

—Qué va, no era eso lo que estaba pensando…

—Bueno, en el *pub* nos vendrías bien durante unas horas más —le dijo su padre, aumentando en el pecho de Mac la sensación de asfixia.

Sabía que a su padre le encantaría que trabajara más horas tirando pintas y sirviendo comida, y con el tiempo haciéndose cargo del aspecto más empresarial del negocio, pero el *pub* era el sueño de su padre. No el suyo. Al menos, no creía que lo fuera.

Mac meneó la cabeza. Ese era el problema. Aún no sabía lo que deseaba y, enfrentado a las expectativas de sus padres, ya notaba que empezaba a caer en viejas costumbres. Sería fácil hacer feliz a su madre y ponerse a estudiar, o aliviarle a su padre parte de la carga de trabajo. A Mac le gustaban las cosas fáciles. Le gustaba caer bien. Le gustaba cuando sus padres estaban contentos con él, cuando sus compañeros de equipo lo vitoreaban, cuando sus amigos lo felicitaban por un partido bien jugado. Pero esta vez no se trataba de un estúpido partido de *lacrosse* y Mac no podía seguir escogiendo el camino fácil.

Pensó en Annie y en lo mucho que se estaba esforzando ella por montar su negocio, asistiendo a clases, probando nuevas recetas y montando un puesto en todos los mercados de productores, festivales y ferias del condado los fines de semana. Mac nunca se había esforzado tanto por nada en toda su vida.

—No, tampoco estaba pensando en eso —respondió; entonces sí que captó la atención de sus padres.

—¿Qué tenías en mente? —le preguntó su madre.

Y supo que le debía una explicación. Le debía un plan. Se lo debía todo, en realidad, por criarlo, por cuidar de él y ponerle la vida increíblemente fácil durante diecinueve años. Y a su padre también. Le había ofrecido a Mac su primer trabajo. Le habría ofrecido un trabajo para el resto de su vida si lo hubiera querido.

Pero Mac no quería eso. Al menos de momento. Necesitaba irse a otro lugar, donde fuera. Jamás se convertiría en la persona que debía ser si seguía permitiendo que sus padres lo hicieran todo por él. Tenía que madurar. Y no podía hacerlo allí. En aquel lugar donde su maestra de la guardería aún vigilaba su comportamiento, o donde las amigas de su madre la informaban de las chicas con quienes salía. O donde había chicas como Annie, que pensaban que no era más que un deportista estúpido. Estaba bastante seguro de que le había hecho cambiar de opinión en relación con eso, pero aun así.

El pueblo ya creía saber quién era Macaulay Sullivan; sin embargo, a él le gustaría descubrirlo por sí mismo.

—De hecho, voy a andar viajando un poco.

Su padre resopló como si acabara de sugerirle un viaje espacial.

—¿Viajando?

—¿A qué te refieres? ¿Te vas de viaje con unos amigos? —preguntó su madre.

—No. —Mac se retorció en el asiento. No le gustaba emplear la palabra «no» con su madre—. No, tengo planeado viajar por el país durante un tiempo. Tengo que averiguar algunas cosas. He ahorrado dinero y…

—¿Qué demonios tienes que averiguar? —gruñó su padre.

—Tengo que averiguar lo que quiero. Lo que estoy haciendo con mi vida.

—La facultad es un lugar maravilloso para averiguar cosas —intervino su madre.

Mac creyó que iba a explotarle la cabeza. Ya habían tenido aquella conversación muchas veces.

—La facultad no es lo mío, mamá —respondió meneando la cabeza—. Tengo que salir al mundo, ¿sabes?

—¿Todo lo que tienes aquí no te parece suficiente? —Su padre alzó la voz.

—No es eso lo que estoy diciendo.

—Pues a mí me parece que es justo eso. Después de lo que hacemos por ti tu madre y yo, resulta que no es suficiente.

—¡Que no es eso! Pero tengo que estar solo.

—¿Y para estar solo tienes que irte a viajar por el país? Hay muchos apartamentos aquí mismo, en el pueblo. Podrías seguir cerca, trabajar en el *pub* y ayudar a tu madre.

—¡Mamá no me necesita!

—¡Claro que sí!

Se habían puesto los dos en pie y habían empezado a gritar. La esperanza de Mac de mantener una discusión racional se había evaporado.

—¡Tengo que largarme de este pueblo!

—Huir no te convierte en un adulto.

—No estoy huyendo —se defendió Mac, perdiendo las ganas de pelear.

¿Tendría razón su padre? ¿Estaba huyendo? ¿Debería quedarse? ¿Así era como se haría adulto? Ya no lo sabía, pero, cuando tomó aire y miró a su madre, las lágrimas que vio en sus ojos le dieron ganas de descartar por completo su idea.

Volvió a dejarse caer sobre la silla y se llevó las manos a la cabeza.

—Es que pensé que me vendría bien estar solo durante un tiempo. Eso es todo. ¿Mamá?

Ella le dedicó una sonrisa débil y se apresuró a secarse las lágrimas de la cara.

—Vale, cariño —le dijo—. Ya seguiremos hablando luego. Necesito ir a misa. —Sin más, se levantó de la mesa y dejó a Mac a solas con su padre.

Este dejó escapar un largo suspiro.

—Te va a echar mucho de menos si te marchas —le dijo.

—Yo también os echaré de menos. Pero siento que es lo que tengo que hacer.

Su padre asintió con brusquedad y dijo:

—Si sientes que es lo que tienes que hacer, no puedo detenerte. —Le dio a Mac una enérgica palmada en la espalda antes de irse a trabajar.

Lo dejó agotado y confundido sobre si sus padres estaban enfadados con él o si simplemente estaban tristes por que se fuera. Ya no sabía si su plan merecía la pena.

Se sacó del bolsillo el trozo de papel en el que Annie y él habían garabateado algunas ideas en la cafetería aquel primer día que quedaron. Ese día se había sentido lleno de esperanza, convencido de que aquello era algo que sería capaz de hacer, pero quizá se equivocara. Quizá debiera quedarse en Dream Harbor. Había lugares peores en los que verse atrapado. Sabía que debía sentirse agradecido.

Pero, en aquel momento, solo se sentía confinado.

Atrapado.

Y más perdido que nunca.

Annie se encontró aquella noche frente a la puerta de Mac llena de nervios, emoción e incertidumbre.

Solo estaba segura de una cosa.

—Mac —susurró al verlo abrir la puerta con cara de perplejidad y algo confundido.

Tenía el pelo revuelto, como si hubiera estado pasándose los dedos. Llevaba puestos unos viejos pantalones de chándal y una camiseta de *lacrosse* manchada, lo cual habría constituido una justa venganza por haberla visto a ella con su mono de reno, pero, claro, aun así él estaba increíblemente guapo y en absoluto ridículo.

—Hola, Annie. —Hizo una leve mueca de dolor—. No te esperaba.

—Ya, perdona, debería haberte escrito. Es que… —Annie hizo una pausa, tomó una profunda bocanada del aire frío de la noche y se armó con el poco valor que le quedaba—. Es que quería verte.

Mac suavizó el gesto y no dijo una palabra, se limitó a salir al gélido porche, descalzo y desaliñado, la rodeó con los brazos y la levantó del suelo. Hundió la cara en el hueco de su cuello y Annie notó en la piel su aliento cálido.

—Yo también quería verte —le dijo.

La sostuvo así durante largo rato, como si necesitara tenerla cerca.

—¿Sucede algo? —preguntó Annie transcurridos unos minutos, sin querer interrumpir el momento, pero empezaba a preocuparse.

Mac suspiró y la dejó en el suelo.

—En realidad no. Pero por fin les he dicho a mis padres que me voy.

—¿Y cómo ha ido?

Mac soltó una leve carcajada, aunque carente de humor.

—No muy bien. Mi madre básicamente me ha dicho que le estaba rompiendo el corazón y ahora está en la iglesia, lo más seguro es que rezando para que cambie de opinión.

—Vaya —dijo Annie con una mueca de dolor.

—Ya —convino él—, pero me alegra mucho que hayas venido.

—¿No estás enfadado conmigo?

—¿Debería estarlo?

—Esta mañana más o menos te he dejado plantado.

—Supongo que estamos empatados —le dijo él encogiéndose de hombros—. Yo te dejé plantada en el mercadillo navideño.

—Cierto —convino Annie con una sonrisa—. Bueno…, ¿puedo pasar o me vas a tener aquí a la intemperie toda la noche?

—Puedes pasar —la invitó Mac—. He estado pensando en tu idea.

—¿Mi idea?

—No finjas que ya se te ha olvidado, Annabelle. Esta misma mañana me has propuesto que nos acostáramos.

—No he venido por eso —le aseguró Annie con la cara como un tomate—. Es que quería verte, de verdad.

Lo siguió hacia el interior de la casa, atravesaron la cocina y bajaron a su dormitorio del sótano.

—Entonces, ¿el ofrecimiento ya no sigue en pie? —Él se volvió para mirarla.

—Yo no he dicho eso. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—: Sigo queriendo hacer eso contigo.

—Menos mal —respondió Mac con un suspiro de alivio.

—¿De verdad?

—Claro —le dijo—. No he podido dejar de pensar en eso en todo el día. —Se acercó más, le posó la mano en la mejilla y le acarició el pómulo con la yema del pulgar—. No he podido dejar de pensar en ti.

—Debes de haber perdido mucho tiempo.

—Pues sí —confirmó Mac esbozando una sonrisa—, pero hay formas peores de pasar mi tiempo.

—Y formas mejores —le recordó Annie, alzando la cara hacia la suya.

—Mucho mejores —convino Mac, y agachó la cabeza para besarla en los labios—. ¿Estás segura, Annie?

Ella no sabía qué ocurriría después de aquello. No tenía ningún plan para gestionar la situación con Mac ni sus sentimientos hacia él ni el hecho de que fuera a marcharse. No tenía ni idea de cómo hacerlo.

Pero de aquello sí estaba segura.

—Sí —susurró, y Mac volvió a besarla.

Capítulo 24

Ahora

Annie sabía que Mac había comprado la antigua casa de sus padres, pero, de alguna manera, al entrar con la camioneta en el camino de acceso, se sintió algo desorientada, como si hubiera retrocedido en el tiempo.

—Casi esperaba que saliera tu madre a recibirnos —comentó mientras se quitaban las botas y los abrigos junto a la puerta.

—Sí —contestó él con una carcajada—, a veces yo también lo espero.

—¿Los echas de menos?

—Sí, por supuesto. Pero es culpa mía. Supongo que fui yo quien les dio la idea de viajar. En cuanto compré el *pub,* ellos se compraron una autocaravana y se fueron sin mirar atrás.

—Sin mirar atrás, ¿eh? —Annie sabía que aquello no podía ser cierto. Mac y su madre siempre habían estado muy unidos.

—Salvo la llamada telefónica que me hace mi madre de vez en cuando —respondió él con una sonrisa lastimera.

Atravesaron el recibidor y entraron en la cocina, en cuya isla Mac depositó la caja con los gatitos.

—¡Caray! —dijo Annie, girando sobre sí misma—. Esto ha quedado muy bien.

La cocina había sido reformada de arriba abajo. Lucía un aspecto sobrio y elegante, con armarios blancos y encimeras de granito. Eso ayudó a que se le pasara aquella sensación de *déjà vu.* Era una casa nueva y Mac y ella eran personas distintas. Ya no eran unos críos.

—Puede que tengamos arena para gatos en el garaje —le dijo, frotándose la nuca—. Creo que mi padre tenía algún saco por si acaso nos quedábamos atrapados en la nieve.

Anduvo dando vueltas preparando las cosas para los gatos mientras Annie se centraba en acariciarlos y en no pensar en todo lo que le gustaría hacer con él en esa nueva y reluciente cocina. Tenía las mismas ganas de cocinar algo con él que de arrancarle la ropa con los dientes. Quizá tuvieran tiempo para ambas cosas.

Mac dejó un platito con agua y otro con atún para los gatos y Annie los depositó en el suelo. De inmediato corrieron hacia los platitos, maullando de alegría, y se abalanzaron sobre su cena.

—Ha sido un gesto muy bonito que te los quedaras —le dijo mientras contemplaban el festín de los gatos.

Mac se encogió de hombros. Él no estaba mirando a los gatos. Cuando Annie alzó la cabeza, vio que la estaba mirando a ella.

Para cuando los animales hubieron terminado de cenar y se acurrucaron el uno encima del otro, Annie creía que tal vez necesitaría pasar un poco más de tiempo con la cabeza metida en el congelador.

—Annie.—La voz de Mac sonó ronca cuando habló.

Se había acercado de nuevo a ella, y Annie deseó que la tocara.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó ella, desesperada por controlar la situación, por controlarse a sí misma.

Notaba que empezaba a colarse otra vez por Mac, y la última vez había tardado mucho en recuperarse. ¿De verdad quería hacer eso otra vez?

Mac deslizó la mano hasta su nuca, con dedos fuertes y firmes. Annie quiso pedirle que apretara más, que esta vez se aferrara a ella.

—Déjame compensarte —susurró él.

Annie deseaba hacerlo. Deseaba que se lo compensara. Todos esos años de dolor, todos esos años echándolo de menos. Deseaba que se lo compensara.

—¿Qué es lo que debo hacer, Annie? ¿Tengo que arrodillarme ante ti?

Annie no podía hablar, se le había quedado la voz en una garganta tensa de emoción, de deseo y de miedo.

—Si eso es lo que tengo que hacer —agregó él, arrodillándose frente a ella.

A Annie le dio un vuelco el corazón. Agachó la cabeza y lo vio mirándola. Era todo lo que había deseado durante diez años. Que Mac le rogara perdón, que Mac la deseara. En sus fantasías, se debatía entre rechazarlo y que él se dedicara a darle placer hasta que lo perdonase. Dependía de su estado de ánimo, ¿y cuál era su estado de ánimo en aquellos momentos?

¿Debería marcharse como había hecho él? ¿Tendría el valor de rechazarlo?

Durante muchos años, había creído que se había enamorado de Mac y que él se había enamorado de ella, pero por entonces era una joven tonta e ingenua, y al final no había sido más que sexo.

Sin embargo, ahora era adulta. Sabía que el sexo con Mac no tenía por qué ser nada más que eso. No significaría amor, pero no hacía falta. Quizá por fin lograra obtener lo que deseaba de él.

Lo miró a los ojos, enredó los dedos en su cabello y disfrutó del gemido gutural que escapó de sus labios. Le tiró del pelo con suavidad.

—¿Y cómo piensas compensármelo exactamente? —preguntó.

Mac esbozó una sonrisa maliciosa, elevó las manos hasta sus caderas y le clavó los dedos en la piel.

—Había pensado en empezar lamiéndote hasta hacerte gritar.

Capítulo 25

Antes

Annie estaba en su cama, cariñosa, tierna y desnuda. Confiaba en él, emitía aquellos suaves gemidos susurrados.

Estaba allí y él no podía creérselo.

Estaba allí y él no quería dejarla marchar.

Mac estaba encima de ella, rodeándola, mirándola desde arriba con gesto de ternura y preocupación, el entrecejo ligeramente arrugado. Así que lo besó y le dijo que todo iba bien.

Le gustaba aquello.

«No pares».

«No pares».

Era perfecto.

Murmuró las palabras contra su piel, su hombro, su pecho, sus labios. Se lo dijo hasta que él la creyó.

No fue igual que la primera vez de Mac. Aquella vez le había parecido una tontería; esta vez, en cambio, no. Esta vez fue como si Annie le hubiera desgarrado y sostuviera su corazón en las manos. Y él estaba más que dispuesto a entregárselo.

Ella le rodeó la cintura con las piernas, mirándolo con sus grandes ojos azules. Mac no deseaba hacerle daño. Jamás.

—¿Estás segura? —volvió a preguntarle.

—Sí —susurró ella—. Sí, no pares.

Lo murmuraba una y otra vez. «No pares» y «Sí, así» y «Me gusta». Y él lo hizo. La penetró con toda la delicadeza que pudo,

conteniéndose, despacio, aunque creía estar a punto de morir del esfuerzo.

La oyó ahogar un grito y se detuvo en seco, pero entonces le sonrió y tiró de él para besarse otra vez, y contra sus labios susurró que todo iba bien.

No le había hecho daño. No se lo haría.

Jamás.

Mac susurraba su nombre contra su pelo, contra su cuello, moviendo el cuerpo al mismo ritmo que ella. Annie se aferró a él, le encantaba sentirlo, firme, caliente y fuerte encima de ella. Dentro de ella.

Sabía que jamás se arrepentiría de aquel momento. Era demasiado perfecto.

Mac era demasiado perfecto.

No quería dejarlo marchar.

Capítulo 26

Ahora

Mac se hallaba en el suelo delante de ella, a la espera. A la espera de ver si Annie lo rechazaba, lo apartaba de sí como había hecho siempre desde que él regresara. Sabía que una pequeña parte de ella deseaba hacerlo. Sabía que Annie quería venganza, pero llevaba años castigándolo y él estaba dispuesto a arrepentirse de sus pecados.

Las baldosas de porcelana que había escogido para su nueva y elegante cocina se le estaban clavando en las rodillas y Annie seguía con los dedos enredados en su pelo, tirando lo justo para provocarle pinchazos. Él aguardó, sin apenas respirar, a que lo rechazara.

—De acuerdo —le dijo ella, y su voz fue un susurro aterciopelado que le aceleró el corazón y le puso el pene duro.

—¿De acuerdo? ¿Vas a dejar que te lo coma? —le preguntó, porque necesitaba confirmación antes de hacer una locura y que ella terminase echándolo.

Annie le tapó la boca con la mano.

—¡No lo digas en voz alta! —Ahogó un grito y Mac se rio, sin apenas creerse lo que estaba oyendo.

—¿Puedo hacerlo, pero no puedo hablar de ello?

—Sí, exacto. No hace falta que hablemos de ello. —Ella le sostuvo la mirada. No quería hablar de nada. Nunca quería.

Mac lo aceptaría. No sabía si aquello era una segunda oportunidad o la última vez o una disculpa, pero lo deseaba fuera lo que fuera. Deseaba vivir aquel momento con Annie.

Sin arrepentimientos esta vez. No iba a marcharse a ninguna parte y, si Annie aún lo deseaba después de aquello, estaría preparado.

Le apoyó la frente contra el hueso de la cadera y aspiró su aroma. El suave gemido que dejó escapar ella cuando la rodeó con las manos y la agarró del culo le hizo alegrarse de estar ya arrodillado. Aquel sonido había habitado sus sueños desde hacía más de una década.

—Este culo sigue siendo perfecto —le dijo con la voz rasgada y grave.

—Mac. —La de ella fue casi un lamento. Ya habían empezado a temblarle las piernas y él ni siquiera le había desabrochado aún los pantalones.

Mac se rio y alzó la cabeza para mirarla.

—Hazlo ya —le ordenó ella, y fue muy distinto de la última vez, cuando se había mostrado tierna y nerviosa. Esa otra vez en la que lo había besado y había confiado en él.

Sin embargo, esto se le antojaba más sincero. Esta vez no habría besos. Ya no confiaba en él. Aún no se había ganado ese derecho. Aquel encuentro era solo para exorcizar sus demonios. Le desabrochó el botón de los vaqueros y le bajó la cremallera, alentado por la respiración entrecortada de ella y la presión de sus dedos clavados en su cuero cabelludo. Le bajó los pantalones por las caderas y gimió al ver sus diminutas bragas de encaje. De un azul pálido que no dejaba nada a la imaginación, consistían en un mero hilo de satén sobre sus caderas que se juntaba en un pequeño triángulo de encaje ubicado en la parte de atrás, apretado entre las deliciosas curvas de las nalgas.

—Si hubieras llevado puestas estas bragas la primera vez, no habría podido llegar más allá de bajarte los pantalones.

—Si vamos a estar comparándolo con la última vez… —Annie dejó la frase inconclusa cuando Mac empezó a besar y mordisquearle la carne de los muslos.

—No vamos a compararlo —le dijo—. No hace falta. Pero deberías saber que aquella primera vez eras perfecta y ahora, no sé cómo, eres aún mejor.

Otro grito ahogado cuando lamió el hilo de satén que rodeaba su cadera. Entonces dejó de importarle cómo hubiera sido entonces, porque lo importante era que ahora estaba allí con ella.

Annie terminó de quitarse los vaqueros. Mac la ayudó a sacárselos por los pies y los lanzó a un lado antes de retomar su tarea. No sabía si ahora él era un hombre mejor, pero sí sabía que ahora aquello se le daba mejor que a los diecinueve años. Y, si de aquella noche no salía nada más, sin duda se aseguraría de saldar las cuentas.

—Espera, cielo —le dijo, mirándola una vez más antes de retirarle aquellas absurdas bragas—. Joder, Annie, eres preciosa.

Annie le tiró con más fuerza del pelo, dejando escapar leves gemidos. Sabía que estaba torturándola, pero no era su intención. Solo se arrepentía de dos cosas en la vida: de haber abandonado a esa mujer del modo en que lo hizo y de no haber hecho esto la primera vez. Quería saborear el momento, ahora que por fin le había concedido una segunda oportunidad.

Le clavó los dedos en el muslo y se pasó una de sus piernas por encima del hombro para abrirla bien.

—Mac —gimió Annie, y fue un sonido de tal agravio que no pudo contener la sonrisa cuando por fin hundió la boca entre sus pliegues.

Con un solo movimiento de lengua, Annie ahogó un grito y Mac gimió. Otro y a Annie le temblaron las piernas y él creyó estar a punto de morir en el suelo de su cocina, con la cabeza entre sus muslos.

Pero aquel no era momento para morir. Mac era un hombre con algo que demostrar.

A lo largo de la última década, Annie había pensado mucho en Mac, demasiado, de hecho; había imaginado escenas muy similares a aquella más veces de las que se atrevería a admitir jamás. El hecho de que Mac fuese el protagonista frecuente de algunas de sus fantasías favoritas no era algo que hubiese dicho nunca en voz alta. Sin embargo, aquello, aquel momento, superaba con creces cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

En algún momento, había terminado con la espalda contra la pared, la pierna aún colgando por encima del hombro de Mac y la cara de él enterrada entre sus muslos. Lamía, succionaba y gemía

como si estuviese poseído. Desde fuera de su cuerpo, Annie se paró a pensar que quizá le doliesen las rodillas a causa de las baldosas del suelo, y que quizá le doliese también el cuero cabelludo porque ella estaba usando su pelo a modo de riendas para moverle la cabeza como a ella le gustaba. Aunque a Mac no parecía importarle.

La única palabra que podía describir lo que estaba haciendo era «venerar».

Además, no había faltado a la verdad. Aquello se le daba muy bien. Se creía sin lugar a dudas que no dejara a las mujeres insatisfechas. Annie sintió una fugaz punzada de celos al pensar en las demás mujeres con quienes hubiera puesto en práctica aquel talento, pero, sobre todo, agradecía que lo hubiera hecho.

—Mac. —Ahogó un grito al notar el incremento del placer.

Él la miró con los ojos oscurecidos y el pelo revuelto bajo sus dedos. Parecía tan extasiado como se sentía ella. Desatado. Fuera de control. ¿Habría sido quizá un error? ¿Cómo se recuperarían de aquello?

—Tómalo —le dijo él—. Toma todo lo que quieras, Annie.

El ruego desesperado de Mac la devolvió al presente.

«Toma todo lo que quieras». Quería que aquello sucediera, ¿verdad? Tener a Mac arrodillado frente a ella. Giró las caderas y empleó la lengua de Mac para obtener la presión justa que necesitaba. Él gimió, y la vibración de aquel sonido se sumó a las sensaciones que la embargaban.

—Vuelve a hacerlo —le ordenó, incapaz de detenerse.

No podía. Ya no.

Mac hizo lo que le pedía, provocándole un intenso placer por todo el cuerpo. Su voz le recorrió la piel como un trueno. Annie le clavó el talón en la espalda. Encogió los dedos del pie. Iba a correrse si seguía así, con la boca de Mac en el clítoris, las manos en sus caderas y la espalda contra la pared de su cocina. Iba a correrse con el corazón confundido y con Mac mirándola como si deseara más. Como si estuviera allí y lo deseara todo.

—Otra vez. —Annie se restregó contra él.

La presión, la tensión y el calor crecieron dentro de ella. Otro gemido, otro giro de caderas contra la lengua perfecta de Mac y

Annie se dejó llevar, el orgasmo la invadió con unas oleadas de placer tan intenso que se sintió incapaz de tenerse en pie. Era incapaz de ver, de pensar. Mac la mantuvo sujeta, clavada a la pared mientras succionaba hasta la última gota de placer de su cuerpo.

Se quedó laxa, se deslizó por la pared hacia el suelo al tiempo que Mac se incorporaba y la sostenía entre sus brazos.

—Joder, Annie —le estaba diciendo, con la voz pegada a su oreja, pero ella era apenas capaz de escucharlo—. Ha sido increíble… Una puta maravilla —murmuró él contra su piel mientras la levantaba en brazos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella; acomodaba la cara contra su cuello y se dejaba abrazar—. No pienso quedarme aquí a pasar la noche —le dijo mientras la sacaba en brazos de la cocina.

—Vale, cariño —respondió Mac.

—Lo digo en serio. No voy a quedarme. —La voz de Annie empezaba a apagarse, se convertía en un susurro a medida que la invadía el cansancio.

Había invertido toda su energía en aquella boda, en su negocio y en resistirse a Mac. No creía que pudiera seguir haciéndolo. Además, estaba muy a gusto en sus brazos. Quizá pudiera ceder solo por esa noche.

Aunque aseguraba que no pensaba quedarse, Mac la llevaba escaleras arriba. Ella nunca había estado en la planta de arriba y su curiosidad la despertó un poco. La metió en la primera habitación situada a la derecha.

—¿Este es el antiguo dormitorio de tus padres? —preguntó mientras él la dejaba sobre la cama.

—No. Convertí dos de los dormitorios más pequeños en uno más grande para mí. Me parecía demasiado raro quedarme con la habitación de mis padres.

Annie asintió con la cabeza. Sí que habría sido raro. La habitación tenía un tamaño considerable, pero la enorme cama de Mac ocupaba casi todo el espacio.

—La cama es gigante —comentó, y deslizó la mano por encima de la colcha de cuadros.

—Me gusta estirarme. —Mac se encogió de hombros, se dio la vuelta y empezó a rebuscar en el vestidor.

El resto de la habitación estaba ordenado, pero se notaba que era un lugar habitado, con un sillón de cuero en el rincón parcialmente cubierto por un montoncito de camisas y una taza del café de esa mañana aún sobre la cómoda. Pequeños detalles de la vida de Mac que Annie nunca creyó que vería. Las paredes eran de un intenso azul marino, pero una de ellas estaba cubierta con coloridas postales enmarcadas y carteles de viajes, recordatorios de todos los años que había estado ausente. Annie se negaba a pensar en el paquete de postales que seguía teniendo debajo de su cama, esas de las que debería haberse deshecho hacía mucho tiempo.

Mac salió del vestidor y le lanzó unos pantalones de chándal y una vieja camiseta de *lacrosse.*

—Puedes ponerte esto.

—No voy a quedarme —repitió Annie mientras se ponía los pantalones. A esas horas, no podía volver a embutirse en los vaqueros.

—Vale —respondió Mac, mirándola todavía como si deseara quedársela. Era inquietante.

—Me alegra que por fin salieras del sótano.

—¿De verdad? —preguntó él.

—Sí. Es decir, estaba bien cuando éramos adolescentes, pero un hombre adulto que vive en el sótano daría un poco de grima. No sería un buen lugar para llevarte mujeres.

—Me alegra que te preocupe adónde me llevo mujeres —dijo Mac con una sonrisa arrogante, apoyado contra la jamba de la puerta del vestidor.

—Date la vuelta —le pidió Annie levantando la camiseta. Resistió la tentación de hundir la cara en ella e inhalar.

—¿Por qué?

—Para que pueda cambiarme.

Mac se quedó mirándola.

—Annie, acabo de estar cara a cara con tu…

—No termines esa frase.

Mac dejó escapar una carcajada de incredulidad.

—Date la vuelta —insistió Annie.

Él meneó la cabeza, pero obedeció y se volvió hacia la pared.

—Que hayamos hecho… eso —dijo ella— no significa que vaya a cambiar nada entre nosotros.

—¿De verdad? —preguntó Mac, de cara a la pared.

—Sí, de verdad. Solo ha sido un desahogo, una forma de liberar tensiones. Como hacer yoga o salir a correr.

—Guau, Annabelle —le dijo él con un resoplido—, tú sí que sabes cómo hacer sentir bien a un tío.

Annie se metió la camiseta por la cabeza, aliviada de poder quitarse el jersey y el sujetador. Había sido un día muy largo y la camiseta de Mac era suave y olía a él.

—No he venido aquí a hacerte sentir bien —respondió, para recordárselo a sí misma además de a él.

Mac resopló y dijo:

—Pues te ha salido el tiro por la culata, porque eso me ha hecho sentir muy bien.

Annie sintió el calor en las mejillas y se alegró de que Mac siguiera de cara a la pared. Estaba segura de que su rostro revelaría lo que sentía. Y lo que sentía era de lo más inapropiado.

—Y me ha dado la impresión de que a ti también te ha hecho sentir bien —agregó Mac, pasándose una mano por el pelo.

Annie aprovechó la oportunidad para mirarlo de verdad. Pasaba mucho tiempo evitando mirar directamente a Mac. Resultaba siempre demasiado peligroso.

Sin embargo, allí se encontraba ahora, en su cama, con su ropa puesta, y mirarlo le parecía la menor de sus preocupaciones. Se fijó en la amplitud de sus hombros y en la flexión de sus antebrazos allí plantado. Esperándola. Se sintió satisfecha al ver que tenía el pelo revuelto debido a sus dedos, y se preguntó si seguiría tan empalmado como lo estaba mientras le hacía sexo oral.

Dios, ¿qué estaba haciendo allí?

—Debería irme —anunció, saliendo de su ensoñación.

—¿Estás segura? —le preguntó él, que se daba la vuelta—. Puedes quedarte a pasar la noche. Dormiré en el cuarto de invitados.

A veces, Annie pensaba en aquel día en el mercadillo navideño, cuando Mac le propuso que quedaran, y se preguntaba qué habría sucedido si le hubiera dicho que no. Tal vez hubiera podido mantener una relación sana y duradera en los once años transcurridos desde entonces. Tal vez no seguiría atrapada en una estúpida fantasía adolescente. Aquel momento le parecía muy similar a ese otro, como si el camino se bifurcara y su vida fuese a cambiar por completo en función de la dirección que escogiera.

Debía irse a casa. Ya había conseguido lo que había ido a buscar. Ya tenía su orgasmo. Mac la deseaba. Si se marchaba ahora, quizá pudieran seguir siendo amigos. O algo parecido. Al menos, personas que se llevaban bien.

Mac la observaba desde su sitio, apoyado en la pared. También él parecía cansado, y quizá Annie se hubiera cansado ya de castigarlo.

—Seguramente haga mucho frío fuera —susurró.

—Desde luego que sí —confirmó él con una sonrisa cómplice—. Además, sigue nevando.

—Y es tarde —murmuró Annie.

—Muy tarde.

—Así que podría dormir un poco —sugirió ella.

Mac amplió la sonrisa, pero no dijo nada. Asintió y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A la habitación de invitados.

—No —respondió ella; estaba tomando sin duda el camino equivocado.

Mac se quedó petrificado.

—¿No?

—No. —Annie le sostuvo la mirada y habló nuevamente con franqueza, igual que la última vez. Igual que la última vez que Mac tuvo su corazón en las manos y lo despreció—. Duerme aquí conmigo. Por favor.

—Annie, creo que…

—Solo por esta noche, Mac, por favor —insistió, y vio que él vacilaba. Se lo notó en la cara. La indecisión, las preguntas acerca

de lo que significaba eso. Pero Annie no quería pensar en lo que significaba. Solo quería tener a Mac a su lado.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí —confirmó—. Solo quiero tomarme un descanso. Contigo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Annie —le dijo él con gesto afirmativo.

Él no le pidió que se diera la vuelta mientras se quitaba la camiseta por encima de la cabeza, y sonrió al pillarla mirándolo.

—No te preocupes —le dijo—, esta noche dormiré con la ropa puesta. No quiero despertarme y descubrirte mirándome con deseo.

Annie puso los ojos en blanco, pero no pudo contener la risa, aliviada por dejar a un lado la tensión por un momento.

—Haré lo posible por no pasarme la noche entera mirándote.

—Me alegro —respondió él, quitándose los vaqueros con la misma falta de pudor con que se había quitado la camiseta—. No quiero que cambie nada entre nosotros. Ya sabes, solo por esto… —Se señaló el cuerpo.

Annie contuvo una sonrisa. Estaba muy bueno allí de pie, solo con la ropa interior, pero ese no era el motivo por el que todo su mundo estaba tambaleándose.

Aquel día había bajado la guardia. Había permitido a Mac ser amable con ella. O quizá por fin se hubiera dado cuenta de que Mac era amable con ella, de que cuidaba de ella, de que la conocía incluso después de todo ese tiempo.

Pero su aspecto en ropa interior ayudaba, desde luego.

—Métete en la cama —le dijo—. Estoy cansada.

Annie se recostó sobre las almohadas y tiró de las mantas para poder meterse debajo. Mac se acercó a su lado de la cama, levantó la manta y la arropó con ella. Se inclinó, colocando una mano a cada lado de su cabeza, y el colchón se hundió bajo su peso. Annie contuvo la respiración. Se vio envuelta por él, por su calor, por su aroma, por sus estúpidos brazos musculosos, por aquella forma de mirarla. Y sintió que era demasiado. Si la besaba en aquel momento, sabía que estaría perdida. Volvería a entregárselo todo, después tendría que recoger los pedazos cuando la cosa saliera mal.

En cambio, no la besó, se limitó a sonreír y le metió el pelo detrás de la oreja, rozándole la mejilla con los dedos.

Annie dejó que se le cerraran los ojos y contuvo un lamento en señal de protesta cuando Mac se levantó. Lo oyó preparándose para meterse en la cama y trató de no pensar en las consecuencias de lo que había hecho. De lo que seguía haciendo todavía.

Lo último que recordaría antes de quedarse dormida sería a Mac metiéndose en la cama junto a ella. La estrechó entre sus brazos y Annie se acurrucó contra su cuerpo.

—Esta vez, yo seré la cuchara grande —susurró él, y Annie se quedó dormida con una sonrisa.

Capítulo 27

Antes

—¿Ha estado bien? —le preguntó él—. Quiero decir, ¿te has…? O sea, ¿ha sido…?

Annie le sonrió, tumbada junto a él, recostada sobre la almohada.

—Ha sido perfecto —respondió.

Mac le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Entonces, ¿no te arrepientes?

—No. No me arrepiento. ¿Y tú? No te has fijado mucho en mis pies. A lo mejor los tengo deformes.

Mac se rio y se sintió bien. Le invadió un tipo de placer muy distinto al estar con Annie en la cama, desnudo y riéndose. Creyó que tal vez fuera el mejor momento de toda su vida. Tenía las piernas entrelazadas con las de ella debajo de la manta y Annie jugueteaba con la cadena que llevaba colgada del cuello.

—Annie, podrías tener los pies más deformes del mundo y me daría igual.

Ella deslizó un dedo del pie por la parte trasera de su pantorrilla.

—¿Seguro que no quieres comprobarlo? —le preguntó con una sonrisa pícara.

—Ya te lo he dicho; contigo, no tengo motivos de ruptura. Podrías tener seis dedos con garras en cada pie y me parecería bien.

Annie soltó una risita y aquel sonido le llenó por completo. La única iluminación presente en la estancia procedía de las luces de Navidad que le había permitido colgar sobre su cama. Bañaban su cabello en tonos rojizos, verdes y dorados.

—Puede que no me vaya —le soltó, aterrorizado de pronto ante la idea de marcharse. De abandonarla, de abandonar a su familia, de abandonar su hogar. Quizá estuviera equivocado.

Pero Annie meneó la cabeza y clavó en sus ojos su mirada azul. Soltó la cadena y la dejó caer de nuevo sobre su pecho. Le posó la mano en la mejilla.

—Tienes que irte.

—Puede que no. Mi madre está muy disgustada al respecto, y no quiero hacerle daño. No quiero hacerte daño a ti.

—Tienes que irte, Mac. No puedes quedarte aquí por nosotras. Tu madre estará bien. Yo estaré bien. Tienes que hacer esto por ti.

Mac empezó a negar con la cabeza, queriendo rebatir, pero Annie siguió hablando.

—¿Qué pasa si no te vas? —le preguntó.

Él abrió la boca para responder, pero a continuación la cerró y cambió de opinión. Quería decir que estaría a gusto si se quedaba. Quería decir que Annie y él podrían estar juntos y ver adónde los llevaba aquello. ¿Acaso no podía descubrir quién era si se quedaba en el pueblo?

Sin embargo, al pararse a pensarlo bien, tuvo la misma sensación asfixiante que tenía cada vez que pensaba en pasar el resto de su vida en el mismo lugar donde había empezado. Le provocaba inquietud. Pensó en que todo el mundo allí lo conocía desde que era un bebé. Pensaban que lo sabían todo sobre él, pero él creía que no se conocía a sí mismo. Si se quedaba, sería demasiado fácil hacer lo que los demás querían que hiciera.

Annie tenía razón. No podía quedarse. Se arrepentiría si al menos no lo intentaba. Si al menos no se atrevía a dar un paso más allá de la calle principal de Dream Harbor. Si al menos no experimentaba la vida lejos de aquel pueblecito.

—Prueba durante un año —sugirió ella como si le hubiera leído el pensamiento, como si percibiera su indecisión, atrapado entre el miedo a quedarse y el miedo a marcharse.

—¿Un año?

—Sí. Concédete un año de prueba. Un año para viajar, un año para encontrarte, para decidir qué clase de Mac quieres ser.

—Y luego ¿qué? —le preguntó, pues deseaba escuchar en qué consistía el plan que Annie había trazado para él, ya se sentía mejor

solo con que ella empezara a delimitar el alcance de aquella idea suya tan descabellada.

—Y luego —susurró ella, acercándose más para pasarle los dedos por el pelo—, vuelves conmigo.

Mac suspiró, aliviado y feliz de saber que deseaba que regresara, que lo deseaba a su lado.

—¿Y dónde nos deja eso a nosotros mientras tanto? —le preguntó.

Sin duda ahora se habían convertido en un «nosotros». No podía seguir fingiendo lo contrario. Annie y él eran algo. Quería que fueran algo, y no podía marcharse sin saber en qué consistía ese algo.

Annie estaba apretada contra él, sus bocas casi tocándose. Mac estaba dispuesto a volver a hacer lo que acababan de hacer, y la idea de no tenerlo, de no tenerla durante un año entero, le daba ganas de llorar.

—Podrías enviarme postales —sugirió ella.

—¿Postales? ¿Eso quieres que seamos? ¿Amigos por correspondencia? —preguntó él, y notó que sus labios esbozaban una sonrisa contra los suyos.

—Amigos por correspondencia. Será romántico —aseguró.

—¿Y puedo enviarte mensajes al móvil?

—Es posible.

—¿Y llamarte?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que no sabes, Annie? No puedo pasarme un año entero sin hablar contigo. No puedo pasar trescientos sesenta y cinco días sin escuchar tu voz.

Annie lo besó y le mordisqueó el labio inferior.

—Hasta hace un mes, habías pasado toda tu vida sin que te preocupara si escuchabas mi voz o no.

—Pero porque hasta entonces era un idiota —le dijo, y la carcajada de ella le acarició la cara.

—No quiero echar a perder tu gran año de aventuras convirtiéndome en aquello que te retiene. Si el objetivo es alejarte de Dream Harbor, no puedo obligarte a llamar aquí a todas horas.

Tenía razón. Mac lo sabía. Sabía que, si intentaban mantener la relación mientras estuviera fuera, siempre andaría mirando atrás.

Tenía los brazos alrededor de su cintura, y la estrechó contra él para sentir la plena extensión de su cuerpo pegado al suyo.

—Vale, pues postales —convino, y empezó a besarla con pasión hasta que ella volvió a gemir y se aferró a sus hombros—. ¿Y qué pasa con los otros chicos? —le preguntó cuando se apartó para coger aire.

—Puedes salir con todos los chicos que quieras —respondió ella con una sonrisa.

—Tomo nota —le dijo con ironía, y Annie se rio—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Saldrás con otros chicos mientras yo no esté?

No debería habérselo preguntado, pero no pudo evitarlo. En aquel momento, con Annie entre sus brazos, no soportaba imaginársela con otros chicos, aunque sabía que era absurdo esperar que no saliera con nadie.

—Te propongo una cosa —le dijo Annie—. Si alguno de los dos tiene algo serio con alguien mientras no estás, seremos sinceros. Las cosas que no sean serias no hace falta contarlas.

—¿Besarse con alguien es algo serio? —le preguntó él, deslizando la boca por su cuello.

—Probablemente no…

—¿Y los besos por aquí? —preguntó; exploraba lugares que la primera vez no había tenido oportunidad de descubrir.

Annie ahogó un grito. Otro sonido que recordaría durante todo el año.

—Eso ya es un poco más serio.

—Está bien saberlo —respondió Mac con una sonrisa.

Annie le tiró del pelo para poder mirarlo cara a cara.

—Quiero que hagas lo que tengas que hacer, ¿de acuerdo? No pierdas tu tiempo pensando en mí.

—No puedo prometerte eso. Es imposible que deje de pensar en ti, Annabelle —le dijo, dándole un beso casto en la punta de la nariz.

—Bueno, vale —convino ella, como si de verdad estuviera ofendiéndola. Sin embargo, la enorme sonrisa que se dibujó en su

cara le indicaba lo contrario—. Puedes pensar en mí todo el tiempo que estés fuera.

—Trato hecho —le dijo.

—Te echaré de menos cuando te vayas —confesó ella—, pero me alegro mucho por ti.

—Gracias —respondió Mac, besándola de nuevo.

Quería decirle más cosas. Quería decirle que estaba enamorándose de ella, pero le parecía injusto decir eso en aquel momento. Lo reservaría para su regreso.

Capítulo 28

Ahora

—Veo que es imposible ser la cuchara grande —dijo Mac, que tiraba del brazo de Annie para ceñírselo a la cintura.

Ella flexionó los dedos y se los clavó en la piel. La notó quejarse contra su espalda y se rio.

—Maldita sea —dijo ella apartándose.

—¿Adónde vas? —Mac se giró para mirarla—. Estaba muy a gusto.

Annie puso los ojos en blanco, aunque sonreía, y Mac pensó que aquella era su mañana favorita desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

Mac consultó el despertador.

—Poco más de las seis —respondió.

Gracias a la inclinación de la Tierra, que hacía que diciembre fuese tan sombrío en el hemisferio norte, su dormitorio aún estaba a oscuras, aunque las farolas que iluminaban la nieve de fuera conferían a la estancia un brillo inquietante. Distinguió la sonrisa amable de Annie y sus ojos somnolientos, su mirada relajada. Por ahora, no lo miraba con el ceño fruncido.

Eso le gustaba mucho.

—Deberíamos ir a ver cómo están los gatitos —sugirió ella al tiempo que se subía las mantas hasta los hombros, sin ninguna intención aparente de levantarse de la cama en un futuro inmediato.

—Ya lo he hecho. —Mac señaló al lado de la cama donde había llevado la caja en mitad de la noche—. Me preocupaba que estuvieran solos ahí abajo —explicó.

Annie contuvo otra sonrisa.

—Tienes que dejar de hacer eso —le pidió.

—Hacer ¿qué?

—Ser tan tierno.

—Es que soy tierno.

Eso hizo que Annie frunciera un poco el ceño. Seguía sin creerlo. Seguía queriendo aferrarse a la imagen de villano que tenía de él.

—¿Qué opinas de mí ahora? —Mac repetía la pregunta que se habían hecho el uno al otro tantos años atrás.

—Ya no estoy segura —admitió Annie con un suspiro.

Con eso se conformaba. Cualquier cosa con tal de que no lo viera como el gilipollas que le rompió el corazón.

—Vale, ¿tu mayor miedo? —le preguntó en cambio.

—Que esto me guste demasiado —se sinceró ella, y Mac notó la esperanza florecer en su pecho—. ¿Y el tuyo? ¿Cuál es tu mayor miedo?

—Que nunca me perdones.

La arruga del entrecejo de ella se volvió más pronunciada.

—¿Y qué opinas tú de mí ahora? —le preguntó Annie.

Mac hizo una pausa y se fijó en ella, en su cabello despeinado de recién despierta, en su rostro somnoliento, que asomaba por encima de las mantas. Tenía que acertar con la respuesta.

—Opino que sigues siendo tan brillante como cuando me marché. Opino que eres el pegamento que mantiene unido este pueblo, a tus amigos y a tu familia. Opino que sigues queriendo destacar en todo, pero también que eso te ha permitido cumplir tus sueños, y opino que eres aún más guapa que la última vez que hicimos esto.

Annie le sostuvo la mirada sin hablar, y él sintió que el mundo se detenía mientras esperaba. Esperaría a Annie por siempre.

—Ha estado muy bien —respondió, transcurrido tanto tiempo que Mac pensó que quizá no fuese a hacerlo.

No pudo evitar reírse. Annie jamás se lo pondría fácil, aunque tampoco es que él se lo mereciese, así que le parecía bien.

—¿Tu película favorita? —preguntó ella.

—*Los Teleñecos en Cuento de Navidad* —respondió Mac sin dudar.

La risa de Annie inundó la tranquila habitación.

—No puede seguir siendo tu película favorita —le dijo.

—¡Claro que sí! —se defendió él.

—Eres ridículo —se burló Annie, arrugando la nariz en señal de incredulidad.

—¿Y cuál es la tuya? ¿Ha cambiado en los últimos once años?

—Hace mucho que no tengo tiempo de ver una película —explicó ella—. Lo único para lo que me queda energía al final de la jornada son los *realities.*

—¡¿En serio?! ¿Y te burlas de mí porque me gustan los Teleñecos?

—¡Ver a otras personas arruinando sus vidas tiene algo de relajante!

En algún momento, había metido una mano por debajo de las mantas y había empezado a juguetear con la cadena de oro que él seguía llevando colgada del cuello.

—¿Cuál fue el sitio donde más te gustó vivir? —le preguntó, con el dedo aún enroscado en su cadena, y él quiso que tirase para acercarlo más.

—Me gustaba vivir en la costa. Santa Bárbara estuvo bien. Y también me gustó mucho Chicago.

Se notaba que quería preguntarle más cosas, pero vaciló. El único sonido en el dormitorio era su suave respiración y el lento deslizar de su cruz a lo largo de la cadenita.

—Adelante —le dijo él—. Sé que quieres preguntármelo. —Llevaba años esperando a que se lo preguntara. Años esperando a poder explicarse.

Annie frunció los labios y él tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse hacia delante y besarlos.

—Vale, está bien —respondió ella como si hubiera tomado una decisión, como si estuviera preparada para afrontar el desafío que acababa de plantearle—. ¿Por qué no regresaste? ¿Por qué me dejaste plantada en la cafetería esperándote como una idiota?

Mac sabía que la pregunta se avecinaba; aun así, por algún motivo, no estaba preparado para lo mucho que le dolió oírla formulada en voz alta. No estaba preparado para el dolor que transmitían sus palabras.

—Sí que regresé —le dijo.

Annie resopló.

—Pues debiste de hacerte invisible aquel día. —Le soltó la cadena.

Mac suspiró antes de decir:

—Regresé y te vi sentada a esa mesa y no pude hacerlo.

Annie se giró para apartarse de él, pero Mac alcanzó a ver las lágrimas en sus ojos antes de que se diera la vuelta. Maldita sea. La estaba fastidiando. Tenía que hacerle entender.

—Te vi allí sentada y yo llevaba fuera un año entero, Annie, y seguía sin saber nada. No sabía quién era ni qué quería hacer. Tenía veinte años y seguía perdido, y te vi allí sentada y ¿qué podría haberte ofrecido?

Lo recordaba como si hubiera sucedido el día anterior. Mirar a través de la cristalera de la cafetería y ver a Annie allí sentada, tan serena y perfecta. Había pensado en ella todo el tiempo que había estado fuera; sin embargo, al volver a verla en la vida real empezó a dudar de todo. Dudó de sus recuerdos. Dudó de sí mismo.

Lo había pasado mal aquel primer año que estuvo fuera, pero lo hizo para demostrarse algo a sí mismo, a su familia. Que podía estar solo, que podía tomar las riendas de su propia vida, aunque no había conseguido absolutamente nada. Regresó a casa sintiéndose un fracasado. ¿Cómo iba a reencontrarse con Annie sintiéndose así? ¿Qué iba a decirle? ¿«He vuelto, pero sigo siendo el mismo perdedor que se marchó de aquí hace un año»?

No podía hacerlo.

Annie se incorporó de golpe, llevándose consigo la mitad de las mantas y dejándolo a él al descubierto.

—No tenías que ofrecerme nada. ¡Solo tenías que aparecer!

Mac se incorporó también para mirarla sobre la cama.

—Me daba miedo —le dijo, desesperado por que lo entendiera. Sabía que no tenía que ofrecerle a Annie nada concreto, pero al menos deseaba ofrecerle una versión de sí mismo de la que se sintiera orgulloso—. Me daba miedo no ser lo que recordabas o lo que querías que fuera.

Annie meneó la cabeza.

—Me quedé allí sentada todo el día, esperándote, sintiéndome una idiota, como una estúpida enamorada que se pasa un año entero esperando a un chico. Nunca quise ser esa mujer y no he vuelto a serlo desde entonces. —Se levantó, llevándose la manta, y buscó su

ropa con la mirada—. Por eso no puedo hacer esto contigo, Mac. No podemos volver a hacer esto. Me hiciste sentir así en una ocasión y no permitiré que vuelvas a hacerlo.

—¿Y qué pasa contigo? —le preguntó él; se levantó también para seguirla alrededor de la cama aun cuando la voz de su cabeza le gritaba que diera marcha atrás.

No era así como debían salir las cosas. Estaba desaprovechando su oportunidad de arreglar la situación con Annie, estaba echándolo todo a perder. Pero no podía parar. Si querían intentar hacer borrón y cuenta nueva, tenían que airear todos los trapos sucios.

—No soy yo el único responsable de todo esto.

—¿Perdona? —le dijo Annie con los ojos como platos—. ¿De qué estás hablando?

Mac no había querido sacar nunca aquel tema; sin embargo, ahora el dolor acumulado con los años emergía a la superficie.

—Me acobardé el día en que debíamos reencontrarnos, pero acudí a la fiesta de Nochevieja de Brandon White.

Annie se quedó de piedra, con la manta envuelta alrededor de los hombros.

—¿De qué estás hablando? —susurró.

Mac se acercó, hasta que los dedos de sus pies se tocaron.

—Fui a esa fiesta de Nochevieja buscándote. Había pasado la semana tratando de entenderlo y me di cuenta de que no importaba lo que fuese a hacer con mi vida. Sabía que querrías verme de igual modo. Sabía que teníamos algo especial.

Al menos, aquello era lo que se había dicho a sí mismo. Que podía confiar en que Annie lo querría, aunque siguiera incompleto. Había ido a esa fiesta dispuesto a disculparse por darle plantón, también con la esperanza de que ella lo perdonara. De que por fin pudieran retomarlo donde lo habían dejado.

Annie tragó saliva y dijo:

—No te vi en esa fiesta.

—No me viste porque estabas demasiado ocupada. —Se acercó más, hasta que Annie tuvo que levantar la cara para mirarlo—. ¿Recuerdas lo que estuviste haciendo esa noche que te mantuvo tan ocupada, Annabelle? —le preguntó con voz grave y profunda, y se

sintió de nuevo arrollado por todas las emociones que le habían invadido al verla aquella noche.

Annie lo encaró de frente, como siempre había hecho, y respondió:

—Sí, lo recuerdo. Pasé aquella noche olvidándome de ti.

Capítulo 29

Antes

El segundo plato de tortitas de Annie ya se le había quedado frío. Hacía más o menos una hora, había renunciado a aparentar estar ocupada y, desde entonces, se limitaba a mirar al vacío con gesto triste.

Estaban a 23 de diciembre, el día en que Mac y ella habían acordado reencontrarse en la cafetería, casi un año después de que Mac se embarcara en su aventura de recorrer el país. Annie había esperado que llegase aquel día con una emoción desmesurada. En una lata que llevaba en el bolso, había dos docenas de galletas de jengibre que estaba deseando regalarle. A lo largo de las últimas dos semanas, apenas había podido parar quieta.

Se había imaginado allí sentada con Mac tantas veces que le costaba creer que no hubiera sucedido aún. Se los imaginaba riendo y charlando. Deseaba que Mac le hablase de su viaje, de los lugares donde había estado y de lo que había visto, de las cosas que más le gustaron y de aquellas que detestó. Quería saber si se alegraba de haber regresado a casa y si iba a quedarse y si en su viaje había encontrado lo que buscaba. Le hacía mucha ilusión volver a ver su cara y confiaba en tener la oportunidad de volver a besarlo.

Se había pasado el mes de los nervios por la emoción. A lo largo del año, Mac le había enviado postales, tal como prometió, pero ella también había cumplido su parte del trato. No quería retenerlo. Solo se habían mandado algunos mensajes y habían hablado por teléfono en una única ocasión, cuando Mac la llamó para desearle feliz cumpleaños, pero ella quería que viviese su año de aventuras. No quería arruinárselo.

Aunque tal vez eso hubiera sido mala idea. Tal vez, en el transcurso del año, Mac se hubiera convertido en una fantasía. Tal vez ella hubiese exagerado las semanas que habían pasado juntos. Tal vez Mac fuese tan gilipollas como siempre había pensado. El hecho de que fuese simpático con ella durante unas pocas semanas el año anterior, y el hecho de que le hubiera enviado algunas postales, no significaba que hubiera algo serio entre ellos.

Estaba claro que no lo había, porque ni siquiera se había molestado en presentarse a su cita.

Consultó su teléfono una última vez. Tenía dos mensajes de Hazel proponiéndole quedar más tarde. Uno de su madre, recordándole que comprara ponche de huevo de camino a casa, y nada más. Ningún «Perdona, había atasco». Ningún «Hoy no puedo quedar». Ni siquiera un «Olvídate del asunto. No voy a volver».

Nada salvo silencio por parte de Mac.

Annie se había contenido y solo le había enviado un mensaje de texto. Un sencillo «Estoy en nuestra mesa de siempre», y ahora se arrepentía de haberlo enviado. Su mesa de siempre, como si hubiesen hecho aquello a todas horas, cuando en realidad habían sido solo unas pocas semanas. Allí estaba ella, comportándose como si fueran algo cuando, claramente, no eran nada.

En el transcurso de una sola tarde esperando a Mac, había atravesado las distintas fases del duelo.

Negación: había pasado la primera media hora preguntándose si se habría equivocado de día o de hora, después pensando que, obviamente, debía de haberle ocurrido algo que le impedía presentarse a la cita, porque jamás la dejaría plantada.

Rabia: transcurrida otra hora, Annie estaba ciega de rabia. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida como para creer que aquel chico había cambiado? Lo conocía desde pequeño y jamás le había caído bien. ¿Por qué se había dejado engañar por él? ¿Y por qué narices ni siquiera se había molestado en romper con ella como un hombre?

Negociación: solo deseaba verlo una vez más, sobre todo para tirarle la bebida a la cara. En las películas, siempre parecía muy satisfactorio. Si pudiera tener esa oportunidad, lo dejaría correr.

Y ahora se hallaba instalada a medio camino entre la depresión y la aceptación. Calculaba que, si esperaba otra media hora, podría pasar página y llevar una vida más o menos normal.

A fin de cuentas, Mac solo era un chico estúpido. Ya habría más. Con suerte, algunos no serían tan estúpidos. Algunos acudirían a la cita cuando decían que iban a hacerlo. Annie estaba relativamente convencida de que, con el tiempo, conocería a alguien que no la destrozaría como la había destrozado Mac Sullivan.

Se secó la mejilla con el dorso de la mano. Quizá no estuviese tan cerca de la aceptación como pensaba.

—¿Ya casi has terminado, cielo? —le preguntó Gladys al acercarse a su mesa por décima vez aquel día.

La cafetería no tardaría en cerrar. Annie tenía que irse.

—Sí, perdona, Gladys. Ya casi he acabado —respondió, tratando de disimular sus lágrimas.

Por desgracia, Gladys no se lo tragó. Se sentó en el banco frente a ella con un gesto de sabiduría y compasión.

—Es por un chico, ¿a que sí? —le preguntó, y Annie no soportó aquello, no soportó que lo primero que pensara fuese que un chico la había hecho llorar.

Daba igual que fuese cierto. No lo soportaba, como si no hubiese otros motivos por los que pudiese llorar una chica. Se le ocurrían cien cosas diferentes por las que llorar que merecían mucho más la pena que un estúpido chico.

Volvió a secarse los ojos.

—Lo cierto es que estoy bastante triste por el deshielo de los casquetes polares —respondió, y echó los hombros hacia atrás.

Antes muerta que permitir que la pillaran llorando por un chico. Desde luego, no volvería a llorar por Macaulay Sullivan nunca más. Aquel sería el último día que Annie permitía a Mac influir sobre sus emociones. Se lo juró a sí misma.

Gladys sonrió.

—Bien por ti —respondió, como si supiera que no estaban hablando de los casquetes polares. Le dio una palmada en la mano, que descansaba sobre la mesa—. Eres una chica fuerte. Todo irá

bien. —Sin más, se levantó y dejó allí la cuenta, cobrándole a Annie solo un plato de tortitas en lugar de dos.

Annie pagó la cuenta y dejó las galletas de jengibre como regalo para Gladys antes de salir de la cafetería con determinación. Se sintió orgullosa de sí misma al ni siquiera pararse a echar un vistazo al aparcamiento para ver si aparecía cierto coche. Estaba decidida a que aquella fuese la última gota de energía que le dedicaba a cierta persona. Pasaría página y seguiría con su vida. Ya encontraría a otras personas mejores en las que pensar.

Consultó su reloj.

Las cinco y veinticuatro de la tarde del 23 de diciembre señalarían la última vez que se permitía pensar en Mac y en el mes perfecto que habían tenido y en todos los sentimientos que creía haber albergado al respecto. Claramente, se había equivocado. Mac la había utilizado. Le había mentido y la había dejado plantada. La verdad, debería haberlo visto venir desde el principio, haber sabido que se comportaría de esa forma. Mac estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, y ella no era más que otra de las muchas personas que caían presas de su encanto.

Incluso mientras lo pensaba, le parecía una traición, la traición del Mac al que había llegado a conocer tan bien. Creía que había visto la verdad sobre él, pero, al parecer, había estado equivocada todo el tiempo.

A Mac le sudaban las manos a pesar del intenso frío que hacía en la calle. Se hallaba de pie frente a la casa de Brandon, entre un Papá Noel inflable y un inmenso globo de nieve que funcionaba de verdad, reuniendo el valor para entrar. Algunos invitados a la fiesta entraban y salían de la casa, y había bastantes coches aparcados en la silenciosa calle sin salida, pero hasta el momento la fiesta parecía bastante tranquila, en comparación con algunas a las que había asistido durante el instituto.

Con suerte, aquello significaba que no le costaría encontrar allí dentro a Annie. Su hermana le había dicho que estaría allí, y

Charlotte parecía saberlo todo acerca de sus hermanas mayores, así que Mac se fiaba de esa información.

Sabía que lo había arruinado todo. Sabía que Annie estaría enfadada con él; aun así, se aferraba a la extraña esperanza de que se alegrara de verlo, de que lo perdonara y de que pudieran recuperar lo que habían tenido el año anterior.

El año anterior, cuando Annie le había calentado los dedos entumecidos con sus gruesas manoplas, cuando lo había besado, cuando le había sonreído. Deseó poder retroceder en el tiempo.

Deseaba decirle que la mayoría de las postales que le había enviado procedían de sus dos primeros meses de viaje. Las había espaciado para mandárselas a lo largo del año, pero ya en marzo había terminado de viajar. Había pasado la mayor parte del año en un motel cutre no lejos de Dream Harbor. Haciendo tiempo, esperando para regresar, sirviendo en bares que no eran el de su padre. Había sido una pérdida de tiempo. Seguramente ese fuera el motivo por el que se sentía perdido. Le había dado vergüenza regresar antes de tiempo, a pesar de que tal vez debería haberlo hecho.

Por ese motivo no había entrado en la cafetería. Por eso le daba demasiada vergüenza volver a verla, pero tenía que hacerlo, aunque solo fuera una última vez. Aunque solo fuera para que ella le dijese que no quería retomar su relación donde la habían dejado. Necesitaba oírselo decir. Necesitaba saber si los recuerdos eran reales, si la historia entre ellos había sido tan mágica como la recordaba.

Dejó escapar un largo suspiro y vio el aliento formar una nube de vaho en el aire de la noche. Era ahora o nunca. No podía empezar un nuevo año sin saber cuál era su situación con Annie.

Entró en la casa y se encaminó hacia la parte posterior, siguiendo los sonidos de la fiesta. Vio allí varias caras conocidas, gente que se había quedado en el pueblo, y otras nuevas. Sinceramente, le sorprendía que Annie hubiera acudido a aquella fiesta. No parecía la típica cosa que pudiera gustarle. Aquella idea hizo que la semilla de la duda arraigara en él. Tal vez no la conocía tan bien después de todo, o quizá hubiese cambiado a lo largo del año.

Fue hasta la cocina, donde estaban dispuestas las bebidas. Se sirvió uno de los omnipresentes vasos rojos y escudriñó la fiesta en busca de la única persona a la que había ido a buscar.

El corazón le golpeó con fuerza las costillas. Allí estaba.

Annie.

La chica con la que había estado soñando todo el año estaba allí, tan guapa como cuando se marchó. Estaba allí y era real y sonreía, con un intenso rubor en las mejillas. Mac se quedó sin respiración al verla acurrucada en el extremo del sofá, con la atención puesta en algo que quedaba fuera del alcance de su línea de visión. Parecía… feliz.

Mac vaciló. Tal vez debiera dejarla en paz, tal vez hubiera hecho lo correcto en la cafetería y Annie estuviese mejor sin él. Pero entonces su sonrisa se agrandó, se le encendió el rostro y las luces de Navidad le iluminaron el cabello rubio igual que aquella otra noche…

Tenía que hablar con ella.

Para disculparse, al menos.

Dio un paso hacia ella y se quedó paralizado al ver el brazo que le rodeaba los hombros y el tío al que pertenecía dicho brazo mirándola como si acabase de ganar un premio. ¿Quién coño era ese tío y por qué Annie lo miraba de esa forma?

La vio reírse de algo que dijo el otro, y un súbito arrebato de furia para el que no estaba preparado le recorrió el cuerpo. ¿Por qué coño se reía de esa forma con aquel tío? ¿Y por qué la tocaba?

Mac se había equivocado por completo al imaginar cómo iría la noche. Había imaginado que Annie estaría enfadada con él o molesta. Jamás se había parado a pensar que pudiera estar allí con otra persona.

Tenía que hablar con ella; sin embargo, antes de poder alejarse dos pasos de la encimera de la cocina, fue con Logan con quien se encontró cara a cara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó de malos modos, como si Mac lo hubiera ofendido de alguna forma.

—Tengo que hablar con Annie. —Mac trató de rodear a Logan, pero este se movió para cortarle el paso. Era más grande de lo que

recordaba. Al parecer, levantar fardos de heno constituía un gran entrenamiento físico.

—Me parece a mí que no —respondió Logan.

—¿Qué coño dices, tío? Quita de en medio. Tengo que hablar con ella.

Logan volvió a ponerse en su camino, insistente.

—Salta a la vista que ahora está ocupada. Ya hablarás con ella mañana.

A Mac le angustió la sugerencia. No podía esperar un día más. No podía empezar otro año sin ella.

—Tengo que hablar con ella ahora.

Logan movió la cabeza de lado a lado.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó Mac, y estiró el cuello para intentar ver por encima del hombro de Logan.

Hacía tiempo que no se metía en una pelea, pero aquella noche le parecía un buen momento para volver a hacerlo. El tío que estaba con Annie se había acercado más y ella tenía la cara levantada hacia él y lo miraba. A Mac le dieron ganas de gritar. Sabía bien lo que se sentía al ser el destinatario de esa mirada. Deseaba volver a serlo.

—No sé qué es lo que hay entre vosotros —dijo Logan, bajando la voz—, pero sí sé una cosa: Annie lleva todo el mes rara. La conozco desde hace mucho tiempo y sé que me ha estado ocultando algo; entonces, vuelves al pueblo y se pone muy triste. No me gusta que mi mejor amiga se ponga triste.

Triste. ¿Por qué no se había parado a pensar que Annie pudiera estar triste?

—¿De qué estás hablando? Yo no he hecho nada.

—No he dicho que lo hayas hecho. —Logan se encogió de hombros—. Solo he dicho que has vuelto y va y se pone triste, y no sé por qué. Pero no me gusta que estés aquí ahora mismo y no me gusta cómo te comportas. Mañana podrás escribir a Annie y ella decidirá si quiere hablar contigo.

Mac abrió la boca para rebatirle, pero se detuvo al ver que Annie se levantaba del sofá. Floreció en él un rayo de esperanza que, de inmediato, se apagó al ver que el otro tío seguía con ella, que tenían los dedos entrelazados como si ella lo condujese hacia alguna parte.

No, hacia alguna parte no. Lo conducía hacia la planta de arriba, y Mac había estado en suficientes fiestas celebradas en casas como para saber lo que significaba eso.

—Mierda —susurró.

Logan se volvió también.

Annie se había detenido tras subir algunos peldaños. Sonriente, se inclinó y besó a ese tío, deslizando las manos por su pelo, y Mac casi alcanzó a sentir el roce de sus manos en la cabeza. Recordó el sabor de su lengua enroscada en la suya; ahora aquel tío, aquel don nadie, se quedaba con ella, y a él le resultaba insoportable. Apretó los puños en los costados, invadido de nuevo por el impulso de pelear.

—Parece que ya se le ha olvidado lo que fuera que la hubiera puesto triste —comentó Logan, viendo a Annie conducir a ese tío escaleras arriba.

Por un instante, Mac se planteó seguirla. Se imaginó apartando a ese tío de ella y llevándosela de allí. Quería contárselo todo. Quería arrancarse el corazón y ponerlo a sus pies.

Aunque, al parecer, Annie no deseaba lo mismo. Ya se había olvidado de él. Él cometía un error y ella ya había pasado página. Así, sin más.

Dejó escapar una carcajada amarga.

—Sí, supongo que sí.

Logan le lanzó una mirada casi compasiva cuando se volvió hacia él, pero seguía sin parecer dispuesto a ceder ante él y dejarle pasar. Aunque ya daba igual. Mac había perdido el impulso.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en el pueblo? —le preguntó Logan.

Después de todos esos meses fuera, esperando para regresar, Mac sabía que solo había una respuesta posible.

—No. Vuelvo a marcharme mañana.

Logan enarcó una ceja.

—No hay nada que me ate aquí —dijo Mac.

Logan respondió frunciendo el ceño como si no estuviese de acuerdo, pero él no tenía interés en oír sus palabras.

Abandonó la fiesta jurándose a sí mismo que no malgastaría otro minuto de su tiempo pensando en Annabelle Andrews. Era hora de

emprender su viaje, pero esta vez de verdad, porque esta vez no habría nadie en casa aguardando su regreso.

Esta vez no tendría inconveniente en no regresar.

Capítulo 30

Ahora

Mac se estremeció al oírle decir aquello, como si sus palabras le provocaran un dolor físico, como si no soportara la idea de Annie olvidándose de él.

—¿Y funcionó? —le preguntó con la voz ahogada—. ¿Follarte a ese cualquiera en una fiesta te ayudó a olvidarte de mí?

La mano de Annie se estampó contra su mejilla a tal velocidad que los sorprendió a ambos. Se quedaron allí, perplejos y en silencio, ella con un escozor en la mano a causa del impacto, los dos sin aliento, como si acabaran de correr un maratón.

Le había pegado. Jamás en toda su vida había pegado a otra persona. Otro ejemplo más de cómo Mac la inducía a hacer cosas que, en circunstancias normales, no haría.

—En primer lugar —le dijo, tratando de recuperar la compostura —, no era un tío cualquiera. Se llamaba Ryan, habíamos ido juntos a clase y era amable conmigo. Y, en segundo lugar, no es asunto tuyo a quién me follo.

Lanzó a un lado la manta con la que estaba envuelta, pues la rabia le bastaba ahora para entrar en calor.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a intentar hacer que se sintiese mal por lo de aquella noche? No tenía ningún derecho.

Mac se quedó mirándola con una mano en la mejilla. Se veían en sus ojos la oscuridad y el dolor.

—No debería haber dicho eso —le dijo entre dientes—, pero desde luego no tardaste en pasar página.

Annie se cruzó de brazos.

—¡Ja! ¡Estuve esperándote un año, Mac! Y no apareciste. ¿Cuánto tiempo debería haber esperado exactamente? ¿Debería haber

renunciado a todos los demás hombres hasta que regresaras? ¿Te creías que tenías algún tipo de derecho sobre mí por haberme quitado la virginidad?

Mac dio un paso hacia ella y le sujetó los brazos por si acaso volvía a pegarle.

—No pienso eso, por supuesto que no. Joder, Annie, no te quité nada. Pero pensé que me darías más de una oportunidad. Me dio la impresión de que, solo por haber cometido un error, te largaste.

—¡Podrías haberme llamado! ¡Podrías haberme escrito! Pero no lo hiciste. No podía seguir esperándote por más tiempo.

Se zafó de sus manos. Quizá volviera a pegarle. Quizá se lo merecía.

Mac dejó caer los hombros, como si la rabia se le escapara del cuerpo.

—Tienes razón. Sé que la tienes. Pero aun así me sentí como una mierda al verte con ese tío.

—¿Como me siento yo cuando llevas a mujeres aleatorias a pasar la Navidad en casa de Estelle?

—No creas que me he olvidado de Trent, el que te acompañó en Acción de Amigos.[4]

—Trent era simpático.

—¡Que le follen a Trent!

Annie soltó una carcajada inesperada y Mac sonrió.

—Ha pasado mucho tiempo, Mac. Ambos sabemos que hemos estado con otras personas.

—Lo sé. Pero al hablar de esto me han aflorado todos esos sentimientos, ¿entiendes?

—Sí, lo entiendo. No debería haberte abofeteado.

Mac se encogió de hombros y le dedicó una media sonrisa de suficiencia.

—Me lo merecía.

Annie suspiró, dejándose caer nuevamente sobre la cama, perdidas ya también las ganas de pelear.

—El caso es que no funcionó —admitió—. No podía olvidarte.

Mac se dejó caer al suelo frente a ella, alojando el cuerpo entre sus muslos. Ella le acarició con suavidad la mejilla que le había

abofeteado.

—Lo intenté —le dijo—. Quería hacerlo, pero no pude. —Meneó la cabeza, aguantando las lágrimas—. Luego apareces aquí y te metes en mi vida. ¡¿Qué iba a hacer?!

—Yo también intenté olvidarte —susurró Mac, apoyándose en ella.

—¿Por qué no viniste a hablar conmigo aquella noche en la fiesta?

Mac sacudió la cabeza y soltó una carcajada.

—La cosa habría ido mucho peor —le dijo—. Me da la impresión de que habría ganado a Ryan en una pelea, pero sin duda tú me habrías dado una paliza.

La risa de Annie se mezcló con las lágrimas que le resbalaban por las mejillas. Mac se las secó con el pulgar y le cogió la cara con ambas manos.

—Siento haberte dado plantón aquel día. No debería haberme marchado de esa forma. Aunque, en mi defensa, era joven y estúpido, y hui. Estuve trabajando como camarero en Maine, pintando casas en Tulsa, limpiando establos en un rancho de Texas, pero en ninguno de esos sitios me sentí como en casa y ninguna otra mujer se parecía a ti. Es una de las cosas de las que más me he arrepentido en toda mi vida, marcharme de esa forma. Necesitaba alejarme de este lugar, Annie, pero jamás debería haberme ido sin hablar contigo.

—Yo también era joven. No sé si esa es muy buena defensa —susurró Annie, inclinándose hacia él hasta que sus frentes se tocaron.

Mac sonrió con suficiencia, ella estaba lo bastante cerca para poder besarlo si fuera más valiente.

—Eras joven, pero no estúpida. Darte plantón fue una de las muchas estupideces que cometí aquel año.

—¿En serio? ¿Qué más hiciste? —le preguntó, con una sonrisa de nuevo. Con Mac, se sentía incapaz de evitarlo.

—Bueno —respondió él, agrandando también la sonrisa para imitar la suya—, se me congeló el meñique porque seguía negándome a llevar guantes.

—¡Menuda estupidez!

—Lo sé. En otra ocasión, llevé a un autoestopista desde Filadelfia hasta Washington D. C., y solo estaba seguro al setenta y cinco por ciento de que no fuera a asesinarme.

Annie ahogó un grito.

—Eso sí que es peligroso.

—A eso voy. No se lo digas a mi madre. Y luego está lo del tatuaje que me hice.

Annie enarcó una ceja. Nunca le había visto un tatuaje a Mac.

—¿Qué tatuaje?

—Lo llevo en el torso.

—Vale, ¿y qué es? Mucha gente se tatúa.

—Pero ¿mucha gente se tatúa el nombre de la persona a la que acaba de dejar plantada de mala manera y que seguramente lo odie?

—No me lo creo.

Mac se apartó de ella y se levantó la camiseta. Escrito con una letra diminuta sobre sus costillas izquierdas figuraba su nombre. Era tan pequeño que no lo había visto la noche anterior cuando se desnudó, pero allí estaba, con total claridad. «Annie» en tinta negra debajo de su corazón.

—Es verdad —susurró mientras le recorría el tatuaje con un dedo.

Mac se estremeció al sentir su caricia.

—Claro que es verdad. ¿Lo ves? Joven y estúpido. Quería tenerte cerca, aun sabiendo que no lo merecía.

Annie se inclinó hacia delante y apoyó la frente en su pecho.

—Ay, Mac —susurró—. ¿Por qué es tan difícil esto?

—No tiene por qué serlo. El primer año que pasé fuera, tenía miedo y me sentía solo. El segundo año cometí muchas estupideces con el objetivo de olvidarte. Pero, después de eso, conseguí descubrir algunas cosas. Estudié mientras estuve fuera, Annie. Trabajé en muchos sitios, pensando siempre en lo que podría traer conmigo cuando regresara. En lo que podría hacer para que el *pub* de mi padre fuese aún mejor.

—Eso es genial, Mac. En serio, pero…

Mac movió la cabeza como si no quisiera escuchar lo que viniera a continuación de aquel pero.

—Sé lo que deseo ahora, Annie…

A ella le sonó el teléfono, interrumpiéndolo.

—Mierda —dijo—. Si alguien me llama tan temprano es porque se trata de una emergencia.

—Puede que no —respondió Mac, pasándole las manos por el pelo. Annie dejó escapar un suspiro. Era muy agradable sentir sus dedos, estar tan cerca de él—. Podrías probar a no responder. A lo mejor quien sea que te llama resuelve el problema por sí solo.

Le sostuvo la mirada y ella notó en la cara la cálida caricia de su aliento. Se había soltado la camiseta, pero ella había dejado las manos posadas debajo y recorría con ellas su piel.

—Puede que ya no tenga por qué ser complicado, Annie —le dijo él.

Annie deseó creerlo y dejó que le acariciara la mejilla con la nariz.

El teléfono dejó de sonar y, a continuación, volvió a empezar. Estaba convencida de que había sucedido alguna catástrofe con la boda o con la pastelería o con sus sobrinos.

—Tengo que contestar, en serio —zanjó.

Mac suspiró, apoyando la frente contra la suya para coger aire una vez más antes de apartarse. Parecía querer decir algo más, o quizá solo echarse hacia delante y besarla y, Dios, cuánto lo deseaba ella, pero…

—Lo siento —le dijo ella.

Mac asintió mientras Annie alcanzaba el teléfono porque la conocía. Sabía que no podía dejar de contestar al teléfono. Sabía que tenía que ayudar. Y para ella eso significaba más que su disculpa.

Ella articuló un «Lo siento» una vez más y Mac le dedicó una sonrisa perezosa; por un instante Annie se replanteó su decisión de responder al teléfono, antes de descolgar.

A fin de cuentas, ella era así.

—¿Diga? —preguntó, pues no reconocía el número.

Era Estelle.

[4] En inglés, *Friendsgiving,* una cena informal con amigos que se celebra en lugar de la tradicional cena de Acción de Gracias con la familia.

Capítulo 31

Ahora

—¿Cómo que está en New Hampshire?

Annie resopló y siguió buscando su ropa. A Mac, sin embargo, no le habría importado que se quedase hasta el fin de los tiempos con su camiseta de *lacrosse,* de manera que no se mostraba especialmente colaborador. Vestirse era la última cosa que quería que hiciera Annie.

Quería volver a tenerla en su cama.

Quería hacer todo lo que no habían hecho la noche anterior.

Quería besarla por fin. Otra vez.

Estaban tan cerca.

—Pues que Estelle está en New Hampshire con Dot y necesitan que las traigan a casa.

—¿Qué demonios están haciendo en New Hampshire?

Annie lanzó a un lado sus almohadas y encontró la camisa y el sujetador que, al parecer, había escondido anoche allí debajo y los levantó con gesto triunfal.

—Tus pantalones siguen abajo —le dijo él con una sonrisa arrogante.

Gracias a que Annie había encendido la luz del techo en cuanto terminó de hablar por teléfono, Mac fue recompensado con el delicioso rubor que le subió por el cuello y encendió sus mejillas con el recuerdo de lo que habían hecho la noche anterior en su cocina. Él sabía que atesoraría ese recuerdo durante mucho tiempo.

—Cierto —respondió Annie; luego, se aclaró la garganta, se metió la ropa debajo del brazo y salió del dormitorio con paso decidido.

Mac sonrió y la siguió escaleras abajo. Claro, le fastidiaba que su momento de intimidad se hubiera visto interrumpido. Hacía más de

una década que no se sentía tan unido a ella, pero también le excitaba mucho verla en su elemento. De modo que, por el momento, aquello tendría que bastar.

La encontró en la cocina cuando recogía los vaqueros del suelo.

—¿Me llevas a casa? —le pidió, volviéndose hacia él—. Supongo que me da tiempo a darme una ducha rápida antes de subir con el coche a buscarlas.

—Espera, espera, espera. ¿Piensas irte a New Hampshire tú sola hoy?

—Pues claro.

—¿El día de la boda que llevas meses ayudando a planear?

—Alguien tiene que ir a buscarla y, obviamente, no pueden ser ni Logan ni Jeanie. Así que lo haré yo. Estelle me ha llamado a mí.

—Iré contigo.

—No es necesario. —Ni siquiera se detuvo, no se paró ni un segundo a pensar que no tenía por qué hacerlo sola, que no era ella la única responsable de la felicidad de sus amigos.

Mac se quedó mirándola.

—Tienes demasiado que hacer hoy, Annie. Y seguramente tu coche se encuentre ahora mismo sepultado bajo la nieve y con el depósito vacío, así que puedes dejar que te lleve a hacer todas las cosas que, sin duda, tendrás que hacer siendo el día de la boda o puedes intentar sacar tu coche de la nieve y sumarle a tu lista de tareas un viaje a New Hampshire.

—No puedes dejar a los gatitos.

—A los gatitos no les pasará nada. Los meteré en el baño con su caja y algo de agua y comida. Ni siquiera nos echarán de menos.

Annie frunció el entrecejo, saltaba a la vista que quería llevarle la contraria, pero Mac supo que la había pillado. De ninguna manera pensaba perderla de vista ahora que estaban a punto de arreglar las cosas entre ellos. Si la dejaba sola unas pocas horas, sin duda Annie volvería a dar por hecho que estaba confabulando en su contra. Ni hablar.

—¿A qué hora tienes que estar de vuelta para peinarte?

—A las dos —respondió ella despacio, como si desconfiara del motivo de su interés en saberlo.

—De acuerdo, ¿y qué más tareas tienes para hoy?

Annie seguía mirándolo como si estuviera tratando de sonsacarle secretos de Estado, pero respondió a regañadientes:

—Tengo que pasarme por la pastelería. George se siente mejor y va a abrir la tienda esta mañana, así que tengo que asegurarme de que el resto de los postres para la boda están listos.

Mac sabía que George era capaz de gestionar eso por sí solo, o que bastaría una llamada para comprobarlo, aunque también sabía que Annie querría verlo con sus propios ojos.

—Vale, ¿qué más?

—Tengo que recoger los ramos y las flores para los ojales.

—Puede hacerlo Hazel.

Annie se quedó callada, como si no tuviera ninguna buena razón para discutirle aquello. Bien, al menos iba haciendo avances.

—Nos pasaremos por tu casa para que te cambies de ropa y luego iremos a la pastelería. Si nos damos prisa, deberíamos poder llegar a por Estelle y estar de vuelta antes de tu cita en la peluquería. A no ser que quieras que te peine yo —le dijo con un guiño, bromeando claramente, pero Annie se quedó observándolo como si tuviera dos cabezas—. ¿Por qué me miras de esa forma? Era una broma. La peluquería es una de las pocas destrezas de las que carezco.

—Es que… —Meneó la cabeza, aún sin reírse—. Es que… no sé. Supongo que no esperaba tu ayuda.

—Pues empieza a esperarla. ¿Té o café? —le preguntó él, y la dejó allí de pie con la boca abierta mientras se dirigía hacia la cafetera.

—Café —respondió Annie.

Cuando Mac se volvió para mirarla, parecía perdida, también un poco confundida, como si estuviera revaluando quién era él.

Sin embargo, para Mac aquello no era nada nuevo. Ahora era así. Era un hombre. Un hombre con un negocio y una casa y un amor hacia la mujer que tenía delante que era demasiado fuerte para seguir ignorándolo.

Se acabaron los juegos infantiles a los que Annie y él llevaban años jugando.

Pero imaginaba que ella necesitaría un minuto para ponerse al día.

Preparó el café y después se acercó a Annie, le quitó de las manos la ropa y la reemplazó por una taza.

—Por ahora, puedes quedarte con mi ropa puesta —le dijo, incapaz de resistirse a sonreír con arrogancia—. Ya te pondrás algo limpio cuando pasemos por tu apartamento.

Un rubor tiñó de nuevo sus mejillas y a Mac se le ocurrieron un millón de maneras en las que preferiría empezar el día que no consistieran en ir a recoger a la abuela desaparecida de Logan, pero sabía que Annie jamás lo dejaría correr. Si deseaba que aquel día fuese perfecto para sus amigos, él también lo deseaba.

Sin embargo, Logan le debía una por hacer aquello. Llegado ese punto, era el mejor testigo de boda del mundo. Ir a pescar en el hielo con los primos de la novia no era comparable con renunciar al sexo con la mujer de sus sueños para ir a recoger a dos ancianas rebeldes.

Le estaba dando una paliza a Noah.

Aunque Noah no supiera que estuvieran compitiendo.

Pero Mac iba a conseguir ser el mejor testigo.

—¿Quieres decirme en qué parte de New Hampshire están? ¿Y por qué exactamente la abuela de Logan y la tía de Jeanie decidieron irse a otro estado el día antes de la boda?

Annie parpadeó, regresando al presente y olvidando los recuerdos de la noche anterior que, sin duda, habría estado reviviendo.

—No están muy lejos, a una hora de camino de aquí, más o menos. Al parecer, fueron a visitar a una prima lejana de Estelle o algo así. Me ha dicho que necesitaban algo para la boda y que se quedaron atrapadas en la nieve.

Mac se asomó por la ventana.

—Ahora no está nevando —observó, todavía con la esperanza de poder librarse en el último minuto de hacer aquel recado.

Annie estaba muy tentadora allí sentada, frente a la isla de su cocina, con la taza entre las manos. Deseaba tenerla allí cada mañana, igual que ahora, hablando mientras tomaban café y amanecía fuera.

Se preguntó cómo reaccionaría si se lo dijera.

Probablemente se caería del taburete.

Annie dejó escapar un largo suspiro y dio un sorbo al café.

—Anoche se dejaron los faros encendidos y ahora el coche se ha quedado sin batería y, francamente, no confío en que lleguen a tiempo para la boda, a este ritmo no. Han demostrado ser de muy poca confianza.

—Pues ya está, asunto zanjado. Nos vamos de excursión a New Hampshire. ¿Quieres un termo para el café?, porque creo que deberíamos ponernos en marcha ya… Tenemos que volver a tiempo.

Annie se quedó mirándolo de nuevo como si esperara a que regresara el verdadero Mac. Como si esperara que el chaval irresponsable que era entrara por esa puerta. O quizá estuviese esperando al hombre que, durante todos esos años, había imaginado en su cabeza como el gilipollas que la abandonó.

Pero él no era ninguno de esos tipos y había trazado un nuevo plan. Estaba decidido a mostrarle a Annie el hombre que era ahora, y ella decidiría por sí misma si deseaba estar con ese Mac.

Porque él ya lo tenía claro.

Había amado a Annie entonces y la amaba ahora.

Para él, ella era la única.

De vuelta en el apartamento de Annie, ella estaba duchándose y Mac se encontraba tumbado sobre su cama, haciendo todo lo posible por no imaginársela en la ducha. Le había sugerido que se ducharan juntos en su casa para ahorrar tiempo, pero Annie se había reído en su cara.

Así que allí estaba, en su diminuto apartamento, obligado a escuchar los sonidos del agua y a intentar no imaginársela desnuda y empapada. Hasta el momento, no había tenido mucho éxito. Colocó las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos. Tal vez pudiera dormir unos minutos más antes de embarcarse en aquel ridículo viaje. La ducha se cerró y, pocos segundos más tarde, se abrió la puerta del baño.

—Mantén los ojos cerrados. —La voz de Annie le envolvió.

—Por favor, dime que estás de broma.

—No estoy de broma. Sin darme cuenta, me he dejado la ropa aquí fuera. Mantén los ojos cerrados.

La oyó caminar descalza por el suelo en dirección a él y dejó escapar un gemido. Claramente, lo estaban poniendo a prueba, no tenía claro si Annie o Dios, pero lo cierto era que su determinación de comportarse como un caballero flaqueaba a gran velocidad.

Oyó a Annie rebuscar entre la ropa de la cómoda, justo al lado de su cabeza.

—¿Y si abro solo un ojo? —bromeó.

—Ni te atrevas.

—O… —prosiguió— podría mantener los ojos cerrados y usar solo las manos.

Annie resopló y dijo:

—Ya, eso tampoco va a suceder.

Mac iba a seguir bromeando con ella, pero el hecho de que Annie confiara en que mantendría los ojos cerrados le pareció más importante.

Un avance.

Si Annie confiaba en que no la miraría, quizá algún día le confiara todo lo demás.

Por desgracia, a su polla le daba igual ganarse o no la confianza de Annie y empezaba a presionar insistente contra la cremallera de sus vaqueros. Entre haber probado su sabor la noche anterior y ahora saber que la tenía justo al lado completamente desnuda, Mac no sabía si sobreviviría a aquel día.

Hasta los sonidos que hacía al vestirse le parecían sexis. ¿Era aquel el elástico de sus bragas ridículamente pequeñas al subírselas por las caderas? El roce de sus vaqueros al subírselos por las largas piernas le hizo recordar lo que había sentido al bajárselos la noche anterior. Había soñado durante años con verla así, obsesionado como estaba con aquella mujer, y por fin la tuvo desnuda delante de sus ojos, por fin le permitió lamer, succionar y venerarla. Había sido perfecto y deseaba más, y verse allí tumbado sin poder tocarla ni mirarla estaba siendo una absoluta tortura.

Annie dejó escapar un suspiro sutil.

—Joder, Annie —susurró él, llevándose la palma de la mano al pene erecto.

El grito ahogado de ella le acarició la piel, haciéndole saber que se había fijado en lo que estaba haciendo. La notaba allí de pie junto a él, y su mirada le encendía.

Se apretó la polla una vez más y saboreó el gimoteo que emitió Annie. Estaba a punto de parar, de decir que tenían que marcharse, de disculparse, pero entonces notó que el colchón se hundía a su lado.

—Annie, ¿qué…?

—Mantén los ojos cerrados —susurró ella.

El ligerísimo roce de sus dedos por debajo de la cinturilla del pantalón le hizo dar tal respingo que casi despegó la espalda de la cama.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con voz rasgada.

—Lo que debería haber hecho anoche —respondió ella mientras le desabrochaba el botón. Tan profesional, tan Annie.

Abrió los ojos y la encontró inclinada encima de él.

—Los ojos cerrados —le recordó ella.

Y vio algo en su mirada. Hablaba con decisión, como de costumbre, pero se lo notó en los ojos. Estaba nerviosa, insegura.

—Annie, no tienes por qué…

—Quiero hacerlo —zanjó ella, sosteniéndole la mirada. Bajó a continuación la voz—: Solo cierra los ojos.

En esa ocasión le hizo caso, aunque Mac tenía muchas preguntas. Quería saber por qué quería ella hacer eso. ¿Lo habría perdonado? ¿Deseaba estar con él o sería solo algo con lo que había fantaseado a lo largo de los años, igual que él? ¿Lo haría solo para conseguir quitárselo de la cabeza?

Tenían que hablar de todo aquello, pero Annie había empezado a bajarle la cremallera muy despacio y lo único que él deseaba, lo único en lo que podía pensar en aquel momento, era sentir su boca. Todo lo demás podría esperar. El mundo entero podría esperar.

—¿Puedo? —la oyó preguntar.

—Sí —contestó él con voz ronca y un nudo en la garganta—. Annie…

No sabía lo que iba a decir, pero sentía que tenía que decir algo, hasta que Annie lo interrumpió.

—No, no digas nada —le dijo ella—. Por favor, permite que…

Estaba escondiéndose de él. Todavía. Aun después de todo lo que le había confesado él aquella mañana, seguía manteniendo la distancia.

Pero había posado las manos en su cuerpo, la respiración le salía entrecortada, ¿y quién era él para negárselo?

Así que se lo permitió. Le permitió cerrar la mano en torno a su palpitante erección. Le permitió metérsela lentamente en la boca. Le permitió tachar otro punto de la lista de cosas en las que había pensado a lo largo de los últimos once años. Sentir la boca de Annie a su alrededor, su lengua deslizándose a lo largo de su erección, fue lo más cercano a una experiencia religiosa que Mac había vivido en muchísimo tiempo.

Su cabello le rozó los abdominales inferiores y Mac lo aferró con el puño, creando la coleta que a ella tanto le gustaba hacerse. Pensó en las muchas veces que había resistido la tentación de tirarle del pelo. Esta vez no se resistió. Le dio un tirón, suave al principio, pero a juzgar por el gutural murmullo que emitía Annie, no parecía importarle en absoluto.

Su melena era como seda entre sus dedos. Le dio otro tirón. Annie gimió y aquel sonido le recorrió el cuerpo. No iba a aguantar mucho, pero ¿acaso era de extrañar? Estaba haciendo realidad su fantasía de adolescencia. Aquel momento constituía todo lo que había deseado tantos años atrás, cuando se hallaba de viaje, o al menos creía entonces que era todo lo que deseaba.

Sin embargo, por algún motivo, no era suficiente. Deseaba abrazarla y tocarla y verla. Por algún motivo, aun embargado por el placer, aun mientras la boca de Annie lo conducía hacia el mejor orgasmo que había tenido en años, Mac sintió que le faltaba algo, como si no la tuviera entera. Y, después de todo ese tiempo, la quería entera.

Annie se apartó con un suspiro, dejándolo jadeante sobre la cama.

—Puedes ir al baño a limpiarte si quieres —le dijo—. Pero deberíamos irnos cuanto antes.

—Estás de broma, ¿no? —le preguntó él, y abrió los ojos de golpe.

Annie lo miró confundida. Sus mejillas sonrosadas y su cabello revuelto eran las únicas pruebas de que hubiera ocurrido algo, de que hacía solo un segundo él tenía las manos enredadas en su pelo y la polla en su boca.

—No estoy de broma. Ya sabes que vamos con el tiempo justo.

Mac se pasó una mano por la cara en señal de frustración.

—¿Así que vamos a fingir que esto no ha ocurrido? ¿Qué coño estamos haciendo, Annie?

Ella suspiró y se levantó de la cama.

—No lo sé, pero puede que aún no esté lista para perdonarte.

¡Qué manera más nefasta de recuperarse de un orgasmo!

—Pero no podía dejarte así todo el día —agregó, señalando su regazo—. Podrías darme las gracias.

—Joder, Annie. ¿En serio van a ser así las cosas entre nosotros?

—Ahora mismo no tenemos tiempo para ponernos a hablar de ello —respondió ella con una mano en la cadera. Estaba tratando de recuperar su actitud profesional, pero Mac vio el miedo en sus ojos. Annie no quería que volviera a hacerle daño—. ¿Vas a llevarme o voy a por mi pala para desenterrar mi coche?

Mac se subió los pantalones y se levantó.

—Claro que te llevo —respondió, casi con un gruñido—. Pero esto no se ha terminado. Esta vez, no pienso dejarlo correr. No voy a pasar de ser enemigos a lo que sea que somos ahora.

Hizo un gesto que los abarcaba a ambos en un intento fútil de explicar lo que eran el uno para el otro en aquel momento. ¿Exnovios que ahora se daban placer oral uno al otro? ¿Amigos que se regalaban orgasmos de vez en cuando?

Sentía que estaba perdiendo la cabeza. Hacía solo unos días, Annie no soportaba estar en la misma habitación con él, luego esta mañana había parecido estar a punto de perdonarlo, y ahora le hacía una mamada y fingía que no había pasado. Bastaba para volver loco a cualquiera.

—Vale —gruñó Annie, como si el irracional fuese él—. Pero tenemos que irnos ya.

Era evidente que carecía de sentido seguir discutiendo con ella, de modo que fue al cuarto de baño a limpiarse, recogieron sus cosas y se dirigieron hacia la puerta. Pero, cuando salía, distinguió algo pegado en el frigorífico de Annie. Una vieja postal, una que reconoció del Gran Cañón.

—Espera un momento —le dijo, y ella se detuvo y lo miró por encima del hombro—. Te la quedaste —agregó.

Era una de las últimas que le había enviado, después de dejarla plantada y volver a marcharse de viaje. En teoría, el Gran Cañón tendría que haber sido una de sus paradas originales, una de las que figuraban en la lista que habían confeccionado en la cafetería. Aquel primer año, nunca llegó a ir hasta allí; sin embargo, cuando al fin lo hizo, sintió que debía comunicárselo a Annie.

Había sido la primera vez que se ponía en contacto con ella. La primera vez que se permitía admitir que la echaba de menos.

Había redactado un mensaje sencillo. Algo acerca de que el cañón era tan genial como imaginaban y que confiaba en que se encontrara bien.

Ella nunca llegó a responderle, pero al parecer se quedó con la postal.

Annie desvió la mirada hacia la tarjeta y a continuación lo miró a la cara.

—Bueno, tú te tatuaste mi nombre, así que supongo que somos los dos idiotas —respondió antes de salir por la puerta.

Mac no pudo evitar soltar una carcajada.

Echó un último vistazo a la postal antes de seguir a Annie. Quizá aún hubiese esperanza en que pudieran arreglar las cosas.

Capítulo 32

Ahora

En el transcurso de tres horas aquella mañana, Annie había abofeteado a un hombre y había tomado la muy cuestionable decisión de practicarle sexo oral; ahora estaba atrapada en el asiento del copiloto de su camioneta tratando de fingir que ninguna de esas cosas había sucedido. Tenía que reconocer que él parecía estar haciendo lo mismo.

Annie no habría hecho ninguna de esas cosas con alguien que no fuera Mac, el hombre que parecía decidido a hacer que se comportara de forma totalmente impropia de ella.

¿Por qué narices era incapaz de controlar sus emociones cuando estaba con él? Había pasado los dos últimos días queriendo asesinarlo o montarlo, y aquel día no le estaba dando más claridad para decantarse por una opción en concreto.

Cierto, Mac se había disculpado, pero ¿de qué le servía eso ahora? Había pasado diez años odiándolo; ¿de verdad sería capaz de modificar sus sentimientos hacia él como si tal cosa?

Quizá debiera dejarlo correr. Quizá nadie debería considerarse responsable de cosas que hicieron cuando no había terminado de formárseles el cerebro.

Pero cada vez que lo miraba recordaba lo mucho que le había dolido verse sola en aquella cafetería. ¿Cómo iba a olvidarse de aquella sensación? La sensación de que te había abandonado alguien a quien considerabas un amigo. Alguien que en teoría iba a volver a buscarte.

Había estado convencida de que regresaría.

Pero no regresó.

Y se quedó destrozada. Ese era su motivo de ruptura, y Mac lo sabía y lo hizo de todas formas.

Y luego va y se mete su polla en la boca. ¿Cuándo había ayudado eso a alguien a aclarar sus sentimientos? Estaba bastante segura de que nunca.

No es que no se lo hubiera pasado bien, porque lo había pasado de maravilla. Mac se le había antojado delicioso, sufriendo tendido en su cama, con la polla dura por debajo de los vaqueros. Parecía estar a punto de explotar, y solo por encontrarse en la misma habitación que ella mientras se vestía. Ni siquiera había llegado a ver nada. Estaba convencida de ello. Se había excitado tanto solo con estar cerca de ella.

Habría tenido que estar muerta por dentro para que aquello no la excitase increíblemente.

Además, no habría permitido que la llevase en coche de aquí para allá durante todo el día con esa erección entre ellos; no habrían conseguido hacer ningún recado. Así que, en realidad, la mamada se había debido a cuestiones prácticas.

O eso fue lo que escogió contarse a sí misma.

El día había amanecido radiante y soleado, y casi cegador a causa de la nieve que cubría todas las superficies. Annie entornó los ojos para contemplar a través de la ventanilla los campos blancos y los árboles cubiertos. Distinguió algunas vacas, una granja a lo lejos. Habría sido más sencillo disfrutar del paisaje si no hubiera estado tan confundida con todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

—Nos quedan cinco salidas —anunció, con lo que rompió el silencio en el que habían estado sumidos desde que se montaron en el coche.

Mac masculló. Cualquiera habría pensado que estaría de mejor humor después de correrse, pero se había mostrado mohíno durante su visita a la pastelería y la primera mitad del trayecto. Seguramente estaría arrepintiéndose de haberse ofrecido a llevarla. Lo cierto era que ella se sentía un poco mal al respecto, lo cual constituía otra primicia.

—Seguro que desearías que me hubiera llevado yo mi coche —le dijo, mirándolo por el rabillo del ojo.

Él mantuvo la mirada fija en la carretera, pero Annie alcanzó a verle menear ligeramente la cabeza.

—Ni hablar.

—Casi me engañas.

Mac dejó escapar un largo suspiro, como si estuviera extenuándolo.

—En algún momento tendremos que hablar de ello, Annie. De todo.

—Hoy no.

—¡No puedes seguir haciendo eso! —Lo cierto era que parecía… ¿enfadado? ¿Estaba cabreado con ella?—. No puedes seguir impidiéndome decirte lo que siento —prosiguió—. Estos últimos tres años me ha resultado muy difícil, pero ahora ya es imposible.

Annie abrió la boca para rebatirle; optó, en cambio, por guardar silencio. ¿Era eso lo que había estado haciendo? ¿Silenciándolo, mandándolo callar a todas horas? Claro que sí, pero solo lo había hecho para intentar protegerse. Desde que Mac regresara al pueblo, ella se había dedicado a evitarlo o a buscar pelea con él. Antes incluso de que volviera a instalarse en el pueblo, Annie se había negado a verlo cada vez que había vuelto a casa a visitar a su familia. Se mantenía ocupada. Se decía a sí misma que no necesitaba verlo, que no deseaba hablar con él. Era todo agua pasada. Cualquier cosa con tal de mantener a raya sus verdaderos sentimientos. Y ahora allí estaba él, obligándola a encararlos.

Salvo que ahora, por primera vez, se daba cuenta de que tal vez no hubiera sido del todo justa con él. Tal vez, al intentar protegerse, le hubiera hecho daño. Y, si bien aquel podría haber sido el objetivo inicial, de pronto ya no quería que lo fuera.

Ya no quería hacerle daño a Mac.

—Un día más —respondió.

—¿Un día más?

Parecía decidido a hacer oídos sordos a su petición. Annie nunca lo había visto al límite de su paciencia, pero, al parecer, ya habían llegado a ese punto.

—Sí, un día más. Solo hoy. El día de la boda. Vamos a pasar el día de hoy y luego te prometo que hablaremos de todo.

Esperó, aguantando la respiración. Ni siquiera sabía aún lo que iba a decir cuando hablaran, pero sabía que se lo debía. Le debía como mínimo la cortesía de decirle que nunca habría nada entre ellos —de ser ese el caso— en lugar de hacerle una mamada a traición y después obligarlo a no comentar nada al respecto. Cabía la posibilidad de que hubiera estado enviándole señales contradictorias.

—De acuerdo, te daré un día más. Y entonces me dirás exactamente qué soy para ti, porque no puedo seguir con jueguecitos.

—¿Eres demasiado mayor? —bromeó ella, tratando por todos los medios de abandonar aquel terreno pantanoso.

Mac soltó una carcajada amarga.

—Soy demasiado mayor para andar persiguiendo un recuerdo de ti. Necesito la versión auténtica. Necesito saber si existe alguna posibilidad entre nosotros o si al fin ha llegado el momento de que te deje marchar.

A Annie le dio un vuelco el corazón.

—Pero te doy hasta mañana —agregó él, ahorrándole tener que hablar.

Annie seguía sin saber qué iba a decir, pero sí sabía que no quería que Mac la dejara marchar.

También sabía que ya iba siendo hora de permitirle decir todo lo que quisiera decirle.

Capítulo 33

Tres años antes

Mac se encontraba de pie frente a la nueva pastelería ubicada en la calle principal. Aquel era su segundo día en Dream Harbor desde su regreso, aunque aquella era su parada más importante. La tienda tenía buen aspecto. Su amplio escaparate estaba lleno de dulces con una pinta deliciosa y el banco de fuera le daba ganas de sentarse a comer una galleta bajo el frío sol de diciembre. Pero sabía que aquello era más que una tienda que invitaba a entrar. Era la culminación de años de trabajo. Aquella pastelería era el resultado de la determinación de Annie, y estaba muy orgulloso de ella. Muy contento de que hubiera alcanzado lo que deseara tantos años atrás. Lo recordaba como si hubiera sido ayer, tendido en su cama junto a ella hablando de lo que esperaban de la vida. Annie se había esforzado por conseguirlo, se lo había ganado. Y era increíble.

Además, olía de maravilla.

Ya llevaba demasiado tiempo parado delante de la tienda, presa de la indecisión y del pánico, que le habían clavado los pies al suelo.

Distinguió a Annie moviéndose en el interior y le dio un vuelco el corazón. Era la misma aunque distinta; mayor, pero aún preciosa; con los mismos movimientos decididos de siempre. Mac no sabía cómo reaccionaría ella al ver que había regresado, pero, si iban a volver a vivir en el mismo pueblo, tendría que enfrentarse a ella. Y lo mejor sería hacerlo cuanto antes.

Empujó la puerta de la tienda y sobre su cabeza tintineó una campanita.

—Enseguida le atiendo —dijo Annie sin levantar la vista de la bandeja que estaba deslizando dentro de la vitrina expositora.

Su voz bastó para acelerarle el corazón. Llevaba mucho tiempo, demasiado, esperando volver a oírla. Demasiado tiempo siendo un maldito cobarde. Por mucho que hubiera disfrutado de sus años viajando, jamás debería haber esperado tanto para hablar con ella, para disculparse. Al principio, creyó que era mejor intentar olvidarla, poner distancia entre ellos para que ambos lograran pasar página. Luego habían ido pasando los años y él seguía sin saber qué decir ni cómo. Le daba la impresión de que Annie lo evitaba cada vez que regresaba al pueblo de visita, y acabó convenciéndose de que era mejor así.

Sin embargo, sí sabía una cosa: sin importar adónde hubiera ido ni con quién hubiera estado, jamás había logrado librarse de sus sentimientos hacia Annie.

Ya estaba harto de huir de ellos.

—Hola, Annabelle —saludó.

Annie alzó la cabeza tan deprisa que se la golpeó contra el mostrador.

—Ay —murmuró, frotándose la cabeza mientras se incorporaba.

—Perdona, no pretendía asustarte.

Annie se quedó mirándolo con incredulidad.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

A Mac se le encogió el corazón. Debería haber sabido que no sería fácil.

—He vuelto al pueblo.

—No es verdad —respondió ella con tal firmeza que Mac estuvo a punto de reírse.

—Sí que lo es.

—No puedes.

—Annie, creo que no tienes potestad para decidir eso.

Annie se cruzó de brazos y declaró:

—Pero sí que tengo potestad para decidir quién entra en mi pastelería, así que ya puedes largarte de aquí.

—¿Me dejas al menos que me explique? Quería decirte que siento lo que ocurrió.

—No sé de qué estás hablando.

—Vamos, Annie…

—¡No me vengas con «Vamos, Annie»! Hace ocho años que no te veo, Macaulay Sullivan.

—Intenté verte.

Lo había intentado. En varias ocasiones a lo largo de los últimos años, había pasado por casa de los padres de ella. Muy oportunamente, Annie nunca andaba cerca y nadie sabía dónde encontrarla. Daba la impresión de que desaparecía cada vez que él volvía a Dream Harbor. O eso o sus amigos y familiares habían recibido instrucciones para hacerle creer que así era.

Annie resopló antes de responder:

—Mira, no hace falta que tengamos un gran reencuentro nostálgico. ¿Has vuelto a vivir al pueblo? Pues muy bien por ti, pero yo no pienso interactuar contigo, así que, por favor, lárgate.

—Lo siento. Por todo.

Annie apoyó las manos en el mostrador y se inclinó hacia delante:

—No necesito ni quiero tus disculpas. Éramos unos críos y lo que tuvimos fue una aventurilla absurda.

A Mac se le formó un nudo en la garganta. Entendía su rabia, pero Annie no podía borrar lo que había sucedido entre ellos. Había sido algo extraordinario. Desde entonces, jamás había encontrado nada parecido.

—A mí no me pareció que tuviera nada de absurdo —le dijo él entre dientes.

Annie se encogió de hombros como si nada de eso le importara en absoluto. Debería haberle propinado un puñetazo en la cara. Le habría dolido menos.

—Supongo que significó más para ti que para mí —respondió, y esas palabras de ella se le clavaron hasta los huesos.

Una pequeña parte de él se alegraba. Si lo hubiera recibido con los brazos abiertos, no se habría fiado de ella.

—No lo dices en serio, Annabelle.

—¡No me llames así, joder!

—Perdona.

Annie se quedó mirándolo desde detrás del mostrador. Esos mismos ojos azules que en otra época lo miraban con arrobo se habían convertido ahora en puñales.

—Mira —siguió ella—, yo ya he olvidado lo que pasó entre nosotros y no necesito que vengas a mi pueblo a remover otra vez el pasado. Así que, por lo que respecta a todos, no me caes bien, Macaulay Sullivan. Nunca me has caído bien y nunca lo harás.

Él asintió, tragándose el resto de las cosas que deseaba decirle, todo aquello que nunca había confesado. Era evidente que ella no deseaba oírlo. Y no le debía nada. No le debía su perdón. No después de cómo la había tratado.

—De acuerdo —contestó—. Siento haber entrado. —Se volvió para marcharse, pero miró atrás una última vez—. La pastelería ha quedado preciosa. Has hecho un trabajo asombroso.

Y, por un instante, Annie suavizó el gesto, un destello fugaz de la manera en que solía mirarlo antes, pero enseguida volvió a endurecerlo y frunció el ceño.

La Annie a la que conociera años atrás había desaparecido. Esta ya no era suya. Esta era la Annie a la que había hecho daño.

Ahora tendría que encontrar la manera de vivir en el mismo pueblo que ella y no volverse loco echándola de menos.

Porque, si bien Annie ya no era suya, él siempre le pertenecería.

Capítulo 34

Ahora

Casi una hora más tarde, se detuvieron frente a una modesta vivienda de estilo ranchero ubicada al final de una calle sin salida en un pueblo del que Annie nunca había oído hablar. El buzón tenía forma de perca americana.

—¿Dónde narices estamos? —murmuró Mac desde el asiento del conductor.

—En la dirección que me dio Estelle esta mañana, donde vive su prima Sylvia, y más vale que esas dos fugitivas estén ahí dentro —manifestó Annie mientras bajaba de la camioneta.

Mac hizo lo mismo y recorrieron el camino cubierto de nieve hacia la puerta. La nieve congelada crujía bajo sus botas.

En la puerta había una corona navideña y un felpudo de bienvenida donde se leía «¡Felices fiestas!». A Annie aquello le pareció alentador. Dentro de la casa había alguien que llevaba allí el tiempo suficiente para al menos haber puesto los adornos de Navidad.

Llamó al timbre y esperaron, apretujados en el pequeño rellano situado en lo alto de los escalones de cemento. Mac olía a *sex appeal* especiado y a sentimientos encontrados. Una combinación altamente complicada.

—No viene nadie —murmuró él.

—Ya lo harán —insistió ella—. Aquí es donde dijeron que estaban.

«Más les vale que vengan». Aquel día no tenía tiempo para seguir buscando por más pueblecitos. Volvió a llamar al timbre.

Mac fulminó la puerta con la mirada, como si así fuese a conseguir que se abriera antes.

Al fin se abrió y, del otro lado, apareció una mujer muy menuda y muy anciana.

—Hola —dijo Annie—. ¿Es usted Sylvia? Hemos venido a recoger a Estelle y a Dot.

La mujer parpadeó confusa.

«Dios mío, será mejor que sepa dónde están».

—¿Cómo dices, querida? —preguntó la mujer ladeando la cabeza.

—¡Estelle y Dot! ¡¿Están aquí?! —gritó Mac con tal fuerza que la mitad del vecindario debió de saber a quién andaban buscando.

Annie le dio un codazo en el brazo. Él le devolvió el golpe sin dejar de sonreír a la anciana.

A la mujer se le iluminó el rostro.

—Ah, sí, están aquí. Pasad. —Y abrió la puerta del todo.

Annie suspiró aliviada antes de seguirla hacia el interior. Si Estelle no hubiera estado allí, no sabía qué habría hecho, aparte de denunciar su desaparición y buscar a otra mujer que se disfrazara de ella durante la boda. Tal vez Logan no llegara a darse cuenta.

—Me daba miedo que fuerais de esas personas terribles que siempre andan intentando convencerme para que me una a su secta —explicó Sylvia con una alegre sonrisa mientras los conducía a través de la vivienda.

—Ay…, caramba —fue lo único que se le ocurrió decir a Annie.

Mac se rio tras ella.

—Estelle tiene suerte de que le permitiera quedarse a pasar la noche —prosiguió Sylvia. Caminaba despacio, arrastrando los pies, y aún no habían terminado de cruzar la sala de estar, increíblemente floreada—. Su padre y el mío tuvieron una horrible disputa. Fue hace muchos años.

—Seguramente a principios del siglo XIX —murmuró Mac.

Annie trató de darle otro codazo, pero esta vez le pilló preparado y la esquivó.

—Pero no podía dejarla a la intemperie. Además, vino con su encantadora amiga Dot, así que aquí estamos.

—Ha sido muy… caritativo por su parte —manifestó Annie, y Sylvia le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

Encontraron a las desaparecidas en una luminosa terraza acristalada ubicada en la parte posterior de la casa.

—Aquí están —anunció Sylvia—. Más te vale no haberte guardado nada mientras no estaba —le dijo a Estelle, fulminándola con la mirada.

—Aquí no hay nada que robar —aseguró Estelle, que le devolvió la mirada de odio.

Dot al menos tuvo el detalle de saludar a Annie y a Mac.

—Sentimos muchísimo que hayáis tenido que venir hasta aquí a recogernos. Ha sido culpa mía. Me dejé los faros encendidos cuando llegamos. —Se levantó de la silla de mimbre blanca donde estaba sentada y junto a la cual dormitaba un perro con pinta de viejo. Le dio a Annie un fuerte abrazo.

—No es molestia —contestó Annie alegremente, aunque la situación hubiera supuesto un inmenso problema—. Estábamos preocupados por vosotras.

—Le dije a Henry adónde íbamos —se justificó Estelle—. Ese hombre nunca me hace ni caso.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —Sylvia dirigió su pregunta a Mac.

A su lado, parecía extremadamente menuda, la cabeza apenas le llegaba a la altura del bíceps.

—No, gracias. Tenemos que marcharnos cuanto antes.

—¿De verdad? Un muchacho tan alto como tú debe de estar sediento o hambriento. Podría sacar unas galletas.

Estelle resopló desde la mecedora del rincón donde se hallaba sentada.

—¿Galletas? ¿Así es como llamas a esos ladrillos secos que has intentado ofrecernos?

—¿Lo ves? Esta es la clase de comportamiento por el que se caracteriza su rama de la familia. —Sylvia se agarró del brazo de Mac—. Me recuerdas a mi difunto marido —agregó mirándolo desde abajo.

Él miró a Annie en busca de ayuda, pero ella seguía demasiado ocupada tratando de averiguar qué estaba ocurriendo y qué hacían todos allí.

—Bueno, pues, si has terminado lo que tuvieras que hacer, Estelle, deberíamos volver para no llegar tarde a la boda.

A Annie le dieron ganas de gritar: «La boda de tu único nieto, al que criaste, que te quiere más que a nada en el mundo. ¿Te acuerdas de su boda?».

Sin embargo, mantuvo una sonrisa impecable y evitó la mirada de auxilio de Mac cuando Sylvia se pegó más a su costado. Aunque no le cabía duda de que, después, se burlaría de él en relación con su nueva novia.

—Habremos terminado con lo que tengo que hacer en cuanto Sylvia renuncie a lo que es mío por derecho.

—¿Tuyo, dices? ¡Qué desfachatez! —Sylvia temblaba de rabia. Se mantuvo aferrada al brazo de Mac mientras hablaba—. Esa reliquia lleva generaciones en nuestra familia y es tan mía como tuya.

Estelle resopló y se levantó de la mecedora.

—Sea como fuere, tengo un nieto que la necesita, y tú no.

—El hecho de que mis nietos no lo quisieran no significa que deba entregártelo después de que te presentes aquí con aires de grandeza, como si fueras la dueña de todo.

—Llevan dándole vueltas a lo mismo desde que llegamos —le susurró Dot a Annie—. Lo cierto es que no sabía en lo que me metía cuando accedí a traerla hasta aquí. Pensé que veníamos simplemente a recoger algo para la boda.

—Te ha engañado —respondió Annie, también en un susurro.

—Desde luego.

—Llevo meses llamándote —prosiguió Estelle—. Podrías habérmelo dado hace semanas y no estaríamos en esta situación.

—No recibí tus mensajes. —Sylvia se encogió de hombros.

—¡Ja! —exclamó Estelle, acercándose más—. Como decía siempre mi padre, tu familia está llena de mentirosos.

Sylvia ahogó un grito y Annie se vio a sí misma como el personaje secundario de una telenovela. Mac se movió para interponerse entre las dos primas. Si iba a tener que interceder en una pelea entre dos ancianas, Annie acabaría por perder los nervios. Desde luego, aquello no figuraba en su lista de tareas para la boda.

—Señoras —les rogó Mac, luciendo su sonrisa más seductora—, estoy convencido de que podemos llegar a un acuerdo. Somos todos adultos, ¿no es así? —Le guiñó un ojo a Sylvia.

Ella lanzó una risita nerviosa.

Bueno, quizá sí que fuera un buen testigo de boda. Eso había que reconocérselo.

Sylvia se sonrojó y se atusó el rizado cabello blanco.

—Quizá podamos llegar a un entendimiento —convino—. Ven conmigo. —Cogió de la mano a Mac y lo sacó de la habitación.

Él miró hacia atrás con los ojos desencajados; Annie se encogió de hombros y movió los dedos en señal de despedida. Si quería ponerse en modo seductor, ese era el resultado.

—De verdad, siento mucho todo esto —insistió Dot.

Pero Estelle seguía furiosa.

—¡No es culpa nuestra que esa vieja arpía no quiera darme lo que es mío!

Annie le dio una palmada en el hombro.

—Estoy segura de que nos lo dará y llegaremos con tiempo de sobra para la boda, ¿de acuerdo? Todo va a salir bien.

El viejo perro emitió un largo suspiro. Annie se sentía igual.

—Por cierto, ¿de qué reliquia se trata y por qué es tan importante? —preguntó mientras aguardaban a que Mac y Sylvia regresaran.

—Trae buena suerte —explicó Estelle—. Lleva años en mi familia y todas las novias que se lo han puesto en su noche de bodas han gozado de un matrimonio duradero y feliz, así que es muy importante. Tenía que venir a buscarlo.

—Seguro que Jeanie y Logan tienen un matrimonio duradero y feliz pase lo que pase —dijo Dot.

—Aun así, me gustaría contar con esa ayuda añadida.

—¿Tú lo llevaste? —preguntó Annie, sin acertar a entender aún de qué narices estarían hablando. Jeanie ya tenía el vestido, los zapatos y las joyas que se pondría aquel día. ¿Qué más faltaba?

—No pude ponérmelo —replicó Estelle—, porque Sylvia dijo que lo había perdido después de su boda. En su momento no quise insistir, pero Logan es demasiado importante para mí como para no poder dárselo a su prometida.

Si Annie no tenía en cuenta que aquella situación había trastocado por completo su día y puesto en riesgo la boda, casi podría entenderlo como un gesto de amor de una abuela hacia el nieto al que había criado. Casi.

—Ya estamos aquí —anunció Sylvia al entrar en la habitación arrastrando los pies. Llevaba un paquete envuelto bajo un brazo y la mano de Mac en la suya—. Solo te lo doy porque Dot ha sido una invitada excepcional y Mac me ha alegrado el día. Si te hubieras presentado aquí tú sola, te habría dejado fuera.

Estelle soltó un resoplido y alargó la mano.

—Dámelo de una vez.

—Estelle —murmuró Annie entre dientes—, sé amable.

Tal vez, si hubiera sido amable desde el principio, no se encontrarían en esa situación, aunque se abstuvo de mencionar esa parte. No sabía qué había ocurrido entre aquellas dos mujeres, pero no pensaba ponerse a investigar en esos momentos.

Estelle puso los ojos en blanco como una adolescente; luego, se aclaró la garganta y volvió a intentarlo:

—Por favor, ¿serías tan amable de entregarnos el paquete para que podamos marcharnos?

Sylvia vaciló; aun así, se lo entregó y Annie suspiró aliviada.

—Gracias por tu hospitalidad. —Dot se inclinó para darle un abrazo a la anciana.

—Puedes volver cuando quieras —respondió Sylvia y le dio una palmada en la espalda—. Eso vale para ti también —agregó en alusión a Mac.

Este se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Sylvia. Agradecemos mucho tu ayuda —le dijo volviendo a apretarle la mano con cariño.

—Bueno, grupo, tenemos una boda a la que asistir —manifestó Annie, metiéndoles prisa a todos para que salieran de la casa.

El perro por fin se despertó y ladró cuando cerraron la puerta tras ellos.

Se apretujaron todos en la enorme camioneta deportiva de Mac y, antes de ponerse otra vez en carretera, Annie sintió la necesidad de saberlo.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó.

Estelle desenvolvió el paquete y le mostró una especie de tela o prenda. Annie seguía sin estar segura de lo que estaba viendo.

Se volvió para poder verlo mejor.

—Pero ¿qué es?

—Es un camisón —replicó la anciana.

Annie estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva.

Era un camisón, en efecto, uno que debía de tener más años que el propio país. La tela amarilleaba, tenía las mangas largas y el cuello alto, y seguramente le llegaría a Jeanie a la altura de los tobillos. Era un horror. Era lo que se pondría un fantasma furioso para aparecerse en una vieja mansión victoriana.

—¡Guau! —fue lo único que acertó a responder. Se sentía incapaz de mirar a Dot a los ojos, pues se notaba que estaba intentando no reírse—. ¿Quieres que Jeanie se ponga esto esta noche?

—Por supuesto —dijo Estelle—. Si lo hace, Logan y ella tendrán un matrimonio duradero y feliz, garantizado. —Sonrió de oreja a oreja.

Annie tuvo que darse la vuelta antes de empezar a reírse. Alcanzó a ver que los hombros de Dot empezaban a temblar. Habían ido hasta allí para recuperar un camisón antediluviano. Annie estaba bastante segura de que, si Jeanie se lo ponía, la prenda se desintegraría en cuanto Logan la tocara. La idea le hizo soltar un resoplido al intentar contener la risa.

—Espera un momento —intervino Mac; intentaba recomponer las cosas lentamente desde el asiento del conductor—. ¿Hemos venido hasta New Hampshire para recoger una vieja prenda mágica de lencería?

Ahí fue cuando Annie y Dot perdieron por completo el control y prorrumpieron en sonoras carcajadas. Hasta la propia Estelle comenzó a reírse.

—Supongo que se me había olvidado lo antiguo que era —confesó —. No sé si aguantará otra noche de bodas.

El grupo se rio con más fuerza aún al oír aquello. Annie estaba doblada hacia delante en el asiento del copiloto y le dolían los costados de tanto reírse.

—¿Puedo estar presente cuando se lo des? —preguntó entre risas —. Me muero de ganas de ver la cara de Logan cuando lo vea.

—Jeanie es tan simpática que seguro que finge que le gusta —conjeturó Mac, y el grupo se desternilló de nuevo.

—¡Dios, qué locura! —Annie se secaba las lágrimas de los ojos.

—En su momento me pareció buena idea —se defendió Estelle.

Dot le dio una palmada en el hombro y dijo:

—Era una idea preciosa. Seguro que Logan y Jeanie apreciarán el gesto.

—Sí, y hay que ver el lado positivo: Mac ha estado a punto de salir de ahí con novia —observó Annie.

—Sylvia era una mujer muy guapa —declaró él con gesto impávido—. Aunque no me ha gustado que quisiera contarme lo cariñoso que solía ser su difunto marido.

Annie se rio.

—Tendrás difícil estar a la altura —le dijo, dándole un codazo en el brazo, que reposaba sobre el compartimento central entre los asientos.

—No sé si podría seguirle el ritmo a Sylvia, eso seguro —respondió él mientras meneaba la cabeza con una sonrisa.

De pronto se hizo un silencio en el asiento trasero y Annie se volvió para mirar.

—¿Qué ocurre entre vosotros dos? —le preguntó Dot con una sonrisa—. Algo ha cambiado.

—No ha cambiado nada —se apresuró a responder Annie.

—Claro que sí —insistió Dot—. Algo ha cambiado, está claro. —Se le iluminaron de pronto los ojos—. Os habéis acostado por fin, ¿a que sí?

—Gracias a Dios. —Estelle puso los ojos en blanco—. Un momento. ¿Qué día es hoy? A lo mejor he ganado la apuesta.

A Annie se le puso la cara como un tomate. No podía creerse que tuviera que mantener aquella conversación atrapada en un coche con Mac.

—No nos hemos acostado. Las cosas siguen igual entre nosotros. No ocurre nada, ¿de acuerdo?

Ambas mujeres la miraron como si no se creyeran una sola palabra de lo que estaba diciendo.

—Bueno, Annie, eso no es del todo cierto. —La voz de Mac sonó burlona y perversa.

No sería capaz.

—Ni te atrevas —le advirtió.

Él le sostuvo la mirada un segundo antes de devolverla a la carretera.

—Ah, es verdad. Se me olvidaba que te he dado un día más.

—Un día más ¿para qué? —quiso saber Estelle.

—Un día más para seguir fingiendo que no ocurre nada entre nosotros —aclaró él, y Annie le dio un fuerte manotazo en el hombro —. Uy. ¿He hablado más de la cuenta?

—Lo sabía —declaró Dot triunfal, arrellanándose en su asiento—. Siempre percibo estas cosas.

Annie quiso decirle que ni siquiera había sido capaz de percibir que uno de sus propios empleados llevaba décadas colado por ella, pero, por desgracia, le habían enseñado a respetar a sus mayores.

—Bueno, entonces, ¿he ganado la apuesta o no?

—No has ganado. —Annie dejó la mirada fija en la carretera—. No ha ganado nadie.

—Y que lo digas —murmuró Mac junto a ella.

Y, llegado ese punto, Annie ya no sabía qué constituiría una victoria.

Capítulo 35

Ahora

La boda

Mac nunca había sido la clase de persona que fantaseaba con el día de su boda, pero habría mentido si hubiera dicho que no había sentido nada al ver a Annie caminando por el pasillo hacia él. En un mundo diferente, en un universo paralelo, aquella podría ser su boda. Annie podría estar caminando hacia el altar para casarse con él.

Ella le sostuvo la mirada y el resto de los presentes en la sala desaparecieron. Una parte de su cerebro sabía que se hallaba entre Noah y Bennett, todos con sus trajes gris oscuro y una ramita de acebo en la solapa. Sabía que Logan esperaba a Jeanie en el altar. Sabía que los árboles que había ayudado a Bennett a decorar estaban iluminados y que el granero en su conjunto titilaba con velas y lucecitas blancas de Navidad. Sabía que Estelle y Henry se encontraban sentados en la primera fila junto a los padres de Jeanie, como si Estelle no hubiera pasado las últimas veinticuatro horas desaparecida. Sabía que Annie había desempeñado un importante papel para asegurarse de que el día fuese perfecto.

Pero, viendo a Annie caminar por el pasillo, ella era lo único que sabía, lo único que veía, lo único que le importaba.

Las damas de honor llevaban vestidos de un intenso tono carmesí, o al menos eso imaginaba, porque no había apartado la mirada de Annie el tiempo suficiente para confirmarlo, pero sabía que el vestido de ella era de manga larga, con escote alto por delante y la espalda al descubierto. Se imaginó bailando con ella más tarde, posando la mano sobre su piel desnuda. Si se lo permitía. Su cabello rubio lucía

unos rizos satinados que le caían por encima de un hombro y, cuando la miró a la cara, vio lágrimas en sus ojos.

De nuevo fue consciente de que Annie era mucho mejor que la fantasía.

Llegó a la parte delantera y se situó junto a Hazel y Kira. La música cambió y los invitados centraron su atención en la novia. Annie se quedó mirándolo unos segundos más y él le guiñó un ojo, temiendo que ella fuese a fruncir el ceño. En vez de eso, le dedicó una sonrisa amable antes de volver la mirada hacia la novia.

Bennett le dio un codazo desde su lado.

—¿Por eso no te hemos visto en todo el día? —susurró.

—¿De qué estás hablando?

Noah dejó escapar un resoplido de incredulidad.

—Si os estabais follando con la mirada de camino al altar.

—No es verdad.

¿Era verdad? ¡¿Había estado follándose a Annie con la mirada delante de todo el pueblo?!

Nada más ver la enorme sonrisa de Jacob desde la tercera fila, lo confirmó. Cuando el tipo empezó a poner caritas de beso y a dibujar con los dedos corazones en el aire, Mac tuvo que apartar la mirada.

—Claro que sí —se rio Bennett—, pero ya nos lo contarás después.

—No pienso contaros nada.

—Ha pasado de mirarte como si quisiera asesinarte a eso otro en el transcurso de un fin de semana. Claro que nos lo tienes que contar —susurró Noah antes de volverse hacia Logan para entregarle un pañuelo de tela.

El grandullón tenía lágrimas que le resbalaban por la cara viendo a su futura esposa.

Era muy tierno, a decir verdad, y Mac trató de centrarse en la ceremonia nupcial en lugar de en Annie y en lo que le diría cuando terminara el día. No había sido su intención darle un ultimátum, y ni siquiera esperaba que tuviese una respuesta que ofrecerle. Solo quería que hablase con él. Estaba harto del silencio entre ambos, de las medias verdades.

—Estamos hoy aquí reunidos —comenzó el alcalde Kelly— para unir en matrimonio a dos de los nuestros, a dos personas muy

queridas para este pueblo.

Les sonrió a ambos y Jeanie alargó un brazo para secarle a Logan una lágrima de la mejilla. Estaba preciosa con su deslumbrante vestido de encaje blanco, como un hada a la que uno encontraría en un bosque recóndito y cubierto de escarcha, y Mac supo que, de haber estado en el lugar de Logan, también habría llorado.

—Jeanie —el alcalde se volvió hacia la novia—, desde que te mudaste al pueblo, todos supimos que eras especial, también que eras la indicada para cuidar de nuestro Logan. —Continuó entonces dirigiéndose al novio—: Logan, este pueblo, tus familiares y amigos siempre han querido lo mejor para ti, y sabemos que lo mejor es Jeanie.

—Ya te digo que lo es —contestó Logan, lo que provocó risas entre la concurrencia.

—El amor es una cosa curiosa —prosiguió el alcalde—. No siempre es grandilocuente o exagerado. La mayoría de las veces, es algo sereno y modesto. Es compartir una taza de café un día lluvioso o leer uno al lado del otro todas las noches. Es encontrar a la persona que te entiende. La persona que te brindará su apoyo en cualquier situación. Tu persona —agregó con una sonrisa—. Y, como todos sabemos que habéis encontrado eso el uno en el otro, pasemos a los votos para que empiece la fiesta.

Algunos de los invitados soltaron un hurra ante aquella sugerencia.

Jeanie dejó escapar una risa llorosa y estiró el brazo hacia atrás para coger el papel doblado que Annie le alargó. Lo abrió y se aclaró la garganta.

—Logan —comenzó con un ligero temblor en la voz—, nunca esperé encontrarte. Nunca esperé encontrar aquí un hogar, una vida, pero me alegra mucho haberlo hecho. Prometo amarte hasta que ambos estemos viejos y arrugados, y seguiré amándote incluso después de eso. Prometo querer a tu familia como a la mía propia. Prometo no limitar jamás el número de gallinas que puedes tener.

Logan se rio entre lágrimas con aquel comentario, al igual que Mac. Aquello era amor. Gallinas ilimitadas.

—No puedo prometerte que vaya a mantener nuestra casa ordenada, pero siempre te ayudaré a convertirla en un hogar. Te quiero y prometo ser tu compañera de aquí a la eternidad.

El cortejo nupcial al completo estaba ya secándose las lágrimas y Mac no sabía cómo lograría el pobre Logan decir sus votos sin desmoronarse. Sería difícil estar a la altura de Jeanie.

—Jeanie —comenzó el novio, y acto seguido se detuvo para aclararse la garganta—. Jeanie… —Otra pausa.

Mac sabía que hablar delante del pueblo entero era lo último que Logan desearía hacer.

Jeanie se inclinó hacia delante, le susurró algo al oído y Logan se rio.

—Puedes hacerlo —le dijo ella, dándole un beso en la mejilla.

—Jeanie —comenzó Logan de nuevo—, intenté que no me gustaras.

Mac meneó la cabeza. «Dios bendito, mal empezamos», pensó, pero Jeanie sonreía. Quizá no fuera tan mal.

—Intenté que no me gustaras, pero me fue imposible porque lo cierto es que me gusta todo de ti. Me gusta lo amable y valiente que eres. Me gusta que te muevas por el mundo buscando aquello que te aporta alegría. Yo nunca había vivido así mi vida. Pero tú me aportas alegría cada día y prometo intentar hacer lo mismo por ti. Prometo amarte con todo mi corazón. Para siempre.

Annie miró a Mac a los ojos desde el otro lado del altar. ¡Qué no habría dado él por poder hacerle la misma clase de promesas!

El alcalde Kelly estaba secándose las lágrimas por detrás de las gafas.

—Ha sido precioso, chicos. Sencillamente precioso. Estoy muy orgulloso de vosotros —manifestó mientras todos los presentes recuperaban la compostura—. Ahora, vayamos al grano. Jeanie, ¿quieres a este hombre como tu legítimo esposo?

La sonrisa de Jeanie fue tan amplia que Mac la sintió en su propio corazón.

—Sí, quiero —respondió ella con orgullo.

—Y, Logan, ¿quieres a esta mujer…?

—Sí, quiero —soltó Logan antes de que Pete pudiera terminar su frase.

—Muy bien, muy bien —dijo el alcalde con una carcajada—. ¿Los anillos?

Noah le pasó a Logan la alianza y este se apresuró a ponérsela a Jeanie en el dedo, saltándose por entero la parte en la que debía decir algo, pero llegado ese punto ya estaba listo para estar casado.

Jeanie sonreía radiante, con el rostro bañado en lágrimas, mientras le ponía el anillo a Logan.

—Con este anillo, yo te desposo —siguió el guion, y Logan se puso más rojo de lo que ya estaba.

—Yo también —agregó, y los invitados se rieron un poco más.

Mac creía que había tanto amor en aquella sala que jamás había experimentado algo parecido, y era todo por ellos, todo por aquellas dos personas a las que todos querían tantísimo.

Y quizá por primera vez desde que había vuelto, desde la primera vez que Annie le dijo lo mucho que quería al pueblo, lo entendió por fin. Entendió lo especial que era aquel lugar y la suerte que tenía de estar allí.

Se secó los ojos. Joder, ahora también él había empezado a llorar.

—Puedes besar a la novia —anunció el alcalde Kelly entre risas.

Logan tomó el rostro de Jeanie entre las manos y besó a su esposa.

El pueblo entero prorrumpió en vítores.

Annie se levantó de la mesa y esperó a que los invitados guardaran silencio. Cuando por fin lo hicieron, alzó su copa de champán.

—Cuando conoces a alguien desde pequeña —comenzó—, te vuelves protectora, quizá en exceso. —Le dedicó a Jeanie una mirada cómplice, recordando el día en que Hazel y ella le advirtieron que tuviera cuidado de no hacer daño a Logan. Jeanie le devolvió la sonrisa—. Como ha dicho Pete, quieres lo mejor para esa persona, en especial cuando sabes que es una de las mejores personas del mundo.

Miró a Logan, sentado junto a Jeanie en la mesa nupcial del centro de la sala. Estaba absurdamente guapo con su traje gris oscuro y su corbata granate. Guapo y feliz. Pero, por un momento, lo vio tal como era tantos años atrás. Un muchacho triste y taciturno al que ella había decidido de inmediato que tenía que animar. Ahora Jeanie estaba sentada a su lado, deslumbrante con su vestido de novia y el oscuro cabello recogido en un moño. Resplandecía bajo la luz suave del granero, y Annie supo que su relación con Logan sería distinta a partir de ese momento.

—Logan ha sido mi mejor amigo desde que teníamos cinco años, cuando le obligué a serlo.

Los presentes se rieron de aquello.

—Aunque ahora Logan tiene una nueva mejor amiga —agregó, y vio un destello de emoción en el rostro de su amigo—. Y no podría haber encontrado a una mejor. Siempre estaré aquí para ayudaros a ambos, pero me alegra muchísimo que os tengáis el uno al otro. —Apenas logró pronunciar las palabras antes de que empezaran a brotarle las lágrimas, de manera que alzó su copa y todos la imitaron —. ¡Por la feliz pareja!

Volvió a sentarse y utilizó la servilleta para enjugarse los ojos, confiando en no haberse estropeado de nuevo el maquillaje. En la ceremonia ya se le había corrido todo.

Por suerte, a continuación le tocó el turno a Noah.

—Hola a todos, soy Noah. Creí que yo era el mejor amigo del novio, pero ahora me entero de que soy el tercero de la fila.

—El cuarto —le corrigió Hazel, sentada junto a él, y todos se rieron, incluido el propio Noah, que meneó la cabeza.

—El cuarto, supongo. Pero lo acepto, porque, durante los dos primeros años desde que lo conocí, estuve convencido de que me odiaba. Como todos sabéis, eso es parte del encanto de Logan.

Más risas, incluso de Logan.

—Jeanie, por otra parte —continuó Noah—, me cayó bien desde el principio, y estaba convencido de que yo a ella también. —Le guiñó un ojo y Jeanie meneó la cabeza, riéndose—. No se me ocurría una pareja mejor. Salvo tal vez Hazel y yo.

La multitud se quejó y Hazel le dio un manotazo en el brazo.

—¿Y qué pasa con nosotros? —gritó Kira desde su sitio, al lado de Bennett.

—Todos podemos tener opiniones distintas al respecto —se rio Noah—, pero, como hoy es su día, levantemos nuestras copas para brindar por Jeanie y Logan.

De nuevo, los invitados bebieron a la salud de los novios.

Noah volvió a sentarse y Hazel se inclinó hacia él. Llevaba el cabello rizado recogido con una preciosa diadema de plata y, aunque su vestido era del mismo color que el de Annie, un intenso rojo oscuro, el corte difería. Había escogido un escote bajo con tirantes finos, mientras que Kira se había decantado por un escote barco. El de Annie era recatado por la parte delantera, pero llevaba la espalda al descubierto. Le encantaba, pero sobre todo le gustaba que Jeanie les hubiera permitido escoger lo que mejor les sentaba.

Aquel era otro de los detalles que hacían que la boda fuera tan especial.

Varias rondas de champán más tarde, la parte de los discursos se había descontrolado por completo, cosa que Annie probablemente debería haber visto venir. Sin saber cómo, el micrófono había empezado a pasar de mano en mano y todos los vecinos del pueblo parecían tener algo que querían decirle a la feliz pareja.

Annie pensaba que, quizá, como una de las damas de honor, debería ponerle fin a aquello; sin embargo, los novios parecían estar pasándoselo en grande. De manera que se arrellanó en la silla, se quitó los zapatos y se limitó a disfrutar del espectáculo.

—El consejo ese de no irse a dormir enfadado no es correcto —estaba diciendo Isabel, copa de champán en mano—. A veces hay que dormir para ver las cosas con más claridad a la mañana siguiente.

—¡O mejor aún, irse a la cama y no dormir! —sugirió Marissa, lo que provocó gritos y carcajadas en su mesa de señoras alborotadoras.

—Fantástico —dijo Isabel alzando su copa—. Mejor aún, irse a la cama y no dormir. ¡Por la pareja!

—¡Vivan Logan y Jeanie!

El micrófono le llegó entonces a Dot, que se puso en pie.

—Quería decir que me alegra mucho que hayáis acabado juntos. En el fondo, sabía que cederle a Jeanie el café era una buena idea. ¡Pero no sabía hasta qué punto sería buena! Nos ha beneficiado a todos —reconoció con una sonrisa; miraba a Norm, sentado junto a ella—. Me alegro mucho por vosotros.

—¡Y yo te estaré eternamente agradecida! —gritó Jeanie desde la mesa nupcial.

Debía de dolerle la cara de tanto sonreír, pero Annie estaba encantada de ver a la novia tan contenta y de comprobar que habían conseguido sacar la boda adelante.

Por primera vez desde hacía semanas, sintió que por fin podía respirar tranquila. O al menos se sintió tranquila hasta que desvió la mirada hacia el otro extremo de la estancia y vio que Mac estaba mirándola. ¿Qué demonios iba a hacer al respecto? No ayudaba el hecho de que estuviera guapísimo con el traje, ni que la hubiese mirado mientras recorría el pasillo hacia el altar como si fuese lo único que deseara.

Pensó en lo que había dicho Pete durante la ceremonia. ¿Sería remotamente posible que el hombre que le había roto el corazón tantos años atrás pudiera convertirse en su persona?

—Solo quería dar la enhorabuena a mi preciosa hermana y a su marido —manifestó Bennett cuando tuvo la palabra—. También quería aprovechar la ocasión para felicitar a Kira por el asombroso trabajo que ha llevado a cabo con esta boda.

Esta le sonrió mientras todos los demás aplaudían.

—He contado con mucha ayuda —explicó Kira—. Annie y Hazel son las mejores damas de honor que existen. Y Daisy, con los preciosos arreglos florales. Y muchas gracias a Archer por la increíble comida. No podría haberlo hecho yo sola. Mucha gente ha arrimado el hombro. Estoy muy feliz por que mis primeros clientes hayan sido una pareja tan asombrosa, pero, por favor, tenednos en cuenta para vuestros futuros eventos, ¡*hashtag* kiranortheventos!

Annie sonrió. No pudo evitar acordarse del año anterior en esa misma época, cuando Kira hacía todo lo que estaba en su mano para no dejarse arrastrar por el vórtice de Dream Harbor, y ahí estaba ahora, organizando eventos para el pueblo. Aquel lugar provocaba

ese efecto en la gente. Llegaban allí tristes, perdidos o solos, hasta que Dream Harbor los hechizaba.

Volvió a mirar hacia Mac. ¿Le habría hechizado el pueblo también a él? Claro, había vivido allí la primera mitad de su vida, pero después había pasado mucho tiempo ausente. ¿Llevaría a Dream Harbor en el corazón, como le sucedía a ella?

Lo observó reírse con Noah y pensó que había regresado en todos los sentidos. Durante tres años, ella había intentado fingir que no era cierto, que no era real o que no aguantaría. Pero allí estaba, amigo de sus amigos, reformando la antigua casa de sus padres, regentando el *pub* de su padre. Mac había vuelto a Dream Harbor. Había hecho su vida allí y deseaba estar con ella. Lo único que debía hacer ella era decir que sí.

Devolvió su atención a los discursos justo a tiempo de oír a Cliff comparando el matrimonio con la pesca y haciendo chistes obscenos sobre la caña de pescar. Quizá hubiera llegado el momento de confiscar el micrófono. Estaba a punto de hacerlo cuando lo cogió Mac.

Se aclaró la garganta y miró a su alrededor. Detuvo la mirada en ella tan solo un instante antes de desviarla.

—Deseaba daros la enhorabuena y las gracias a Logan.

Este alzó la mirada sorprendido, con las cejas enarcadas.

—Gracias por permitirme empezar de cero contigo y por ser de las primeras personas en darme la bienvenida al pueblo. Es curioso que, cuando somos jóvenes, sentimos que tenemos que alejarnos del lugar donde hemos crecido, o al menos eso es lo que nos ocurre a algunos, a fin de encontrarnos a nosotros mismos. Y sí que aprendí muchas cosas sobre mí mismo mientras estuve fuera. Viví en muchos lugares alucinantes y conocí a mucha gente interesante, pero, a fin de cuentas, echaba de menos mi hogar. Echaba de menos a la gente de aquí. Echaba de menos esto.

Su mirada volvió a posarse en ella. Annie sintió que se sonrojaba. ¿De verdad la había echado de menos durante todo el tiempo que había estado fuera?

Mac se aclaró de nuevo la garganta:

—En fin, que me alegro mucho por ti, tío, y gracias por dejarme formar parte de esto. ¡Vivan los novios y viva Dream Harbor!

—¡Viva Dream Harbor! —La multitud alzó las copas una vez más.

Capítulo 36

Ahora

La boda (todavía)

—Daisy, ese tío no deja de mirarte —comentó Iris mientras devoraba su segundo plato de galletas.

La casa de pan de jengibre había sido todo un éxito, pero Annie también había dispuesto varias fuentes de galletas y pasteles para los invitados. A Iris parecían gustarle mucho.

—¿Qué tío? No, qué va. ¿Qué tío? —Daisy giró la cabeza de un lado a otro.

—El que está allí con las gafas —respondió Iris riéndose—. Lleva toda la noche mirando hacia aquí.

Daisy siguió la dirección hacia la que señalaba Iris.

Annie, Daisy y Iris eran las únicas tres que quedaban sentadas a su mesa. Habían retirado las sillas de la ceremonia a fin de dejar espacio para la pista de baile entre las mesas. En aquel momento, Annie veía cómo Noah hacía girar en círculos a Hazel, que se reía encantada. Kira y Bennett se habían escabullido hacía una hora y Annie no había vuelto a verlos, aunque se imaginaba muy bien lo que estarían haciendo. Las bodas provocaban ese efecto en la gente.

—¿Y ese quién es? —preguntó Daisy, y Annie miró al hombre en cuestión.

—Es Elliot, el nuevo arquitecto. Está trabajando en la pensión —explicó.

—Guau, Jeanie ha invitado a su boda hasta al último vecino de este pueblo —dijo Iris entre risas.

—Lo sé. Al parecer, andaba por allí cerca cuando Jeanie fue a la pensión a interesarse por la disponibilidad de habitaciones para los parientes que venían de fuera. Se sintió mal por él y lo invitó también.

—Pues sea quien sea, está mirando a Daisy como si quisiera conocerla mejor. —Iris meneó las cejas. Tenía una mano posada en su tripa de embarazada y los pies descalzos apoyados en la silla de al lado. Parecía cansada pero feliz mientras veía a Archer bailar lento con Olive.

—Qué adorable —observó Daisy, viéndolos girar en círculos, Olive subida a los pies de su padre.

—Así es como te atrapan —respondió Iris con gesto afirmativo.

—Bueno, si con eso no te bastó, sin duda con el pollo asado lo habrá conseguido. Estaba tan tierno que casi me echo a llorar —dijo Annie, haciendo que las otras dos se partieran de la risa nuevamente.

—El hombre sabe lo que se hace en la cocina —convino Iris—, de eso no hay duda.

Archer le sonrió desde la pista de baile y Olive la saludó con la mano. Estaba preciosa con su vestido navideño de terciopelo y sus Mary Jane de charol apoyados encima de los zapatos de vestir de Archer. Algo llamó su atención al otro extremo de la sala y Olive se acercó corriendo a Iris.

—¿Eso es chocolate caliente? —preguntó, con toda la intensidad de una niña que haría cualquier cosa con tal de comer chocolate. Una niña igualita a la propia Annie.

—De hecho, es una barra de chocolate caliente —la informó Annie —. Con coberturas.

—¡¿Coberturas?! —chilló Olive.

—Malvaviscos, bastones de caramelo, trocitos de galleta, ah, y nata montada.

—¡¡Nata montada!! —Olive prácticamente había empezado a temblar de emoción.

Annie ignoró la cara de pánico que puso Iris. Aquello era lo divertido de ser tía honorífica.

—Sí. Toda la nata montada que puedas comer.

—¡¡Papá!! ¿Puedo comer un poco? —Olive se volvió hacia Archer, que estaba de pie detrás de ella, fulminando a Annie con la mirada.

Ella se dedicó a sonreírle.

—Claro, Liv, vamos.

—¡Las bodas son lo mejor! —Olive ya había salido corriendo hacia la otra punta de la sala antes de terminar la frase.

—De nada —dijo Annie.

Archer movió la cabeza de lado a lado como si se hubiera resignado al hecho de que su hija no volviese a dormir jamás.

—¿Quieres tú algo? —le preguntó a Iris, inclinándose para darle un beso.

—Bueno, tanto hablar de chocolate caliente…

Archer suspiró, pero le traicionó la sonrisilla que esbozaron sus labios. Aquello le encantaba.

—Te traeré uno.

—Con extra de malvaviscos, por favor. Es para el bebé.

Archer se rio y le dio otro beso en los labios antes de incorporarse.

—Ya, claro. Para el bebé.

—¡Te quiero! —le gritó Iris mientras él se alejaba.

—Guau.

—Lo sé —convino Iris con una sonrisa.

Annie meneó la cabeza, preguntándose si también ella quería chocolate caliente, pero en cambio devolvió la atención a Daisy.

—Entonces, ¿vas a ir a hablar con él?

—¿Cómo? ¿Hablar con el arquitecto? No, qué va. Ni hablar. No me interesan los bichos raros que se quedan mirándote desde el otro extremo de la sala, muchas gracias.

—Bien dicho —repuso Annie con una carcajada—, pero lo cierto es que es un bicho raro bastante guapo —agregó, recordando su plan fugaz de invitarlo a la boda como acompañante.

Daisy lo estudió con detenimiento.

—Es guapo, sí, pero de todos modos yo ya he renunciado a los hombres.

—Espera un momento —intervino Iris—. Dijiste que habías renunciado al amor. Eso no significa que tengas que renunciar a los

hombres por completo. Ya sabes que también sirven para otras cosas. —Y le guiñó el ojo.

Daisy se rio, colocándose el pelo detrás de la oreja. Estaba preciosa con su ajustado vestido negro. No era de extrañar que el bicho raro del arquitecto se hubiera quedado mirándola.

—Ah, por cierto, se me olvidaba mencionarlo —dijo Annie—. No te preocupes por tu maldición, porque no va a arruinar este matrimonio.

—¿En serio? ¿Y eso por qué? ¿Porque Logan y Jeanie se quieren muchísimo?

—¡Qué va! —respondió Annie con una sonrisa—. Porque Estelle ha recuperado un antiquísimo camisón mágico que les traerá buena suerte.

—¿Qué significa eso? —preguntó Iris.

—Esta mañana he tenido que ir a buscarla a New Hampshire porque estaba allí peleándose con su anciana prima por un camisón que ahora habitará en mis pesadillas. ¡Dios mío, mirad! —Annie señaló a Estelle, quien se había plantado frente a la mesa de Jeanie y Logan con la ofensiva prenda.

Jeanie tenía una sonrisa forzada, pero Logan parecía querer meterse debajo de la mesa y morirse.

Annie, Iris y Daisy no paraban de reírse.

—Oye, Annie, parece que tu hermana quiere robarte a tu hombre —dijo Daisy cuando se hubieron recuperado del ataque de risa.

Annie volvió la cabeza hacia la pista de baile, donde vio a Mac haciendo girar en un círculo lento a su hermana, Charlotte.

Su cerebro cortocircuitó.

¿A qué demonios venía eso?

—Si me disculpan, señoritas —dijo levantándose de la silla tan deprisa que las copas vacías tintinearon sobre la mesa. Sin tiempo para localizar sus zapatos, atravesó la estancia descalza hasta donde se encontraba Elliot, que la veía acercarse con los ojos muy abiertos —. Necesito que bailes conmigo. —Y lo sujetó de la mano.

—Es que… La verdad es…

—Da lo mismo —lo interrumpió Annie—. Necesito que bailes conmigo solo una canción, ¿de acuerdo? No vamos a casarnos ni

nada, no te preocupes.

Lo arrastró hacia la pista de baile.

El pobre Elliot echó un último vistazo a Daisy y siguió a Annie hacia el grupo de bailarines.

—Ya te dije que funcionaría —comentó Charlotte; miraba por encima de su hombro hacia Annie, que acababa de irrumpir en la pista de baile.

Mac notaba la rabia de Annie clavada en la nuca.

Claro que había funcionado. ¿Cuántas veces habían hecho eso mismo? Él acudía acompañado a algún evento y, a continuación, Annie hacía lo mismo. No habían parado de atormentarse el uno al otro, una y otra vez.

Estaba cansado de aquello, pero, si esa era la única forma de lograr que Annie le prestara atención, haría lo que fuera necesario. Llevaba evitándolo toda la noche, desde que habían recorrido juntos el pasillo al terminar la ceremonia. Le había resultado agradable sentir su brazo entrelazado con el suyo, no había querido soltarla, pero había que hacerse fotos y brindar por los novios. Después, Annie incluso había logrado desparejar al cortejo nupcial para el primer baile, de modo que él había acabado bailando con Hazel mientras a Noah le tocaba bailar con Annie.

Se dijo a sí mismo que iba a ser paciente. Iba a esperar a que terminara la boda, tal como le había prometido, pero Annie, con ese vestido, se lo ponía muy difícil. Se ajustaba a todas sus deliciosas curvas. A cada hueco, a cada deleitoso centímetro de su cuerpo, y conforme fue transcurriendo la velada, Mac sintió que iba perdiendo la paciencia.

Así que, cuando la hermana pequeña de Annie, que ahora insistía en que la llamara Charlie, se ofreció a bailar con él, le pareció la manera perfecta de provocarla.

Salvo que su plan tenía un fallo, porque, al hacer girar lentamente a Charlie sobre la pista de baile, se encontró cara a cara con Annie en brazos de otro hombre. ¿Quién demonios era aquel tío que tenía la mano puesta en su espalda y deslizaba los dedos sobre la piel

desnuda en el punto exacto donde él había imaginado que la tocaría? ¿El de la pensión? Fuera quien fuera, Mac quería verlo muerto.

—¿Estás bien? —le preguntó Charlie—. Te has puesto muy tenso de repente.

Mac se aclaró la garganta y Annie lo miró a los ojos por encima del hombro de su pareja de baile. Le dedicó una arrogante sonrisa de satisfacción.

—Creo que tu hermana va a acabar conmigo —le dijo.

—Es la persona más testaruda que conozco, así que buena suerte.

—Sí, ya lo sé. Llevo años intentando hacer que me perdone.

—¿Y qué tal va?

—Está bailando con otro hombre, así que no muy bien que digamos.

Charlie enarcó una ceja y dijo:

—Siendo justos, tú estás bailando con otra mujer.

—Bien pensado —admitió Mac, viendo cómo Annie entrelazaba las manos alrededor del cuello del hombre hasta que sus cuerpos casi se tocaron.

Quería aullar de rabia.

Y quizá aulló un poco, porque Charlie se apartó y lo miró con las cejas levantadas.

—Perdona.

—¿Quieres saber lo que opino? —le preguntó ella.

—Desde luego. —No tenía nada que perder.

Se hallaba en clara desventaja y así había sido desde hacía años. Tal vez una de las personas que mejor conocían a Annie pudiera ayudarle por fin a entenderla.

—Sé que Annie cree que es un gran secreto que estuvisteis juntos durante un tiempo, pero yo lo sabía, las hermanas pequeñas siempre lo sabemos, y sé lo triste que se quedó cuando te fuiste.

—Joder, Charlie, ya lo sé. Pero ¿cuántas veces tengo que decir que era un crío estúpido y que lo siento?

—Ese no es el principal problema. —Ella negó con la cabeza—. Recuperarse de un desengaño amoroso es fácil, pero tú le lastimaste el ego. Sabes que le encanta ser perfecta. Pero contigo se equivocó.

Se enamoró de ti y nunca regresaste. No soporta equivocarse. Hiciste que se sintiera estúpida y tonta, y eso es algo que odia por encima de todo.

—¿Y qué hago al respecto?

—En fin, esa es la parte complicada. No lo tengo claro. Supongo que necesita estar segura de que no vas a volver a hacerlo.

—Lo estoy intentando —le aseguró Mac con un suspiro.

—Muy bien. Sigue intentándolo. Y, cuando funcione, habrá merecido la pena. Ya la conoces, Mac. Puede que sea testaruda, pero esa testarudez se convierte en lealtad cuando te quiere. Esa chica está dispuesta a remover cielo y tierra por la gente a la que quiere.

—Sí, ya lo sé —convino Mac, pensando en su viaje a New Hampshire. Y todo para asegurarse de que Logan no se disgustase el día de su boda.

Annie y su pareja de baile se dieron la vuelta y Mac logró verle la cara al tipo. Llevaba unas gafas de montura oscura y se había sonrojado como si aquella situación le resultase abrumadora. Casi sintió pena por él. Sabía que no tenía nada que ver con aquello.

—Gracias, Charlie —dijo dándole un beso en la mejilla.

—No hay de qué —respondió Charlie, y se volvió para ir en busca de su acompañante, que estaba esperándola.

Mac se acercó hasta Annie y le dio una palmada en el hombro a su pareja de baile.

—¿Te importa que me entrometa? —le preguntó.

El hombre pareció aliviado de inmediato, aun cuando Annie parecía dispuesta a discutir.

—Claro, adelante —se apresuró a decir, apartando las manos de ella—. Es toda tuya.

«Si eso fuera cierto», pensó Mac.

Annie vaciló un instante, como si fuese a dejarlo ahí plantado como un idiota, pero tras un silencio incómodo se situó entre sus brazos abiertos.

—Bailar con mi hermana ha sido un golpe bajo —le dijo.

—Llevas toda la noche evitándome, Annabelle. Tenía que hacer algo.

—El día de hoy no está dedicado a nosotros.

—¡Mira a tu alrededor, Annie! Lo has logrado. La boda ha sido preciosa. La gente se ha vuelto loca con la casa de jengibre. Estoy seguro de que Logan no había llorado tanto en toda su vida, lo cual ya es mucho. La novia y el novio están felices. —Señaló a Jeanie y Logan, que estaban bailando lento con la cabeza de ella apoyada en el pecho de él. Parecían inmensamente felices—. Tu trabajo aquí ha terminado, así que creo que el resto de la velada sí podría estar dedicada a nosotros.

Sorprendentemente, Annie no le llevó la contraria, solo se limitó a soltar un resoplido que le acarició el cuello. Tenía las manos sobre sus hombros y lo mantenía a cierta distancia, como si estuvieran en un baile del instituto y los adultos supervisores les hubieran ordenado no acercar demasiado sus cuerpos. Él tenía las manos en sus caderas y, de vez en cuando, le rozaba con los dedos la piel desnuda de la espalda. Deseaba hacer presión con la mano para acercarla más a él. Deseaba sentir todo su cuerpo, con ese maldito vestido, pegado al suyo.

—Creo que, cuando estamos juntos, sufrimos una regresión —le dijo.

Annie lo miró con expresión de asombro.

—¿De verdad?

—Sí, nos comportamos otra vez como adolescentes —explicó, le cogió la mano para retirarla de su hombro y la entrelazó con la de él. Deslizó su otra mano por la parte inferior de su espalda y saboreó el suspiro que escapó de sus labios cuando la acercó más—. Pero ya no soy un adolescente, Annie. Ahora sé lo que quiero.

—¿Y qué quieres? —La voz de ella sonaba ahogada y grave pegada a su oreja. Estaba muy cerca de él, tan cerca que Mac alcanzaba a sentir los latidos desenfrenados de su corazón contra el pecho.

—A ti. —Era así de sencillo. En el pasado, le había dado demasiado miedo perseguir lo que deseaba. Entonces era joven e inexperto. Pero ya no—. Te deseo, Annie, y me da igual si tienes que follarme como si me odiaras, pero esta noche te vas a marchar de aquí conmigo.

—¿En serio? —respondió ella, casi como si fuera a rebatirlo, pero no había en su tono beligerancia. Tan solo curiosidad, interés.

—Sí —contestó él—. En cuanto hayamos acabado aquí, cuando hayas terminado todas las pequeñas tareas que se te ocurran para tratar de ganar tiempo y hayas cumplido con el que crees que es tu deber como dama de honor, cuando todo eso se haya acabado, pienso llevarte a mi casa para terminar lo que empezamos.

«O para empezar algo totalmente nuevo».

Mostrarse así de rotundo con Annie constituía una táctica peligrosa. Casi seguía temiendo que le asestase un rodillazo en la entrepierna; sin embargo, se le habían agotado la paciencia, el tiempo y la cordura. Quizá Annie necesitaba que fuese más firme en su creencia de que aquello podía funcionar, firme por ella y por él. Lo bastante firme para demostrarle que aquello estaba bien, que la deseaba y que no pensaba irse a ninguna parte. Tal vez fuese eso lo que debería haber hecho desde el principio.

A juzgar por el hecho de que Annie no le había dado un rodillazo en la entrepierna y, en vez de eso, se había acurrucado más junto a su cuerpo, pensó que quizá no fuera por mal camino.

No quiso tentar a su suerte, se limitó a abrazarla y mecerla al ritmo de la música, asombrado de que hubieran llegado tan lejos, de que le permitiera abrazarla en público. Eso, en sí mismo, ya suponía un milagro.

Deslizó un dedo índice por debajo del borde del vestido y Annie se estremeció. Un poco más y su dedo encontró las curvas ubicadas por encima de su culo. Era una tortura.

—¿No llevas ropa interior? —susurró.

—Claro que no, no con este vestido —respondió ella, y la notó sonreír contra el lateral de su cuello.

Joder, si no se encontraran en una sala llena de gente, le levantaría el vestido allí mismo para comprobarlo con sus propios ojos.

—Puede que no tengamos que quedarnos hasta el final del todo —masculló contra su oreja—. No puedo esperar tanto.

Annie ahogó un grito al sentir sus palabras sobre la piel.

—No puedo marcharme así —se excusó.

—Por una vez, priorízate tú, Annabelle. ¿Qué deseas hacer tú?

Annie se apartó un poco y encontró su mirada. Tenía los ojos brillantes, de un hermoso color azul mientras lo estudiaba. Deseaba decirle que sí. Se le notaba. Pero volvía a contenerse, no quería volver a cometer otro error con él.

Pero en esa ocasión no sería un error. También de eso estaba convencido.

—¿Qué es lo que deseas? —le preguntó de nuevo, aguantando la respiración. Rezando para que le diera la respuesta que les permitiera largarse de allí.

—A ti —respondió ella al fin, y sus palabras fueron poco más que un soplo de aire, pero Mac alcanzó a oírlas.

No necesitaba nada más. La cogió de la mano y la dirigió hacia su mesa, ya vacía.

—Ponte los zapatos —le susurró al oído, quizá con excesiva dureza, pero era un hombre desesperado—. Yo voy a por los abrigos.

La dejó allí, callada y perpleja, y confió en que siguiera en aquel mismo lugar cuando regresara.

Capítulo 37

Ahora

—Por fin te encuentro. —Logan se le acercó por detrás mientras ella recogía sus zapatos de tacón con tiras de debajo de la mesa, donde los había dejado.

—Hola. ¿Va todo bien? —le preguntó Annie; buscaba a Mac con la mirada, temiendo que pudieran vérsele los planes dibujados en la cara.

—Quería darte las gracias —le dijo Logan—. Por todo, pero sobre todo por localizar hoy a la abuela.

—Te lo ha dicho, ¿eh?

—Sí —Logan puso los ojos en blanco—, surgió el tema cuando le regaló a Jeanie ese espanto de camisón.

Annie se rio.

—Ten cuidado con eso. Según tengo entendido, es una reliquia familiar y trae suerte.

—Esta noche, esa cosa no va a acercarse en absoluto al cuerpo de Jeanie —le dijo él—. Pero gracias, en serio. La casa de jengibre ha sido alucinante, y sé que gran parte de lo que ha ocurrido hoy ha sido gracias a ti. —La envolvió entre sus brazos y le dio un gran achuchón.

—Te quiero, ya lo sabes —le dijo Annie devolviéndole el gesto.

—Sí, lo sé. Yo también te quiero.

—¡Me toca! —exclamó Jeanie al acercarse por detrás de ellos, y le dio a Annie otro fuerte abrazo—. Gracias por encontrar a la abuela —le dijo—, aunque no me entusiasma que la hayas traído de vuelta con ese camisón.

Annie hizo una mueca de dolor.

—Sí, lo siento mucho. No quería irse sin él.

Mac se acercó a la mesa con sus dos abrigos colgados del brazo y el rostro sonrojado, como si hubiera ido corriendo a buscarlos para regresar antes de que Annie cambiara de opinión.

—¿Os marcháis? —preguntó Jeanie.

—Pues…, verás, me daba la impresión de que esto ya se estaba acabando…

—¡Desde luego! ¡Gracias por todo! —le dijo Jeanie—. Deberías largarte. ¡Has hecho un trabajo increíble! —Su sonrisa de suficiencia dejaba patente que tenía clarísimo lo que estaba ocurriendo allí.

Logan, por otra parte, dirigió la mirada a Annie y a Mac alternativamente, dando la impresión de no entender por qué se marchaban juntos.

—Vamos —le dijo Jeanie, tirándole del brazo—. Tenemos otros invitados a quienes dar las gracias. —Se lo llevó a rastras y dejó a Mac y a Annie cara a cara.

Ella estaba segura de que había un millón de razones por las que no debería irse a casa con él, o al menos las había antes, pero ahora, de pronto, ya no se acordaba de ninguna.

—¿Preparada? —le preguntó Mac.

Preparada era algo que Annie no creía que fuese a estar nunca con Mac, pero cogió el abrigo de su brazo y encaminó sus pasos hacia la puerta. Él posó la mano en la zona inferior de su espalda y le provocó un chispeante calor por la columna.

Frente al granero, grupos de invitados se habían reunido en torno a varias hogueras, acurrucados bajo mullidas mantas con tazas de bebidas calientes en las manos. Kira y Bennett ya habían regresado de donde fuera que hubieran ido, se los veía felices y con las mejillas encendidas.

Pero Mac no le permitió distraerse, su mano firme la guiaba hacia los coches.

—¿Os vais ya? —les gritó Kira desde su sitio junto al fuego.

—¡Tenemos que ir a ver cómo están los gatitos! —respondió Annie.

—¿Así es como lo llamamos ahora? —dijo Kira con una carcajada —. ¡Disfrutad!

—¿Te preocupa convertirte mañana en la comidilla del pueblo? —le preguntó Mac mientras la conducía hacia su camioneta.

—No especialmente. —Annie se ciñó el abrigo en torno al cuerpo. Llevaba los zapatos de tacón en la mano y unas botas en los pies para caminar por la nieve—. Pero no me avergüences.

La última vez, al menos nadie supo lo que había ocurrido entre Mac y ella. No sabía si podría gestionarlo en caso de que se enterase todo el pueblo esta vez.

—No tengo intención —respondió él, volviéndose para mirarla.

—¿Y qué tienes intención de hacer?

Mac se acercó más, hasta que ella quedó con la espalda aprisionada contra el lateral de su camioneta. Sintió su aliento cálido en el cuello, sus manos recorriendo las curvas de sus caderas.

—Pensaba que podíamos empezar con un beso —le dijo.

Annie se dio cuenta de que, aun con lo mucho que habían estado tonteando los dos últimos días, no se habían besado. Hacía más de una década desde la última vez y, de pronto, deseó aquello más que ninguna otra cosa. Se quedó mirando a Mac bajo la luz de la luna, cautivada por su mirada, a la espera.

No la hizo esperar mucho. La besó en la boca antes de que pudiera pensarlo demasiado. Y, al notar sus labios, fue como si estos nunca se hubieran ido. Besar a Mac le parecía la cosa más natural del mundo.

Los labios de Mac eran insistentes y ardientes, pegados a los suyos en la noche fría. Los años de desengaño se derritieron sin más. Dejó que sus manos se le enredaran en el pelo y él le asió con más fuerza las caderas. Su lengua no tardó en enroscarse en la de ella, ansiosa y vehemente. La presionó con más fuerza contra la camioneta, recorriendo con las manos cada curva y hueco de su cuerpo, como si no pudiera esperar a que estuviera dentro para tocar cada centímetro de su anatomía, como si tuviera que hacerlo en ese instante.

—Maldito vestido —gruñó contra su boca, levantándole una pierna y subiéndole el vestido por encima del muslo para acomodarse ahí.

Annie se aferró a él, le sujetó con los puños la chaqueta del traje, dejando aflorar por fin los años de tensión, de dolor y de anhelo.

—Mac —dijo con la voz ahogada mientras él se restregaba contra ella, lo que le provocó chispas de placer por todo el cuerpo.

—Te deseo desde hace mucho tiempo. Te deseo desde siempre —le dijo él, y le succionó la delicada piel de su cuello, de su oreja.

Cuando oyeron el crujir de la nieve bajo las botas de alguien que caminaba hacia ellos, Annie se detuvo y presionó con las manos el torso de Mac.

—No podemos hacer esto aquí —susurró—. Tenemos que irnos.

Mac parpadeó como si acabara de regresar a la realidad y se diese cuenta ahora de que estaban en mitad de un campo nevado entre coches aparcados.

El cielo nocturno aparecía frío y oscuro detrás de su cabeza.

—Tenemos que irnos —repitió Annie.

Mac volvió a besarla una vez más, deprisa, y al apartarse vio su rostro iluminado como las estrellas.

—Sí, de acuerdo, vámonos. —Y rodeó el vehículo hacia el lado del conductor mientras ella se montaba.

Por suerte, no había ningún otro coche aparcado que les cortara el paso, de manera que pudieron maniobrar y salir del aparcamiento sin problemas. Annie le lanzó una mirada rápida mientras conducía y él se la devolvió con una sonrisa.

—No te acobardes ahora, Annabelle —le dijo, posando una mano sobre su muslo. La dejó ahí, describiendo pequeños círculos con los dedos.

—No me acobardo —le aseguró ella mientras notaba cómo iban ascendiendo sus dedos.

—¿De verdad no llevas bragas?

—Ya te he dicho que, con este vestido, no puedo —respondió Annie con un nudo en la garganta.

—Demuéstramelo.

A Annie se le desbocó el corazón, el pulso se le aceleró y su sangre se convirtió en lava ardiente.

—No puedo. Te saldrás de la carretera y nos mataremos.

Mac soltó una carcajada grave y Annie no supo cómo había logrado resistirse a él durante tanto tiempo, porque en aquel momento creía que no podría esperar ni un segundo más.

—Vale, entonces no miraré.

Annie no le prometió lo mismo y vio cómo él le subía el vestido poco a poco, arrugando la tela con los dedos sin apartar los ojos de la carretera. Cuando el dobladillo estuvo lo bastante arriba, le metió la mano por debajo del vestido y ella ahogó un grito al notar su piel sobre la suya.

La mano ascendió por el muslo hasta que alcanzó el pliegue entre su pierna y su cadera. El lugar donde Mac descubrió que no le había mentido.

—Joder, Annie —masculló—. Vas desnuda.

El gemido de Annie reverberó en el interior de la camioneta. No miró a Mac a la cara, no podía mirarlo a los ojos, pero mantuvo la atención en su mano. Una mano que ahora había alcanzado la cima de sus muslos y, con un dedo, se deslizaba hacia su parte más húmeda y sensible. Se retorció en el asiento.

—Ábrete de piernas para mí —le ordenó Mac con la voz rasgada.

Ella así lo hizo. Ni siquiera se resistió. Ni siquiera quiso resistirse. Era agradable no tener que pensar en ello, no preocuparse acerca de cuál debería ser el siguiente paso. Simplemente lo hizo.

Y fue recompensada con la caricia de los dedos de Mac en su clítoris. Se aferró a su antebrazo. Él aumentó la presión y sus dedos comenzaron a trazar círculos, aumentando el placer.

—He soñado con esto —murmuró.

—¿Has soñado precisamente con esto? —preguntó ella, incrédula aun en mitad de tanto placer.

—Annie, he soñado con tenerte de todas las maneras posibles —le aseguró Mac, que aceleró el ritmo.

Annie recostó la cabeza en el respaldo del asiento y notó que empezaban a temblarle las piernas mientras recorrían las oscuras carreteras secundarias en dirección a casa de Mac.

Estaba a punto. El placer crecía conforme Mac aumentaba la velocidad y la presión. A punto de correrse, arqueó la espalda contra el asiento y encogió los pies para intentar agarrarse a algo.

—Mac…

—Ya hemos llegado —anunció él, y retiró la mano de debajo del vestido.

Annie volvió la cabeza para mirarlo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces? —le preguntó, consumida por la frustración y el desconcierto.

—Ya hemos llegado —repitió Mac, mostrándole aquella odiosa sonrisa de suficiencia.

—¡Estaba a punto de correrme! Tienes que seguir.

—Verás, Annie —se rio entre dientes—, si vas a follarme como si me odiaras, tenía que darte un poco más de munición —explicó mientras se bajaba de la camioneta.

¿Qué acababa de ocurrir?

Se quedó allí sentada, incrédula, viéndolo entrar en la casa. Se planteó la posibilidad de pedir un Uber y largarse de allí. Entonces miró hacia abajo, vio su vestido arrugado en torno a las caderas, pensó en las sensaciones que le había provocado tener la mano de Mac entre los muslos y supo que solo le quedaba una opción.

Seguirlo y follárselo hasta hacerle perder el sentido.

Capítulo 38

Ahora

Annie entró en su casa con un gesto homicida. Preciosa y con un gesto homicida. Seguía con las mejillas sonrosadas por lo que acababan de hacer durante el trayecto hasta allí, el cabello dorado le caía en bucles por encima del hombro y su cuerpo parecía una fantasía andante enfundado en aquel vestido rojo. Parecía una especie de diosa enviada allí para darle una paliza personalmente.

Provocarla así había sido un acto de cobardía, pero Mac temía que aquella fuese la única forma de poder tenerla, temía que, si le mostraba toda la verdad, ella saliera corriendo. De modo que, en lugar de eso, había vuelto a las viejas costumbres y la había cabreado, confiando en que no se marchara.

Se había quitado las botas y el abrigo junto a la puerta y estaba en mitad de la cocina echando chispas; echando chispas porque deseaba más.

Y eso era justo lo que deseaba él también.

—Hola, Annabelle —la saludó con una sonrisa lenta, esa que ella tanto odiaba.

—¡No me vengas con «Hola, Annabelle»! —respondió Annie entre dientes—. ¿Qué ha sido eso?

—Un adelanto. —Mac trató de mantener una sonrisa confiada pese a empezar a dudar de lo juicioso de su plan.

Annie entornó los ojos y lo fulminó con la mirada, como tenía por costumbre, aunque esta vez había algo distinto. Esta vez vio el calor en sus ojos, el deseo. Quizá hubiera estado allí desde el principio.

—¿Y eso es lo único que voy a tener? —preguntó ella con un resoplido de impaciencia—. ¿Un adelanto?

—Claro que no —le aseguró Mac con una sonrisa—. Te voy a ofrecer el espectáculo entero.

Cruzó la cocina, le cogió la cara con ambas manos y agachó la cabeza para besarla en la boca antes de que pudiera decir una palabra más, separándole los labios con la lengua para devorarla. Cada gemido y cada suspiro eran suyos. Por fin.

Annie enredó las manos codiciosas en su pelo, le bajó la chaqueta por los hombros y él terminó de quitársela para tirarla a un lado. Sin saber cómo, llegaron arriba de esa forma, los dos enganchados, entre tirones, empujones y besos. La empujó contra la pared cuando alcanzaron el final de la escalera y se restregó contra ella. Annie le tiró del pelo y le mordió el labio inferior. Y Mac quiso todo aquello, todo el castigo que ella pudiera infligir y más, hasta que al fin lo perdonara.

La condujo hacia su dormitorio mientras ella le tiraba de los botones de la camisa, arañándolo para que se la quitara. Mac le apartó las manos y se desabrochó los botones él mismo, haciendo saltar algunos en el proceso. La risa de ella sonó ligeramente perturbada.

Mac se apartó el tiempo justo para quitarse la camisa antes de que Annie volviera a echársele encima, besándolo y tirándole de la ropa mientras le mordisqueaba la piel del cuello.

—Quítate el vestido, Annie —le ordenó con voz ronca—. Por favor —añadió entre besos salvajes y torpes.

Sentía que estaba a punto de perder el control, completamente desatado, pero necesitaba verla, contemplar su cuerpo en todo su esplendor.

Annie lo soltó con la respiración acelerada. Sus ojos se encontraron mientras se bajaba el vestido por un hombro y a continuación por el otro. Después por los brazos, el pecho, la cintura y las caderas, hasta dejarlo hecho un gurruño en el suelo y quedarse plantada frente a él totalmente desnuda.

Mac dejó escapar un sonido lastimero y desesperado.

—Joder. —Fue más un sonido que un pensamiento coherente; se sentía incapaz de decir nada más.

Por debajo de todos esos gestos de desaprobación y de sus comentarios cortantes, Annie era todo curvas suaves y deliciosas. Y Mac deseaba lamer hasta la última de ellas.

—Ahora tú —le dijo ella.

Mac se mostró encantado de obedecer, apresurándose a quitarse la camiseta interior y los pantalones del traje.

—Continúa —agregó Annie con una sonrisa arrogante, a la espera de que se deshiciera de los bóxer.

Mac metió los pulgares por debajo del elástico y le sostuvo la mirada mientras se los bajaba, lo que le dejó la polla dura en libertad. Annie ladeó la cabeza como si estuviera evaluando la situación. Como si no la hubiera visto ya de cerca aquella misma mañana.

Mac no pudo evitar reírse.

—Joder, Annie, ¿asustas así a todos los hombres con los que te acuestas?

—Es probable. —Y se encogió de hombros.

Mac se acercó a ella.

—Por suerte para ti, a mí no me asustas.

Annie le rodeó el cuello con los brazos, presionó el cuerpo contra el suyo y Mac estuvo a punto de desmayarse.

—Eres jodidamente preciosa. Lo sabes, ¿verdad? —le susurró al oído.

—Gracias por fijarte.

—Siempre me he fijado.

Presionó la polla contra la delicada piel de su vientre y temió que, si seguía besándole el cuello de esa forma, aquel pequeño adelanto fuese lo único que pudiera ofrecerle esa noche.

—Métete en la cama. —No reconoció su propia voz.

¿Quién era aquel hombre que daba esa clase de órdenes? Pero deseaba a Annie como no había deseado nunca nada, y aquella le parecía su última oportunidad. Pensaba que, si no lograba convencerla esa noche, tendría que renunciar a ella para siempre.

Gracias a algún tipo de milagro que debía de estar obrando a su favor aquel fin de semana, Annie se metió en la cama y, al verla allí, estuvo a punto de darle un infarto. Su cuerpo prácticamente refulgía

bajo la luz de la luna que entraba por la ventana. Era como un sueño.

Mac se arrastró sobre la cama hasta situarse encima de ella, ansioso por sentir su piel contra la suya, desesperado por comprobar que no era un sueño. Ya no. Esta vez era real.

La besó. Cada centímetro, cada hermoso rincón de su piel. La besó y la lamió y la mordió hasta que Annie empezó a retorcerse bajo su cuerpo, enredándose en las sábanas.

Ella le devolvió los besos, arañándole la espalda mientras le envolvía la cintura con las piernas y tiraba de él hacia abajo.

Mac la miró desde arriba, en ese instante todos los recuerdos, todos los momentos y todos los arrepentimientos se le abalanzaron en tropel. Había amado a aquella mujer casi toda su vida. La conocía casi desde siempre. Y sabía que deseaba estar con ella lo que le quedara de vida.

—Annie, verás…

—No —lo interrumpió ella, como si supiera que estaba a punto de hacerle una confesión, una declaración—. Aún nos queda media hora —añadió, mirando el reloj. Eran las once y media. Media hora más y ya sería mañana, el día en que le había prometido que por fin hablarían—. Todavía me quedan treinta minutos. —Le dio un empujón en el hombro.

Él quedó tendido sobre el colchón y permitió que se le subiera encima y se sentara a horcajadas sobre su cintura. Lo miraba como si esperase que fuese a detenerla, pero no había nada capaz de detener aquello.

—Los preservativos están en el cajón de la mesilla —le dijo, y Annie sonrió.

Se estiró, sacó uno del primer cajón y rasgó el envoltorio con los dientes. Mac dejó escapar un gemido mientras ella se lo ponía, notando sus dedos en su erección, como una tortura exquisita.

Annie se situó el pene entre las piernas y se detuvo para mirarlo una vez más con aquellos ojos azules, y entonces fue metiéndoselo centímetro a centímetro. Tan despacio que fue como si el tiempo se detuviera hasta que quedó totalmente sentada encima, y Mac aguantó la respiración.

—Joder. —Annie ahogó un grito, se echó hacia delante y le apoyó las manos en los hombros.

Él la sujetó por las caderas, clavándole los dedos en la carne mientras se ajustaban ambos a la intensidad del momento.

—Mírame, Annie —le pidió, y ella abrió los ojos.

Habían invertido las posiciones desde la última vez que hicieron eso. Era como si el mundo entero se hubiera dado la vuelta desde entonces, pero aquello que había entre ellos seguía siendo lo único que Mac había tenido claro en toda su vida. Y, a juzgar por cómo lo miraba Annie, ella opinaba lo mismo.

Se le habían llenado los ojos de lágrimas y él alzó la mano para secárselas.

—Adelante, cariño —le dijo—. Fóllame como si me odiaras.

Annie meneó la cabeza y susurró:

—Pero no te odio.

Se inclinó hacia abajo y lo besó despacio, con intensidad, imitando el movimiento de sus caderas hasta casi hacerle perder el sentido. El sentido y su noción del mundo. Lo perdió todo menos aquel instante. Annie había vuelto a encontrarlo.

Se quedaron así un rato largo, besándose y meciéndose con él dentro de ella, con los suaves gemidos de Annie inundando la habitación, follando como si no se odiaran el uno al otro en absoluto. Cuando la tensión se volvió insostenible, Annie aceleró el ritmo, se restregó contra él en busca de su placer.

Su mirada azul se encontró con la de él mientras se corría, su cuerpo presa de violentas sacudidas, dejando escapar de sus labios su nombre como una letanía.

Annie se derrumbó sobre el pecho de Mac con la respiración acelerada. Bajo la mejilla, percibía los latidos desbocados de su corazón.

Mac le deslizaba las manos arriba y abajo por los costados, y murmuraba palabras tiernas contra su coronilla. Si se suponía que aquello iba a ser *hate sex,* algo habían hecho mal. Pero ¿a quién

pretendía engañar? Claro que no lo odiaba. ¿Acaso no había sido ese el problema desde el principio?

Mac rodó con ella hasta quedar tumbado encima, y Annie se dio cuenta de que seguía erecto dentro de ella. La besó con ternura en los labios y en las mejillas, y fue bajando por el lateral del cuello.

—¿Estás bien? —le susurró.

Lo único que pudo hacer ella fue emitir un suave murmullo de satisfacción. Notó la sonrisa de Mac en el cuello.

La embistió con las caderas y una chispa de placer prendió en ella, réplica del seísmo que había supuesto aquel orgasmo.

—¿Conoces ese motel cutre a las afueras del pueblo al que solían ir de fiesta los jóvenes? —le preguntó él, sin dejar de besarle las clavículas y los hombros.

—Sí. —¿Por qué demonios sacaba a colación ese lugar en aquel momento?

—Ahí fue donde viví la mayor parte de ese año que pasé fuera.

—Mac, ¿de qué estás hablando?

Él alzó la vista y la miró a los ojos.

—Solo estuve viajando el primer par de meses, después la situación me sobrepasó, digamos que me acobardé, y me pasé el resto del tiempo en ese motel. Me daba miedo regresar a casa y también irme a cualquier otro lugar.

Annie se quedó mirándolo, sin palabras, con las piernas aún enroscadas en su cintura, acariciando con los dedos los músculos de su espalda.

—No te equivocaste conmigo, Annie. Claro que estaba enamorado de ti. Deseaba volver a casa para verte, pero me sentía como un perdedor.

—Mac —susurró y notó que los sentimientos que había mantenido enterrados durante años amenazaban con sobrepasarla.

—Después de aquello, sí que anduve viajando de verdad, y fue alucinante, me vino bien. En eso no mentí. Pero hace tres años vine al pueblo a visitar a mis padres y te vi a través del escaparate del café, y fue entonces cuando decidí volver a trasladarme aquí para siempre.

Annie meneó la cabeza, acariciando la almohada con el cabello. ¿Qué era lo que estaba diciéndole?

—No, qué va, volviste al pueblo para que tus padres pudieran jubilarse.

—No. Los convencí para que se jubilaran una vez que me hube trasladado aquí, pero regresé por ti. Te vi a través de aquel escaparate y supe que nunca encontraría ahí fuera lo que estaba buscando. Annie, regresé con la ilusoria esperanza de poder convencerte para que nos dieras otra oportunidad. Nunca dejé de quererte. Y sigo haciéndolo.

Había vuelto por ella. La quería entonces y seguía queriéndola. Aquellas palabras provocaron en ella el efecto que temía que provocarían. La desgarraron. Le cogió la cara con las manos y lo besó con toda su alma hasta que él volvió a moverse y empezó a embestirla de nuevo. Annie se aferró a sus hombros al verse invadida por un nuevo orgasmo. Entre gritos y gemidos, susurró que ella también lo quería, que siempre lo había querido.

Los movimientos de Mac se volvieron más frenéticos, más erráticos, hasta que se corrió, gritando su nombre entre gemidos. Apoyó la frente en su hombro y, con el aliento acelerado, fue enfriándole el sudor que bañaba su pecho.

Annie le deslizó las manos por los hombros.

—Te quiero, Mac Sullivan —le dijo y, cuando él la miró, iluminó con su sonrisa la habitación.

Capítulo 39

Ahora

—Entonces, ¿ya está? —preguntó Annie—. ¿Estamos juntos o algo así?

Seguían en la cama y era más de medianoche, pero Annie se moría de hambre, de modo que habían asaltado la nevera en busca de sobras del *pub*. Llevaba puesta otra de sus viejas camisetas de manga corta y unos pantalones de chándal, iba envuelta en una de sus mantas y tenía frente a ella un plato con pollo frito frío. Nunca había estado tan guapa.

Mac sonrió ante su pregunta.

—Podría pedírtelo formalmente, si crees que eso ayudaría.

Annie ladeó la cabeza, reflexionando sobre ello.

—Es posible —respondió con una sonrisa burlona—. Es que me parece un cambio muy drástico. ¿Ahora voy a tener que ser simpática contigo? ¡Qué raro!

—No tienes que ser simpática conmigo a todas horas —se rio él—, me basta con que lo seas a veces.

—Veré lo que puedo hacer. —Luego, se encogió de hombros antes de dar un mordisco al pollo y, a continuación, lamerse los dedos.

—¿No crees que merecemos estar juntos después de todo este tiempo?

—Bueno, todavía no me lo has pedido formalmente, así que no tengo claro si estamos juntos.

Ahí estaba de nuevo aquella sonrisa burlona. Deseó borrársela de los labios con un beso. Le gustaba la idea de que ahora se le permitiera hacerlo.

—Annabelle Andrews, ¿quieres ser mi novia?

Annie volvió a ladear la cabeza como si se lo estuviera pensando. Mac masculló su nombre nuevamente y ella echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—Vale, sí, seré tu novia.

A él le gustó cómo sonaba aquello, le gustó quizá demasiado para ser un hombre adulto, pero había esperado muchísimo tiempo para oírlo.

Al parecer, los gatitos habían olido el pollo y maullaban junto a la cama. Se inclinó hacia un lado, los levantó del cogote y los depositó sobre las mantas. Annie arrancó pedacitos de pollo para dárselos y los animalillos se tropezaron el uno con el otro para llegar hasta ella.

—Creo que es mejor que la cosa haya salido así —manifestó Mac, robando un trozo de pollo para él.

Annie enarcó una ceja.

—¿En serio? ¿Crees que es mejor que hayamos perdido todo este tiempo odiándonos mutuamente?

—Yo nunca te he odiado, Annie.

Ella volvió a poner los ojos en blanco, pero un intenso rubor le coloreó las mejillas.

—Lo que tú digas —respondió.

—Creo que es mejor —prosiguió Mac— porque ¿qué iba a ocurrir entre nosotros cuando teníamos diecinueve años? Quiero decir, ¿qué probabilidades había de que viviéramos felices para siempre siendo tan jóvenes?

—A veces ocurre.

—Sí, pero ahora ya hemos resuelto todos nuestros problemas.

Annie le dedicó una sonrisa de asombro.

—¿Ya has resuelto todos tus problemas?

—Me gusta pensar que sí —contestó él—. He tardado un tiempo, pero al final he descubierto que vivir aquí es toda una suerte, que mucha gente daría saltos de alegría por poder tener mi vida, que mi padre levantó un gran negocio con clientes fieles y me alegra haberme hecho cargo de él. Es una buena vida. Y tú tienes tu imperio de repostería. No tendrá que preocuparte que me interponga en tu camino mientras lo levantas.

—Eso nunca me preocupó.

Quizá a ella no, pero a él sí. Nunca había querido ser un lastre para Annie.

Ella volvió a encogerse de hombros y señaló:

—Aunque quizá tengas razón. Quizá sea mejor así; aun así, da la impresión de que hemos perdido mucho tiempo. Sé que en gran medida ha sido por mi culpa. Sé que trataste de disculparte.

—Si no recuerdo mal, sí que llegué a disculparme, pero me dijiste que me largara de tu tienda.

—Ah, cierto. Fue eso lo que ocurrió. Lo siento.

Mac gateó sobre la cama hacia ella. Y la besó en los labios. Porque podía.

—Te perdono.

—Yo a ti también —le dijo ella con una sonrisa.

Mac se recostó sobre las almohadas y Annie dejó el plato a un lado y se reunió con él. Los gatitos no tardaron en subirse a su pecho y se acurrucaron formando un ovillo peludo.

—Vale —dijo—. ¿Cuál es tu mayor miedo en la actualidad?

Annie se volvió para mirarlo antes de responder:

—Probablemente la manera en que vaya a reaccionar el pueblo a este pequeño giro de los acontecimientos.

—Guau. —Mac se estremeció al pensarlo. No deseaba para nada convertirse en el tema de conversación de la comunidad, pero constituía un precio pequeño.

—¿Y el tuyo?

Mac giró la cabeza para mirarla, manteniendo una mano sobre los gatitos, porque no quería alterarlos:

—Que, si estás metida en mi cama, no quiera volver a salir de ella nunca más.

—Muy buena —respondió Annie sonriendo—. En algún momento tendremos que salir, pero mañana estoy libre.

—¿Libre? ¿Para pasarte el día entero en la cama conmigo?

—¿A qué viene tanta sorpresa?

—A que nunca estás libre. No me creo que no tengas para mañana una lista de tareas kilométrica.

Annie se encogió de hombros, parecía contenta y relajada.

—Puede que me deshaga de ella.

—Esa es la cosa más sexi que me has dicho en la vida.

Annie se rio arrugando la nariz, y él creyó que era la persona más afortunada del mundo por poder ver aquello cada día. Jamás lo daría por descontado.

—Entonces, ¿qué opinas de mí ahora? —quiso saber.

Annie se había quedado mirándolo de nuevo con expresión de ternura:

—Opino que eres mi persona. Que eres alguien en quien confiar y a quien amar. Y que estás monísimo con los gatitos encima.

Mac sonrió y uno de los gatitos le clavó las uñas en el pecho aún desnudo.

—¡Ay! Creo que este me acaba de arrancar un pezón.

Annie se rio con tanta fuerza que le cayeron lágrimas por las mejillas. Mac se quitó a los gatos de encima y volvió a depositarlos en la caja junto a la cama. Se frotó el pecho mientras se acomodaba junto a ella, que seguía riéndose de él.

—Eso me ha dolido.

—Pobrecito —le dijo ella entre risas, dándole un beso en la punta de la nariz.

Mac la rodeó con un brazo y la estrechó contra su cuerpo, donde planeaba mantenerla de ahora en adelante.

—Bueno —dijo Annie, acurrucada a su lado, con las manos sobre su corazón—. ¿Y qué opinas tú de mí ahora?

Esa tenía una respuesta fácil.

—Opino que eres el amor de mi vida.

Epílogo

Una nueva Navidad favorita

Annie había pasado la semana entera en la cama de Mac. Por supuesto, habían salido de ella para ir a sus respectivos puestos de trabajo y cosas por el estilo. Annie había recibido muchos encargos navideños, también había tenido que cuidar de sus sobrinos, y Mac estuvo hasta arriba en el *pub,* pues todos querían celebrar allí sus fiestas de fin de año de la oficina, pero cada noche volvían a encontrarse en la cama y había sido precioso. Habían vuelto a instalarse en su pequeña burbuja. Muy oportunamente, su nueva relación no había aflorado al mundo exterior. Sin embargo, todo eso se terminaría aquel día. Era la mañana del día de Navidad y, por la tarde, acudirían a la granja de Logan para celebrar la tradicional Navidad de puertas abiertas de Estelle. Entonces todos descubrirían por fin el oscuro secreto de Annie: estaba enamorada de Mac Sullivan. Solo se sentía un poco nerviosa.

Estiró un brazo hacia el lado de la cama de Mac, pero lo encontró vacío. Tenía un gatito tumbado encima del cuello y al otro sobre los ojos, a modo de antifaz peludo. Lo levantó con cuidado y lo apartó, luego parpadeó para acostumbrar la vista a la luz de primera hora de la mañana.

¿Adónde había ido Mac? Ella siempre era la primera en levantarse porque tenía que acudir temprano a la pastelería, pero, claro, aquel día estaba todo cerrado, de modo que había aprovechado la oportunidad para dormir hasta tarde. Estaba segura de que, hasta hacía bien poco, el cuerpo caliente de Mac se encontraba a su lado.

Fue entonces cuando olió el humo.

¿Qué diablos era aquello?

Echó a un lado las mantas, cogió en brazos a los gatitos y bajó corriendo las escaleras. Entró derrapando en la cocina vestida solo con sus gruesos calcetines y otra de las viejas camisetas de Mac y vio las columnas de humo que escapaban del horno.

—¡Mac, qué estás haciendo!

Él extrajo una bandeja de galletas del horno humeante y la dejó caer en el fregadero antes de abrir el grifo. Tras el chisporroteo inicial, una nube de vapor ascendió hacia el techo.

—Eh…, ¿feliz Navidad?

—¿Feliz Navidad? ¿Tu gran sorpresa es prender fuego a la casa?

Mac se fijó en ella, medio desnuda y con los gatos en brazos, y soltó una carcajada.

—¿Qué pasa? Ya estaba pensando en evacuar la casa —se justificó, dejando a los gatos en el suelo. Enseguida corretearon hacia su plato de comida, que por suerte no estaba en llamas—. ¿Qué estabas haciendo aquí abajo? —le preguntó, adentrándose más en la cocina ahora que estaba más convencida de que no corría peligro.

Dispuestas sobre la encimera había lo que parecían ser varias hornadas de galletas de Navidad quemadas, deformes o poco cocidas.

—Estaba intentando hacerte un regalo de Navidad —confesó Mac con un suspiro.

—¿Estabas haciéndome un regalo de Navidad? —repitió ella, adoptando un tono de voz agudo y sensiblero como cuando hablaba con los gatitos.

—No me mires así.

Mac la miró con los ojos entornados fingiendo enfado.

—Así ¿cómo? —bromeó Annie.

—Como si fuera un cachorrito desvalido.

—Perdona —respondió ella riéndose—, es un bonito gesto por tu parte, pero salta a la vista que esto es un desastre. —Señaló las docenas de galletas incomibles. Tal vez los pájaros se las comieran.

Mac agachó la cabeza avergonzado, al tiempo que los hombros le temblaban por la risa.

—En su momento me pareció buena idea —admitió—. Pensé que tú siempre andas haciendo galletas para todo el mundo, así que quizá podía prepararte yo unas. Pero resulta que la cocina y la repostería son habilidades muy diferentes. Una se me da bien, la otra desde luego que no.

Annie cruzó la cocina y le rodeó el cuello con los brazos.

—Ha sido un esfuerzo precioso —le dijo poniéndose de puntillas para besarlo. Sabía a café y a masa de galletas de azúcar—. Pero no pienso comerme estas galletas.

—Dios, ni hablar. —Mac se rio y le devolvió el beso.

Annie miró por encima de su hombro y vio al señor Prescott a través de la ventana de la cocina.

—¡¿El cartero aún vive en la casa de al lado?! —preguntó ahogando un grito mientras se apartaba de su ángulo de visión.

—Pues sí —la informó Mac con gesto divertido, viendo cómo intentaba esconderse—. Ya sabes que hoy se va a enterar todo el mundo.

—Sí, lo sé.

—Y ya no habrá marcha atrás. Te toca quedarte conmigo —añadió Mac, plantándose delante de ella y acorralándola contra la encimera.

—Y a ti conmigo.

Le rodeó de nuevo el cuello y jugueteó con el pelo corto de su nuca. No se cansaba de tocarlo. Durante años, había resistido la tentación y ahora deseaba tocarlo a todas horas. Por suerte, él parecía sentir lo mismo.

La besó despacio y con una pasión inapropiada para los ojos del cartero. Le colocó las manos en la cintura y la sentó en la encimera antes de acomodar el cuerpo entre sus piernas.

—Quedarme contigo es justo lo que deseo hacer —le dijo con una sonrisa.

—Yo también tengo un regalo para ti —respondió ella.

Mac enarcó las cejas.

—¿En serio?

—Por supuesto. ¿Creías que no iba a regalarte nada por Navidad? —bromeó ella.

—Sinceramente, no estaba seguro.

Y Annie fue consciente otra vez de lo nuevo que era todo aquello. A veces daba la sensación de que se estaban precipitando; en otras ocasiones, era como si hubieran estado avanzando tan despacio y durante tanto tiempo que ella se sentía más que dispuesta a zambullirse de lleno en una relación seria. Pero era evidente que aún no habían aclarado todos los detalles.

Se bajó de la encimera y fue a por el regalo que tenía escondido en la planta de arriba. Lo llevó a la cocina oculto a su espalda, nerviosa de pronto ante la idea de dárselo.

—No es gran cosa —se excusó.

—Yo te he regalado un montón de galletas quemadas, así que el listón no está muy alto —respondió Mac con una carcajada.

Annie se apresuró a entregarle el regalo antes de echarse atrás.

—¿Una postal?

—Ya te he dicho que no era gran cosa. Siempre me sentí mal por no haberte respondido aquella vez. Te pusiste en contacto conmigo y yo te ignoré. Me arrepiento.

Mac adoptó una expresión de ternura al dar la vuelta a la postal y leer:

Querido Mac, siento haber tardado tanto en contestarte. Espero que hayas tenido un viaje maravilloso, pero me alegra que te haya traído de vuelta a mí. Te quiere, Annie.

Estaba sonriendo cuando alzó la vista de la postal, y Annie se acercó a él, ansiosa por volver a estar entre sus brazos, con los que rápidamente la rodeó. Le dio un beso en la coronilla.

—Entonces, ¿he ganado yo en nuestra primera entrega de regalos de Navidad? —preguntó ella.

—Desde luego —respondió él riéndose—. Has ganado, Annie.

Se mantuvo abrazada a él un minuto más, disfrutando de su cercanía antes de apartarse.

—Creo que me da tiempo a ayudarte a preparar una nueva hornada —le dijo con una sonrisa que Mac besó de inmediato.

—Ni hablar, hoy tienes el día libre. Siéntate ahí con los pies en alto. Por lo menos te prepararé el desayuno.

—Me parece buen plan.

Cogió en brazos a uno de los gatitos, se sentó cómodamente a la mesa y, mientras Mac preparaba el desayuno, intentó disfrutar de su última mañana de clandestinidad.

—¿Cómo crees que van a reaccionar? —preguntó Annie mientras recorrían el camino hacia el amplio porche de Logan.

Había docenas de coches aparcados fuera. Se notaba que la fiesta estaba en pleno apogeo. Habrían llegado antes, pero el mayor miedo de Mac empezaba a hacerse realidad. Con Annie en su cama, parecía incapaz de salir de allí. Y ella se había mostrado más que encantada de quedarse allí con él. Como problema, no era de los peores.

Pero ahora, gracias a eso, llegaban tarde, y parecía que había acudido al evento medio pueblo. Mac oyó la música navideña y las risas que transportaba el aire frío de la tarde.

—Me parece que no se van a sorprender tanto como crees —respondió.

—¿Por qué no se iban a sorprender? Llevamos unos años tratándonos fatal el uno al otro.

—Annie, por favor…

—Por favor ¿qué?

—Todo el mundo nos vio irnos juntos de la boda.

—Sí, pero antes de eso nos odiábamos. Sigo pensando que la gente se quedará de piedra.

Mac resopló y dijo:

—Siempre ha habido algo entre nosotros y estoy convencido de que era evidente.

—¿Evidente? Ni hablar. Quizá tú hayas sido evidente, pero yo no. —Subió pisando fuerte los escalones del porche, haciendo oscilar con vehemencia su coleta. Seguía sin soportar equivocarse.

Aquel día no tenía sentido llamar a la puerta. La gente entraba y salía a su antojo. De modo que Annie abrió la puerta y él le estrechó la mano mientras entraban.

La casa estaba abarrotada. Apenas habían cruzado el umbral cuando tres niñas pequeñas pasaron corriendo por delante de ellos, seguidas por un azorado Archer y por Noah, que se reía junto a él.

—Tienes que ponerte el abrigo si quieres salir —gritó Archer, forcejeando para ponerle el abrigo de invierno a Olive, una de las niñas.

—Cece no lleva abrigo —se defendió la niña, que señalaba a una de las otras dos.

—Lo va a llevar. —Noah le lanzó a su sobrina Cece un abrigo.

La tercera ya se había puesto el suyo y salió disparada por la puerta.

—¡Espérame, Ivy! —le gritó Cece a su prima.

—¡Y a mí! —chilló Olive, y salieron las tres al jardín.

—¡No vayáis más allá del jardín! —les gritó Archer.

—Feliz Navidad a vosotras también —les dijo Annie cuando las niñas pasaron corriendo frente a ellos.

—¡Hola, feliz Navidad! —exclamó Noah al reparar en ellos, ahora que había cumplido su deber como tío.

—Sí, feliz Navidad, chicos. —Archer se levantaba del suelo, donde había librado la batalla con el abrigo de invierno.

Ninguno de los dos mencionó el hecho de que Mac llevara bien cogida la mano de Annie, pero Noah agrandó la sonrisa.

—Adelante —les dijo—. Estoy seguro de que todos se van a poner muuuy contentos de veros.

No lograron adentrarse mucho más en la casa antes de que los abordaran Jeanie y Hazel.

—¡Feliz Navidad! —dijo Jeanie—. ¡Me alegra que hayáis podido venir!

—Gracias por invitarnos —respondió Mac, refiriéndose a ellos como pareja, al igual que había hecho Jeanie—. ¿No deberías estar de luna de miel o algo así?

—Qué va —respondió ella y agitó una mano—, la hemos pospuesto hasta después de las fiestas. No queríamos perdernos todo esto.

Hizo un gesto que abarcaba el caos que la rodeaba, sonriendo como si fuera lo mejor del mundo. Se quedó con sus abrigos y Mac

volvió a estrecharle la mano a Annie. Ella lo fulminó brevemente con la mirada, pero no se apartó.

Hazel se quedó allí callada; los miraba a los dos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno —dijo—, ¿te han regalado lo que querías por Navidad, Mac?

—Desde luego que sí —respondió él.

—Qué bien.

—La verdad es que muy bien, sí, gracias.

Annie emitió otro leve gruñido a modo de queja.

—¡¿En serio?! —dijo—. ¿Ninguno va a comentar nada al respecto de esto? —Levantó entre ambos sus manos entrelazadas.

—Comentar ¿qué? —preguntó Logan al salir de la cocina.

—Esto —insistió Annie, que agitaba aún sus manos unidas—. Lo mío con Mac y… Lo nuestro… Que ahora estamos juntos y todos os comportáis como si fuera normal.

—¿Ahora estáis juntos? —preguntó Logan entornando los ojos y, por un segundo, Mac temió que fuese a soltarle el típico discurso de «como le hagas daño te mato» propio del mejor amigo, pero, en lugar de eso, dejó escapar un largo suspiro y dijo—: Gracias a Dios.

Hazel estalló en carcajadas y Noah apenas lograba disimular la risa detrás de la mano.

—Paso de vosotros —dijo Annie—. Sois todos tontos.

Condujo a Mac hacia el salón deseando una feliz Navidad a distintos vecinos conforme avanzaban. Ninguno de ellos pareció sorprendido de verlos juntos.

—Se os ve muy acaramelados —les dijo Kira cuando los encontró juntos al lado del árbol de Navidad.

Bennett la rodeaba con un brazo como si fuera una especie de manta humana.

—Estamos muy acaramelados —contestó Annie—, pero aquí nadie parece sorprendido.

—Bueno —se rio Kira—, pues me alegro por vosotros, aunque a nadie le sorprenda.

—¡Yo también! —intervino Iris, sentada en el sofá.

Estaba apretujada entre Isabel y Kaori, y ambas le dirigieron una sonrisa a Annie.

—Llevábamos mucho tiempo esperando esto —comentó Isabel—. ¡Qué regalo de Navidad tan maravilloso nos habéis hecho!

—Ay, calla ya —dijo Annie con una carcajada.

Mac la estrechó contra su cuerpo y le dio un beso en la cabeza.

La habitación al completo exclamó un «Ooohh» generalizado y Annie se puso roja como un tomate, aunque no logró disimular la sonrisa. Fue tan vergonzoso como Mac sabía que sería. Pero, después de tanto tiempo, estaba dispuesto a soportar cualquier comentario por parte de los vecinos de Dream Harbor con tal de estar junto a Annie.

—¡Mac! —exclamó Jacob al entrar en la habitación—. ¡¿Por fin tienes tu final feliz?!

¡Había acudido a una única reunión del club de lectura de ficción romántica y parecía que no iban a permitirle olvidarlo jamás! Pero ya ni siquiera le importaba. Jacob tenía razón: las historias de amor de segundas oportunidades tenían un encanto distinto.

—Desde luego que sí —le respondió sonriente.

Y, después de once años, sintió que por fin tenía una nueva Navidad favorita.

Agradecimientos

¡Ya llevamos cinco libros de *Dream Harbor* y debo decir que ha sido un viaje alucinante! Esta serie me ha cambiado la vida en muchos aspectos y todo es gracias a vosotros. Muchos lectores me han dicho que estos libros les han brindado consuelo en momentos difíciles, que son como un abrazo en formato libro, que los leen para evadirse, para tomarse un respiro y gozar de un momento de felicidad. Lo único que puedo decir al respecto es que supone un gran honor y un orgullo poder hacer este trabajo para vosotros.

No lo he hecho sola, por supuesto. Muchas gracias a Charlotte Ledger, al equipo entero de One More Chapter y todo el mundo de HarperCollins por hacer posibles estos libros. Gracias a Jennie Rothwell por permitir que trabajar en esta serie de libros siga siendo un auténtico placer. ¡Nuestras lluvias de ideas son de mis partes favoritas de este trabajo!

Gracias a Amy Tannenbaum por plantarse en mitad de la locura de *Dream Harbor* y convertirse en parte imprescindible del equipo. Y gracias por brindarme toda tu experiencia y tus consejos (¡y por preguntarme siempre cómo llevo la muñeca!).

Y, como siempre, gracias a mi familia por animarme en cada paso del camino. Gracias por leer, por acudir a las firmas de libros y por recomendarles mis novelas a todos vuestros conocidos. Me da mucha vergüenza y, al mismo tiempo, supone un apoyo maravilloso.

Con el éxito de esta serie, he tenido la asombrosa oportunidad de realizar varias giras literarias y, si bien ha sido emocionante conocer a los lectores, también ha supuesto pasar largas temporadas lejos de casa. Así que doy las gracias a mis hijos por perdonar mis ausencias y por compartirme con el mundo de vez en cuando. Y gracias por portaros tan bien cuando no estoy.

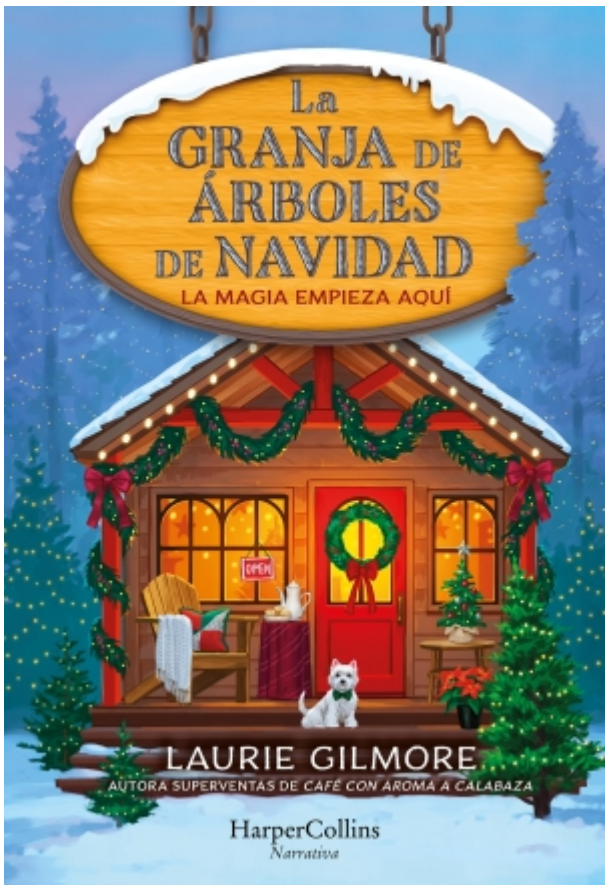
Y, por último, gracias a mi marido. Eres la persona con la que más deseo compartir este viaje alucinante. (Y me alegra mucho que empezáramos a salir en el instituto y hayamos seguido juntos en lugar de romper como estos dos idiotas). Te quiero mucho.

Dream Harbor aún no ha terminado, ¡así que espero que volváis a por más!

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





La granja de árboles de Navidad

Gilmore, Laurie

9788410644830

304

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Kira North no soporta la Navidad.

Y es una pena, porque acaba de adquirir una granja de árboles de Navidad en un pueblo muy mono, quizá demasiado mono.

Bennett Ellis se encuentra de vacaciones en Dream Harbor, descansando e intentando dejar atrás su deseo constante de arreglarlo todo. Pero, gracias al destino, Ben queda atrapado bajo un manto de nieve en la granja de Kira y, pese a la actitud cascarrabias de ella, con el brillo de las lucecitas que titilan en los árboles y la promesa de un chocolate caliente, quizá, solo quizá, estas dos almas perdidas vivan una Navidad que les resulte imposible de olvidar...

La granja de árboles de Navidad es una historia romántica, picante y misteriosa con un final feliz garantizado, ¡perfecta para acurrucarse bajo la manta este invierno!

Todos los libros de la serie *Dream Harbor* pueden leerse de forma independiente.

Los lectores se rinden ante Laurie Gilmore:
«Una historia maravillosa, con lágrimas, risas, misterios, incertidumbre y felicidad».

«Una narrativa cautivadora, reconfortante y deliciosa».

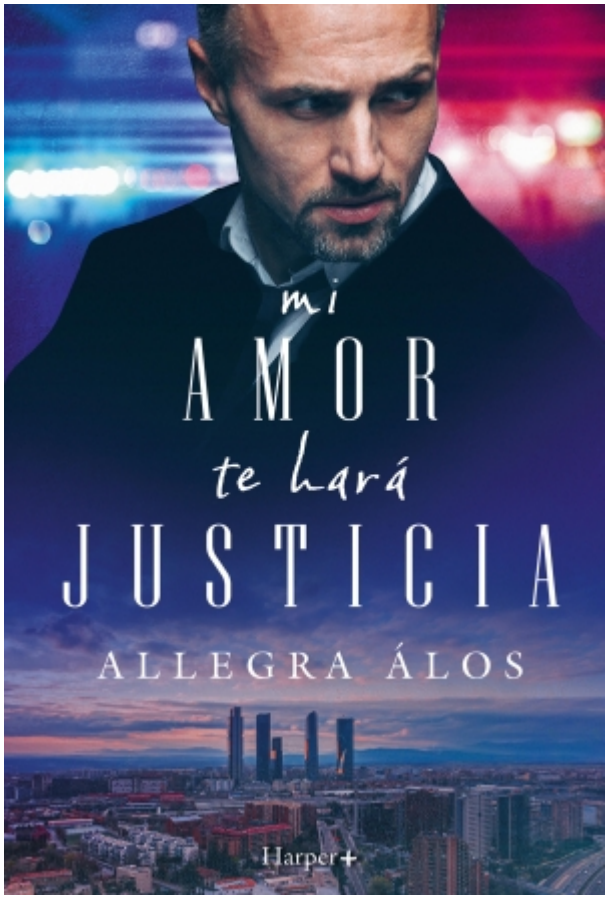
«Un encantador romance ambientado en un pueblecito, con una química chispeante y muchas escenas picantes».

«ME HA ENCANTADO. Las sensaciones que transmite este pequeño pueblo son impecables».

«¡Este libro me pone contento el corazón!».

«El romance perfecto para mí».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Mi amor te hará justicia

Álos, Allegra
9788410644274
496

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

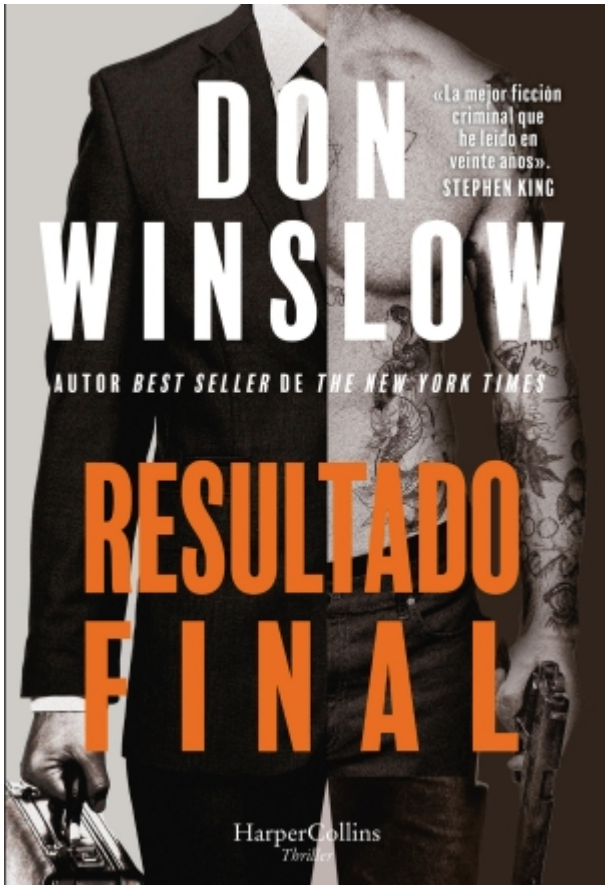
Cuando justicia y venganza dejan de ser dos caras de la misma moneda y se confunden, el juego del poder se torna más oscuro.

Las mujeres definen la vida de Iván Blanes. En su adolescencia se enamoró de Consuelo Yébenes, un amor prohibido que le obligó a exiliarse de Madrid para salvar la vida. Ahora ha regresado para salvar del tráfico sexual a la joven Ylenia. Perseguido por el clan de Consuelo y por el proxeneta de Ylenia, el encuentro con Elsa Palacios, una fiscal de reputación intachable, va a complicar más su situación. La fiscal sabe que Blanes es un hombre inteligente y audaz, y eso le convierte en el artífice perfecto para alcanzar la justicia que no puede conseguir para sus víctimas dentro del sistema.

Blanes, coaccionado por la fiscal, se verá obligado a colaborar para sobrevivir. Al principio solo serán pequeños encargos, pero poco a poco las demandas de Elsa le adentrarán en un juego tan peligroso como incierto, en el que la línea divisoria entre la justicia y la venganza, la verdad y la mentira, y la cordura y la locura se irá haciendo cada vez más frágil. Descubrirá que Elsa Palacios también tiene sus puntos débiles: un padre manipulador, una hermana internada en un sanatorio mental y un secreto familiar que la fiscal desconoce y que puede destruirla.

Solo que, en realidad, Blanes no quiere destruir a Elsa. ¿Quién querría acabar con una mujer tan interesante?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Resultado final

Winslow, Don

9788410644205

336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Escritas con el estilo inconfundible, el ingenio mordaz y la incisiva caracterización de personajes que han convertido a Don Winslow en «el mejor escritor de novelas policiacas vivo de Estados Unidos» (*The Providence Journal*) y en un habitual de la lista de los más

vendidos de *The New York Times*, estas seis nuevas novelas cortas sin duda harán las delicias tanto de los fieles seguidores de Winslow como de los lectores que se acerquen por primera vez a su obra.

En «**Resultado final**», un ladrón legendario a punto de ingresar en prisión para cumplir cadena perpetua planea un robo multimillonario en un casino: un golpe imposible de llevar a cabo y, por eso mismo, irresistible.

Un adolescente ambicioso y emprendedor trabaja haciendo repartos ilegales de alcohol para pagarse la universidad en «**La lista del domingo**», hasta que un policía corrupto, una clienta seductora y un falso gurú amenazan con truncar sus sueños.

Un policía honrado se ve obligado a elegir entre su lealtad al cuerpo y su cariño por el inútil de su primo en «**El ala norte**».

Dos mafiosos pegan la hebra mientras desayunan en una cafetería en «**Como te lo cuento**», y todo son risas hasta que llega la hora de la verdad.

En «**El descanso para comer**», el surfista y detective privado Boone Daniels y su equipo se encargan de vigilar a una estrella de cine que, además de engreída y politoxicómana, tiene un problema añadido: alguien quiere matarla.

Y, por último, un terrible error momentáneo aboca a un padre de familia a una «**Colisión**» entre el hombre que aspira a ser y el asesino en el que tiene que convertirse para sobrevivir cuando acaba en prisión.

«La mejor ficción criminal que he leído en veinte años». **STEPHEN KING**

«*El Padrino* de nuestra generación». **Adrian McKinty** sobre***Ciudad en ruinas***

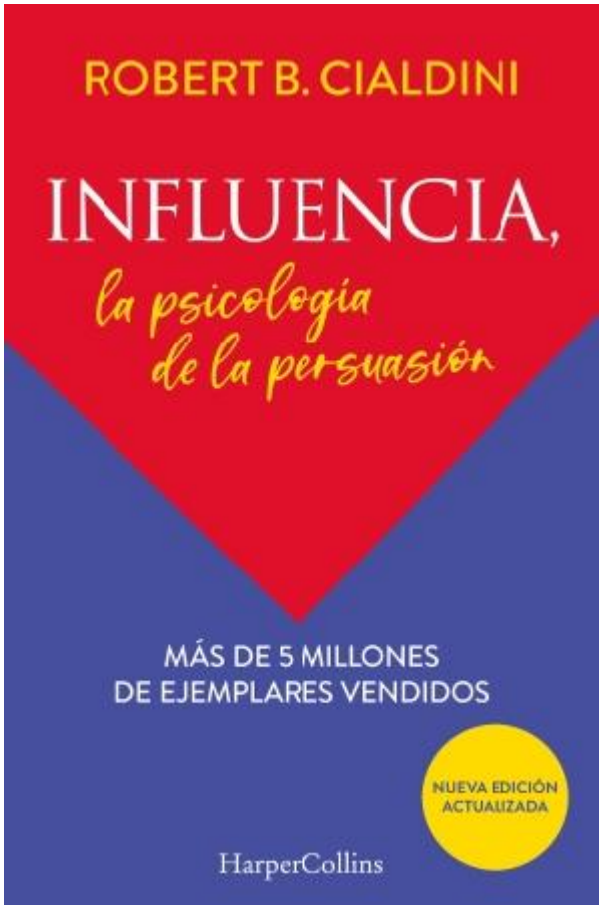
«Don Winslow es uno de los tres escritores policiacos vivos a los que soy irremediablemente adicto. *Ciudad de los sueños* es una fascinante epopeya criminal de costa a costa». **James Patterson** sobre ***Ciudad de los sueños***

«Una obra maestra de la literatura de mafiosos». ***Washington Post*** sobre ***Ciudad en llamas***

«Ya es seguro proclamar a Winslow el mejor escritor vivo de novela negra de Estados Unidos. Su constancia solo es igualada por su creatividad, y su talento solo rebasado por su capacidad para superarse a sí mismo una y otra vez». ***The Providence Journal*** sobre ***Rotos***

«Este es un libro para tiempos oscuros y sin timón, una inmersión en el miedo y el caos… Estos libros no se leen, se viven». ***The New York Times*** sobre ***La frontera***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Influencia. La psicología de la persuasión

B. Cialdini, Robert
9788491397380
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El libro más importante sobre la ciencia de la persuasión que puede cambiar tu vida.

Tienes en tus manos la obra maestra de la persuasión. Un libro extraordinario que te ayudará a ser más eficaz en el trabajo y en la vida diaria, a maximizar tu carisma, a mejorar tus relaciones y estrategias para convencer y llegar a acuerdos ventajosos, en definitiva, alcanzar el éxito a todos los niveles.

En este manual definitivo, Cialdini explica, con rigor científico y de forma sencilla, cómo provocar en las personas la respuesta deseada y cómo protegerse ante intentos poco éticos de persuasión.

Un compendio de sabiduría para convertirte en un hábil influyente.

Bibliografía:
https://www.harpercollinsiberica.com/images/pdf/bibliografia-influencia.pdf

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El Triángulo de Hielo

Nieto Pallarés, Marcos
9788410645196
336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Marcos ha creado un asesino memorable y despiadado, con una motivación de lo más original». PAUL PEN

Cuando un cadáver congelado aparece en un columpio de un parque del barrio de Vallecas, en Madrid, la inspectora Paloma del Moral

sabe que se enfrenta a un asesino como ningún otro. El Hombre de Escarcha no solo mata a sus víctimas: las somete a una terrible muerte por hipotermia, dejando mensajes crípticos. Mientras los cuerpos se acumulan y las investigaciones dirigen a la policía al Triángulo de Hielo, la gélida región comprendida entre Teruel, Calamocha y Molina de Aragón, Paloma, atormentada por el fallecimiento de su esposo y luchando contra su creciente obsesión con el caso, descubre que sobrevivir a los juegos psicológicos del Hombre de Escarcha puede ser tan peligroso como sus trampas mortales.

Con una atmósfera inquietante, retratos psicológicos complejos, ritmo implacable e increíbles giros de guion, *El Triángulo de Hielo* es un *thriller* helador que explora la obsesión, la supervivencia y la delgada línea entre la justicia y la venganza. Perfecto para los fanáticos del *noir* nórdico y la ficción criminal psicológica, esta novela dejará a sus lectores cuestionándose en quién pueden confiar cuando las temperaturas caen bajo cero.

Un *thriller* criminal que esconde un escalofrío en cada página.

Los lectores están OBSESIONADOS con los *thrillers* de Marcos Nieto Pallarés:
«Admirable la imaginación de Marcos».

«En cada obra vuelve a cautivarme».

«Esta novela confirma, una vez más, que Marcos es un maestro de primer nivel en novelas de suspense policiaco».

«Si algo domina el autor son los giros».

«A la misma altura que los escritores noruegos o suecos».

«Cada palabra se te clava hondo y no te deja indiferente».

«El autor domina el género y lo demuestra».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)